

**RIZAL ANTE LOS OJOS  
DE SUS CONTEMPORÁNEOS**





REPÚBLICA DE FILIPINAS  
OFICINA DEL PRESIDENTE  
COMISIÓN NACIONAL DEL CENTENARIO DE JOSÉ RIZAL

---

OFICIALES Y FUNCIONARIOS

CARLOS P. GARCÍA  
*Presidente, República de Filipinas*

---

CHAIRMAN

JOSÉ Y. TUAZON  
*Secretario interino de Educación*

VICE CHAIRMEN

DOMINADOR B. AYTONA y SANTIAGO F. DE LA CRUZ  
*Secretario de Hacienda*                      *Comendador Supremo*  
*Orden de los Caballeros de Rizal*

---

MIEMBROS

DECOROSO ROSALES  
*Chairman, Comité de Educación*  
*Senado de Filipinas*

MANUEL S. ENVERGA  
*Chairman, Comité de Educación*  
*Cámara de Representantes*

VICENTE G. SINCO  
*Presidente de la Universidad de*  
*Filipinas*

GERÓNIMA T. PECSON  
*Chairman, Comisión Nacional de la*  
*UNESCO*

ERNESTO R. RODRIGUEZ, Jr.  
*Director interino del Buró de*  
*Bibliotecas Públicas*

BENIGNO ALDANA  
*Director, Buró de Escuelas Públicas*

JESÚS E. PERPIÑÁN  
*Director, Buró de Escuelas Privadas*

LUIS MONTILLA  
*Chairman, Comité Histórico de*  
*Filipinas*

EUFRONIO M. ALIP  
*Presidente, Sociedad Nacional*  
*Histórica de Filipinas*

JOSÉ P. BANTUG  
*Agregado Cultural a la Embajada*  
*de la República de Filipinas en*  
*España (1953-1955)*

LEONCIO LÓPEZ RIZAL  
*Miembro Fundador*

*Consejo Nacional de Investigación*  
*Científica*

VICENTE OROSA  
*Ex-Secretario de Obras Públicas y*  
*Comunicaciones*

EDUARDO QUISUMBING  
*Director, Museo Nacional*

---

LUIS MONTILLA  
*Director Ejecutivo*

VEDASTO G. SUÁREZ  
*Sub-Director y Secretario*

---

COMITÉ DE PUBLICACIONES

LEONCIO LÓPEZ RIZAL, Miembro

LUIS MONTILLA, Miembro

JOSÉ P. BANTUG, Miembro

VICENTE DEL CARMEN, Secretario

Publicaciones de la  
COMISIÓN NACIONAL DEL CENTENARIO DE JOSÉ RIZAL

ESCRITOS SOBRE JOSÉ RIZAL

---

Tomo XIII

LIBRO PRIMERO

**RIZAL ANTE LOS OJOS DE SUS  
CONTEMPORÁNEOS**



EDICIÓN DEL CENTENARIO

---

MANILA  
COMISIÓN NACIONAL DEL CENTENARIO DE JOSÉ RIZAL  
1961



## P R E F A C I O

(Rizal ante los ojos de sus contemporáneos)

La personalidad de un individuo es extraordinariamente tan compleja que hasta el presente, los científicos y psicólogos no han llegado a formular un método, aceptable para todos, de estudiarla. Indudablemente, la personalidad no es solamente en lo físico, ni el modo característico de pensar y obrar de una persona, que se manifiestan en su manera de ser, en su conducta, en sus gestos, en sus actos, en sus propósitos en la vida etc., sino también el estímulo que despierta en los otros, esto es, su personalidad como aparece a los demás.

Para exponer lo primero tenemos su biografía y publicamos todos los escritos hallados incluyendo su correspondencia epistolar, sus retratos, y sus obras de arte, pero para dar a conocer lo segundo, no encontraremos otro medio que espigar de lo mucho que se ha publicado de Rizal, las opiniones que de nuestro héroe se han formado sus contemporáneos, y publicarlas en este tomo.

¿Quiénes mejor que estos podían darnos idea acabada de este aspecto de su personalidad? Ellos le han conocido, le han tratado personalmente, han convivido con él y han seguido paso a paso su vida. Con unos se ha tratado íntima y familiarmente, tuteándose, mientras que con otros más a distancia, tratándose con respeto y consideración.

Muchas de estas opiniones se han acotado de las muchas cartas de su correspondencia personal, que a nuestro juicio son sinceras y francas, sin ningún matiz de adulación y desinteresadamente; otras en cambio de artículos publicados y expresados con espontaneidad y franqueza. Incluimos también otras emitidas en artículos escritos después de su muerte por personas de autoridad, tanto filipinos como extranjeros.





## TABLA DE MATERIAS

<b>DE SUS CONTEMPORÁNEOS</b>	<b>PÁGINA</b>
DE BASILIO TEODORA MORÁN .....	1
DE MIGUEL MORAYTA .....	1
DE MARIANO CATIGBAG .....	2
DE JOSÉ M. CECILIO .....	2
DE CEFERINO DE LEÓN .....	2
DE FELIPE ZAMORA .....	2
DE GRACIANO LÓPEZ-JAENA .....	3
DEL PROF. FERNANDO BLUMENTRITT .....	3
DE J. PEILIFEN .....	4
DE ANTONIO LUNA .....	4
DE MARIANO PONCE .....	5
DE EVARISTO AGUIRRE .....	5
DE MARCELO H. DEL PILAR .....	6
DE M. ELEJORDE .....	6
DE GUILLERMO PUATÚ .....	6
DE GUILLERMO PUATÚ .....	7
DE CATALINO DIMAYUGA .....	7
DE TOMÁS ARÉJOLA .....	8
DE LORENZO MICLAT .....	9
DE JOSÉ ALEJANDRINO .....	9
DE CONSUELO ORTIGA Y PÉREZ .....	10
DE MARCELO H. DEL PILAR .....	10
DE ANTONIO LUNA .....	20
DE JUAN LUNA .....	23
DEL PROF. FERNANDO BLUMENTRITT .....	23
DE ISABELO DE LOS REYES .....	32
DE MAXIMINO PATERNO .....	35
DE JOSÉ TAVIEL DE ANDRADE .....	43
DE ANTONIO MA. REGIDOR .....	44
DE JAVIER GÓMEZ DE LA SERNA .....	48
DE WENCESLAO E. RETANA .....	59
DE MIGUEL DE UNAMUNO .....	83
DE JOSÉ MA. BASA .....	109
FROM T. PARDO TAVERA .....	111
DE EDUARDO DE LETE .....	143
DE JOSÉ ALEJANDRINO .....	144
DE RAFAEL PALMA .....	152
DE LORENZO P. MARQUÉS .....	167

## **DE OTROS**

DEL PRESIDENTE EMILIO AGUINALDO .....	169
FROM PRESIDENT MANUEL L. QUEZON .....	170
DEL PRESIDENTE SERGIO OSMEÑA .....	171
KAY PRES. JOSE P. LAUREL .....	179
FROM PRESIDENT MANUEL ROXAS .....	183
FROM PRESIDENT ELPIDIO QUIRINO .....	194
FROM PRESIDENT RAMON MAGSAYSAY .....	201
FROM PRESIDENT CARLOS P. GARCIA .....	206
FROM JAMES ALEXANDER ROBERTSON .....	218
DE ANTONIO IRAIZOS .....	231
DE JOSÉ MA. FRANCÉS .....	232
DE LA SEÑORA DE LAIGNIER .....	234
NOTAS .....	235

## DE SUS CONTEMPORÁNEOS

### De Basilio Teodoro Morán:<sup>1\*</sup>

“Las personas que componen esta redacción incluso el Director y otras entidades ilustradas de esta capital, han tributado elogio a su trabajo, y han dicho que ni aquí, ni en España solo Castelar podría producir igual trabajo literario tan lleno de oportunos conceptos e imágenes poéticas. Le felicito pues por ello calurosamente, deseando que V. siga en el camino que ha emprendido, que todos nosotros le auguramos inmarcesibles lauros para gloria suya y del confín español que le vió nacer.”

—*E. R., Carta #29, 12 Septiembre 1882, Tomo I, p. 39*

---

### De Miguel Morayta:<sup>2\*\*</sup>

“Vine a casa de nuestro amigo Paterno, para averiguar dónde mora usted y en su casa le escribo.

A últimos de Febrero, los compañeros celebrarán con una velada el aniversario de Giordano Bruno.

Se leerán trabajos exclusivamente de estudiantes. Y como yo sé lo mucho que usted vale, le suplico me envíe algo de sus escritos, algo en prosa o en verso, que se leerá en esta velada.

Se trata de una manifestación en favor de la libertad del pensamiento y caben en ella muchos asuntos más que Giordano Bruno.”

— *E. R., Carta #49, 23 Enero 1883 Tomo I, pag. 79-80*

---

\* Véanse las notas desde la página 235.

\*\* Véanse las fotos después de la pág. 167.

### De Mariano Catigbac:<sup>3</sup>

“Con riesgo de herir tu modestia, me permito decirte que estás dotado de gigantescos vuelos, por cuyo motivo hago votos para tu prosperidad y gloria de Filipinas.”

—E. R., Carta #66, 27 de Junio, 1884 Tomo I, p. 122.

---

### De José M. Cecilio:<sup>4</sup>

“Sentiría, querido tocayo, que dejase V. la pluma por el bisturí, puesto que tengo la seguridad de que por la primera está más inmediata su inmortalidad.”

—E. R., Carta #67, 31 Agosto, 1884, Tomo I, p. 124.

---

### De Ceferino de León:<sup>5</sup>

“Aquí todos sin novedad, y pocas son las veces que nosotros nos vemos, de manera que puedes figurarte nuestra reservada actitud, que cada uno se va al viento que le sopla, desde que te marchaste, ya no se ha visto una agrupación numerosa de *chinos* en ningún lado y en ninguna reunión, parece que un fuerte huracán de egoísmo ha roto el lazo de armonía que antes se veía en los paisanos, hoy ya no hay aquellas tertulias amigas donde en cualquier sitio se reúnen para comunicar sus impresiones; hoy, si acaso, hay algunas que otras parciales agrupaciones, es para ser centro de murmuraciones injustas, unos a otros lanzándose quejas y, por consiguiente, es paso para entibiar las buenas compañías.”

“Cualquiera diría que algo en la colonia falta para llevar en su seno un remedio; en este concepto yo puedo asegurarte que el mal ha originado desde tu ausencia.”

—E. R., Carta #93, 2 Marzo 1886, Tomo I, p. 168.

---

### De Felipe Zamora:<sup>6</sup>

“... a fines del mes de Julio del 84, fuí llamado a ver un enfermo en Calamba, y de visita en su casa, hablé a sus queridos padres de los progresos que V. había hecho en la Medicina, y Filología; hablando de si convenía hacerle volver

a este país, en cuanto tuviese V. terminada la carrera, les aconsejé, no lo hiciesen aunque por ello tuvieran que hacer un pequeño sacrificio, pues por los enciclopédicos conocimientos adquiridos por V. en Europa, estaría aquí mirado con mucha prevención, y expuesto a tener muchísimos disgustos y si tuviese V. necesidad algún día de volver a este país, le aconsejaría no lo hiciese, sin antes cambiar de nacionalidad, y si fuese factible, opte V. por la alemana, inglesa o norte-americana para así evitar los atropellos a que están aquí expuestos todos los *Israelitas*.”

“No le digo nada de los muchos acontecimientos que he presenciado desde que volví aquí, porque V. quizá ya estaría enterado por los periódicos de allí, y si quiere más pormenores puede V. preguntar a nuestro Don Valentín Ventura”.

—E. R., *Carta #100, Mayo 1886 Tomo I, p. 178.*

---

### De Graciano Lopez Jaena:<sup>7</sup>

“...Yo, como tú, me someto al jefe que tú deseas hallar y yo creo que nadie más que tu puedes erigirte, en la seguridad que los suyos genuinos te seguirán a ojos tapados, ya para la gloria, ya para el abismo”.

—E. R., *Carta #126, 16 Marzo 1887 Tomo I, p. 253.*

---

### Del Prof. Fernando Blumentritt:<sup>8</sup>

“...Ya sabía que Vd. era un hombre de talento extraordinario (ya me lo había dicho Pardo de Tavera y esto podía verse también por el tiempo maravillosamente corto en que Vd. ha adquirido mi difícil y tosca lengua materna), pero, esto no obstante, su obra ha excedido mis esperanzas y me considero feliz de haberme Vd. honrado con su amistad. Pero no solamente yo, sino también su nación se puede llamar feliz por tener en Vd. un hijo y patriota tan leal. Si Vd. continúa así, podrá Vd. convertirse para su pueblo en uno de aquellos grandes hombres que ejercerán una influencia determinante sobre el desarrollo de su vida espiritual. Con mayor impaciencia que antes, espero hoy el momento en que le he de conocer personalmente.”

—E. R., *Carta #129, 27 Marzo 1887 Tomo I, pp. 258-259.*

### De J. Peilifen:<sup>9</sup>

"...Yo me he dirigido directamente al Sr. Balaguer que me titula amigo, comunicándole mis ideas sobre las reformas que deben ser establecidas en nuestro país. Yo quiero conservar esta correspondencia por amor a Rizal; quizás un día será muy útil a nuestro inmortal amigo esta mi conexión con el ministro de Ultramar, sin embargo de que no vivo de ilusiones sabiendo que el Capitán General de Filipinas no respeta siempre lo que dispone la autoridad de Madrid."

—E. R., *Carta #153, 6 Septiembre 1887 Tomo I, p. 301.*

---

### De Antonio Luna:<sup>10</sup>

"y hemos tenido (Luna y Ponce) largas conversaciones viniendo a parar al (periódico) y a su dirección. Deseando de saber el parecer sobre quienes podrían llevar esta batuta, le indiqué a José Rizal, y si éste por muchísimas razones no pudiera venir, a Julio Llorente, pues a mi juicio ninguna mas puede encargarse de labor tan dificultosa. Por eso te escribo para suplicarte vengas a dirigir esto, porque hay aquí tal confusión, existen tales divisiones, que te creo necesario para llegar a algo serio, algo que no sea niñería, ni obra de chiquillos, como hasta ahora veníamos haciendo. El orgullo necio de unos cuantos y el patriotismo falseado de estos mismos, están creando (o ya lo han hecho) ciertas divisiones perjudiciales para todos. Ahora bien, es el deseo de la mayor parte, de casi todos los filipinos (a excepcion hecha de Aguirre y Lete cuyas opiniones desconozco) que vengas a tomar la dirección de ese nuevo eco del país, y, pues que promete ser un hecho por contar con medios y fondos, urge pues seria dirección, no la de unos cuantos niños de cuya capacidad, sin prueba cierta de validez, se puede dudar. Repito, pues, el deseo de todos sin distinción de verte al frente de este edificio que cada vez amenaza desmoronarse por partes."

"esperaba de tí respuesta semejante por lo que toca a Llorente y a Lete, mas tu opinión con respecto a la dirección del periódico que será un hecho, me pone en vías de trabajar por ti — porque trasluzco en tu carta que imponiéndote el deseo de todos los paisanos, obligándote, poniendo para esto de relieve los deberes para el país, ¿podremos ver, en día no lejano, establecida la concordia que nos hace falta y encon-

trada la deseada fórmula para llegar a la unión? ¿Como? Con tu dirección.”

“Pues bien; es un deseo general aquí que vengas a dirigir el periódico *España en Filipinas* porque en tí verá el único capaz de poder unir a todos — En uno y otro bando existe el deseo de que vengas.

“Las ventajas por que vengas, son estas: 1ª Eres tú el único que por tus excepcionales condiciones (sin adulación) te haces respetar de todos; por consiguiente, conseguirás la aproximación de todos y el alejamiento de los interesados; 2ª, Viniendo tu a dirigirlo, tienes mas ventajas que Llorente, pues en Filipinas te conocen por tu producción última. Es decir, que aquellos de allá habrán encontrado lo que buscaban; 3ª, Algunos, *muy pocos*, tachan de algo débil a Llorente; pero esos mismos que se abstienen de votar por Llorente (dos a lo mas) votan por tí”.

“Por consiguiente, si de veras quieres que formemos nosotros un apretado lazo de unión sin distinción, atiende a los gritos del pubelo que te aclama.”

—E. R., Carta #199, 27 Octubre 1888 pp. 62-64.

---

### De Mariano Ponce:<sup>11</sup>

(*En esta carta, Ponce acota parte de su discurso en el banquete a Morayta en que, hablando de Rizal dice:*)

“Y antes de terminar, permitidme, Señores, que nombre en este momento un hombre querido y admirado por los mas de los presentes, como justo tributo al talento, a la laboriosidad, al patriotismo, ¡¡José Rizal!! Por su amor entrañable a aquel país que ha sido su cuna hoy se ve obligado a pedir hospitalidad en tierra extranjera.

..... Brindo por su prosperidad.”

—E. R., Carta #201, 1 Noviembre 1888 Tomo II, p. 68.

---

### De Evaristo Aguirre:<sup>12</sup>

“Ahora como entonces, es para mí uno de los amigos que más me han mostrado distinguirme con leal amistad, y el paisano que más afinidad ha tenido con mis ideas; así co-

mo, por mi parte, he de declarar a V., aunque no sea más que una vez, que siento hacia V. afecto verdadero, simpatías de sentimientos y admiración.”

—E. R., Carta #206, 11 Noviembre 1888, Tomo II, p. 76.

---

### De Marcelo H. Del Pilar:<sup>13</sup>

“Los elogios de Rizal a “La Soberanía Monacal” a poco más me envanecían, pues la cosa no era para menos: aplausos como los del autor del *Noli me tângere*, Consejo de los Dioses, Visión, etc., etc., etc., constituyen inapreciable triunfo para un autorcillo formado empíricamente en el país de los gobernadorcillos, directorcillos, abogadillos, fiscalillos y otras eminencias diminutivas; pero la verdad es que el deseo engaña y V. presenta un ejemplo palpable. Deseando redimirme, me creyó redimido. Acepto, pues, sus elogios a título de aspiración: *Salamat sa magandang ambil*. Gracias por la buena voluntad.

Rizal no tiene aun derecho a morir: su nombre constituye la más pura e inmaculada bandera de sacrosantas aspiraciones; y Plaridel y los suyos no son otra cosa mas que unos voluntarios que militan bajo esa bandera.

Por eso habrá V. observado que cuantos dardos se lancen contra su nombre son recibidos en el corazón de los que le quieren, de lo cual ha tenido pruebas palpables.”

—E. R., Carta #239, 10 Marzo 1889 Tomo II p. 145.

---

### De M. Elejorde:<sup>14</sup>

“¡Ay, José! La gente de aquí solo pregunta por ti y espera de ti; hasta los más pobres que viven en los montes me preguntan sobre tu vuelta y parece que te consideran el segundo Josué que va a hacer desaparecer la miseria.”

—E. R., Carta #268, 26 Mayo 1889, Tomo II p. 184.

---

### De Guillermo Puatú:<sup>15</sup>

“Anteanoche, último día del año pasado, tuvimos entre la colonia la comida de costumbre; aunque modesta que otros años, reinó en ella la fraternidad y el entusiasmo; en los brin-



dis hicieron alusiones a Vd. y a Luna (Juan) como glorias filipinas; las cuales fueron acogidas con una salva atronadora de aplausos."

—E. R., Carta #330, 2 Enero 1890 Tomo II p. 267.

---

### De Guillermo Puatú:<sup>15</sup>

"Vd. a quien se le puede llamar con razón, cabeza tutelar de los filipinos, aunque la comparación parezca algo ridícula, porque posee la virtud de atraer consigo enconadas voluntades, zanjar a las discordias y enemistades rencorosas, reunir en fiestas a hombres que no querían verse ni en la calle; a Vd. me dirijo como a tal y como amigo, para rogarle encarecidamente, se haga cargo de la adjunta carta de mi hermano que le remito."

"Aunque Vd. me ha conocido, desgraciadamente, por vobule en París, nunca lo he sido en el afecto a su persona, y cuidado si he visto soplar los vendavales de la envidia en torno a su estatua; pero esto más bien le ha favorecido que otra cosa; porque vacilante al principio sobre el movedizo pedestal en que se hallaba colocado, como nacido y levantado al calor del entusiasmo popular ha ido asentándose cada vez más, medido por este mismo vendaval."

—E. R., Carta #421, 2 Noviembre 1890, Tomo III pp. 120-121.

---

### De Catalino Dimayuga:<sup>16</sup>

"Como según creo, tiene V. su residencia fija en el exterior no permaneciendo en esa más que por cortos intervalos de tiempo, desearía y le rogaría a V. si pudiese, que él hiciera a su lado sus estudios, porque de esta manera le podría V. dirigir y aconsejarle, tanto en lo que se refiera a éstos, como en lo que afecta a su salud."

"Dispéñeme V. este egoísmo natural en un padre como yo, que teniendo a su hijo lejos de su hogar y expuesto a mil contingencias, busque un apoyo para las vicisitudes que le pueden sobrevenir y ninguno más que V. podría depararme la suerte, por su valía, por su desinterés y por las mil cir-

cunstancias que V. reúne, como por la estimación particularísima que profeso a su persona y que hoy y siempre me congratulo en expresar.”

—E. R., Carta #415, 8 Octubre 1890, Tomo III, pp. 111-112.

---

### De Tomás Aréjola:<sup>17</sup>

“... complázcome en dirigirle la presente no tanto por cumplir mi amistosa promesa al despedirme, como por el gusto especial que tengo de comunicarme con quien como a V. profeso singular simpatía y profunda admiración.”

“Apenas nos daba V. la espalda, se ha echado muy de menos su presencia de V. en nuestras reuniones, en las de Chamberí especialmente; excusado es decir quién era el alma de aquellas viernesadas.”

“... En fin, que en la Colonia en gral. y en la casa de la B..... ta en particular ha dejado gratísimos e impercederos recuerdos.”

“Digo de la Colonia en gral. en el sentido de que no todos han estado de acuerdo con V., unos por antiguos resentimientos, efecto de un orgullo inmoderado, otros por antipatía sólo explicable cuando el espíritu de la envidia se apodera de los corazones y la mayor parte engañada por una rigidez e imposición que equivocadamente se la atribuyeron a V. por sus contrarios.”

“El camino de la gloria siempre cuesta sacrificios; tolérelas V. por la patria, desechando rencores y resentimientos, después de todo, los que le admiramos, los que reconocemos a V. en lo que vale, somos los más, dispuestos a sostener en la medida de nuestras inteligencias sus doctrinas acerca de la cuestión de Filipinas.”

La verdad es esta: la influencia moral de V. sobre nosotros es indiscutible; la primera reunión que celebramos después que V. se marchó, se ha inaugurado con un incidente desagradable. Nos reuníamos para elegir Resp; y no sé por qué motivo, el caso es que Kanoy y Modesto se agarraron de palabras, terciando M. Rosario que continuó con el primero la bronca hasta darse de trompazos. Prueba de que a pesar del carácter de Resp. ¿interino? de cabezang Tetoy, y de Consejero iniciador de Lete por sufragio de la mayoría, no han sido suficientes para poner orden donde era necesario,

ni a dotar a la Colonia de una seriedad que su organización exige, y era preciso el tacto y la virtud persuasiva de un Rizal para que de cuanto queramos hacer para el bien común de la patria, resulte todo a pedir de boca. Todo esto lo confesamos nosotros, y forzoso es que lo confiesen tres o cuatro prójimos andando el tiempo.

Su primo de V. Pablo, es un infeliz en el buen sentido de la palabra; su marcha de V. le ha causado tan honda sensación que apenas llegamos a casa desde la Estación, se puso a llorar como un niño hasta después de cenar en que le aconsejamos se acostase y durmiese tranquilamente.

—E. R., Carta #439, 9 Febrero 1891, Tomo III pp. 158-160

---

### De Lorenzo Miclat:<sup>18</sup>

“el que os saluda es un humilde hijo de la patria y, por consiguiente, hermano vuestro, que sin conoceros desde hace mucho tiempo os distingue con su admiración y aprecio que se intensifican más, cada vez que se oye hablar de vuestro ilustre nombre en reuniones de personas respetables, loando vuestros hechos por la patria; por lo que llevado del entusiasmo por la alabada labor patriótica que realizáis por nuestro bien, se ofrece a ser uno de vuestros humildes servidores, coadyuvándoos con una cuota mensual o anualmente, esperando os digneis darme vuestra dirección para el giro o remisión de mi cuota.”

—E. R., Carta #507, 30 Diciembre 1891, Tomo III, p. 276

---

### De José Alejandrino:<sup>19</sup>

“En primer lugar, mi padre me ha escrito diciéndome que muchos de sus amigos de allá, han formado una sociedad, cuyo objeto es contrarrestar la funesta política de Del Pilar. Esta sociedad desea que V. aceptara la jefatura que le ofrecen y se viera a Europa a dirigir desde aquí una política más razonable. Creo desde luego, que aunque no sea más que por amor a nuestro desgraciado país”.

—E. R., Carta #510, 8 Enero 1892 Tomo III, pp. 279-280

## De Consuelo Ortiga y Pérez:<sup>20</sup>

Dice que él se ha fijado en una que es muy alta para él, pero que a pesar de haber hecho todo por distraerse, que ha sido inútil. Yo le escucho con gusto; porque habla bien y temo que crea con eso que le doy esperanzas, como es en realidad, pero me pasa que me gusta su conversación, me abandono a ella y luego que se va, me pesa; viene y vuelvo a hacer lo mismo.

. . . ahora, por el contrario, pienso en ellos y se dividen mis opiniones entre Rizal y Lete. El primero me tienta por su manera de hablar porque me parece un muchacho serio (por más que estoy escarmentada de los formales).

— *Memorias íntimas de Consuelo Ortiga y Pérez,*  
editada por Eduardo de Lete.

---

## De Marcelo H. del Pilar (*Pláridel*):

### NOLI ME TÁNGERE ANTE EL ODIIO MONACAL DE FILIPINAS

#### I

El monaquismo filipino no ha podido digerir la novela de J. Rizal, titulada *Noli me tángere*, sin embargo de la favorable acogida que mereció en el mundo político y literario de España y de otras naciones de Europa.

En Filipinas la censura desea que el *Noli me tángere* sea el *Noli me légere*.

Hé aquí el juicio emitido por un reverendo padre agustino.

Excmo. Señor:—El que suscribe, vocal de la Comisión permanente de Censura de estas Islas, ha leído y examinado, con todo detenimiento, el libro titulado *Noli me tángere*, llamado novela tagala, escrito por J. Rizal, natural de Filipinas, e impreso, según se lee en la portada del libro, el año 1887, en Berlín, (Berliner Bruchdruckerrci Aetien Gesellschaft).

Al tener que evacuar informe de orden de V. E. sobre este libelo infamatorio, lleno de falsedades y calumnias, y en donde el autor revela una ignorancia crasa de la historia de este país completamente salvaje, hasta que brilló en él la luz del Evangelio; degradado, como los pueblos idólatras que le

rodean, hasta que las sabias leyes de la Patria Española lo levantaron del miserable estado de atonía y postración moral en que se encontraba, debe manifestar el que suscribe, que juzga a este libro digno de la más acre y severa censura, y de la reprobación oficial y aun particular de toda persona honrada.

Fundado el autor en el odio mal disimulado que abraza en su corazón contra la madre que le dió el ser; en los escritos infamatorios de envidiosos extranjeros que han querido desacreditar una de las obras más grandes de la generosa España en estas Islas; y dándose el autor aires de Volneyista y Volteriano, su principal objeto es desacreditar, sin rebozo y descaradamente, todas las instituciones implantadas por la Metrópoli en estas apartadas Islas.

Ataca de una manera impía y violenta, algunos dogmas fundamentales y muchas verdades y creencias piadosas de la religión del Estado; siendo el blanco de sus furias las Comunidades religiosas y el benemérito cuerpo de la Guardia Civil, no tanto por el hábito que visten y por las reglas que profesan aquéllas y la misión social de éste, cuanto por considerar a ambas instituciones como el principal estorbo y barrera insuperable para la libertad separatista y completa independencia del País.

Nada de bueno, según el autor, ha traído aquí España, o tan caro le han costado a las Islas los pocos rudimentos civilizadores que posee, que mil veces sería preferible la degradación y la muerte que vivir bajo el despótico Gobierno de España.

Considera corrompidos y corruptores a los Tribunales de justicia, venales a los Gobernadores Generales, inepta la Administración, nula la enseñanza en un País en que más de un sesenta por ciento de individuos saben leer y escribir, abandonado el archipiélago a sus propias fuerzas, esclavos a los Filipinos, a quienes pretende despertar con gritos de sangre y de venganza, evocando los recuerdos de Cavite, para sacudir el yugo de la opresora dominación.

Pocas son las páginas del *Noli me tângere*, en donde no haya alguna proposición ofensiva a personas y a Instituciones respetables. En la imposibilidad de anotarlas todas y en comprobación de la censura que, en síntesis general, se ha emitido, el que suscribe llama la atención de V. E. sobre los puntos siguientes:

Tras de esa censura sintética, sigue una censura analítica, dividida en cuatro artículos cuyos respectivos epígrafes son:

Ataques a la religión del Estado.

Ataques a la Administración, a los españoles empleados del gobierno y tribunales de justicia.

Ataques al cuerpo de la Guardia Civil.

Ataques a la integridad de España.

Cita las páginas que, según el censor, contienen los ataques respectivos, insertando también textos de la obra, con especial cuidado de omitir las palabras que completan y justifican el pensamiento del autor.

Su mera lectura y confrontación con la obra censurada, bastan a patentizar si no la ignorancia, la mala fe del censor.

Y terminado el examen analítico, concluye el reverendo padre con las siguientes palabras:

Fundado, Excmo. señor, el que suscribe en los textos que, literalmente copiados, acaba de presentar a la ajustada y patriótica consideración de V. E., es de parecer que prohíba en absoluto por su autoridad la importación, reproducción y circulación de este pernicioso libro en las Islas.

Además de atacarse tan directamente, como V. E. ha visto, a la Religión del Estado, a Instituciones y personas respetables por su carácter oficial, está vaciado el libro en enseñanza y doctrinas extranjeras; y la síntesis general del mismo es inspirar a los sumisos y leales hijos de España, en estas apartadas Islas, odio profundo y encarnizado a la madre patria; posponiéndola a las naciones extranjeras, especialmente a Alemania, por quien parece tiene preferente predilección el autor del *Noli me tângere*. Su objetivo único es la independencia absoluta del País, queriendo romper con impía y osada mano la Integridad sagrada de la Patria, de esa Patria que le dió el ser, que le crió en sus nobles pechos, que lo alimentó con el pan y la doctrina de la civilización, y que de idólatra ignorante y degradado, ha hecho de Filipinas el país católico por excelencia, el más libre e ilustrado de los pueblos que viven bajo el amparo inmediato de las naciones europeas, y la raza más feliz que ha vivido bajo la benéfica sombra de las paternas Leyes de Indias, el Monumento en medio de las modernas civilizaciones, para amparar y asimilarse los infantiles pueblos que Dios le ha confiado, no para que los haga esclavos y degradados, como otras naciones, sino para que los enseñe e ilustre y haga brillar sobre ellos la aurora de la libertad cristiana y el sol esplendente de una nueva vida, de la social cultura y de la moderna civilización.

Este es el parecer del que suscribe para que sea prohibida en absoluto la circulación de este libro. V. E. no obstante, en su mayor ilustración y elevado criterio, determinará lo más prudente y acertado.

Manila 29 de diciembre de 1887.—Excmo. señor.—Fr. Salvador Font, agustino calzado.—Excmo. señor General de estas Islas Filipinas.

Magníficos son los golpes literarios con que procura embellecer su pensamiento el reverendo censor; pero las galas de retórica no bastan a disimular las desnudeces de la censura, en orden al defecto de la veracidad y de buena fe.

Es de notar la conducta del Padre Font. Califica la obra de libelo infamatorio; declara que ataca y ofende, entre otras instituciones, a la comunidad religiosa a que pertenece como fraile; y, sin embargo, ofendido y todo en su persona o en su corporación, no vacila en aceptar y desempeñar el cargo de censor, invocando su cualidad oficial de vocal de la Comisión permanente de censuras para juzgar la obra que dice le ofende. ¿Con qué garantiza entonces su imparcialidad?

La bilis que derrama en su escrito no demuestra la serenidad del que obra sin pasión y cumple su deber con rectitud de miras.

Examinaremos, sin embargo, el fallo de ese juez y adversario del novelista filipino.

## II

Es achaque antiguo del fraile desacreditar y calumniar toda tendencia civilizadora en Filipinas, parta de quien parta el pensamiento. Si parte del elemento gobernante, se le atribuyen propósitos de despotismo y lo denuncia al fanatismo del pueblo: si parte del elemento popular, se le atribuyen propósitos subversivos y lo denuncia a la iracunda ceguedad de los gobernantes.

Así tenemos que tan corta como lo es la historia de aquella región española, ya son funestas las páginas que registra respecto del clero regular.

Don Diego Salcedo, siendo primera autoridad de las islas, fue apresado y cargado de cadenas en su propio dormitorio por los frailes. Don Fernando de Bustamante, siendo jefe superior del archipiélago, pereció a puñaladas, arrancado de su palacio a la voz del clero regular. Don Simón de Anda Salazar, el acérrimo defensor de la integridad española, el Arzobispo Don Basilio Sancho, celoso defensor de la disciplina y moralidad de su diócesis, y otras autoridades civiles y eclesiásticas, sintieron sobre sí la implacable dominación de los conventos de Filipinas.

No es extraño, pues, que ahora emprendan con el autor del *Noli me tângere* obra esencialmente crítica, cuyo fin es el mejoramiento de Filipinas cifrándolo en el amor de España.

En efecto: satiriza cuantos vicios sociales halla así en las instituciones como en la clase popular. En las primeras, censura la simonía y la opresión ejercida por los religiosos, venalidad de los funcionarios que la realizan, la tutela teocrático-monacal sobre el gobierno filipino, sin pasar en silencio los abusos de la fuerza armada. En la segunda, en la clase popular, critica la pasión al juego de gallos; critica en Pedro, marido de Sisa, la holganza del padre de familias; en Bruno y Tércilo, la venalidad de la ignorancia; en capitán Tiago, el egoísmo, la hipocresía, el fanatismo, la ambición . . . y ¿qué más? en Crisóstomo Ibarra, el protagonista que representa el patriotismo, critica también la falta de fe en el espíritu liberal de la política española.

En la época de su ventura se negó Ibarra a gestionar reformas pacíficas para su país, y deseando apelar a medidas violentas en el momento de su desesperación, el autor condenó precisamente la aspiración separatista poniendo en boca de Elías la crítica más razonable que respira el diálogo siguiente:

C. IBARRA.—Ahora la desgracia me ha arrancado la venda; la soledad y la miseria de mi prisión me han enseñado; ahora veo el horrible cáncer que a esta sociedad se agarra a sus carnes y que pide una violenta extirpación. Ellos me han abierto los ojos, me han hecho ver la llaga y me fuerzan a ser criminal! Y pues lo han querido, seré filibustero, pero verdadero filibustero; llamaré a todos los desgraciados, a todos los que dentro del pecho sienten latir un corazón, a esos que os enviaban a mí . . . no, no seré criminal; nunca lo es el que lucha por su patria: Al contrario, nosotros, durante tres siglos, les tendemos la mano, les pedimos amor, ansiamos llamarlos nuestros hermanos, ¿Cómo nos contestan? Con el insulto y la burla, negándonos hasta la cualidad de seres humanos. ¡No hay Dios, no hay esperanza, no hay humanidad; no hay más que el derecho de la fuerza!

ELIAS.—Sois dueño de vuestra voluntad, Señor, y de vuestro porvenir. Pero si me permitís una observación, os diría: Mirad bien lo que vais a hacer, vais a encender la guerra, pues teneis dinero, cabeza, y encontraréis pronto muchos brazos; fatalmente hay muchos descontentos. Mas, en esta lucha que vais a emprender, los que más sufrirán



son los indefensos e inocentes. Los mismos sentimientos que hace un mes hacían que me dirigiese a vos pidiendo reformas, son también los que me mueven ahora a deciros que meditéis. EL PAÍS, SEÑOR, NO PIENSA SEPARARSE DE LA MADRE; NO PIDE MÁS QUE UN POCO DE LIBERTAD, DE JUSTICIA, DE AMOR. Os secundarán los descontentos, los criminales, los desesperados, pero el pueblo se abstendrá. Os equivocáis, sí, viendo todo oscuro, creéis que el país está desesperado. El país sufre, sí, pero aún espera, cree, y sólo se levantará cuando haya perdido la paciencia, esto es, cuando lo quieran los que gobiernan, lo cual aún está lejos. Yo mismo no os seguiría; jamás acudiré a esos remedios extremos mientras vea esperanzas en los hombres.

—¡Entonces iré sin vos!—repuso Crisóstomo, resuelto.—

—¿Es vuestra firme decisión?—

—Firme y única; testigo, ¡la memoria de mi padre! Yo no me dejo arrancar impunemente paz y felicidad, yo sólo he deseado el bien, yo que todo he respetado y sufrido por amor a una religión hipócrita, por amor a una patria, ¿cómo me han correspondido? Hundiéndome en un calabozo infame y prostituyendo a mi futura esposa. No, no; vengarme sería un crimen, sería ¡animarlos a nuevas injusticias! No, fuera cobardía, pusilanimidad, gemir y llorar cuando hay sangre y vida, cuando al insulto, al reto, se une el escarnio. Yo llamaré a ese pueblo ignorante, le haré ver su miseria: que no piense en hermanos; sólo hay lobos que se devoran, y les diré que contra esta opresión se levanta y protesta el eterno derecho del hombre para conquistar su libertad.

—¡El pueblo inocente sufrirá!—

—Mejor.—

Las anteriores líneas demuestran que el *Noli me tângere* dista mucho de ser separatista, y la apreciación del censor atribuyéndole tal objetivo, es sencillamente inexacta y calumniosa.

Es perdonable la exageración del Padre Font; encontramos natural su obcecación; dados los ataques que él mismo encuentra, acaso sospecha contra su corporación; pero sería muy sensible que la insidiosa mala fe impida o dificulte la corriente de fraternidad que viene identificando a España y Filipinas.

Tampoco encontramos comprobada la apreciación de que el autor del *Noli me tângere* tiene especial predilección por Alemania para los fines que tan sin fundamento se le atribuyen.

Pero debe tenerse en cuenta que el sistema de despertar odios contra filipinos por supuestas inclinaciones a esa nación ávida de colonias, sólo conseguiría excitar a Alemania o los celos de Francia, y de todos modos sería dificultar la política internacional de España respecto de sus posesiones.

Todos los intereses creados en Filipinas protestan contra tan fatal sistema del monaquismo, pues ya se sabe: este elemento no es español, no tiene patria, los Bancos del Asia aseguran su porvenir y nada les importaría acaso que aquel pedazo de España se vea envuelto en luchas internacionales.

### III

Merecen nuestro incondicional aplauso las frases entusiastas que dedica el P. Font a las aspiraciones de la Metrópoli en su campaña civilizadora respecto de Filipinas.

Reconoce en España el propósito asimilador para el archipiélago, lo reconoce como una misión que Dios le confiara, no para degradar a las colonias, sino para ilustrarlas y hacer brillar en ellas el sol esplendente de una nueva vida, de la social cultura y de la moderna civilización.

Lamentable es, sin embargo, que la campaña del gobierno encuentra barrera insuperable en los conventos. Erigidos en poder sin las responsabilidades del poder, se interponen hábilmente entre el gobierno y el pueblo, logrando de este modo sus fines de dominación a costa de uno y otro elemento.

Así lo reconoce el autor del *Noli me tângere*: al optimismo de los que desprecian el poder monacal para contar con los buenos propósitos del gobierno, pone en boca de un personaje la siguiente reflexión:

—¡El gobierno! ¡el gobierno! murmura el filósofo levantando los ojos para mirar al techo. Por más animado que esté del deseo de engrandecer el país en beneficio del mismo y de la Madre Patria; por más que el generoso espíritu de los Reyes Católicos lo recuerde aun alguno que otro funcionario y lo mente a sus solas, el gobierno no ve, no oye, no juzga más que por que le hace ver, oír y juzgar el cura o el provincial; está convencido de que sólo descansa en ellos, de que si se sostiene, es porque ellos le sostienen, que si vive, es porque le consienten que viva, y el día en que falten, caerá como un maniquí que perdió su sostén. Al gobierno se le amedrenta con levantar al pueblo, y al pueblo contra las fuerzas del gobierno: de aquí se origina

un sencillo juego que se parece a lo que sucede a los medrosos al visitar lugares lúgubres; toman por fantasmas las propias sombras, y por extrañas voces los propios ecos. Mientras el gobierno no se entienda con el país, no saldrá de esa tutela; vivirá como esos jóvenes imberbes que tiemblan a la voz de su amo, cuya condescendencia mendigan.

El gobierno no sueña en ningún porvenir robusto, es un brazo, la cabeza es el convento, y por esta inercia con que se deja arrastrar de abismo en abismo se convierte en sombra, desaparece su entidad, y débil e incapáz, todo lo confía a manos mercenarias.

O es exacta, o es inexacta esta reflexión. Si es exacta, si es verdad que el fraile empequeñece la entidad del gobierno, si es verdad que el gobierno padece un error lamentable al dejarse guiar por las inspiraciones monásticas, si es verdad que esta circunstancia es la que viene empañando en la Oceanía la brillante historia de las instituciones españolas, ¿por qué ha de merecer censura? ¿por qué ha de ser filibustero y anti-español, quien con sus estudios y con sus vigiliias ofrece al gobierno el contingente de sus conocimientos para deshacer vetustos errores y elaborar en Filipinas el prestigio de España?

Si no son verdades las anteriores líneas; si el fraile, por el contrario, responde fielmente a la confianza del gobierno; si secunda con sinceridad sus propósitos, ¿por qué esas dificultades en el progreso de Filipinas a que aspiran de consuno gobernantes y gobernados? ¿Por qué esas dificultades en la propagación del castellano, siendo así que los curas frailes disponen del profesorado que, sin su visto bueno, no cobran su haber? ¿Por qué en Filipinas constituyen recurso las escuelas privadas, cuando es gratuita la enseñanza pública inspeccionada por los curas? ¿De dónde parten las nubes que en el cielo filipino impiden brillar el sol esplendente de una nueva vida de la social cultura de la moderna civilización?

Disposiciones vigentes declaran *enemigos de la patria* a cuantos dificulten la difusión del idioma oficial en las islas; y, sin embargo, se imprimió y circula en el Archipiélago una novelita tagala destinada a desacreditar el estudio de nuestro lenguaje.\*

Titúlase *Si Basio Macunat*, escrita por el M. R. P. Fr. Miguel Bustamante, y en ella se sienta el dogma de que per-

---

\* Español—Ed.

judica al indio el conocimiento, pues desde el momento en que se separe del carabao, se hace enemigo de Dios y de su rey.

Esta obrita, no obstante aquella declaración legal, mereció la aprobación de la censura de que es individuo el P. Font, y, en cambio, viene anatematizando al *Noli me tângere*, porque lamenta la falta de unión entre el gobierno y el pueblo, y, sobre todo, que esa falta de unión debilite y anule la entidad del primero.

#### IV

Uno de los cargos que la censura manileña dirige al *Noli me tângere*, es el de evocar los recuerdos de Cavite.

El alzamiento que el autor refiere, previsto por el padre Salvi, y atribuído luego a Ibarra, guarda, en efecto, algún parecido a los sucesos de Cavite, ocurridos en 1872.

En aquella época, se agitaba la célebre cuestión del clero filipino, encaminada a reivindicar los derechos del secular.

El concilio tridentino declara incapaz de todo beneficio secular curato a todo individuo de la orden regular, por cuyo motivo los párrocos frailes, desempeñan sus curatos por puro privilegio y en calidad de interinos, mientras la escasez de clérigos seculares los hacían necesarios.

Ha cesado esa necesidad, y se dictaron disposiciones para la secularización de parroquias; con la circunstancia de que la apertura del Canal de Suez ofreció luego al país la facilidad de atraer al clero secular de España para el servicio de sus curatos.

Con este motivo se gestionó la continuación del asunto iniciado por el doctor Don Pedro Pelaez para el cumplimiento de aquellas disposiciones; y bajo la dirección del joven doctor Don José Burgos, los seculares sostuvieron la caducidad del privilegio regular respecto de los beneficios sobre curatos.

Vigorosa campaña de oposición emprendió por su parte el clero regular; y no pudiendo contrarrestar el derecho contrario, apelaron a mil recursos para levantar atmósfera contra el clero indígena. Se le ha rebajado hasta la cualidad de ser intelectual; se le acusó de consagrar hostia hecha con harina

de palay, y hasta tal punto llegó su esfuerzo que, pidiendo inspiración al darwinismo, lo hizo descender de la raza del mono.

Haciendo caso omiso de la historia filipina, pasando en silencio atentados monacales contra primeras autoridades del archipiélago, y borrada ya de la memoria la prisión de Salcedo y asesinato de Bustamante, popularizaron la idea de que el fraile es una necesidad en Filipinas para el sostenimiento de la integridad española.

Empezaron las calumnias; el recibimiento entusiasta al general La Torre fué interpretado como una aspiración separatista, y se ha ido levantando aquella atmósfera de desamor, que dificultó grandemente el progreso de Filipinas.

Entonces ocurrió el suceso de Cavite; unos cuantos soldados se insubordinaron en aquella plaza; a las doce fué sofocada la rebelión; y más tarde subían al cadalso condenados por un consejo de guerra tres curas del clero secular, el expresado doctor Burgos, Don Mariano Gómez y Don Jacinto Zamora.

Tales son los sucesos de Cavite, cuyo recuerdo debe ser objeto de un detenido e imparcial estudio. Filipinas ha entrado en el período de reformas y creemos que su acierto depende, en gran parte, en saber apreciar bien sus antecedentes históricos.

Importa, pues, determinar si el caso de Cavite fue una mera insubordinación militar o una sublevación popular.

Desde luego, demuestra lo primero la circunstancia de haber sido juzgado el hecho por un tribunal militar. En aquella época, ni Cavite, ni Manila, ni parte alguna del Archipiélago estaba en estado de sitio; no estaba publicada la ley marcial; y por lo mismo, los tribunales militares carecían de atribuciones sobre delitos políticos, su competencia se concretaba a delitos puramente militares.

El pueblo filipino no puede ser, pues, responsable ante la historia de aquella sublevación.

Carece, en consecuencia, de base el juicio que se forme contra los filipinos respecto de aquella rebelión; no se registra declaración solemne, una sentencia ejecutoria de tribunal competente que sancione como verdad auténtica e indiscutible la existencia de un hecho, que puede atribuir a los filipinos aspiración separatista de su madre patria.

Hay más, semejante aspiración se opone a los intereses de Filipinas; sus hijos no desconocen que separados de España, han de ser el juguete de las luchas internacionales; la situación topográfica del país diseminada en islas no se presta a ello; y atribuirles tal pensamiento, es atribuir en ellos la idea del suicidio. ¿Honraría a España suponer en Filipinas tan desesperado propósito? . . .

Luz, mucha luz reclama la apreciación de los sucesos de Cavite: y bajo este punto de vista, es conveniente agradecer la censura del P. Font que proporciona ocasión de que se discuta tan importante episodio del archipiélago filipino.

Al recuerdo de estos, el *Noli me tângere* en la página 43, responde con esta reflexión: «¡No, a pesar de todo; primero la patria, primero Filipinas, hija de España, primero la patria española! ¡No, eso que es fatalidad no empaña a la patria, no!»

¡Y esto lo censura el agustino Padre Font!

— *Apéndice de El Noli Me Tángere de Rizal Juzgado por el Profesor F. Blumentritt; Barcelona: Imprenta Ibérica de Francisco Fossas, 1889.*

## De Antonio Luna (Taga-Ilog):

No se habían borrado aún los tipos creados por la pluma de Rizal en su *Noli me tângere*, cuando nos sorprende con nueva labor literaria, más vigorosa y varonil que la primera.

Discutíase a Capitán Tiago, el indiferentismo en acción ligado con lo positivo; celebrábanse el carácter entero de Elías y la figura simpática de Crisóstomo Ibarra; brillaba aún, como fulgurante estrella, la melancolía de la novela, María Clara; atacábase rudamente al autor por el sello de verdad impreso en su libro, exteriorizando desvergüenzas de todo género, encubiertas por la mentira hermosa; se rendía tributo de admiración y simpatía a la pluma atrevida que levantó el velo de inexplicables misterios, y en estas sensaciones diferentes, vivas las imágenes, excitado el cerebro, aparece *El Filibusterismo* para completar el trabajo de una generación venidera.

«El nombre de Rizal, puesto que se ha desprendido del montón obscuro para brillar solo, tiene y tendrá que ser muy

discutido. Por eso se le juzga, a veces, con severidad, disminuyendo su mérito, o se le coloca entre nubes de incienso por tempestuosos vientos de irreflexión, entusiasmos pueriles, especie de fuegos de artificio, colorines y expresiones que un momento fulguran y luego ahogan. El desarrollo de un nombre llega a determinados límites, rompe por sus propias energías la envoltura natural, sin que haga falta extraña ayuda.»

«Rizal simboliza, con López Jaena, del Pilar y otros filipinos, una transformación hacia el progreso; con la publicación del *Noli me tângere*, él solo arrancó murmullos de admiración y entusiasmo de los mudos labios del pueblo filipino. El terreno estaba ricamente abonado, Rizal recogió el fruto; la semilla germinaba, y a sus esfuerzos, la planta creció. He ahí su mérito: el propio valer, la oportunidad y cierto espíritu temerario que siempre acompaña a las causas justas.»

«Las ideas preexistían, toda vez que había filipinos progresistas que, como ciertas plantas, se desarrollaban bajo la penumbra. ¿Que eran Don Joaquín Pardo de Tavera, D. Antonio Regidor, los abogados y el clericalismo filipino, entre ellos, los nunca bien llorados Burgos, Gómez y Zamora? Progresistas entusiastas por la civilización filipina. La semilla de éstos no se agostó; al contrario, se difundía. Entonces vino el *Noli me tângere* y precisó aquellas ideas, las dió forma, infundiéndolas vida, energía, movimiento, que era absolutamente preciso, según la ley del progresivo desarrollo, como la célula, el organismo, el mundo.»

«Estas ideas han ido sucediéndose como las fases de la luna y la periodicidad de las corrientes; en el cielo evolutivo de aquellas transformaciones no existió un vacío, un intermedio, una interrupción; elaborábase siguiendo el curso natural de las cosas, sin que pudiera decirse que hubo allí algo que se escapara a los ojos de la explicación, porque la *Naturaleza no hace saltos*. De una generación a otra el movimiento intelectual no ha permanecido inerte; las pasadas generaciones siguieron su camino hacia la muerte, pero en sus últimos instantes, en su postrer aliento, recogimos ideas de libertad, terrible secreto que no guardó la tierra.»

«Para nosotros, estudiantes de quince a veinte años, en Filipinas en 1884, que resultábamos cobardes e hipócritas, como si fuera un crimen el amor a la patria, nos parecía Rizal como un hombre extraordinario que allá en lontananza, sobre el pedestal labrado por su actividad, nos enseñaba el camino del progreso. Vientos de fraternidad, como a las hojas el huracán

nos llevaba de tarde en tarde, trozos de su pluma y los leíamos con admiración, los escuchábamos con sagrado recogimiento, asimilándonos aquellos conceptos, pesando los pensamientos, entusiasmándonos fácilmente, porque también en nosotros un eco había que, aunque tímido, respondía a su voz.»

«El movimiento progresista debido a Quiroga, Centeno, *Noli me tângere*, etc., está iniciado. En el seno de las familias, en el círculo de las amistades, en las fábricas del trabajo, en los conventos como en las aulas, en la ciudad como en la campiña solitaria, el libro de Rizal era comentado y discutido; en torno de Rizal iniciábase vital atracción, como de la periferia al centro, para traducirse luego en la brillante cristalización de un nombre ilustre.»

«Por vez primera, la vida de las opiniones políticas muéstrase a la luz abandonando los oscuros rincones en que yacía olvidada; las inteligencias remóntanse a otro mundo distinto de la realidad; los pueblos se convencen de que se pretende atar a un gigante para anonadarle, y la transformación reaccionaria surge, se desenvuelve; acentúase la dirección de la juventud hacia los altares de la civilización; la vieja iglesia del *statu quo* va derrumbándose . . . y si existen malos corazones que precipiten su ruina, tampoco hay abnegación suficiente que ponga pilastras para demorar la caída.»

«Nuestros compatriotas conocen ya el asombro, el entusiasmo que su novela levantó en todas las clases de la sociedad filipina. Pintura de la realidad, ejecutada por artista de fuerza descriptiva tan admirable, estaba llamada a levantar murmullos, despertar sentimientos de una y otra parte. Semejante éxito no era otra cosa que la correspondencia del pueblo, que opinaba de la misma manera que el autor.»

«No me detengo en escribir las persecuciones de que fueron objeto los poseedores de este libro. Aquella oposición favoreció en extremo a Rizal y a la causa progresista; el plan de los elementos reaccionarios fue perjudicial, parecido al esfuerzo temerario, irreflexivo, del bandido cogido *in fraganti*. Pero el efecto producido por la aparición de la novela recuerda el pánico, el terror de un ejército sorprendido en medio de las dulzuras de un sueño indolente, cuando creíase fuerte ante la debilidad del contrario.»

«La transcendencia del *Noli me tângere* ha sido tan grande por las circunstancias que la rodearon, que ningún



éxito será tan franco, espontáneo y sincero que el alcanzado por Rizal. Admitimos que en el transcurso del tiempo aparecerán literatos filipinos tan buenos o mejores, pero será difícil que encuentren acogida tan simpática.»

— *La Solidaridad; Madrid 31 de Octubre de 1891, pp. 544-545.*

---

### De Juan Luna y Novicio:<sup>34</sup>

“Te felicito por tu obra maestra, (El Filibusterismo) pues a mi poco entender continúas tocando las llagas filipinas de tu primera novela, que expresa el estado de nuestra pobre Filipinas y en tus ideas se asimilan miles y miles de desgraciados. En fin, eres el creador de nuestra novela y el que levantará con sus escritos la independencia de pensar, que es la primera de las libertades, si no la única, que el hombre tiene.

Ahora espero y auguro que vaya a Filipinas tanto trabajo, por tí acumulado, y que tú te quedes en Europa a trabajar por el bien de los millones de filipinos que somos.

*E. R., Carta #480, 23 Septiembre 1891, Tomo III p. 232*

---

### Del Prof. Fernando Blumentritt:

El 30 de Diciembre de 1896, los españoles fusilaron en Manila al Dr. José Rizal, al hijo más grande de Filipinas como pseudo-iniciador de la revolución que reinaba en ese archipiélago. Era tagalog, nacido en Calamba, un pequeño pueblo de la provincia de Laguna de Bay, Isla de Luzón. Primeramente había sido destinado a la carrera eclesiástica, pero le atraía más el estudio de la medicina, y así aprobó los exámenes de esta en Manila y Madrid, recibiendo en esta última ciudad el diploma de Doctor en Medicina y Filosofía. Amplió sus estudios en ese ramo en París, Heidelberg, Leipzig y Berlín, y se dedicó al mismo tiempo a estudiar idiomas y etnografía; fue más tarde nombrado miembro de la sociedad antropológica de Berlín. De vuelta a su patria, se vió muy pronto forzado a emigrar, puesto que su novela *Noli me tângere* le había

atraído el odio insaciable de los viejos españoles. Después de una breve estancia en el Japón y Norte América, se estableció en Londres, donde, bajo la dirección del Dr. Rost perfeccionó sus estudios de idiomas, y se ocupó, al mismo tiempo, de la segunda edición de la célebre obra de Morga, *Sucesos de las Islas Filipinas*, que entonces publicó en París. En Biarritz, París, Ginebra y Bruselas escribió su segunda novela política, *El Filibusterismo*. Durante algún tiempo practicó la medicina en Hong-Kong, desde donde se dirigió a Borneo Norte Británico, con intención de fundar allí una colonia agrícola-filipina. Consiguó permiso para visitar su patria, pero fue arrestado allí por haberse encontrado supuestamente en sus baules, en la Aduana, escritos antiespañoles.

Fue deportado a Dapitan de donde pudo haberse evadido fácilmente. Fiado en su inocencia se quedó en el destierro. Cuando estalló la revolución, le acusaron inmediatamente como su principal promovedor. Fue querellado tres veces en cinco meses, y, por último, vieron sus poco cristianos enemigos sus deseos realizados: a la tercera vez, fue sentenciado a muerte y ejecutada la sentencia. Esta es en pocas palabras su vida, pero no es de Rizal el político, la desgraciada víctima de la venganza política y personal de quien tenemos que ocuparnos en este escrito, sino de Rizal, el tagalog intelectual, que sentía por su patria un amor romántico, y consideró como deber suyo dedicar su vida en la educación de los malayos filipinos para ponerlos, hasta donde humanamente fuese posible, al nivel cultural de los europeos.

Se ocupó principalmente en el análisis de los sentimientos que influyen recíprocamente y, de cuando en cuando, a las razas blanca y de color. Nadie como él estaba en condiciones para emprender el estudio de la importantísima cuestión de la psicología de las naciones y acercarse a su solución, pues era de raza morena y había vivido en su patria entre sus sencillos compatriotas, lo mismo que entre los blancos, mestizos y otras razas de Manila y conocía, «a fondo» Europa, Hongkong, Japón y Estados Unidos, no como «un viajero de paso.» Sus extensos conocimientos lingüísticos le facilitaron la lectura de todo lo importante que se publicaba en los países civilizados sin que su vigorosa inteligencia se apegase nunca a lo superficial.

Así estaba pertrechado y no en balde. Aunque no le fue posible consignar sus observaciones en un libro, tocaba este tema tan a menudo en sus numerosas cartas, y tanto me habló

sobre el mismo, que bien puedo comunicar aquí sus ideas fundamentales. He de observar, sin embargo, que Rizal se ocupó solamente de la relación entre los blancos y la raza de color filipina, pues, decía él, que la psiquis de las otras de color le eran desconocidas.

Rizal decía que aún de niño ya había sentido profundamente que los españoles le trataban con desprecio, nada más que porque era *indio*. Desde entonces trató de saber qué fundamento moral tenían los blancos, y sobre todo los españoles, de mirar despectivamente a un hombre que pensaba, aprendía y podía lo mismo que ellos, sin más razón que la de tener la piel morena y el pelo lacio.

Los europeos se consideran dueños absolutos de la tierra, y su raza como la única portadora del progreso y la cultura, también como la única especie del género *homo sapiens*, declarando las otras razas inferiores, es decir, incapaces de asimilarse jamás la cultura europea; así las razas de color sólo representan simples variedades del género *homo brutus*, según la opinión de los europeos.

Rizal se preguntaba: ¿Son estas opiniones justas? Esta pregunta ya se hizo cuando era colegial y observaba atentamente a sus condiscípulos blancos y a sí mismo. Pronto cayó en la cuenta de que, en el colegio al menos, no se podía notar ninguna diferencia, en cuanto al nivel intelectual, entre el blanco y el nativo; había perezosos y diligentes, viciosos y morales, estúpidos y muy inteligentes, tanto entre los colegiales blancos como en los morenos. Le alentaba en este estudio de las razas a estudiar asiduamente; se había apoderado de él una especie de envidia racial. Se alegraba cuando un problema difícil, que sus condiscípulos blancos no conseguían resolver, era resuelto por él. Esto no lo consideraba él como un éxito personal, sino como un triunfo de su propio país. Era, pues, primeramente en el colegio donde obtuvo el convencimiento de que tanto los blancos como los nativos que trabajaban intelectualmente adelantaban de igual manera—*ceteris paribus*. De ahí dedujo, que tanto los unos como los otros tienen la misma capacidad natural.

Como consecuencia de esta deducción, se desarrolló en Rizal, según él mismo lo confiesa, hasta una especie de arrogancia justificada. Principió a acariciar la creencia de que los tagalos eran más intelectuales que los españoles (los únicos blancos con los cuales se había asociado entonces); Rizal contaba con placer, como había llegado a esta deducción enga-

ñosa. «Primeramente,» decía él, «en nuestro colegio no se enseña más que en español, es decir, los blancos reciben su instrucción en su propia lengua, nosotros los nativos tenemos que esforzarnos en una lengua extranjera para poder comprender la enseñanza, por eso nosotros debemos ser más inteligentes que los españoles cuando nos ponemos al nivel de ellos y a superarlos algunas veces.» Una más detenida observación despertó en él duda, sobre la preponderancia de la inteligencia europea. El notó que los españoles creían, que los nativos los veneraban como seres superiores, en la convicción de que los blancos habían sido creados de mejor barro que los nativos. Pero Rizal sabía muy bien que el respeto que los nativos demostraban a los blancos no significaba desprecio de su propia raza; el respeto era puramente superficial, dictado por el miedo y el egoísmo. De miedo, porque veían en el blanco a su amo y gobernante, el que despóticamente, aunque quizás con la mejor intención, les subyugaba. De egoísmo, porque veían que el europeo, por su vanidad de raza, siempre exhibía un lado débil; de él podían obtener mucho, si uno se arrastra y humilla (el europeo no le quiere de otra manera). Los nativos tampoco sienten respeto por el europeo, solamente se inclinan ante él; pero se ríen a sus espaldas, y se burlan de su arrogancia creyéndose ellos más astutos. Como los españoles no reconocen la verdadera intención de los nativos, Rizal se creyó con razón para considerarles inferiores a sus compatriotas en cuanto a perspicacia. El Dr. Rizal, en los últimos tiempos, recordaba con placer las deducciones engañosas de su juventud, porque decía él, lo había comprobado en sí mismo, cuán fácil era formarse juicios erróneos a propósito de una nación extraña: «Siempre que oía de boca de los europeos, o leía en sus libros opiniones sobre mi país, se refrescaban en mi memoria las ideas de mi juventud, y el enojo que de mí se apoderaba, desaparecía y sonriendo, citaba el refrán francés, *Tout comprendre, c'est tout pardonner.*» (comprenderlo todo es perdonarlo todo).

La estancia en España le abrió un mundo nuevo. Su horizonte intelectual principió a extenderse considerablemente. Nuevas ideas se apoderaron de él. Venía de un país donde reina la beatería, donde el fraile español, el empleado español, el militar español gobiernan con poder ilimitado cuerpos y almas. Aquí, en Madrid, encontró todo lo contrario; libre-pensadores y ateos hablaban libremente de una manera insultante de su religión y de su iglesia; la autoridad del gobierno la encontró aquí escasa, y no solamente vió a los liberales

pelear con los ultramontanos, sino que vió con gran asombro, que los Republicanos y Carlistas trabajaban abiertamente por la realización de sus ideales políticos. Un sentimiento de amargura se apoderó de él cuando vió la diferencia entre la libertad sin freno de la Madre Patria y la teocracia absolutista de su patria. Estudiaba ahora los varios partidos de España, pero este estudio no contribuyó a mejorar su opinión respecto de los europeos. Vió que todos los partidos se basaban sobre hermosos programas, comprobó también que aunque cada partido bajo sus jefes adolecía de cierta indisciplina, no solamente se acaloraban por un celo partidista, sino también por convicción propia; vió que la mayor parte de los políticos eran guiados consciente e inconscientemente por el orgullo y el egoísmo.

Más le asombraba aún el que las masas del pueblo se mostrasen indiferentes o que, sin reflexión, iban a las urnas electorales. «Esto también,» decía, «es el fruto de una vieja civilización de más de dos mil años; que de cien europeos noventa y nueve creen todo sin criticar lo que los redactores de sus periódicos favoritos tenían a bien participarles. Eso hacen mis tagalos también aunque no tengan la piel blanca.»

De mayor influencia para él fue su estancia en Francia, Alemania e Inglaterra. En estos países ensanchó sus conocimientos científicos, o por mejor decir, allí descubrió por primera vez el espíritu de la ciencia moderna de los idiomas; allí aprendió por primera vez el significado de la palabra etnografía.

En España se enseña principalmente—hablo aquí solamente de Filipinas—lenguajes y etnografía de una manera muy particular. Los frailes españoles escribían y escriben muchas gramáticas y diccionarios de los dialectos filipinos, pero sin tener conocimiento, (al menos, del conocimiento sistemático) de los otros idiomas malayos. Uno de ellos ha tratado de buscar la relación de los dialectos del país con los otros idiomas malayos, pero se desviaba por senderos aventurados. Solamente los jesuitas y el mestizo filipino, Dr. T. H. Pardo de Tavera, son gloriosas excepciones. En el estudio de los idiomas del Dr. Rizal contribuyó muchísimo la influencia personal del difunto Dr. Rost, de Londres. Los comentarios de éste y el estudio de las obras de W. von Humboldt, Jacquet, y del Profesor H. Kern le proporcionaron la visión de un mundo completamente nuevo. Se decidió a editar una obra sobre el verbo tagalog; más tarde, enmendó este plan, y en Dapitan escribió una gramática tagala en inglés, escribiendo, al mismo tiempo, una concordancia acerca de los elementos rela-

tivos del Tagalog con el Bisaya. Quería dedicar una de estas obras al Profesor Kern en nombre de los malayos, y la otra, en recuerdo del Dr. Rost. No le fue dado poder concluir los manuscritos. Arrastrado de juzgado en juzgado, hubo de morir en el sitio de ejecución. Felizmente nos quedó un tratado sobre la transcripción del tagalog, cuya traducción, apareció en las relaciones del Instituto Índico. Desgraciadamente contribuyó esta obra al aumento del odio de sus adversarios políticos, pues los españoles están tan apasionadamente predispuestos contra toda clase de obras genuinamente filipinas, que en ellas siempre husmean intenciones separatistas, y en Filipinas el que sea sospechoso de separatismo, puede estar seguro de un triste fin.

El estudio de etnografía de los españoles filipinos corre parejas con sus estudios lingüísticos. Todos los españoles que hoy día escriben sobre la etnografía de Filipinas están muy por debajo del nivel en que estaban a fines del siglo pasado, y a principios de este siglo, su célebre compatriota Hervás, pues saben menos que éste. Si se leen obras españolas modernas sobre la etnografía de Filipinas, se observa con asombro que sus autores trabajan lo mismo que los historiadores y cronistas de los siglos pasados; escriben sus propias observaciones o copian sin criticar los trabajos de sus antepasados, sin tener idea de la relación de las costumbres, moralidad, etc., de los filipinos con los naturales de los otros países. En una palabra, la moderna etnografía está todavía en España en pañales.

Rizal, crecido entre españoles, no estaba en este concepto mejor instruido que los españoles mismos. Solamente por mí, que fui el primero en llamar su atención en la brecha de su educación, ahora trató con verdadero ardor de ensanchar sus conocimientos en este respecto. Las etnografías generales de Peschel, F. Muller, Waitz-Gerland y Ratzel, los paralelos etnográficos de Andrée, las monografías de Wilkens, las publicaciones de cultura histórica de Lippert y Hellwald, fueron entonces el tema de su diligente y cabal estudio. Estos estudios no sólo profundizaron su saber, sino que le sirvieron también de gran consuelo. Pensó que solamente veía ahora que su nación no era de antropoides como afirmaban los españoles, pues encontró que los defectos y virtudes de los tagalos eran puramente humanos, y que las predilecciones y vicios de un pueblo no son solamente peculiaridades de raza, sino hábitos heredados sobre los cuales influyen el clima y el medio social.

En vista de esto, él continuó lo que llamaba «un curso de etnología práctica,» es decir, estudió la vida del campesino francés y alemán, porque como él suponía, los campesinos conservan por más tiempo sus características nacionales y raciales, y porque sus propios paisanos, que continuaban siendo casi todos agricultores, podían ser sólo comparados con los campesinos, quienes eran, de todas las clases europeas, los más adecuados para este fin. Con este propósito, en la mente se retiraba durante semanas y meses a las aldeas tranquilas donde observaba atentamente la vida de los habitantes.

El resultado de sus estudios científicos y «prácticos» lo resumía en los siguientes:

«(1) Las razas humanas se diferencian en sus hábitos exteriores y en la construcción de su esqueleto, pero no en cuanto a su psicología. Sienten las mismas pasiones, los mismos dolores que impulsan a los blancos, amarillos, morenos y negros; sólo que la forma en que estas se expresan es diferente, pero esta tampoco es constante en ninguna raza ni pueblo alguno, sino variable según la influencia de los factores diferentes.

(2) Las razas no existen más que para los antropólogos; para el observador de la vida de los pueblos, no hay más que capas sociales. El clasificar y nombrar estas capas constituirá el problema de los etnólogos. De la misma manera que se reconoce esquemáticamente la altura de las montañas por las capas de estratificación, así también se podría obtener una cosa similar comparando las capas sociales de la raza humana. Del mismo modo que hay montañas que no alcanzan las más altas capas de altura, así también hay pueblos que no poseen los más altos estratos sociales; los más bajos son comunes a todos los pueblos. En los antiguos territorios de cultura de Francia y Alemania forma la masa principal de la población una clase, que está al mismo nivel intelectual que la masa principal de los tagalos; solamente lo separan el color de la piel, el vestido y el idioma. Si los montes no se hacen más altos, los pueblos en cambio crecen poco a poco hacia los estratos superiores. Este crecimiento no depende solamente de la capacidad de los mismos pueblos, sino de la benevolencia del destino y de otros factores, en parte, explicables y en parte, incalculables.

(3) Cuando no solamente los políticos coloniales, sino también los hombres de ciencia afirman que hay razas de inteligencia limitada, que jamás pueden elevarse a la altura de los europeos, la verdad de la razón es la siguiente:

Con una inteligencia elevada sucede lo mismo que con la riqueza. Hay pueblos ricos y hay pueblos pobres como hay individuos ricos y pobres. El rico que cree haber nacido rico, se engaña a sí mismo; ha venido al mundo pobre y desnudo lo mismo que su esclavo. Lo que acontece es que

él hereda su fortuna que sus padres han adquirido. Creo que también la inteligencia se hereda. Los pueblos, que en ciertas condiciones especiales se vieron obligados a trabajar intelectualmente, tienen naturalmente la inteligencia más desarrollada que legan a sus descendientes, los cuales han seguido poniéndola a interés. Los pueblos europeos son ricos (en inteligencia), pero los presentes no pueden afirmar sin falsear que desde su creación hayan sido ricos (en inteligencia); han necesitado siglos de combate y trabajo, de circunstancias favorables, la necesaria libertad, leyes provechosas, y jefes de recto juicio para legar su riqueza intelectual a sus descendientes. Los hoy pueblos inteligentes, lo son por un largo proceso de herencia y lucha. Esto lo prueba la historia; los romanos no tenían mejor opinión de los germanos que los españoles tienen de los tagalos, y cuando Tácito los alaba, sigue el mismo camino de tendenciosa adulación como vemos en los secuaces de Rousseau, quienes creían realizados sus ideales filosófico-políticos en Tahiti.

(4) La pobre opinión que los europeos tienen de la gente de color se podrá explicar pero no excusarse. A los países exóticos no emigran hombres de carácter indeciso, sino enérgicos que no solamente se llevan consigo de su tierra el prejuicio contra la raza de color, sino también con el sentido de derecho legal que están llamados a gobernar sobre la gente de color. Si se supiera, lo que muy pocos europeos saben, que la gente de color teme la brutalidad de los blancos, con eso ya se puede explicar, el por qué la gente de color en las obras de los blancos aparece rebajada cuando ésta naturalmente no puede replicarles con obras impresas. Si se concede, además, que la gente de color pertenece a los más inferiores estratos sociales, así, el juicio de un blanco tiene el mismo valor que, cuando un tagalo educado, viajando por Francia y Alemania, juzgara a los franceses y alemanes según las pastoras, criados, camareros y cocheros.

(5) La desgracia de la gente de color está únicamente en el color de la piel. En Europa hay mucha gente que se ha elevado a los más altos puestos y honores, siendo descendientes de la esfera más baja del pueblo. Estos escaladores son de dos clases: Los unos se asimilan muy pronto al ambiente que les rodea, y nunca se les echa en cara su origen como una vergüenza, sino, al contrario, se les honra por ser *self-made men*. Los otros son los advenedizos de los cuales uno se ríe y se burla.

Un hombre de color se encuentra generalmente en la posición de la segunda clase de los escaladores, porque por más noble y pundonoroso que sea, en todas las acepciones de estas dos palabras, siempre lleva en la cara la marca indeleble de su descendencia, lo que trae para el hombre de color, según prejuicios europeos, penosas humillaciones.



Aquí se critica todo; un pequeño error que se perdonaría sin escrúpulos al hijo de un zapatero que se ha elevado hasta hacerse un barón, y que lo mismo pudo haberle pasado a un descendiente de Montmorency, causa risa y se oye la observación: «qué quiere V., si es un moreno.» Pero, si no se peca en contra de la etiqueta, si es uno un hábil abogado, un buen médico, esto no se toma como una cosa que se entiende por sí sola, sino que le miran a uno con la misma benevolencia, con que se admira en un circo a un perro lanudo, pero no como a un hombre de mérito.

De la mala opinión que se tiene de la gente de color, también es responsable la circunstancia de que en los trópicos la servidumbre es gente de color. Si una señora alemana se queja de sus sirvientes porque son torpes, con seguridad que no llegaría al extremo de aplicar este adjetivo a toda la nación alemana; pero los europeos que viven aquí en los trópicos llegan a esta inconsecuencia sin escrúpulos y duermen sosegadamente el sueño de los justos.

También contribuyen los comerciantes a la desfavorable opinión que se ha formado de la gente de color. Los europeos vienen a los trópicos para enriquecerse lo más pronto posible. Eso sólo es posible comprando en el país a precios asombrosamente baratos. Los nativos no consideran este procedimiento como realmente comercial. Creen que los blancos les quieren engañar, y, a su vez, arreglan para aprovecharse de los europeos, mientras que entre sí se tratan más honradamente. Los europeos les llaman entonces embusteros y engañadores, pero cuando ellos mismos tratan de explotar la ignorancia de los nativos sin darse cuenta, creen que tienen el derecho moral como blancos de obrar inmoralmente hacia la gente de color.»

El Dr. Rizal afirma finalmente que no se sorprende del prejuicio que los europeos tienen en contra de la gente de color, después de haber visto en Europa los injustificados prejuicios que las naciones europeas se tienen entre sí.

Él era siempre benévolo y justo en sus opiniones respecto a pueblos extranjeros. Su viva y clara inteligencia, su amabilidad personal, sus finos modales de hombre de mundo y su noble y buen corazón le atrajeron amigos por todas partes; por eso es que la muerte trágica de este hombre noble, intelectual y querido causó un sentimiento general. Rizal también era un artista de mérito, dibujante y escultor. Poseo de él tres estatuas de terracota, que pueden apropiadamente considerarse como símbolos de su vida. La una representa al encadenado Prometeo; la segunda, la conquista de la muerte sobre la vida—esta escena es especialmente original—un esqueleto, envuelto en la sotana de un fraile, arrastra en sus brazos el cadáver de una niña; la tercera representa una forma feme-

nina, que está de pié sobre una calavera y en sus manos alzadas tiene una antorcha ardiente: es el Triunfo de la Ciencia y de la inteligencia sobre la muerte.

En todo caso ha sido Rizal el hombre más célebre, no solamente de su país, sino de toda la raza malaya. Su recuerdo no morirá en su patria y las generaciones venideras de españoles pronunciarán ciertamente su nombre con respeto. *No ha sido nunca un enemigo de España.*

— Ferdinand Blumentritt, «Dr. Jose Rizal. Biographische Skizze,» *Internationales Archiv für Ethnographie, Vol. X (1897), p. 88. Traducción del Sr. Adolfo Soanielberg a instancia del Dr. José P. Bantué.*

---

## De Isabelo de los Reyes:<sup>21</sup>

Ahora, Excmo. Sr., voy a revelar la terrorífica organización de la tenebrosa asociación de los *hijos del pueblo*, llamado *katipunán*; pero para que sea completa esta *memoria* y pueda V. E. formar cabal idea del origen y fines del elemento que se ha levantado en armas, es preciso escribir y hasta pintar, con el mismo cariño y devoción que los tagalos le profesan al Dr. Rizal, que es su ídolo y su bandera, pues hartó lo sabe V. E. que el historiador o narrador muchas veces debe asimilarse los mismos sentimientos del objeto que desea retratar para conseguir viva fidelidad.

En efecto, no se escribe la vida de Rizal; hay que cantarla, como diría Lamartine. Para ello se necesita ser otro Rizal, su propia inspirada musa, pero para mi objeto, contentémonos con lo que dé mi tosca pluma.

Cuando las balas españolas extinguieron aquella vida tan preciosa, tenía José Rizal unos treinta y siete años de edad; desde su infancia demostró siempre un gran talento, y siendo estudiante del Ateneo Municipal de Manila, ganó en brillante lid, con una poesía suya, la pluma de oro que ofrecía el Liceo de esta ciudad. Era doctor en Medicina y en Filosofía y Letras, y desde un principio vióse rodeado de una justa aureola de popularidad por su talento, por su dulce carácter, por su amena conversación, por su valor, apuesta figura y destreza en el manejo de las armas. Y esa popularidad subió de punto cuando supo reunir y presentar en unas novelas escritas en

lenguaje correcto, elegante y hasta poético (que es lo que más agrada al gusto oriental de los filipinos), las quejas, las aspiraciones hasta entonces latentes; el amor y, en suma, todos los sentimientos del pueblo filipino.

Sostuvo Rizal, o su familia dirigida por él, un pleito con la Corporación de los frailes dominicos, sobre el cánon que su familia se negaba a pagar, pretendiendo ser ella la propietaria del terreno en cuestión. El Juzgado dió la razón a dichos frailes, condenando a la familia de Rizal a ser lanzada del terreno, y como ésta se acogiera a Manila, porque el lanzamiento iba a ser por la tropa, se declaró abandonada su causa y tuvieron que destrozarse y quemarse sus casas, causando la completa ruína de esta familia, algunos de cuyos individuos fueron además deportados.

Rizal estaba entonces en el extranjero, donde le era ya imposible continuar con la ruinoso lucha, y noticioso de la recitud del entonces gobernador general de Filipinas, señor Despujol, le escribió manifestando sus deseos de volver a su país natal, prometiendo no meterse en política, con tal que se garantizase su libertad. Dicho general accedió a ello, y Rizal desembarcó en Manila en 1892; pero en el equipaje de su hermana se han encontrado impresos subversivos (según se decía, un oficial de Carabineros, sobrino del Arzobispo Nozaleda, pagado por los frailes, los metió para perderle); Despujol se creyó burlado y deportó a Rizal a Dapitan (Mindanao), donde lo pasó bien ejerciendo su profesión de médico.

Cuando se descubrió el complot *katipunero*, se hallaba preso en Manila, a donde había sido trasladado por orden del general Blanco, de quien solicitó permiso para pasar a Cuba de médico militar, como dice el mismo general en su Memoria.

Rizal fue enviado a la Península, como hemos dicho, para ir a Cuba; pero después hubieron de devolverle a Manila por los graves cargos que habían presentado contra él.

Un mes después de su llegada, se falló su causa. En el acto de la vista, al que asistió numeroso público, dijo Rizal que lamentaba los actos de salvajismo atribuidos al *Katipúnán* si es que eran ciertas las acusaciones del auditor de Guerra, y aseguraba que ni él ni otro filipino ilustrado podía aprobarlos; pero ya que el frailismo en sus violentas convulsiones de muerte deseaba y tanto pedía su cabeza gustosamente se

la entregaba a cambio de un poco de clemencia a favor de aquellos que, imbuidos de sus ideas, se lanzaron al campo.

Estando en capilla, escribió la . . . despedida, que dejó escondida en la aceitera de la cocinilla económica que le había llevado su familia.

Era una plácida mañana, a las siete del 30 de diciembre de 1896, cuando el doctor Rizal se dirigía al cuadro de soldados que estaba formado en el campo de Bagong-bayan, para ejecutar su sentencia. Y al entrar en él, se detuvo, se reconcentró en sí mismo, y después de breve momento, dirigiéndose a la tropa, les dijo:

—¿Creis matarme? Os engañais.—

Al fin, recibió la muerte sereno y risueño como los mártires, diciendo:

—*Consumatum est!*

Las balas respetaron su cabeza.

Hé aquí concisamente apuntada la vida política de Rizal:

¿Acertó España fusilándole? Todavía se murmura sobre la justicia de su muerte; pero indudablemente hubieran acertado más los españoles perdonándole la vida, pues entonces habría que contrastar su gran popularidad con la magnanimidad española. Al menos, no creo que se haya ganado nada con su muerte. Al contrario, para el observador imparcial, sobre la estrechez de miras y sobre la sequedad de corazón de su Tribunal se eleva y pronto se elevará en las leyendas del país, la simpática y gallarda figura de un joven, que en aras de su patria, sacrificó su gran talento, su númen, su valor, su carrera, la fortuna de su familia, su juventud, su vida, y, en fin, hasta sus pasiones naturales.

He dicho que hasta sus pasiones naturales sacrificó a su patria, porque si Rizal hubiera pretendido la mano del mejor partido de Filipinas, la habría conseguido fácilmente; y sin embargo, no pensó en contraer matrimonio, indudablemente por no causar la desgracia de su familia en el funesto fin que él entreviera, y sólo *in articulo mortis* se casó con una extranjera que había sido su amante, y así patentizó que no odiaba a la raza blanca, como pretendieran sus enemigos los frailes, que

están muy interesados en hacer creer que los insurrectos no les odian a ellos precisamente, sino a toda la raza blanca; lo cual es una calumnia como otra cualquiera de las que ellos suelen inventar para conseguir sus fines.

— *Isabelo de los Reyes, Memorias Sobre  
La Revolución Filipina de 1896-97  
Madrid: 1899.*

---

### De Maximino Paterno:<sup>22</sup>

Nació Rizal en el pintoresco pueblo de Calamba, de la provincia de La Laguna el 19 de Junio de 1861.

Sus padres, ricos y honrados hacendados, decidieron en vista de las aptitudes que demostraba su hijo, mandarle a Manila para que estudiara y tuviese una carrera.

Aún recordamos, como si fuera ayer, a Rizal de niño, siendo interno en el Ateneo Municipal de Manila, con su blusa de rayadillo y su pantalón de cáñamo, que era entonces el traje de reglamento para los colegiales, jugando en el recreo con los demás compañeros y llamando la atención tanto de sus maestros como de los demás padres jesuítas, la viveza de su carácter contrarrestada por una exquisita sensibilidad moral y un aplomo impropio de sus pocos años.

Todavía viven algunos profesores de Rizal y aseguran que aún de niño no hubo necesidad para corregirle, de ningún castigo ni segunda amonestación; eran tal su docilidad y afable carácter que a todo se amoldaba, sin encontrar nada desagradable.

Pronto notaron sus maestros entre ellos los Padres Cándido Bech y Francisco Sánchez, que Rizal era una inteligencia nada vulgar, equilibrada por un fondo moral perfecto.

Bastaron estas excelentes cualidades para que el joven Rizal fuera modelo de los estudiantes de su época, conquistando los primeros premios a la virtud, a la aplicación y al aprovechamiento.

Sucede con las inteligencias poco desarrolladas que sus primeros triunfos obscurecen las mejores disposiciones del individuo y malógranse las buenas cualidades por el amor propio satisfecho.

Muchos ejemplos podríamos citar, aún entre los mismos contemporáneos de Rizal, a quienes los triunfos momentáneos de la vanidad fueron los que retardaron o entorpecieron la marcha progresiva de su educación moral.

Para el joven Rizal, estos triunfos, no dejaban huella nublada que despertase en él algo parecido a lo que sucede al sentirse el vértigo de las alturas. Rizal, mientras más premios y más admiradores tenía, más estudiaba y más procuraba hacerse acreedor a la estimación de todos, sin falsas modestias ni extemporáneas presunciones que son el patrimonio de las almas pequeñas.

Sus esfuerzos se vieron bien pronto coronados con éxito en todos los ramos del saber humano, a los cuales dedicó su talento enciclopédico y su energía de gigante; Rizal fue poeta, novelista, médico, escultor, pintor, historiador, políglota y distinguido político.

Desde los ocho años de edad se dió a conocer como poeta haciendo unos versos que fueron la admiración de los escritores tagalos de la provincia.

Cuando tenía catorce años, y con motivo de la solemnidad de la Purísima Concepción, escribió un melodrama titulado *Junto al Pasig* alusivo a la Virgen.

Representóse el melodrama en un escenario que tenían hecho al afecto los padres jesuitas para las veladas literarias que se dan en el Ateneo, y la numerosa y escogida concurrencia que asistía siempre a estas veladas admiró y aplaudió calurosamente aquella inspirada producción, del joven Calambé.

Cuentan del gran dramaturgo español Don José Echegaray que dijo en cierta ocasión a uno de sus más íntimos amigos que una de las mayores satisfacciones de un autor, es oír los espontáneos aplausos que se dedican a su obra teatral.

¿Cómo esperaba el joven Rizal esta gran satisfacción? Encendiendo petardos en el patio del establecimiento y jugando con varios condiscípulos, a una distancia tal del escenario que no se oían, ni los aplausos, ni las ovaciones dedicadas a su primer ensayo dramático.

Cuando la buena sociedad de Manila se divertía en el Liceo Artístico y Literario, asociación que si bien rendía culto al arte, tenía ciertas preferencias a todo lo que no fuera filipino, ahogando iniciativas y vuelos artísticos para que no al-

ternasen demasiado, los colonos con los colonizadores, aquel Liceo, repetimos, fue algunas veces demócrata y en un certamen que celebró, ofreció una pluma de plata como primer premio, a la mejor composición poética hecha por un filipino.

Ganó este primer premio el joven Rizal por una inspirada composición dedicada a sus compatriotas. Empezaba esta hermosa poesía así:

¡Alza tu tersa frente  
juventud filipina en este día!  
Luce resplandeciente  
tu rica gallardía,  
bella esperanza de la Patria mía.

¿Quién le iba a decir al joven Rizal, que este último conceptuoso verso, serviría más tarde a un fanático sectario con pretensiones de bibliófilo y filipinista, para asegurar en la prensa madrileña que aquél era un ser perjudicial a la integridad de España en Filipinas, porque desde muy joven excitaba a sublevarse a sus compatriotas, como lo demuestra en esta poesía, donde esperaba de la juventud filipina que progresase?

Y, por una serie continua de sofismas, deducía que el progreso deseado por Rizal consistía en asesinar vilmente a los españoles que estaban en Filipinas. Así se hace la historia, y así, difamando con la pluma, se hacen lugar algunos pigmeos en el presupuesto de la vida. Compadezcámosles.

Más tarde, cuando Manila celebraba el fausto acontecimiento de Cervantes, en un certamen literario convocado entonces por el mismo Liceo, ganó también Rizal el primer premio ofrecido para la mejor obra en prosa original, en honor del autor del Quijote, consistente en un anillo de oro con el busto del Príncipe de los ingenios españoles.

Titulábase su obra premiada *Consejo de los Dioses*; y presentáronse a este concurso varios distinguidos literatos residentes aquí, a los cuales ganó en honrosa lid nuestro Rizal.

Marchó a Europa en 1882 para ampliar sus conocimientos y comparar las grandezas y progresos de los países cultos con la marcha lenta, monótona y a veces retrógrada de esta desgraciada colonia.

Allí recibió los grados de Licenciado en Filosofía y Letras y de Doctor en Medicina y Cirujía, marchando luego a París, con el objeto de perfeccionarse en el francés y dedicarse luego

como médico a la especialidad de la oftalmología, trabajando para ello al lado del especialista y notable profesor Wecker.

Pasó Rizal en 1886 a Alemania, con el fin de estudiar el idioma de Schiller y ampliar sus conocimientos médicos y más tarde visitó Austria y se estableció en Bélgica.

En 1887, dió a luz en Berlín, su notabilísima novela titulada *Noli me tângere*.

No somos los llamados a juzgar el crédito literario de Rizal como novelista, especialmente en su primera novela.

El público con su imparcialidad que le caracteriza, leyó ávido y admiró aquellas páginas realistas donde el genio pintaba con espléndido colorido las cosas de Filipinas, sin exageración ni apasionamiento de raza.

Bastó la aparición del *Noli me tângere* para que los elementos absolutistas que dominaban la política y materialmente esta que, hasta hace cerca de un año era colonia española, vieran en Rizal *un peligro*, anatematizaran la obra sin comprender que su anatema fuese un reclamo y generalizase más aún la lectura de aquélla.

Así fue, en efecto, pues hasta el público poco aficionado a leer novelas, leyó el *Noli me tângere* por curiosidad y como encontraba en él retratadas de mano maestra las intransigencias y los egoísmos de la pasada dominación, y su patriotismo desmedido al señalar al mundo civilizado los errores que aquí impunemente se cometían.

Y el *Noli me tângere* se tradujo al tagalog y se agotaban las ediciones, a pesar de que llegó una época en que se encarcelaba cruelmente a los que vendían o tenían en su poder algún ejemplar.

Más tarde, escribió Rizal la segunda parte de esta obra y la tituló *El Filibusterismo*.

Rizal como médico también se distinguió, especialmente en oftalmología, donde su reputación quedó bien cimentada en las pocas operaciones y curas que hizo aquí, a pesar de no dedicarse a esta profesión durante su estancia en Filipinas.

Fue también, aún de niño, muy aficionado a la escultura y pintura, artes a las que dedicaba sus pocos ratos de ocio, que bien pocos eran, dada la actividad incansable a la cual dedicó sus energías durante su azarosa vida.



Demostraba en estas artes una especial aptitud y entre los más notables ensayos que hizo, figura una imagen del Corazón de Jesús, hecha sin ningún instrumento apropiado para el objeto y sí sólo con un simple cortaplumas.

Aquella imagen gustó a sus profesores por la sobriedad en el detalle y la grandiosidad de la ejecución; era el retrato de Jesucristo, tal como la concebía el autor, humilde, grande y majestuoso. Cuando salió del Ateneo Municipal se lo regaló a un Padre de la Compañía a quien apreciaba y que tenía en gran estima aquella escultura, que lo colocó en el altar de su oratorio particular.

Además, ha hecho otros varios bustos, ya en barro, ya en madera, que representan: la muerte de San Pablo el Ermitaño, un busto de un anciano padre jesuita, que si mal no recordamos es el del Padre Guerrico y otro en madera del Cardenal Cisneros.

Este último servía hasta hace muy poco de modelo a los estudiantes en la Escuela de Escultura de esta capital.

Con los viajes que hizo Rizal al extranjero, demostró que aún continuaba su afición a estas artes, pues su alma de artista al extasiarse ante la belleza de los monumentos y de las obras de los grandes maestros traducía sus impresiones en el lienzo o en la madera. Una señora acaudalada de Biarritz posee algunos de los trabajos hechos por Rizal.

También demostró Rizal sus excelentes dotes de historiador en la obra titulada *Comentarios a los sucesos del Dr. Morga*, donde trata de restablecer la verdad histórica tan falseada ahora y siempre, por los que se han ocupado de nuestras costumbres y de los hechos pasados; costumbres y hechos que sirven para explicarse satisfactoriamente el por qué de muchas anomalías aquí existentes, y el por qué no se dió a los habitantes de esta colonia los derechos y privilegios a que eran acreedores por su cultura y antes acrisolada lealtad.

Aun parece que fue ayer cuando Rizal recibía a sus amigos en su domicilio de Madrid.

Vivía en la calle del Príncipe núm. 1, y allí era el punto de reunión de sus íntimos, y allí discutían aquellos jóvenes entusiastas sobre literatura, política, artes y ciencias concluyendo siempre por recurrir a Pepe, como le llamaban, cuando necesitaban que alguien interviniese en la discusión para aclarar conceptos o sentar premisas cuyas conclusiones fuesen verdaderas.

Muchos de sus amigos admiraban en él la facilidad con que estudiaba lenguas, pues en medio de las contingencias de su agitada vida, hablaba además de varios dialectos de su país, el español, el francés, el italiano, el inglés, el alemán, el japonés, y el holandés y, además el griego, el árabe y el sánscrito. Cuando estaba desterrado en Dapitan, aprendió el ruso sirviéndose de una novela, en vez de gramática y el diccionario.

Varias veces, la nostalgia de la patria entristeció el corazón de Rizal, y en 1887 volvió a Filipinas, a la querida patria que le vió nacer.

Bastó que llegára aquí, para que los odios y rastreras pasiones que despertó su novela, le obligaran a marchar otra vez a Europa, antes que ser víctima de un atropello gubernativo.

Residió en el Japón y después en Londres, demostrando entonces sus talentos como historiador, pues en esta última capital fue donde escribió sus notas a la obra de Morga.

Rizal fue, desde sus primeros años hasta el último instante de su vida, uno de nuestros mejores políticos, pues tanto en el periódico *La Solidaridad* como en todas sus obras que se refieren al estado en que entonces estaba Filipinas, se ve al republicano de corazón, al honrado ciudadano que arriesga mil veces su preciosa existencia por fustigar la teocracia y la egoísta intransigencia con que se gobernaba las Filipinas.

Fue siempre partidario de conseguir el progreso y la independencia de la patria, no por medio de las armas que todo lo arrolla con su agresiva acometividad, arruinando pueblos, destruyendo ciudades y santificando asesinatos, y sí por medio de la transigencia recíproca entre el entonces colonizador y el colonizado por medio de la mutua tolerancia para que fuera un hecho la libertad de pensar sin patíbulo que coartaran aquella, por ser el más santo de los atributos que Dios legó a la humanidad.

Estos eran los ideales políticos de Rizal, y cuando volvió a Manila otra vez en 1892 con el proyecto de fundar una colonia agrícola en Borneo, fue deportado a Dapitan por el general español Sr. Despujol.

¿Hemos de seguir paso a paso la vida de Rizal desde Dapitan hasta que murió fusilado?

¡Oh, no! Todo el mundo vió y supo cómo le juzgaron y por qué apareció criminal siendo inocente; era necesario que

muriese Rizal para que Polavieja y el Gabinete de Madrid creyeran que moría la revolución filipina.

¡Y la ola de la revolución se levantó más potente, más asoladora, en aquel océano de crímenes y de injusticias, impulsada por el huracán de las pasiones y sembrando por doquiera la desolación, la ruína y la muerte!

Cuando estábamos en el vórtice de tan terrible ciclón, se admiraron los cándidos y los pusilánimes de aquella instantánea e inesperada calma, precursora, como en todos los huracanes, de rachas más violentas y devastadoras; era la paz de Biak-nabató.

Llegó el 29 de Diciembre de 1896.

Ya estaba Rizal en capilla: el crucifijo tendiendo sus amorosos brazos a aquellos que padecen hondas tristezas en el calvario de la vida, las velas que alumbraban con melancólicos reflejos el fondo enlutado del altar que se levantó por el arrepentimiento del patriota ¡y el patriota no tenía de que arrepentirse! Dos padres jesuitas, uno de ellos el Padre Vilaclara, el amigo íntimo, el confesor de Rizal en su feliz adolescencia, sembrando de místicas flores el camino de la muerte, los centinelas vigilando al reo con la estóica indiferencia que prescribe la ordenanza, los curiosos que con un pretexto más o menos justificado procuraban observar aquel cuadro para saciar su sed criminal de emociones horrorosas; ¿no eran bastantes para amargar y poner a prueba el templado corazón de aquel gran hombre?

Lo que pensaba, lo que sentía, en aquellas horas que estuvo en capilla, sólo Dios que conforta a los que padecen persecución por la justicia, lo sabe, y sólo Rizal a quien la suerte escogió como víctima consciente del monstruo teocrático, lo padece.

Pidió a sus verdugos como gracia especial, ser fusilado de frente y se lo negaron como pretensión para que hubiese quien certificara que murió según lo prescribe el Código español y . . . como traidor.

Amaneció el día 30: un día como tantos otros para los indiferentes ante las sublimidades y esplendideces de los crepúsculos en esta encantadora tierra tropical, un día poético a la vez que melancólico para los que sienten circular por sus venas la vivificadora savia de la patria.

Salió el sol para contemplar desde su altura las crueldades de los hombres y para coronar con arrebolados nimbos de luz la noble y varonil cabeza del futuro mártir de la patria: la brisa húmeda de las mañanas de Diciembre, oreaba cariñosa la pura frente del condenado a muerte envolviéndolo amorosa en ósculos de inconmensurable ternura de eterna felicidad, pres-tándole también aquella santa resignación que sólo pueden tenerla los limpios de toda mancha. Cuántos versos, cuántos recuerdos, cuántas sombras y luces, despertaban en aquella imaginación de poeta, las caricias de la brisa que, después de besar las fértiles sementeras del poético Calamba, traía ecos perdidos de las montañas, los mares, los bosques y los poblados de su tierra natal, haciéndole percibir en aquellos tristes instantes los anhelos, las agonías, los entusiasmos, las caricias, los proyectos y las generales protestas que arrancaban al mundo civilizado su ya próxima muerte.

Llegó la hora de ir a Bagumbayan, al sitio de la ejecución: Manila entera admiró al modelo de patriotas filipinos, a Rizal, cuando marchaba con paso firme hacia la muerte, rodeado de bayonetas y acosado por miradas insidiosas del populacho que concurre a esta clase de espectáculos.

Aún aquella voluntad de hierro tuvo la suficiente energía para dibujar en su simpática fisonomía la sonrisa postrera de compasión que dedicaba a sus verdugos, aún sus ojos vieron con infantil alegría el adiós postrero al Manila que le vió crecer y donde estudió y fue admirado y querido de sus maestros y compatriotas.

Cuando Juana de Arco se dió cuenta que las llamas de la hoguera consumían sus virginales carnes, cuando sintió que el fuego del suplicio consumía el fuego de su exaltado patriotismo, le abandonó el valor, fue, al fin, mujer en aquellos supremos instantes, y gritó con acento desgarrador:

¡Agua! . . . ¡agua!

Cuando Rizal sintió que las balas homicidas perforaban su cráneo y disgregaban su encéfalo\* cuando sintió aquel coloso de la voluntad y del amor patrio que su espíritu iba rápidamente a separarse del cuerpo, aún tuvo fuerzas para mandar y hacerse obedecer de la materia: dió una rápida vuelta sobre sí mismo y murió de frente a sus verdugos como deseaba, no de espalda como los traidores.

---

\*No es correcta esta asersión. No aparece en ningún otro documento pero si que R. Palma dice: "Al caer en tierra por los disparos, que había recibido en la espalda, giró sobre sí mismo para no caer sino dando al cielo la cara."

Y la fiera humana al contemplar las convulsiones del mártir agonizante, loca, frenética insultó a la nación española, gritando:

¡Viva España!

Y los acordes de la marcha de Cádiz, atronaron el espacio y acallaron momentáneamente con sus inspiradas notas los gritos de la conciencia de los verdugos.

Y tanta sangre inocente derramada en el campo de Bagumbayan, provocó a la justicia divina que inspiró a la liberal América su guerra por la humanidad.

— « *Homenaje al Dr. Rizal,* » *La Democracia*; Manila: 2 de agosto de 1899.

---

### De José Taviel de Andrade:<sup>23</sup>

Recibí, es verdad, el encargo de vigilar sus actos; pero yo, que era guardia civil por accidente, carecía de esa naturaleza policiaca precisa para ello, y encontré más fácil y, por cierto, me dió mejores resultados, obligarle por la amistad, que ya entre nosotros empezaba:

Rizal era hombre fino, bien educado y caballeroso. Las aficiones que más cultivaba eran: la caza, el ejercicio de las armas, la pintura, las excursiones: de suerte que, sin llegar a la intimidad, se estableció entre nosotros una franca amistad que, lo confieso, me era muy grata en Manila, tanto que Rizal y yo habíamos izado en lo alto del monte (Maquiling) la bandera alemana en medio de aquella soledad.

Recuerdo perfectamente nuestra excursión al Maquiling, que V. cita, no tanto por las emociones que nos produjo la vista de aquellas extensiones inmensas—aquella naturaleza abrupta y soberbia—cuanto por las patrañas y desatinos a que dió pábulo: Hubo quien creyó, que allí habíamos proclamado la soberanía de Filipinas.

Yo supuse que esas tonterías partían de los frailes de Calamba; pero no me tomé el trabajo de indagarlo. De estos reverendos se suponía también que fuesen los autores de los anónimos que algunas veces recibía Rizal. (. . .)

Muchas veces le aconsejé (a Rizal) que se ausentase de Filipinas, porque preveía que el menor motivo, la más pequeña algarada, había de ser el pretexto para su sentencia de

muerte: y yo no sé si porque él creía ver detrás de mis palabras algo que no quería, no podía decir, o porque realmente presintiera el peligro, se trasladó a Europa, donde vivió largo tiempo. Después de esta época no le volví a ver.

Creo, como V., que Rizal era un soñador, romántico como todos los filipinos; hombre de acción y capaz, por su corazón y su entereza, de grandes hechos. Y creo también que la rebelión filipina le sorprendió a él tanto como a nosotros. Era demasiado listo para no comprender que una revolución en el estado de incultura en que se hallaban sus paisanos era solamente un cambio de amos, y él aspiraba a la independencia de su país *por la educación, el perfeccionamiento progresivo*, a la larga, muy a la larga, cuando hubiese adquirido la condición de hombres aquel conjunto de seres a que llamábamos *indios*. Esta es, en síntesis, la impresión que yo tenía de Rizal hasta su muerte. Después de haber oído a mi hermano Luís (su defensor) el relato de la ejecución, confieso que me produjo admiración su valor y serenidad.

— *Carta de José Taviel de Andrade, fechada 23 de julio de 1905, a W. E. Retana. Publicada en Vida y Escritos del Dr. José Rizal, por W. E. Retana; Madrid: 1907, p. 144.*

---

### De Antonio Ma. Regidor:<sup>24</sup>

*The Filipino Students' Magazine* practica una obra de verdadero mérito y de gran patriotismo al dar a conocer en América a Rizal y su influencia en la evolución social filipina. Cuando tanto se discute sobre si los filipinos tenemos o no las condiciones intelectuales necesarias para ser considerados personas, y el que un grupo de muchachos vaya a una nación como América y publique *magazines* de mérito positivo, pone fuera de duda nuestra competencia. No se necesita, ciertamente, que su Santidad el Papa y Mons. Agius se hayan llevado a Roma, a conventos de frailes, a unos cuantos jóvenes, a título de ensayo, para que, si salen educados, proclamen la capacidad y personalidad filipina; y si fracasan, pusiesen fuera de duda la inferioridad de su raza. Sepan o no aquellos jóvenes encerrados en esos conventos y con la deficiente educación frailesca, que ahí está en la América ese núcleo de "Niños Pensadores" que prueban que no necesitan de frailes, para

arrostrar el ensayo y afirmar lo que yo siempre he sostenido: que también somos de raza muy superior.

Y es coincidencia curiosa: cuando comenzó con más vigor esa lucha de difamación contra los que nacimos en aquella tierra del Oriente, allá hacia 1868, también otro grupo de filipinos, casi chiquillos, (no había cumplido el más viejo 23 años de edad,) luchábamos en España contra las grandes capacidades frailunas, y en la prensa conseguimos domeñarlos y modificar el modo de pensar respecto a nosotros, de una gran parte de los estadistas españoles. *La Discusión, Las Novedades, La Reforma, La Bandera de España, La América*, y por último, el periódico quincenal titulado *El Correo de España*, que dirigió Manuel Regidor, fueron testimonio de que el esfuerzo de los jóvenes, bien encauzado, produce ópimos frutos. Hoy, como entonces, Filipinas recibirá bien de sus hijos, de los que forman lo que debe llamarse su «Legión Infantil de Pensadores.»

Rizal del propio modo, casi niño, peleó y obró como obran los jóvenes filipinos en América. No tuvo a su disposición, ni en Berlín en 1886, ni en París en 1890, ni en Gante en 1891, los elementos necesarios para publicar otro *magazine*, pero formando parte también en la «legión» histórica, se hizo admirar al mundo con sus tres obras: *El Noli me Tángere, Sucesos de las Islas Filipinas, por el Doctor Antonio de Morga . . . anotada por José Rizal*, y *El Filibusterismo*. No contento con esto, también tomó parte en la redacción de *La Solidaridad*, de la que formaron parte nuestro guía y maestro Ponce, Lete, Luna, y M. H. del Pilar, quienes dieron qué hacer y qué pensar a la frailocracia, nuestra enemiga decidida.

¡Ánimo, pues, jóvenes estudiosos y patriotas «Officers and Staff» del *Filipino Students' Magazine!* Que os sigan o no los viejos, vuestra labor será eternamente una marca efectiva de la idiosincrasia, de la potencia intelectual y de la voluntad de acero del pueblo, al que cuatro imbéciles y malvados califican de «Raza Inferior».

En el primer número que veo del *Filipino Students' Magazine*, al que me he suscrito, *subscripción que debe hacer todo natural de nuestra tierra*, leo con deleite, la *Biografía* de nuestro paisano José Rizal y Mercado, escrita por James Alexander Robertson; y observo en ella que, como todos los otros trabajos de índole análoga que han salido a luz, faltan datos

sobre la vida de nuestro amigo, relacionados con el tiempo que permaneció en la Gran Bretaña.

En Londres preparó sus comentarios a los *Sucesos de Morga*; en Londres, a su regreso de Filipinas, escribió su libro *El Filibusterismo*; en Londres se dedicó al estudio de las ciencias sociales y completó la escultura de su personalidad filipina. Pasábase el día en la Biblioteca del British Museum, y la lectura de los libros y manuscritos referente a nuestra tierra, le ponían nervioso e indignado. Tuve la honra de tratarle entonces: venía, todos los días a verme, a enterarme de lo que había leído, a provocar una discusión sobre el juicio que merecían los autores de las llamadas historias o crónicas sobre Filipinas. Por las noches iba a predicar con la energía de su frase, y con la justa indignación de su alma, contra los malvados que entre un farrago de contradicciones, fijaban como el distintivo característico de nuestra raza las pasiones más viles y menos honradas. Él se formó su Club allá en el barrio de Dalston, y sus oyentes eran todos filipinos y estudiantes como él: Nicolás Montero, Cornelio Aenlle, Fernando Vizmanos, Pedro Ramos, Manuel Regidor y otros más que paraban en estas orillas del Támesis.

Los Domingos, por lo regular los pasaba en casa del Dr. Rost, Bibliotecario del Ministerio de Relaciones Extranjeras, que tenía por él especial predilección. Se dedicaba allá a los deportes o ejercicios que cultivaban los hijos de aquel eminente bibliófilo, aunque, en realidad, lo que buscaba era la sociedad de éste, cuyas ideas y cuyas enseñanzas atendía con singular atención. En las horas de recreo se dedicaba a la escultura para la que tenía condiciones privilegiadas, al dibujo o a la pintura. Era asistente asiduo de las conferencias científicas. Aunque de natural taciturno, no era refractario a las distracciones y placeres de la juventud; acudía al teatro, a los bailes y a las diversiones honestas, sin embriagarse con ellas.

Su sentido artístico estaba muy desarrollado y perfectamente nivelado. Residía en el barrio de Chalk Farm, rodeado del Regent Park, de los *zoological* y *botanical gardens* con una familia inglesa, compuesta de un anciano, padre de tres niñas, quienes le distinguían con singular cariño, prendadas de la nobleza de su alma, de su cortesía y de su cultura. Hizo de las cabezas de las tres jóvenes esculturas preciosas que regaló a las mismas. Muy preocupado vino a verme un día para decirme que tenía que marcharse de la casa y tal vez de Londres, porque la pasión comenzaba a cegarle y a atraerle hacia una



de aquellas jóvenes. Recuerdo sus palabras: «Yo no puedo engañarla, no puedo casarme con ella porque tengo otras afecciones que recordar de nuestra tierra, y que no me lo permiten; yo no he de cometer la indignidad de cambiar la seducción por un cariño puro y virginal como el que pueda ofrecerme.» Tanto fue la lucha en su espíritu, que abandonó Londres para ir a pasar una temporada en París, en casa de nuestro paisano Valentín Ventura. Allá asistió con asiduidad a las reuniones de casa de los hermanos Pardo de Tavera, a quienes estimaba entrañablemente. No faltaba tampoco a las recepciones domingueras de Juan Luna en el Boulevard Pereyre, donde se lucía en los asaltos de armas y en donde tiraba repetidamente al florete con nuestra paisana la hábil Sra. Boustead. Para aquellas recepciones compuso una preciosa poesía que cantó una tarde con su argentina voz de contralto, la binondeña Loleng Ocampo, música del *kundiman*, el canto tagalog. Luego zarpó ya para el Oriente, donde comenzó el nefando martirio a que se le sujetó.

Una idea noble germinaba en su cerebro: la de participar en la educación de sus paisanos. Había sido discípulo del P. José Burgos; y casi niño vivía en la casa de aquél a título de interno, cuando la policía prendió al sabio sacerdote, amigo mío del alma. El chiquillo siguió con ansiedad las peripecias del suceso, que permaneció gravado en su imaginación. «Yo ví —me decía— cuando el Lego Procurador de los PP. Jesuitas, vino a las 7 de la mañana, del día 21 de enero de 1872, a llamar al P. Burgos para que se escondiese en su convento de San Ignacio; yo ví la ansiedad y la indignación de aquel noble clérigo ilocano, cuando protestaba airado contra la acusación indigna que se lanzaba contra él; yo que conocía todos los secretos de aquella casa, sabía que Burgos era inocente del crimen que se le atribuía.» Aquellos sucesos esculpieron en su alma nueva orientación y determinaron una tristeza especial, un deseo de aprender, su ansia de enseñar, y su resolución decidida de protestar siempre, siempre, siempre, contra la influencia aniquiladora y letal de las órdenes religiosas en Filipinas. Trató de establecer en París un colegio para niños; después, invitado por el joven Cunanan, de la Pampanga, que le ofrecía obtener 40 mil pesos para fundar un Colegio filipino en Hongkong, sólo pensaba en esta obra de redención. Fallida la oferta, pensó en crear un pueblo libre de filipinos en la costa de Labuan: y, por último, cayó en las garras del General español

Sr. Despujol, que alardeando de nobleza y de lealtad, mancilló el escudo de España llevándole preso y vigilado por Jesuitas al destierro de Dapitan.

No he de reseñar nada referente a su salida de allá, a su regreso a Europa, a su asesinato en Manila. Tomé una parte activísima en cuanto se hizo para libertarle.

El apreciable autor del artículo «Rizal y su influencia» lanza de pasada una acusación tremenda contra los que eran en 1896 catedráticos seculares de la Universidad Pontificia de Sto. Tomás de Manila, al decir que ellos solos fueron los primeros que lanzaron contra el libro de nuestro compatriota el calificativo de filibustero, mejor dicho, de «hereje, antipatriótico e irreligioso» ¿Quiénes eran éstos Catedráticos laicos? Allá no había más seculares que algunos abogados que explicaban en la Facultad de Derecho. ¿Había entre ellos algún filipino, que nos vilipendiara de ese modo? Vengan sus nombres. Tales acusaciones requieren la comprobación inmediata porque no es lícito llenar de oprobio a un pueblo, sin presentar al reo, al que todos a una digamos: *Ecce homo*—¡Ese es el malvado, el traidor y el mal filipino!

Y si ninguno de nosotros tomó parte en aquella villanía, que así conste y se nos absuelva.

— *The Filipino Student Magazine, Vol 2,  
No. 4, December, 1906.*

---

## De Javier Gómez de la Serna:<sup>25</sup>

¿Debe publicarse este libro?

Es lo primero que se me ocurre ante la extraordinaria delicadeza de su asunto.

En el extranjero se calificó de *asesinato* el fusilamiento de Rizal, y las páginas de la presente obra, intensas y conmovedoras, tal vez suministran la tristísima prueba.

Los que sientan el *patriotismo salvaje* de que nos hablaba el ilustre Revilla, creerán que se debe callar. Los que amamos la verdad y la justicia, como el General Blanco, los que creemos a España inocente de esa sangre, afirmamos que es hermoso que sea un español el que recoja el grito de protesta y angustia

de su país al conocer en toda su enormidad el hecho, y vaya a depositar un recuerdo piadoso sobre la tumba del desgraciado poeta.

¿Censuró alguien en Inglaterra al gran Macaulay cuando escribió las páginas negras de la colonización inglesa en la India, relatando espantosos crímenes, perfidias sin nombre, latrocinios horrendos? ¿Qué tienen que ver España, Inglaterra, ninguna madre, con actos de algunos hijos malditos?

¡Hay dos Españas! Una grande, generosa, con cualidades legendarias ensalzadas en todo el planeta, con sus legiones de caballeros, héroes en el hogar, en el mundo, sacrificando serenos la vida por un amor, por una idea, por una disciplina militar o científica: la España que amó Rizal hasta la muerte, por la que pidió ir a Cuba para asistir en los hospitales a nuestros heridos, y hacia donde se dirigía oficialmente cuando le apresaron. . . . Y otra España, *negra*, la que le apresó en esa hora gloriosa de su vida; España cada vez más reducida, que forman malos e ineptos, crueles y fanáticos, cabezas sin honra y honras sin cabeza, con la que no hay que tener ni la complicidad del silencio. Esa es la que veréis en este libro. Para ello Retana mojó su pluma en el mismo tintero de Macaulay.

El libro debe, pues, publicarse. Es el primer soplo de justicia que va de España a Filipinas, y para nuestro país será una *lección de cosas*. Enaltecerá a España en el Archipiélago y en Europa, porque prueba que fue ajena a la estúpida y mortal tragedia de Manila, tragedia que los imbéciles creyeron que afianzaría para siempre nuestro dominio, y que lo cortó bruscamente, porque ese medio tuvo tantos fracasos como empleos en la Historia. ¿No sabían que la sangre nunca consolidó la idea de los verdugos, sino la de las víctimas?

\* \* \*

La figura humana de Rizal es digna de profundo estudio. Vivió treinta y cinco años; a los veintisiete había dado la vuelta al mundo; fue médico, novelista, poeta, político, filólogo, pedagogo, agricultor, tipógrafo, políglota (hablaba más de diez lenguas), escultor, pintor, naturalista, miembro de célebres Centros científicos europeos, que dieron su nombre a especies nuevas por él descubiertas; vivió y estudió en las grandes capitales de Europa y América; el índice de sus libros y escritos varios ocupa no pocas páginas de este volumen. Dedicaron a su muerte veladas y recuerdos necrológicos varias Sociedades científicas, y la Prensa de todo el mundo. Ese fue el hombre que fusilamos.

Salió estudiante de su país el 82; cursó brillantemente en España las carreras de Medicina y Filosofía y Letras; volvió a Filipinas el 87 para marcharse el 88; tornó el 92 para ser desterrado a los pocos días, y salió del destierro el 96 para ser fusilado, no obstante haberse esclarecido que en los últimos cuatro años de su vida y destierro no se mezcló directa ni indirectamente en ningún asunto político de su país.

Caballero sin tacha, bondadoso, dulce, delicado y valiente, era tal la atracción de sus virtudes, que los oficiales de nuestro Ejército que le guardaban, se hacían sus íntimos: uno fue relevado por ello, por querer tanto a Rizal.

Yo le conocí en Madrid. Limpio y atildado; semblante triste y reflexivo; voz siempre suave; ni gritos, ni risas destempladas; poco aficionado a diversiones y devaneos, sin duda porque dejó latente, allá en su rivera del sol, ese primer amor virginal que en la ausencia, cuando no muere, hace casta toda una vida. . .

¿Cuáles eran sus ideales? ¿Preguntáis los del joven todavía inexperto, que no ve dificultades, matices ni gradaciones? La inmediata independencia de su país a toda costa, aunque nada hizo, ni podía, el pobre estudiante para realizarla. No había delito en aquel sentimiento generoso en todo bien nacido. El estudio y la vida fueron templándolo y le hicieron ver las insuperables dificultades de la empresa, el peligro de otra esclavitud, las convulsiones anárquicas de un país no preparado en el caso más favorable; y el ideal de la independencia no desapareció, porque no podía ni debía desaparecer del pecho de un esclavo noble; pero se transformó en sol lejano, hacia el cual se marcha siempre, aunque se tarde siglos en llegar. Y se decidió ya, *hasta el instante de su fusilamiento*, por realizar, *dentro de España*, las aspiraciones de su ciclo histórico: mucha instrucción pública, reclusión de los frailes en sus conventos, representación en Cortes; las leyes españolas.

Aun esto lo veía lejano: recuerdo que en Madrid, recibiendo noticias de las demasías de las Autoridades nuestras en el Archipiélago, y viendo en la Corte a sus paisanos más aficionados a mujeres y diversiones que a pensamientos serios, decía amargamente:

—¡Nada es posible esperar ni de los españoles de allá ni de los filipinos de aquí!

Fue un tipo engendrado para la leyenda: era un desconocido completo; salió de su país estudiante, sin que nadie se

fijara en él, indiferente a todos; volvió por unos meses a los veintiséis años. Cuando fue, a los treinta y uno, era una celebridad; era ya un ídolo; todos hubieran querido conocerle; pero a los pocos días salió desterrado. Tornó para el fusilamiento. y puede decirse que la masa de sus paisanos sólo le vió un día: el de su muerte. ¡Sólo conserva de él una visión trágica y ensangrentada!

Dijo, pues, verdad en el proceso: no conocía a casi nadie en su país, ni nadie le conocía fuera de su familia y de aquella joven inglesa que, enamorada locamente del águila sombría, abandonó posición, porvenir, vida social, por acompañarle en una isla salvaje. Para que resulte más legendario, ni se llamaba Rizal, ni se sabe cuándo nació, por haberse quemado el libro parroquial correspondiente.

No fue, pues, ni conspirador ni separatista, aquel pensador altivo, en que se juntaban la perpetua amargura del vencido con el aliento varonil del que no se resigna nunca a la derrota. Para sus ideales de perfección del país, a la sombra de España, supo despertar con sus libros el alma de su raza. ¿Fue esto un crimen? Entonces Rizal es un gran delincuente.

Pero el primer testigo que depone en su favor es el general Blanco: cuando Rizal iba a embarcarse para Cuba, a prestar a España voluntariamente un rudo y peligroso servicio, estalla la insurrección, y Blanco, que comprobó que era inocente, dióle una carta de su puño y letra para el Ministro de la Guerra, en que decía: «Su comportamiento durante los cuatro años que ha permanecido en Dapitan *ha sido ejemplar*, y es, a mi juicio, tanto más digno de perdón y benevolencia, cuanto que no resulta *en manera alguna complicado* en la intentona que estos días lamentamos, *ni en conspiración ni en sociedad secreta* ninguna de las que la venían tramando.» Este General, de grata memoria, afirmó al Sr. Retana que él no *hubiese fusilado a Rizal*, rogándole que lo hiciese público; y en otra carta, entendiendo, como nosotros, que el presente libro debía publicarse, felicitaba al Sr. Retana por tal propósito, puesto que «puede servir de enseñanza y escarmiento a los que no saben o no quieren convencerse de que no es por el castigo y la violencia como se gobiernan los pueblos en el siglo XX.»

Sustituyó a Blanco otro General que a *los trece días* de mando (era imposible en absoluto que se hubiera penetrado de la transcendencia del acto) ordenó el fusilamiento de aquel

hombre de quien su antecesor, con todos los datos y pruebas en la mano, aseguraba personalmente, bajo su firma, que era inocente.

¡Ni una carta de Rizal, en sus cuatro años de destierro, que revelase la menor complicidad! ¡El gobernador general Blanco, *trece días* antes del fusilamento, afirmando la inocencia! No nos asomemos a ese *proceso*. Repitamos únicamente, que España es ajena a él.

Dice bien Retana: *España no fusiló a Rizal en Filipinas*. Lo que hicieron los soldados indígenas, a quienes por un refinamiento de la España *negra* se ordenó disparar contra el ídolo, fue *fusilar a España en Filipinas*, por mandato de unos torpes hijos de la Madre patria.

¡Pobre Rizal! Ignoro si la semblanza que hice resultará fiel: en estos dibujos a la pluma hay siempre más del retratista que del retratado, y es seguro que si emprendemos tres el trabajo, probablemente resultarán *tres Rizales*.

\* \* \*

Y contra la prohibición de Retana, que al honrarme con el encargo del prólogo me rogó que no hablara de su persona, quiero decir algo de este autor y de sus obras.

*Nadie aquí ni en otra parte* podía escribir el estudio de Rizal con la copia de datos que asombrará al lector. Su sólida preparación, que ninguno aventaja para cuestiones históricas filipinas, servida por una gran actividad e inteligencia, ha tenido esta vez la colaboración de multitud de filipinos y españoles, actores o espectadores del drama, en número tal, que los hechos principales están reconstituídos por minutos. Es uno de los libros biográficos más completos que he leído.

Retana en asuntos filipinos tiene su camino de Damasco, como San Pablo, aunque es un San Pablo *al revés*, porque en lugar de alejarse de la libertad para acercarse al sacerdocio, se alejó de éste para internarse en la libertad. Fue casi niño a Filipinas, y el prejuicio avasallador de que sin frailes se derrumbaría el poder de España le dominó en un principio. Cuando pudo pensar por su cuenta, atacó duramente la falsísima premisa.

Pasóme con Retana lo que con Rizal; ambos estaban alejados de mí: uno, a la derecha; otro; a la izquierda. Hace quince años no hubiese podido *prologar* libros de ninguno de los dos. Hoy, los tres tendríamos orientaciones semejantes.

¡Soberbia biblioteca la de Retana! ¡Y cómo supo sacar la miel de ella para sus libros, hasta lograr no pocos elogios de celebridades, entre las cuales figura Menéndez Pelayo!

¿Voy a *descubrir* ahora que además de historiador es novelista, periodista, político, que ha sido Gobernador, Diputado, etc.?

Este libro es bueno y no necesita la enumeración de *circunstancias atenuantes*. Al fin, Retana en España es el filipinólogo por antonomasia.

\* \* \*

Siempre procuré, como político, vivir algo alejado de los acontecimientos diarios y menudos y de las personas, aun de las que más quiero y admiro, para apreciar mejor los conjuntos, sin que el detalle, la preocupación, los rozamientos, turben el criterio; de mis aficiones artísticas de la juventud conservé esa regla de perspectiva; quizás para el medro perjudique el sistema. Tengo, pues, cierta confianza en mi imparcialidad, que he de aplicar ahora a ciertos delicados problemas sugeridos por esta obra.

¿Nos inspirará el escarmiento, como deseaba el ilustre Blanco? Todavía no.

Perdimos dos *onzas de oro*, Filipinas y las Antillas, nos quedan *unos céntimos* de colonia en Fernando Poo, y allí estamos, desgraciadamente, reproduciendo el sistema. ¿Sistema? ¿Lo es el arte de domador que empleamos, convirtiendo en jaula de fieras las colonias, en las que con el látigo, el grito y la mirada amenazadora y fija acorralamos a los indígenas? Eso es una *colonización de circo*.

Fue a Fernando Poo, y fue y volvió pobre, un Gobernador general *civil*, *el primero de esta clase*, muy experimentado en Filipinas. Empezábamos a rectificar. Limpió la isla, insalubre; normalizó la alimentación; abrió el Palacio a los negros, alejados por humillaciones anteriores, y a los nueve meses inauguró la traída de aguas, salud, vida y riqueza con que no soñaban, y que arrastraba quince años de *expedienteo*. El entusiasmo no tuvo límites: se puso el nombre de ese Gobernador a una calle; ingleses, alemanes, españoles, negros, le elevaron un mensaje; él recogió toda la gratitud para el Gobierno, cuya *recompensa* no se hizo esperar: el 19 de marzo de 1906 se inauguraron las aguas; el 26 llegaba un vapor *con su relevo* y

una Comisión *para inspeccionar la Administración*, en medio del estupor y la indignación de la Isla. La Comisión, originada por miserables chismes, tan frecuentes en las colonias, volvió a los pocos meses, sin poder formular el menor cargo contra el dignísimo Gobernador.

Y aun queda más: uno de aquellos negros atraídos al Palacio, rico, educado en Inglaterra, un pequeño Rizal, fue insultado por un blanco inculto, de los que tenemos *el tacto* de enviar; se pegaron, y lo que debió ir al Juzgado de paz, terminó con un afrentoso ultraje para aquel negro de clase elevada, ¡haciéndole barrer las calles! . . . ¡Colonización de circo!

Volvamos los ojos a nuestra *colonización interior*: refirióme un Diputado catalán que en cierta peluquería de Barcelona, preguntando a un parroquiano sobre sucesos que allí apasionaron, mientras éste exponía su juicio, otro, que vestido de paisano resultó ser militar, le arrojó unas tijeras a la cabeza, hiriéndole, y le llevó sangrando a la cárcel. Recordé en el acto el lance de Rizal que por no saludar de noche a un bulto, que resultó ser un militar, fue también herido, y recibí igual estremecimiento que la madre de Osvaldo en *los Espectros*, de Ibsen. . . . ¡Los muertos resucitaban! ¡Ley fatal de la herencia!

Pero en los pueblos es posible el remedio, aunque entre nosotros hay todavía que esperar; por eso, cuando siendo Director de los Registros alguien me insinuó la conveniencia de ir al Gobierno de Barcelona, me negué. «Hoy no, le dije; seguramente me ganaría la voluntad de los catalanes, porque no hay como no odiar para no ser odiado, nada como querer para ser querido; y si a esto se añaden nuestras coincidencias en varios ideales, y lo que trabajaría por ellos, llegaría a ídolo en ese puesto; pero desde tal instante me perjudicaría, que es lo de menos, y les perjudicaría, que es lo de más; sería sospechoso para esa pequeña España *negra*.»

La *calentura* catalana de que hablé en un discurso pronunciado en el Congreso en noviembre de 1901, persevera; y porque lo creo útil a mi tesis del momento, reproduzco a continuación el párrafo aludido:

«Tengo tal fe en la vitalidad de España, que creo que todo lo que hagamos aquí no podrá en lo más mínimo perjudicar esa vitalidad; yo entiendo que España se salvará de todas sus crisis; tengo un optimismo grande enfrente del pesimismo que a otros muchos desalienta. No soy de los que creen que



España no es una nación moribunda ni decadente, sino enferma, con altas calenturas allá en Cataluña y Vasconia, con triste anemia en todo el resto del país; terribles calenturas que quizás han llegado a su más alta temperatura en las dos comarcas aludidas con motivo de la pérdida de las colonias, que las ha afectado grandísimamente. Siguiendo en esas provincias *una política de amor y de cariño*, y no de *desconfianza*, llevando allí una política de afecto y una descentralización de verdad, haciéndolas ver que nuestro crédito puede recobrar y recobra en efecto su antigua situación, esa calentura quedará curada; yo entiendo que *no debemos irritar* de ninguna manera a los que están padeciendo una fiebre *para no llevarles a la desesperación y a la locura.*»

¿Curará esa fiebre el proyecto de Administración local presentado por Maura en este Junio de 1907? . . .

La fiebre no se curará: esa España *negra* atiza los antagonismos, habla de odios entre unas provincias y otras, que en el fondo no existen, como habló del odio de los filipinos a España, que tampoco existió nunca, originando así con la calumnia la catástrofe. Quisiera en un transparente de la Puerta del Sol grabar, para que todos las leyeran, las palabras de un filipino de gran autoridad allí, pronunciadas *nueve años* después de nuestra dominación, y que por ello no pueden atribuirse ni a la adulación ni al miedo: son un monumento de amor a España y de maldición para los frailes. Lean todos lo que dice el docto catedrático D. Felipe Calderón:

«¿Que por qué nos hemos rebelado contra España si ella era verdaderamente noble, altruísta y generosa? ¡Callad, infames traidores, Nerones que insultáis y asesináis a vuestra propia madre, cuya sangre corre por vuestras venas; callad, que el mundo se estremece de espanto y de horror oyéndoos hablar con tanto cinismo, con tan inaudito descaro!

«Los filipinos no nos hemos rebelado contra España, a quien continuamos idolatrando y venerando en el santuario de nuestra alma; nos hemos rebelado, sí, contra la soberanía monacal que imperaba despóticamente en nuestra tierra; contra el fraile que se ha erigido en señor de horca y cuchillo en este país, burlándose de las justísimas leyes promulgadas por la Metrópoli, gracias a la inmoralidad y desvergüenza de la mayor parte de los hombres de gobierno de tan querida como desdichada Nación; contra el fraile que, al comprender que luchaba con éxitos envueltos en la inviolabilidad de los hábitos, perseveraba en luchas mundanas y materiales, promovía pleitos y litigios que ganaba empleando el soborno, la osadía o el poder como amigo y confesor de Reyes y magnates; creía superior al General, al Gobernador civil, al Poder

judicial, a los mismos Obispos; y venciendo a todos y obteniendo grandes victorias, se consideraba invulnerable, poderoso, omnisciente, y menospreciaba a sus mismos compatriotas los peninsulares, que les adoraban y reverenciaban como a santos; y oprimía y trataba a bejucazos al *indio*, a quien explotó en sus haciendas y deshonoró en sus madres, en sus hijas y en sus mujeres.»

¿Seguirá ninguno afirmando que el odio al fraile era el odio a España?

—En Cataluña no existen tampoco esos odios, me decía un regionalista. —Mis paisanos se pagan mucho del afecto y del honor; un poco de ese afecto por parte de los Poderes y de los demás españoles, y que se exteriorice, por ejemplo, yendo individuos de la Familia real a pasar temporadas entre nosotros, pronto acabaría ese malestar y se ganaría el corazón de aquellas gentes sencillas.

Y en tal ambiente de hermanos, todo problema tendría fácil solución.

\* \* \*

Murió Rizal: ya todos le hacen justicia. Ahora se comprende lo que pensó y lo que quiso, para remordimiento de sus torpes verdugos y enseñanza de sus paisanos. Era un *pacifista*, como todo hombre culto, que lo fiaba todo a la evolución, sin derramamiento de sangre, sin odios ni conjuras, aconsejando el bien, el trabajo, la instrucción, dejando para después los grados superiores del ideal. Sólo el niño pensó en coger la estrella sin subir por la escalera del progreso.

Filipinas está llamada a grandioso destino. Colocada en el centro del Pacífico, el Océano de la futura civilización mundial; con el Japón a la cabeza, Australia a los pies, América a un costado y la India y la China al otro, sólo entonces sabrá España lo que le perdieron los frailes. Pero Filipinas agradece a España los beneficios que recibió, y el lazo del común idioma es muy fuerte; España, incapaz para la colonización *activa*, no lo es para la *pasiva*, que consiste en la transfusión constante de todas las grandes cualidades de su personalidad moral. Aun puede haber en el porvenir comunes y ventajosas empresas para la madre y la hija.

Pero no olviden los filipinos las enseñanzas de Rizal; fue profeta cuando, oponiéndose a la rebelión, ¡por la cual se le fusiló!, decía: «No lograremos la independencia y caeremos en otra esclavitud.» Y, en efecto, sólo han cambiado de amo; cierto es que el de ayer fue pobre y el de hoy es rico y dejará

*más sobras*; pero esto no puede satisfacer a los espíritus elevados. Sigán, pues, la sabia trayectoria que les fijó Rizal: ilústrense, háganse dignos de la libertad, y la libertad vendrá.

\* \* \*

Dijimos que los frailes perdieron a Filipinas, y este libro lo demuestra. De 1872 dimana el movimiento activo contra ellos; entonces empujaron al patíbulo a tres virtuosos sacerdotess indígenas, uno de ochenta y cinco años, por el horrendo delito de mantener que las parroquias, detentadas por los frailes, debían ser para el clero secular español y ultramarino. Cuando de niño estuve en Filipinas conocí en tris-tísima ocasión a uno de los ahorcados, el P. Burgos (ídolo de los filipinos, tan digno de estudio como Rizal). Unos espa-ñoles acababan de perder un hijo, cuyo cadáver estrechaba la madre, medio loca, entre sus brazos, cuando vi aparecer un sacerdote joven, apacible, sereno; con maravillosa elocuencia, con un calor humano que sólo saben expresar las almas nobles, se apoderó del ánimo de aquellos padres; con ternura paternal cogió en sus brazos el cadáver y lo acostó en la cuna; al salir de allí, a la madrugada, dejaba un cuadro de resignado hogar cristiano. Aquel hombre me hizo el efecto de un santo. Cuando poco después supe horrorizado que lo ahorcaban, pensé en el Calvario, pensé en Jesús, pensé por primera vez en las infamias humanas. Y, pasada la niñez, recordando aquel hecho y el sedimento que dejaba, comprendí que los frailes habían infligido un golpe mortal al poder de España. Y, en efecto, sólo duró *veintiséis* años.

Pero aun siguieron actos más injustos: un día, los frailes, los que juraron la *pobreza*, los profesionales de la *piedad*, lla-mándose dueños del suelo de un pueblo, lo desahuciaron ín-tegro, lanzaron al campo a mujeres, niños, ancianos, enfermos, y quemaron luego las pobres viviendas. . . . Aquel pueblo era Calamba, el de Rizal, que vió sus viejos padres sin ho-gar. . . . ¿Era esto cristiano? ¿Era político? ¿Fue hacer por la Patria?

En 1892 se destierra a Rizal por *antimonacal*, añadiendo que esto es ser *antiespañol*; en 1896 se le fusila, *sin haber añadido otro pecado a ese*; en 1898 se pierde Filipinas, me-diando en la capitulación el fraile Nozaleda.

Y mientras España sale de Filipinas arruinada, ensangrentada, aparentemente deshonrada por hijos ciegos, los frailes del voto de pobreza se retiran con buen golpe de millones de duros. Las palabras ya citadas del Sr. Calderón hacen justicia a España y a los frailes. A la lujuria y a la codicia, que cita como grandes disolventes, añadiremos el ultrajante *tuteo* a que sometían a todo indígena, fuera magistrado, militar o sacerdote.

No culpemos, pues, ni al ejército ni al pueblo español. Ya lo dije en mi citado discurso de 1901: «Yo no califico mal, ni a nuestros soldados, que allí pelearon sin entusiasmo, ni al país, que ha visto con indiferencia aquella pérdida grande y dolorosa, porque el país veía una vergüenza permanente en nuestra Administración ultramarina, la muerte y la anemia para lo más florido de sus hijos, y la ruina para su Tesoro. Así es que esa guerra que empezó *sin entusiasmo*, casi se ha visto concluir *con satisfacción*. Y esto lo digo para justificar al pueblo de esa nota de indiferencia, que para muchos significaba un síntoma de muerte y de decadencia. No; el país ha sabido hacer justicia, viendo sin pena que aquellos males terminaban y que se cortaba aquel río de oro que continuamente iba hacia allá con esos 1.200 millones que han venido a recargar el Tesoro español, y por admitir los cuales el partido conservador, creo yo que ha obrado algo de ligero, porque es doctrina internacional admitida, que nosotros no hemos debido olvidar, que cuando se trata de deudas hipotecarias y hay una separación de territorio, la Metrópoli sólo tiene responsabilidad por el 50 por 100.»

Y aquí termino estas breves consideraciones que me sugiere el hermoso libro de Retana. Dos nobles partidos luchan hoy en Filipinas para influir en los destinos de su país: el *federal*, que incondicionalmente apoya a los norteamericanos, y el *nacionalista*, que aboga por la autonomía como puente para la independencia, popularísimo, el de Rizal si viviera, y que recibirá seguramente con mayor aplauso el libro que un buen español dedica al que ellos llaman *el Gran Filipino*. . . . ¡Sea este libro para todos el germen primero de la futura unión de España y Filipinas, sin las impurezas del poderío material! ¡Sea la chispa renovadora de una resurrección de amor!

Madrid, 15 de junio de 1907.

## De Wenceslao E. Retana:<sup>26</sup>

Si lo permitieran los límites a que debe contraerse el presente prólogo, esta sería una gran oportunidad para disertar acerca del importante papel que jugaron los frailes en Filipinas, así en lo político como en lo social. Elemento fijo e inagotable desde los primeros años de la dominación española, el único nexo que existía entre el Pueblo y el Gobierno, su influencia llegó a ser abrumadora. Los frailes obtuvieron cuanto desearon: los que fueron a las Islas como simples misioneros mendicantes pararon en curas párrocos con todas las de la ley, en contra de lo dispuesto por la Ley, y el monopolio de las parroquias les hizo poderosos. Tal monopolio determinó un irreducible antagonismo entre el clero *regular* (frailes españoles) y el *secular* (presbíteros filipinos), del que arrancan los males que acarrearón la pérdida de aquel preciado archipiélago, porque ese antagonismo llegó a hacerse extensivo a todas las demás clases sociales genuinamente filipinas.

El clero secular tenía dos aspiraciones perfectamente legítimas: la primera, que la provisión de los curatos se efectuase por oposición, entendiéndose que el fraile que ganara plaza quedaría secularizado, renunciando, por lo tanto, a su condición de fraile, y la segunda, que uno, al menos, de los miembros de aquel clero ocupase una silla episcopal. El conseguir ambos fines pusieron doble empeño los más dignos y sapientes de los sacerdotes del país. Pero ello fue que, cuando más animados se hallaban en su empresa, surgió la insurrección del Arsenal de Cavite (Enero de 1872), y el Gobierno aprovechó la coyuntura para hacer enmudecer, no sólo a los sacerdotes que en buena lid perseguían la reivindicación de sus derechos, sino a cuantos seglares se distinguían entonces por su afición al régimen liberal que en la Metrópoli acababa de instaurarse: los presbíteros Gómez, Burgos y Zamora fueron agarrados, y sus colegas Mendoza, Sevilla, Dandan, Del Pilar, Del Rosario, Guazon, etc., confinados; y al tiempo que éstos y con éstos, confinados asimismo los seglares más calificados por su inteligencia, por su posición social o por su fortuna pecuniaria: la flor y nata de los hombres del país desapareció de escena. Tal barrido de figuras prestigiosas inicia una época en la historia filipina. Herida en lo más vivo el alma popular, ella deseó, con mayor ansia que nunca, vindicarse; excitábase el recuerdo de sus mártires: en los pueblos subyugados por la tiranía, la sangre de los mártires es simiente revolucionaria.

Pero pasaban años y el vengador no aparecía. Diríase que los hijos del país estaban acobardados; diríase que, en su desgracia, connaturalizándose con la esclavitud, se habían vuelto mudos para el dolor: no había uno que se atreviera a exteriorizar las quejas que existían latentes en millones de seres. Los frailes entretanto ensanchaban la esfera de su influjo, desarrollando con la mayor actividad su añeja política de exclusivismo, sin el menor tropiezo porque lo eran todo: inspectores de los varios ramos de la administración local; de ellos dependían los nombramientos y las deposiciones de los funcionarios indígenas; ellos definían la adhesión a España de sus feligreses; ellos daban la enseñanza superior, no para crear hombres conscientes, sino para echarles en cara a los estudiosos que, gracias a ellos, a los frailes, tenían una carrera . . . que solía servirles para ser motejados de *filibusteros*. . . . Allí el *indio* no debía ser más que un viviente, nunca un pensante. Seguía en pie la censura previa de imprenta: nadie podía decir nada en letras de molde sin la aprobación previa de los frailes; no había libertad de asociación ni tolerancia de cultos; continuaba el veto a la representación en Cortes; el Gobernador general disponía de facultades omnímodas. . . . ¿Cómo podía el hombre cumplir con su deber, si carecía de lo más esencial, la libertad privada, intervenida por las autoridades a cada paso? Fresco el recuerdo de *lo de Cavite*, que constantemente sacaban los frailes a colación, ¿quién era el temerario que se atrevía a decir a la faz del mundo civilizado que el pueblo filipino vivía en la mas oprobiosa de las servidumbres? Porque, ¡ay!, proclamar la verdad, proferir una simple queja contra el régimen secular, equivalía a echarse encima el sambenito de *filibustero*; y ¿quién tenía abnegación para tanto? «Aquí todo pensamiento independiente, toda palabra que no sea un eco de la voluntad del poderoso, se califica de filibusterismo,» dice Rizal por boca del estudiante Isagani. Era, en efecto, lo corriente la complicidad con la rutina; era, pues, cosa corriente la pública sanción de todo abuso.

La Historia, ha escrito Kant, es la justificación de la Providencia. Y, al fin, surgió el hombre, el hombre-verbo, por designio de la Providencia, que vela por los pueblos merecedores de redención. Ese hombre fué Rizal, a quien sus paisanos comparan no sin fundamento con Jesús: porque Rizal predicó la verdad, tuvo discípulos que le negaron, sufrió su pasión y, llegada la hora suprema, fue ejecutado por manos de hombres de su propia raza. Fue fusilado por *filibustero*, y fue *filibustero* por los libros que escribió, el más radical, el

que motiva las presentes líneas. Triste verdad la de Bruix, al afirmar que muchas veces se tiene culpa *¡por el modo con que se tiene razón!* . . . Rizal había oído en lo más íntimo de su conciencia, entre otros apóstrofes: "¡Es menester también que todos respondan a la pregunta que cada día les dirige la Patria cuando les tiende las manos encadenadas!" . . . Respondió, y la respuesta le costó ser fusilado. Él murió, es cierto; pero la luz de su mente quedó en sus libros, y esa luz, como toda la que tiene verdades por destellos, vivirá mientras subsista en la tierra un sentimiento de simpatía para los oprimidos.

JOSÉ RIZAL Y ALONSO, hijo de Francisco y de Teodora, labradores tagalos de modesta posición, nació en Calamba, provincia de La Laguna, en la isla de Luzón, el día 19 de Junio de 1861. Como Lamennais y tantos otros pensadores altruistas, nació triste. Sintió en plena infancia el dolor de las ideas. En sus primeros años apenas vió otra cosa en torno suyo que la desgracia humana incrustada en un paisaje impregnado de melancólica y misteriosa poesía; y estimulado por su exquisita sensibilidad nerviosa, a orillas del gran lago que da nombre a la provincia (La Laguna), el niño Rizal se preguntaba si no había mas allá un estado social mejor que el que veía en su pueblo, donde en la parte urbana reinaba el despotismo del fraile terrateniente y en la rural merodeaban los ladrones. . . . Su vida era una eterna pregunta, y esa pregunta le movió a acariciar un ideal de redención.

Su padre le enseñó a leer. Mostróse tan despejado, que sus padres decidieron llevarle a Manila, para que allí estudiase. Le hospedaron al principio en la casa en que vivía el mayor ornamento del clero filipino, Don José Burgos, tres veces doctor: en Teología y Cánones, en Filosofía y en Derecho. Rizal comprendió inmediatamente a Burgos, y le amó, respetó y reverenció. ¡Cuál no sería el dolor del niño, de aquel niño sensibilísimo, al ver que, por *lo de Cavite*, Burgos rendía la vida en el garrote afrentoso! . . . Bien que, como es sabido, no es el instrumento de muerte lo que afrenta, sino el delito, y Burgos para Rizal era inocente. En su pueblo, Rizal no había percibido el bienestar común; pero en Manila lo percibía menos: en Manila vió por sus propios ojos, en Febrero de 1872, como el Gobierno prendía de una redada a numerosos filipinos cultos y los mandaba a presidio. . . . Ninguno de ellos había tomado parte en *lo de Cavite!* . . .

Llevado interno al Ateneo Municipal, regido por jesuitas, en ese centro cursó la segunda enseñanza. Las veintidós asig-

naturas de que constaba el bachillerato las ganó todas con la misma nota, la más alta, *sobresaliente*; ganó, además, muchos premios de honor, y, por su conducta, fue siempre el *número uno* entre centenares de estudiantes. El niño triste era a la vez un niño digno, y el niño triste y digno no tenía más afán que el de descollar en todo, acaso espoleado por el deseo de acreditar con el ejemplo que su raza no era inferior en nada a la española; que la inteligencia y el pundonor no tienen cutis. En ese mismo Ateneo estudiaban también no pocos blancos. Quiso ensayarse, por vía de pasatiempo, en diversas aficiones, y antes de los trece años estaba ya acreditado como dibujante, tallista y cultivador de la poesía castellana, es decir, versificaba en una lengua que no era la suya propia, pues que la suya propia era la tagala.

En Marzo de 1877 obtuvo, con la consabida calificación de sobresaliente, el título de bachiller. Y pasó a la Universidad, regida por dominicos, única que en Filipinas había. Cursó a un tiempo dos carreras: la de Filosofía y Letras y la de Medicina. En seguida se percató de lo que era el centro universitario de los frailes: el capítulo *Plácido Penitente* lo insinúa. Ante las iniquidades de que era testigo un día y otro, pensó más de una vez en trasladarse a España, donde proseguiría con libertad y con mayor provecho el estudio de las disciplinas de su predilección; pero la falta de recursos y algunas otras razones le retenían. Una nueva iniquidad contribuyó poderosamente a decidirle. Hallándose de vacaciones en su pueblo, pasó una noche a corta distancia de unos guardias civiles: Rizal no saludó; iría, como de costumbre, abstraído; pero en último término, ¿qué obligación tenía él de saludar a la guardia civil? Aquel desacato le valió un tiro por la espalda. Vuelto a Manila, intentó una representación en son de queja al Gobernador y Capitán general. ¡En vano! . . . El indio, *indio* tenía que ser, siquiera ese indio fuese ya ventajosamente conocido por sus talentos y empresas literarias. En 1879 había ganado en público certamen, en competencia con otros vates de su raza, un primer premio de poesía; y al siguiente año, en 1880, un primer premio de prosa, pero esta vez en competencia con escritores españoles además, a los cuales derrotó. No obstante, ¡*indio* había nacido; indio tenía que ser! . . .

En la poesía aludida revelóse en un sentido que constituía en aquel país una verdadera novedad: el joven Rizal titulaba su oda (y la dedicaba) Á la Juventud filipina, a quien infundía alientos:



Baja con la luz grata  
De las artes y ciencias a la arena,  
Juventud, y *desata*  
La pesada cadena  
Que tu genio poético encadena,

léese en una de las estrofas. O esto no quería decir nada, o quería decir mucho. Los miembros del Jurado, españoles, debieron de inclinarse a creer que Rizal no había querido decir nada. En la misma composición poética es donde por primera vez un *indio* llama a Filipinas Patria Mía. Tampoco esta frase debió de tomarla en consideración el Jurado; para el filipino, según la crítica castizamente española, la patria no era Filipinas, sino España, la España de Pelayo, del Cid y de la *Marcha de Cádiz* (que aunque no se había inventado aún, la presentían ya casi todos los hispanos).

La idea de Patria fue para Rizal la más fundamental y gloriosa de todas las ideas. Aunque él no hubiese sido toda una síntesis palpitante de su país, habría aspirado a serlo. Es propio de las almas superiores sustentar ideales elevados. Por eso fue un sediento de justicia; por eso soñó desde pequeño, con la manumisión de los ilotas. Pero, según dice en su *filibusterismo*, «redención supone virtud; virtud, sacrificio, y sacrificio, amor;» y así, sobrepuso el amor a la Patria a los demás amores: la amó virtuosa y abnegadamente, con la más profunda religiosidad, como ha observado Unamuno. En 1882, recién llegado a España, el primer artículo que escribió para un periódico de Manila, lo intituló *El amor patrio*; en 1886, en la novela *Noli me tângere*, que le ha inmortalizado, puso a la cabeza de la dedicatoria: *A mi Patria*; en 1889, al reimprimir, con profusión de ilustraciones, los *Sucesos* históricos de Morga, consagró su trabajo *A los Filipinos*, y en 1891 estampó al frente de su segunda y última novela, *El Filibusterismo*, los nombres de Gómez, Burgos y Zamora, mártires preeminentes de su patria. . . .

Es inútil la vida que no se consagra a una idea grande, pensaba Rizal y él consagró a la Patria todos los latidos de su corazón, todas las vibraciones de su mente. Nada escribió, ni el mas insignificante artículo, que no fuese enderezado a un mismo fin. Pero ¡cómo, con qué ahinco, con qué fervor! Léese en *el filibusterismo*: «La grandeza del hombre no está en anticiparse a su siglo, cosa imposible por demás, sino en adivinar sus deseos, responder a sus necesidades y guiarle

a marchar adelante.» Taine ha escrito: «Sabio es aquel que participa por su pensamiento en la eterna necesidad de la naturaleza.» Rizal amó a su patria con religiosidad y sabiduría; toda su existencia la consagró a la misma idea, la de Patria, para él la más fundamental y gloriosa de todas las ideas.

En Madrid prosiguió las dos carreras que en Manila había comenzado. El cambio de medio no modificó su carácter, antes bien se acentuó su tristeza: una *saudade* nostálgica invadía su espíritu a todas horas: ¡hallábase a tantas leguas de lo que tanto amaba! . . . Templaba sus amarguras en el trabajo: leía, estudiaba idiomas, pintaba, modelaba, escribía; nunca faltaba a las clases. En cambio, no iba sino por rara casualidad a diversiones; poquísimas veces al teatro. Lo que le sobraba de su modesta pensión lo invertía todo en libros; tuvo una época en que redujo a seis *reales* (¡una peseta y cincuenta céntimos!) el gasto de la comida diaria. El 24 de Junio de 1884, día en que ganó en la oposición el premio de Griego, no comió por falta de recursos. Usaba prendas de vestir que compraba de lance. Privábase de mil cosas que la mayor parte de los jóvenes conceptúan *necesarias*, menos de libros, de los cuales llegó a reunir centenares. Una tarde de Carnaval, hallándose en Madrid, fue al Salón del Prado a ver las máscaras: «El espectáculo (escribió en su diario) no me ha divertido.» Los que piensan mucho en los dolores morales de la humanidad, paran en dolorosos congénitos; llevan en el semblante cierto sello de melancolía que irradia de la sublimidad de su espíritu.

Es muy digno de estudio el retrato de Rizal. «Los verdaderos revolucionarios (léese en uno de los tratados de Lombroso), es decir, los iniciadores de las grandes revoluciones científicas o políticas que provocan un verdadero progreso en la humanidad, son casi todos genios o santos, y tienen todos una fisonomía maravillosamente armónica.» Maravillosamente armónica era la fisonomía de Rizal. Estúdiense su retrato, y se verá que la frente revela inteligencia; la mirada, dotes de pensador; la mandíbula inferior, firmeza de carácter; la boca, protesta sagrada; hasta el lóbulo de la oreja, adherido, tiene alguna significación antropológica; y el conjunto, la dulce expresión del conjunto, da idea de un hombre reflexivo, poeta doliente, saturado de ese vago misticismo pesimista peculiar de los seres verdaderamente superiores. Dentro del tipo malayo, difícilmente se encontrará otra cara más simpáticamente expresiva que la cara de Rizal. Era de escasa estatura; de

pocas carnes, pero fibrosas; algo cargado de hombros; tenía el color moreno-parduzco y la cabellera negra como el azabache.

La visión de su patria, que ni un momento se desvanecía en su memoria, le indujo a escribir un libro en el cual cristalizase toda la vida política y social (vida llena de eternos sufrimientos) de sus paisanos, a quien un cáncer incurable consumía. Pero de ese libro no pudo escribir en Madrid sino una pequeña parte. Lo más esencial para él era ampliar sus estudios enciclopédicos y terminar las carreras que seguía, y esto último lo realizó en Junio de 1885, en que se licenció en Filosofía y Letras y ganó las asignaturas del doctorado en Medicina. En Medicina obtuvo: seis *aprobados*, doce *buenos*, cuatro *notables* y cuatro *sobresalientes*; es decir, no descolló. Pero en Filosofía sí, porque obtuvo: un *bueno*, un *notable*, doce *sobresalientes* y dos *matrículas de honor*. En las clases de Griego, Árabe y Hebreo no hubo otro que le aventajase. Sin duda las lenguas constituían la especialidad de su talento poderoso. Rizal, a los veintisiete años, hablaba y escribía, aparte su idioma nativo (el tagalo), en castellano, francés, inglés y alemán; traducía del italiano, del portugués, del holandés y del sueco; y sin contar los conocimientos hondos que llegó a adquirir en los centros oficiales de las lenguas latina, griega, árabe y hebrea, adquiriólos después de la china, la bisaya, la malaya, la rusa y la japonesa. El japonés llegó a hablarlo con facilidad. Si Rizal se hubiera consagrado exclusivamente a lingüística, habría sido uno de los lingüistas más conspicuos del mundo.

Terminadas sus carreras, hizo una breve excursión por Valencia y Andalucía, y en seguida se trasladó a París. En París logró un puesto de ayudante en la clínica del afamado oftalmólogo Dr. Wécker. Y allí, al tiempo que se consagraba a esta especialidad, prosiguió la redacción de su libro, el libro que había de inmortalizarle, *Noli me tângere*. Pero en París paró poco; a principios de 1886 estaba ya establecido en Heidelberg (Alemania), donde continuó practicando la oftalmología (al lado del profesor Galezowsky), reanudó la redacción de su novela y, en su afán insaciable de saber, en los ratos que tenía libres, asistía a las clases de Derecho de aquella Universidad. Los meses de verano los pasó en el pueblecito de Wilhelmsdorf. Allí pudo observar a sus anchas la vida campesina alemana y refundir, templándolo, todo cuanto llevaba escrito de su novela en gestación. Volvió a Heidelberg; de aquí se trasladó a Leipzig, y a principio de 1887 logró pasar a Berlín, pero tan falto de recursos, que no tenía los suficientes para

imprimir la novela que acababa de terminar entonces. Un amigo suyo, el Dr. Máximo Viola, le anticipó lo necesario, y por el mes de Marzo vió al fin Rizal impreso el libro que en Madrid había comenzado: su *Noli me tângere* aludido.

En *El Filibusterismo* da Rizal una breve síntesis de su primera novela. El protagonista, Juan Crisóstomo Ibarra, filipino, después de haber pasado algunos años educándose e instruyéndose en Europa, regresó a su país. Era rico, y ansiaba dedicar una buena parte de su fortuna a la fundación de un colegio modelo, al estilo de los de Alemania. Miles de dificultades le salieron al paso; los frailes hacían fracasar todos los planes de Ibarra, y éste llegó a desesperarse. Su desesperación quiso aprovecharla Elías, símbolo del Pueblo, que a toda costa quería la revolución. Ibarra, por el contrario, enemigo de todo procedimiento violento, optaba por *hacer hombres* fomentando la educación y la cultura. Ibarra, al fin, cae en un lazo, y, sin comerlo ni beberlo, se ve preso por *filibustero*. Elías le ayuda a fugarse de la prisión, y logra salvarlo. Pero ya en el lago ambos (el lago de que se habla en los primeros capítulos de *El Filibusterismo*), los carabineros los descubren y acribillan a balazos. Elías muere; Ibarra, mal herido, logra ganar la playa. Cree, sin embargo, llegada su última hora, y después de un corto diálogo con el niño Basilio, exclama:

— ¡Muero sin ver la aurora brillar sobre mi patria! . . . Vosotros, que lo habeis de ver, ¡saludadla! . . . ¡No os olvidéis de los que han caído durante la noche! . . . — Diríase que Rizal presintió su biografía entera. He ahí por qué es doblemente sugestiva esa obra de Rizal.

*Noli me tângere* es una novela fresca, sentida, apasionada. En sus páginas se produce la visión de la vida filipina bajo todos sus aspectos, pero señaladamente el político-social. Mas como obra de un *indio*, siquiera éste lo sacrificara todo a la verdad, apenas fue conocida en el Archipiélago, cayeron sobre ella y sobre el Autor las más enérgicas execraciones: la obra fue absolutamente prohibida y el Autor calificado de *filibustero*. Preciso es reconocer que Rizal tuvo un valor cívico sin precedente. Pero es que como literato llevaba también la ventaja de la primacía; porque es de saber que si se exceptúa *Ninay*, narración novelesca (es más que nada un documento etnográfico-literario), publicada por Paterno en 1885, ningún filipino había dado a la estampa cosa alguna sobre su país de carácter novelesco a la vez que tendencioso. Añádase que *Noli*

*me tângere* tiene un fondo esencialmente revolucionario, y que la cuestión religiosa la trata con criterio librepensador, esmaltado de frases volterianas y desplantes rabelescos. Decíale Rizal a un su amigo, al remitirle un ejemplar de la novela, a últimos de Marzo de 1887; decíale entre otras cosas:

*Noli Me Tângere*, palabras tomadas del evangelio de San Lucas, significan "No me lo toqueis". El libro contiene, pues, cosas de que nadie entre nosotros ha hablado hasta el presente; son tan delicadas que no pueden ser tocadas por ninguna persona. En lo que a mi toca, he intentado hacer lo que nadie ha querido hacer. Debo refutar las calumnias que por tantos siglos han sido amontonadas sobre nosotros y nuestro país: he descrito el estado social, la vida, nuestras creencias, nuestras esperanzas, nuestros deseos, nuestras quejas, nuestras tristezas; he desenmascarado la hipocresía que, bajo el manto de la religión, venía a empobrecernos y a embrutecernos; yo he distinguido la verdadera Religión de la falsa, de la supersticiosa, de aquella que comercia con la palabra santa para extraer dinero a fin de hacernos creer en sortilegios, de que el Catolicismo se avergonzaría si tuviera de ellos conocimiento. Yo he descorrido la cortina para exponer lo que está detrás de palabras engañosas y brillantes de nuestros gobernantes; yo he expuesto a nuestros compatriotas nuestros defectos, nuestros vicios, nuestras culpables y cobardes complacencias con las miserias de allá. Dondequiera que haya visto la virtud la ha proclamado para rendirle homenaje, y si bien no he llorado al hablar de nuestros infortunios, me he reído porque ninguno quiere llorar conmigo sobre las desdichas de nuestra patria, y la risa es siempre buena para ocultar las penas. Los hechos que relato son todos verídicos y han sucedido: puedo dar pruebas de ellos. Mi libro tendrá (y las tiene) sus faltas bajo el punto de vista artístico o estético. Yo no digo que no; pero lo que no se puede poner en duda es la imparcialidad de mis narraciones.<sup>1</sup>

Por tal modo impresionó la novela a los filipinos, tal era la trascendencia del *Noli me tângere*, que no faltó fraile que declarase—en el seno de la intimidad, naturalmente—que la obra de Rizal era para su país un Evangelio regenerador. El protagonista, un hombre nacido para el bien, veíase impulsado por la Fatalidad a odiar el régimen imperante en su país. Del *Noli me tângere* se desprende que todo filipino que no fuese un servil adulator de los frailes, estaba condenado a ser *filibustero* . . . y a tocar las consecuencias.

<sup>1</sup> Véase *Biografía de Rizal* de Rafael Palma, pp. 75-76.

Desde Berlín salió Rizal para otros puntos de Alemania; visitó luego Austria y Bohemia, Suiza e Italia, y a primeros de Julio embarcó en Marsella para Saigón. Rizal no viajó nunca por mero capricho, como un turista más; viajó por instruirse, pero sobre todo por observar cuanto de bueno hubiera en el mundo que fuese adaptable a su patria, en la que pensaba constantemente. El 5 de Agosto de 1887, Rizal desembarcó en Manila. No hay que decir que su presencia en la mansión de los frailes, cuando mayor era la exaltación contra el audaz filibustero, dejó atónitos a todos . . .

La suerte de Rizal fue que por entonces las primeras autoridades de su país eran liberales y de buen sentido. Con todo, Rizal vivió vigilado. Esto, sin embargo, no le preocupó gran cosa; habíase trazado un plan de conducta, y lo siguió muy tranquilo: era su mayor deseo arreglar el problema agrario de Calamba (que se esboza en el capítulo IV de la presente novela), y en ello puso todas las energías de su voluntad. Nadie en Calamba podía ser propietario de un palmo de terreno, pero ni siquiera del solar en que edificaba una modesta vivienda: todo, en absoluto, era de los frailes, los cuales por su parte lejos de hacerse gratos a sus inquilinos a medida que pasaban los años, les iban subiendo el canon, señaladamente a aquellos que no les rendían pleitesía. Rizal invitó a cuantos quisieron oírle (casi todo el pueblo) a que pusieran pleito a los frailes. Mas ¡ay! ¡con la razón no se ganan los pleitos! (léese en *El Filibusterismo*), y, a la larga, los que tenían razón perdieron el pleito . . . y fueron deportados a las islas mas remotas e insalubres. Rizal, aburrido, optó por salir de su país: tenía sobrado talento y sobrada independencia de carácter para resignarse a vivir tranquilamente en la mansión del oprobio. A primeros de Febrero del siguiente año (1888) se embarcó para China; de China se fue al Japón, a los Estados Unidos, que atravesó de Occidente a Oriente, y desde allí a Inglaterra, a donde llegó a últimos de Mayo. Había dado la vuelta al mundo. Establecióse en Londres.

En Londres se dedicó al estudio de la historia de su país. En el Museo Británico habíase topado con un libro raro, que lleva por título *Sucesos de las Islas Filipinas*, por el Dr. Antonio de Morga, impreso en Méjico en 1609, y decidió reimprimirlo con gran copia de notas, para lo cual le era indispensable una previa investigación a través de la Bibliografía vetusta del Archipiélago. Mientras se dedicaba a este trabajo y algunos otros menudos para revistas inglesas y en especial para el quincenario *La Solidaridad*, que varios de sus compatriotas

acababan de fundar en Barcelona, llegaban a Rizal noticias cada vez más desagradables acerca de los vejámenes que experimentaban los suyos en Calamba. Necesitó el gran pensador tagalo toda su sangre fría para no perder los estribos, mayormente cuando supo que un cuñado suyo, a quien sorprendió la muerte sin confesión, había sido enterrado en el campo, como un perro, ¡sólo por ser cuñado de Rizal! . . .

A últimos del verano de 1889 Rizal se trasladó a París. Huía de Londres porque pudo notar que una de las hijas del dueño de la casa en que vivía de huésped mostraba hacia él marcada inclinación, y a él por su parte no le era del todo indiferente aquella señorita. Rizal no comprendía el amor sino con buen fin y como, cual otro Don Quijote, mantenía en su corazón un culto ideal a cierta paisana suya, antes que traicionarla y que traicionar a la señorita inglesa, optó noblemente por alejarse del peligro. Durante el otoño reimprimió en París los *Sucesos de Morga*. La nueva publicación rizalina fue acogida con aplauso por el mundo sabio. En Filipinas, huelga decirlo, fue condenada y terminantemente prohibida. Todavía pasó en París algunos meses, siempre trabajando. El inventario de sus opúsculos, artículos, traducciones y poesías varias es bastante extenso. Y por Agosto del año 1890 se vino a Madrid. Era aquí conveniente su presencia para consultar con algunos abogados el problema de Calamba. Aprovechó Rizal su estancia en Madrid para colaborar con sus compatriotas en la ardua tarea de transformar el régimen político de Filipinas. Pero pudo convencerse pronto de que nada sacaría en limpio, y en los primeros días de Enero de 1891 se marchó a Bruselas. Iba asqueado y tedioso. Hasta entonces Rizal, y así lo demostró en *La Solidaridad*, había sustentado cierta esperanza de redención; había venido creyendo que un evolucionismo legislativo razonable acabaría por dar a su patria las ansiadas libertades; pero esos meses que pasó en Madrid le desengañaron enteramente. Dejó de colaborar en *La Solidaridad*, cortó sus relaciones con la mayor parte de sus amigos y se resolvió por laborar por su cuenta, siguiendo una nueva orientación: la de crear nacionalismo en su patria. Trasládose a Gante, y en Gante escribió *El Filibusterismo*, cuyo bosquejo había comenzado en Londres. «¡Nada de idealismos, nada de falaces teorías. Fuego y acero al cáncer, castigo al vicio, y rómpase después, si es malo, el instrumento!» —pensaría; palabras que profiere Simoun en uno de sus soliloquios.— Y la novela *El Filibusterismo* fue entonces el objeto de sus mayores afanes.

*El Filibusterismo* es, ante todo, un libro mucho más pensado que sentido: por eso no tiene la frescura que el *Noli me tângere*, la primera novela de Rizal. Esta es la novela del sufrimiento; la segunda es la novela de la desesperación, pero no de una desesperación derivada de la prostración, como la que predomina en ciertos escritos de Leopardi; sino de una desesperación filosófica, cual la que irradia de ciertos pasajes de Nietzsche. Rizal veía su país convertido en un despojo que un buitre (el régimen) iba devorando poco a poco. ¿Cómo infundir nueva vida a ese despojo? No había otra fórmula que la de vigorizarlo mediante la restauración de todo lo netamente nacional; había, pues, que recrear el país, y para esto se hacía indispensable destruir toda la podredumbre ocasionada por los elementos inmigrados. Una empresa anarquista estupenda, que la simboliza el joyero Simoun (Ibarra redivivo). Simoun, a trechos, diríase que fue inspirado en el recuerdo del precursor del nihilismo ruso, Alejandro Hertzén, aquel fanático de la destrucción que gritaba a cada paso: ¡Viva el caos!, ¡Viva la muerte!; que al aspirar a la formación de una nueva sociedad, proclamaba: *Al pasar del viejo al nuevo mundo ¡hay que dejarlo todo y no llevar nada consigo!* Así Simoun. Mas a la manera que en el *Noli me tângere* Ibarra templaba las exaltaciones del iluminado Elías, del propio modo, en *El Filibusterismo* la filosofía de Simoun se templea al comienzo con los juicios de Basilio y al final con las reflexiones del P. Florentino, cuyas frases son las más trascendentales de la obra, pues que ellas son verdaderos golpes de maza contra el separatismo por la violencia. El mérito de Rizal consiste principalmente en haber hecho de esta su segunda novela un verdadero tratado de nacionalismo y a la vez una obra antiseparatista contundente. Lo primero es lo primero, debió de pensar Rizal: nacionalicémosnos; recobremos la originalidad perdida; hagámonos dignos de merecer la libertad; mereciéndola, la obtendremos: «porque cuando el fruto de la concepción llega a su madurez, ¡desgraciada la madre que lo quiere ahogar!», exclama el Autor por boca del P. Florentino.

En esta su segunda y última novela, Rizal continúa historiando los sufrimientos y las aspiraciones de sus compatriotas, y válese para ello de una galería de tipos calificados. Tandang Selo, su hijo Cabésang Tales y la hija de éste, Julí, son la genuina representación de los que viven excluidos por la fatalidad, que obra a impulso del capricho de un lego ignorante y codicioso. Basilio es la Virtud arrastrada al abismo por las



iniquidades de la política rutinaria. Isagani significa la Juventud luminosa, pletórica de dignidad e idealismo; es el patriota soñador, poeta romántico, enamorado de la lengua castellana y entusiasta mantenedor de la unión de España y Filipinas. Capitán Tiago, el indio vividor, sin sentido moral, producto directo de la educación frailuna: pasa, por pasarlo bien, por toda suerte de envilecimientos, incluso el contubernio de su mujer con un franciscano bárbaro, de quien es hija la infeliz María Clara. Ésta es el símbolo de la Patria; bella, buena, abnegada, pero reducida a prisión en un convento. El Sr. Pasta es el Capitán Tiago intelectual: toda su filosofía es el fruto de cierta egoísta resignación; así llega a decir, aludiendo a los laureles de la gloria: «Los laureles apenas sirven para una ¡salsa!» . . . Doña Victorina es el tipo híbrido, grotesco, de los renegados; la mujer que, en su afán de ser española en todo, adultera lo netamente filipino, y no logra ser blanca ni morena, sino una caricatura de ambas razas. Su sobrina, Paulita, la aristócrata que cede a la costumbre de la selección étnico-política, desdeñando el talento y la moral: entre Isagani, tagalo inteligente y de gran corazón, y Peláez, mestizo ignorante y mentecato, acaba por preferir a Peláez, entre otras razones, porque Isagani comenzaba a ser tildado de *filibustero*. . . .

Pero lo que más encanta de la obra es la fuerza de verdad que corre por toda ella; no hay episodio que no sea cierto; no hay frase que no tenga valor histórico. Si la historia de un pueblo es la memoria de su pasado, ¿quién escribirá la de la vida social de Filipinas sin beberle la sangre a los libros novelescos de Rizal? Bien puede aseverarse que en ellos ha quedado esculpido el espíritu de aquel país durante los últimos años de la dominación española.

*El Filibusterismo*, en cuanto novela, ofrece algunos reparos; el primero de todos, que apenas hay acción, y la poca que hay pierde en intensidad a causa de ciertos injertos que en su libro hizo el Autor. Ninguno de ellos está enteramente de sobra; pero los mas debilitan el conjunto. Hay capítulos, como el XXI y el XXII, que casi huelgan, no obstante su buen sabor y color; otro tanto puede decirse del X, sin duda escrito para hacer ver que no faltaban rurales que tenían cierta cultura idiomática e histórica; el en que se describe el banquete (el XXV), sólo puede justificarlo el deseo de registrar unas cuantas ironías. . . . Rizal gustaba con exceso del diálogo, en lo

que se desvió del moderno modo de novelar, a lo menos el modo zolesco, cuyo influjo se percibe en algunos pasajes de *El Filibusterismo*. Pero el autor tagalo tiene disculpa: Rizal escribía para sus compatriotas, y tenía muy presente que lo que más les encanta es el diálogo. Otros reparos podrían añadirse concerniente a la composición del libro. Mas ¿qué valen contrastados con la trascendencia que encierra? En lo que atañe a la forma, «no busques sonas para el oído, sino luz para el corazón,» dijo San Agustín; máxima que Rizal tuvo siempre presente en sus trabajos. Rizal cuidaba del fondo mucho más que de la forma; las filigranas del lenguaje y los modismos del estilo le eran en cierto modo indiferentes. Es muy discutible la afirmación de Chateaubriand de que sólo el estilo es lo que inmortaliza las obras literarias. Más las inmortaliza el pensamiento. La forma, llega un día en que sólo es estudiada a título de curiosidad deleitable; mientras que el pensamiento, cuando vale, es imperecedero. Tácito vive al través de los siglos, traducido a infinidad de idiomas. La obra que sólo por el estilo alcanza notoriedad, es inútil para los pueblos en que se hable otra lengua: su hechizo lo constituye un perfume que se pierde al trasegarse. Por lo demás, téngase en cuenta que Rizal escribía en un idioma que no era el suyo propio; y aun debe añadirse que le era perjudicial la circunstancia de escribir frecuentemente, y leer todos los días, en diferentes idiomas.

De *El Filibusterismo* puede decirse que por los pensamientos, sentencias, máximas y apotegmas que lo esmaltan, pero sobre todo por su trascendencia, es una obra que, con su hermana mayor *Noli me tângere*, significa la reivindicación a par que la revolución de todo un pueblo oprimido; y obra que hace este milagro, sea o no modelo artísticamente considerada, es infinitamente superior a todas esas obras escritas por modo maravilloso . . . para solazar, y *nada más*, el espíritu.

Era Rizal muy dado al lenguaje sentencioso; apenas hay otra cosa que sentencias en las palabras de Simoun a Basilio y en las del P. Florentino a Simoun; y era a la vez un feliz cultivador del apotegma. El día que Rizal sea bien conocido en Europa, muchos de sus pensamientos y dichos memorables irán a las antologías de los pensadores. Pensador es aquel que con sus escritos o con sus discursos hace pensar a los demás. Rizal ha hecho pensar mucho a cuantos le han leído. Se hace difícil escoger lo mejor de entre lo bueno que en *El Filibusterismo* abunda. Antonio Pérez, el inolvidable

maestro de aforismos políticos, no habría seguramente desdenado muchos de los que escribió Rizal. Véanse algunos:

«La resignación no siempre es virtud; es crimen cuando alienta tiranías: no hay déspotas donde no hay esclavos.»

«Para tener sumiso a un pueblo, no hay como humillarlo y rebajarlo a sus ojos.»

«El día que en España un legislador prohíba la virtud é imponga el vicio, al siguiente todos serán virtuosos.»

«Los Gobiernos se han hecho para el bien de los pueblos, y para cumplir su fin debidamente, tienen que seguir las indicaciones de los ciudadanos, que son los que mejor conocen sus necesidades.»

«A Gobierno inmoral, corresponde un pueblo desmoralizado; a Administración sin conciencia, ciudadanos rapaces y serviles en poblado, bandidos y ladrones en las montañas. Tal amo, tal esclavo! Tal Gobierno, ¡tal país!»

«Cada país tiene su moral, como su clima y sus enfermedades.»

«Cuando por medios legales un pueblo pide algo a un Gobierno, es porque le supone bueno y dispuesto a conceder un bien, y este acto, en vez de irritarle, le debiera halagar: se pide a la madre; nunca a la madrastra.»

«La complacencia con el vicio se paga mejor que el cumplimiento del deber.»

«Sólo los pueblos tiranizados y esclavizados son los que tienen el deber de no pedir nada jamás.»

«La base del *prestigio* para los Gobiernos coloniales es la más débil, porque no reside en ellos, sino en la buena voluntad de los gobernados, mientras quieren reconocerlo. La base *justicia* o *razón* me parece más duradera.»

«La libertad es al hombre lo que la instrucción a la inteligencia.»

«Cuando a un pueblo se le niega la luz, el hogar, la libertad, la justicia, bienes sin los cuales no es posible la vida, y por lo mismo constituyen el patrimonio del hombre, ese pueblo tiene derecho para tratar al que así le despoja como al ladrón que nos ataja en el camino.»

«Para hacer criminal a un pueblo no hay más que dudar de su virtud.»

«El que da su oro y su vida al Estado, tiene derecho a exigirle que le dé la luz (de la enseñanza) para ganar mejor su oro y conservar mejor su vida.»

«Al pueblo que se tiraniza se le obliga a ser hipócrita; aquel a quien se le niega la verdad, se le da la mentira; el que se hace tirano engendra esclavos.»

«El odio no crea más que monstruos; el crimen, criminales; ¡sólo el amor lleva a cabo obras maravillosas; sólo la virtud puede salvar!»

«Las barreras que la política establece entre las razas, desaparecen en las aulas como derretidas al calor de la ciencia y de la juventud.»

«Los justos y los dignos deben sufrir, para que sus ideas se conozcan y se extiendan.»

Necesitaríamos muchas páginas si transcribiésemos todos los pensamientos que Rizal engarzó en su narración. De carácter nacionalista y revolucionario los hay en abundancia; he aquí algunos:

«Mientras un pueblo conserve su idioma, conserva la prenda de su libertad, como el hombre su independencia mientras conserva su manera de pensar.»

«El idioma es el pensamiento de los pueblos.»

«Por perfecta que pueda ser la humanidad, el patriotismo será siempre virtud en los pueblos oprimidos, porque significará en todo tiempo amor a la justicia, a la libertad, a la dignidad misma.»

«Dios, que es la Justicia, no puede abandonar su causa, que es la causa de la Libertad, sin la cual no hay justicia posible.»

«Mientras menos derechos reconozcan en vosotros, más tendréis después para sacudir el yugo y devolverles mal por mal.»

«En vez de tener aspiraciones de provincia, tenedlas de nación; en vez de pensamientos subordinados, pensamientos independientes, a fin de que ni por los derechos, ni por las costumbres, ni por el lenguaje, el español se considere aquí como en su casa, ni sea considerado por el pueblo como nacional, sino siempre como invasor, como extranjero, y tarde o temprano tendréis vuestra libertad.»

«Antes prefiero sucumbir por los derechos hollados de la humanidad, que triunfar con los intereses egoístas de una nación, aun cuando esta nación se llame, como se llama, ¡España!» —(*En boca de un español.*)

«Para usted el español puede ser pirata, puede ser asesino, hipócrita, falso, todo, con tal de conservar lo que tiene; para mí el español debe perderlo todo, imperio, poderío, riquezas, todo, ¡todo antes que el honor!» —(*Id., ídem.*)

«¿Qué significa una hecatombe de veinte mil desgraciados? ¡Veinte mil miserias menos y millones de miserables salvados en su origen!»

«¡Importa destruir lo malo, matar el dragón para bañar en su sangre al pueblo nuevo y hacerse robusto e invulnerable!»

«¡Fuego y acero al cáncer, castigo al vicio, y rómpase después, si es malo, el instrumento!»

De orden filosófico, moral y social se podrían entresacar por docenas, no sólo los pensamientos, sino las frases felices.

Pensando en sí mismo debió de escribir: «La grandeza del hombre no está en anticiparse a su siglo, cosa imposible por demás, sino adivinar sus deseos, responder a sus necesidades y guiarle a marchar adelante,» que habíamos ya copiado.

Queda asimismo copiado este apóstrofe admirable: «¡Es menester también que todos respondan a la pregunta que cada día les dirige la Patria cuando les tiende las manos encadenadas!» . . .

Sublime y digna de Voltaire es la exclamación: «¡Vivan los sueños del esclavo, que sólo pide un poco de estopa con que envolver la cadena para que suene menos y no le ulcere la piel!»

«¡Los laureles (de la gloria) apenas sirven para una salsa!»

Tal vez la hubiera suscrito Federico el Grande.

«El infinito es a veces desesperadamente mudo.» —Frase de sabor huguesco.

De los frailes dice con gran naturalidad: «Por uno bueno hay diez malos que sacan el dinero a los pobres y envían al destierro a los ricos.»

«¡Con la razón no se ganan los pleitos!» —exclama convencido el novelista ante la desesperación de Tales, que todo lo fiaba a la Justicia.

Pero ninguna frase tan llena de expresión como la del Padre Florentino así que expiró el joyero revolucionario:

—«¡Dios tenga piedad de los que le han torcido el camino! . . . ¡No es posible renegar más piadosamente de los malos españoles!»

Acerca de los frailes en relación con el indígena: «¡Ustedes le desnudan, y luego se burlan de sus vergüenzas!» dícele Isagani al P. Fernández.

Del mismo al mismo —«¿O es que quieren ustedes la ciencia para sí y el trabajo para los demás?»

«Los frailes y las autoridades son, respectivamente, los tiranos irresponsables que se ocultan detrás de Dios y del Estado, y cuyos abusos permanecen impunes porque nadie los puede fiscalizar.»

La nitro-glicerina la define Simoun diciendo que es: «lágrimas concentradas, odios comprimidos, injusticias y agravios. Es la suprema razón del débil, fuerza contra fuerza, violencia contra violencia.»

Todo esto era para los filipinos una sorprendente novedad. Pero lo más grave era que lo había escrito un compatriota, que con ellos pensaba y por ellos sufría; el más virtuoso de los compatriotas, por lo mismo que todo lo sacrificaba a la redención del Pueblo. Era Rizal altruista por excelencia, abnegado hasta el grado supremo del misticismo. Pudo decir de sí estas hermosas palabras que hace decir a Isagani: «Cuando tenga canas . . . y vuelva la vista hacia mi pasado y vea que sólo he trabajado para mí, sin haber hecho lo que buenamente podía y debía por el país que me ha dado todo, por los ciudadanos que me ayudan a vivir, ¡entonces, señor, cada cana será para mí una espina, y en vez de gloriarme de ellas me he de avergonzar!» . . .

Quien esto escribió, con miras tan elevadas, tiene derecho a la consideración de la Humanidad.

¡Ah, si las obras de Rizal hubieran sido leídas oportunamente por los prohombres de la política española! . . . Pero de Rizal sólo se sabía que era (según dijo el fraile Salvador Font en un folleto) un mesticillo vulgar . . . Y nadie hizo

caso de las saludables advertencias que con tanto valor cívico expuso lealmente en sus novelas el ilustre pensador tagalo. Hasta el último momento de su vida, Rizal fue tenido por un mequetrefe por casi todos los españoles. ¿Repetir aquí lo que en su dictamen, aconsejando el fusilamiento, escribió el Auditor de guerra? . . . ¡No! Básteles saber a los que no lo sepan que el intelectualismo de Rizal (hombre con dos carreras, historiador, poeta, novelista, pintor, escultor, políglota, filósofo, filólogo, etc., miembro de varias Sociedades sabias de Europa, entre ellas la de Antropología de Berlín, a propuesta del sapientísimo Virchow), fue juzgado con verdadero menosprecio: negósele todo, inclusive que supiera escribir . . . ¡Es verdad que quien de esta suerte juzgaba a Rizal; no había leído las obras de Rizal!

Con la publicación de *El Filibusterismo*, que vió la luz en Gante, en Septiembre de 1891, coincidió el arrasamiento de medio pueblo de Calamba; y no pocas familias, entre ellas, la de Rizal, sobre verse arruinadas por completo, fueron desterradas a los más remotos confines de las Islas. Pero Rizal tenía una fe ciega en la justicia de Dios; renegaba de los frailes y se condolía de que el cristianismo augusto hubiera sido adulterado en su esencia por quienes, con el mayor sarcasmo, se llamaban a sí mismos «discípulos de Jesús»; con todo, ni un momento perdía la esperanza en la Providencia: tarde o temprano, la redención llegaría. Para estar más cerca de los suyos, trasladóse desde Europa a Hong Kong, a fines de aquel año, dispuesto a emprender un rumbo nuevo. Soñó, pero no pudo realizar el sueño, con crear un Borneo Norte, a donde fue, una colonia que sirviera de refugio a los perseguidos. Volvió a Hong Kong. Y entonces ideó dar cohesión a los hombres más capaces de su patria. De ahí provino la *Liga Filipina*, sociedad secreta (no podía ser de otro modo, dado que en Filipinas no había libertad), cuyos fines eran de mera protección mutua entre los afiliados: una masonería económico-social formada por los patriotas cultos a la vez que amantes del progreso. Pero cuanto más trabajaba Rizal en su apostolado, mayor era el daño que causaba a los predilectos de su corazón; y llegó un día en que, ávido de reparar la iniquidad de que pagasen los justos por los pecadores, tomó la resolución de volver a su país, muy contra el consejo de sus íntimos. Gobernaba el Archipiélago el general Despujol. Rizal se dirigió a éste por carta preguntándole si podía volver; Despujol le contestó por conducto del Cónsul de España

en Hong Kong que si en Filipinas se conducía con la corrección a que obligaban las leyes coloniales, podía efectuarlo. Rizal desembarcó en Manila a últimos de Junio de 1892.

Debió de ser tan profunda su convicción de que este viaje le costaría la vida, que horas antes de salir de Hong Kong depositó unos documentos en manos de un su amigo, el doctor Lorenzo Pereyra Marqués, de Macao, con esta línea en el sobre: *Publiquense después de mi muerte*. Cuatro años y medio después publicáronse, en efecto, esos documentos: Rizal había previsto su fin trágico. Pero, sin duda alguna, estuvo muy lejos de imaginarse cuál iba a ser la causa del comienzo de la pasión que preveía. Una mano mercenaria colocó unos papeles—de los que allí llamaban *proclamas*, contra los frailes—en el petate de la hermana de Rizal, que con él hizo el viaje de Hong Kong a Manila, y esto solo bastó, sin instrucción de causa, para que Despujol, engañado por los que vilmente urdieron la superchería de los papeles subrepticios, fulminase su memorable decreto (7 de Julio de 1892) deportándole a Dapitan, punto situado en Mindanao. —Algunos patriotas de la plebe rugieron sordamente: y aquel mismo día del decreto, el Marat filipino (Andrés Bonifacio) fundaba el terrible *Katipunan* . . .

Rizal, así que llega a Dapitan se transforma. Su pensamiento, concentrado hasta entonces en los males de la Patria, concéntrase ahora en los graves perjuicios que había causado a su familia, a la que ya amaba mucho, pero a la que a partir de este suceso amó extraordinariamente. Logró que sus padres y hermanas pasasen a su lado largas temporadas. Favorecido por la Lotería, que le deparó 6,000 y pico de duros, compró terrenos y se hizo agricultor; consagró, además, su actividad al ejercicio de la Medicina, *gratis et amore*, y, por pasatiempo, cultivó la pedagogía, la Historia Natural, escribió versos y prosas y una gramática tagala comparada; talló, modeló, y aun le quedó margen para complacer a una joven irlandesa a quien el azar puso en Dapitan, en 1895, y que allí se quedó sugestionada por el encanto que el trato de Rizal le había producido. Josefina Leopoldina Bracken (que así se llamaba la irlandesa) vivió más de un año en la misma casa que Rizal.

Tuvo Rizal un momento en que se hubiera casado con su amante. El ensueño de su vida, aquella su paisana a la cual había sido fiel años y años, se había casado con un extranjero. Pero Rizal para unirse legalmente con Josefina necesitaba ante todo reconciliarse con la Iglesia (ya que allí no



regía la ley del matrimonio civil), y por esto no pasaba el gran pensador tagalo. Rizal era profundamente religioso a la vez que profundamente despreciador del catolicismo al uso. Diríase que para él había escrito Renán estas palabras: «El ideal es hoy como ayer el alma del mundo, el Dios permanente, la causa primordial, efectiva y final del Universo: tal es la base de la religión eterna.» En capilla, hora y media antes de la ejecución, Rizal, convertido a la fe católica por un movimiento romántico de sentimentalismo provocado hábilmente por los jesuitas, se casó al fin con su amante. ¡Cuán dramática aquella ceremonia! . . . Casóse *in articulo mortis* un hombre lleno de vida que por su pié, y con una serenidad que asombró a todos, marchó al lugar del suplicio. . . .

Rizal en Dapitan (Julio de 1892 a Julio de 1896) pierde considerablemente como apóstol redentor; pero adquiere un admirable relieve como hombre gubernamental y afecto a España. Sus admiradores le propusieron la evasión algunas veces: jamás intentó evadirse. Vivía libre bajo palabra de honor, y el honor de Rizal era sublime. Pero la incertidumbre le abrasaba. Un espíritu inquieto como el suyo no se avenía a vivir de por vida en Mindanao, y menos aún bajo el peso de la deportación, que implicaba un delito que él, después de todo, no había cometido. La insurrección cubana le inspiró una idea: solicitó del Gobierno pasar a Cuba en concepto de médico militar provisional: el Gobierno acabó por concedérselo. Entonces el proscribo, pasaportado en regla, se trasladó a Manila; pero con tan mala suerte que, horas antes de fondear el buque que le conducía, había zarpado el vapor-correo de Manila-Barcelona. Tenía, pues, que esperar casi todo un mes en Manila; esperar la salida de un nuevo vapor-correo.

Sabía él que el *Katipunan* fraguaba la revolución. Precisamente el *Katipunan*, pocos meses antes, había diputado a uno de sus miembros para pedirle a Rizal su parecer, y Rizal había contestado que no sólo le parecía un disparate, sino que en modo alguno podía desear para su patria otra cosa que cultura, sin la cual ningún país merece la libertad. (Tesis sostenida en sus novelas.) Y en su deseo de esquivar todo roce con los manilenses durante el tiempo que en Manila tenía que esperar, solicitó desde el buque que le había conducido, y obtuvo inmediatamente, vivir aislado en bahía, en un crucero de guerra. Y así, aislado en absoluto, lo pasó hasta el día 3 de Septiembre de 1896, en que, con cartas autógrafas del general Blanco para los Ministros de la Guerra y de Ultramar,

en las cuales el Gobernador y Capitán general del Archipiélago elogiaba sin tasa la conducta observada por Rizal en el destierro, salió para Barcelona.

Pero acaeció que mientras él se hallaba en bahía fue descubierto el *Katipunán* por un fraile (el 17 de Agosto): tal descubrimiento precipitó los sucesos y, estallando la revolución, los españoles pensaron en Rizal, señalándole, sin el menor fundamento, como el autor de todo. . . . Rizal salió, no obstante, para Barcelona, con las cartas de Blanco a que se ha hecho referencia. Desembarcó en Singapur y demás puntos de escala; pudo en cualquiera de ellos quedarse, y así quedar libre para siempre; mas como iba con la conciencia tranquila, seguía tranquilo el viaje. —¡El filibustero ansiaba jugarse la vida por España!— Cuál, pues, no sería su sorpresa al ver que en Barcelona, lejos de quedar enteramente libre, ¡le llevaban detenido! . . . El juez militar que instruía en Manila el gran proceso de la Revolución le había reclamado por telégrafo al Capitán general de Cataluña. Pasó una semana en el odioso Montjuich, y en el primer buque-correo Rizal fue reembarcado para Filipinas. Del buque le condujeron a la prisión de Santiago, la más importante de las prisiones de Manila.

Formósele causa aparte—que vale más no extractar,—y porque en 1892 había echado los cimientos de la *Liga* (asociación antirevolucionaria que murió en flor), y porque había publicado (¡en 1887 y en 1891!) novelas filibusteras, Rizal, en Diciembre de 1896, fue condenado ¡a ser fusilado por la espalda!

Rizal había soñado mucho, hasta que le deportaron, con el mayor de los holocaustos que puede rendir un patriota: morir por la Patria había sido en él una aspiración-obsesión. En *Noli me tângere* lo insinúa, en un canto donde se lee este verso:

*Dulce es la muerte por la propia patria . . .*

Volvió a insinuarlo con ocasión del homenaje a la memoria de un compatriota que murió en Barcelona en 1890; dijo Rizal entonces:

. . . «Pero lo que debe llorar Pañganiban, aun en el seno de su tumba, es el pensar que ha muerto sin cumplir con la más alta misión a que sus facultades excepcionales le destinaban: el pensar que ha muerto sin haber podido *dar antes su*

*sangre* y sus pensamientos todos a la noble *causa* (la de Libertad, no la causa de la Independencia) que había principiado a abrazar.»

Y en *el filibusterismo* vuelve otra vez al tema, poniendo en labios de Isagani las siguientes frases:

«Ah, quisiera morir, reducirme a la nada, dejar a mi patria un nombre glorioso, *morir por su causa.*» . . .

. . . moriría dichoso (dícele Isagani a Paulita) por que un rayo de orgullo pudiese brillar en tus ojos, y dijese un día al mundo señalando mi cadáver: «*¡mi amor ha muerto luchando por los derechos de mi patria!*»

Rizal murió satisfecho. *¡Pura y sin mancha ha de ser la víctima para que el holocausto sea aceptable!*— exclama el Padre Florentino viendo morir a Simoun. Puro y sin mancha se mantuvo Rizal durante los treinta y cinco años de su vida. Su muerte fue gloriosa por lo mismo que no la mereció. Se opuso al estallido de la Revolución; no tuvo en ésta la menor parte; y hallándose preso y procesado redactó un manifiesto en que la calificaba de salvaje. Pero es que aún concediendo que sus obras pudieran haber preparado los ánimos de los que le ejecutaron, los sentenciadores debieron de tener en cuenta una infinidad de circunstancias favorables a Rizal, y, en último término, haber discurrido con el criterio de M. du Camp: «Se necesita (dice) ser muy ignorante en historia para ignorar que el asesinato político va siempre e invariablemente a dar en un fin diametralmente opuesto al que se desea.» El incomparable Lombroso, por su parte, ha escrito: «A mi parecer, no debe aplicarse la pena de muerte al delito político. Una idea no se ahoga con la muerte de sus autores; por el contrario, *gana con su martirio si es buena*, como sucede con las grandes conspiraciones o revoluciones.» Pero, ¿quién les iba con tales filosofías a los españoles, y menos aún a los frailes, cuya política no era otra (así consta en el periódico de Manila que ellos inspiraban) que la de  *segar y arrasar*? . . . Rizal era un símbolo; era la síntesis palpitante de toda una raza bárbaramente oprimida, y Rizal tenía que caer. . . . El general Polavieja, autoridad suprema a la sazón, no pudo, o no supo, sustraerse a la barbarie ambiente: y aprobó la sentencia. —¡Nadie, fuera de la familia del *reo*, le pidió el indulto! ¡Ni los frailes, los llamados *discípulos de Jesús*, que fue todo Paz, Bondad y Caridad! . . .

El 30 de Diciembre de 1896, a las siete de la mañana, el campo de Bagumbayan—donde habían sido agarrados, en 1872, los presbíteros Gómez, Burgos y Zamora,—el Dr. José Rizal, el mayor de los filipinos, ¡cayó para siempre! . . . Horas antes de morir, en capilla, escribió la poesía más admirable que brotó de su pluma, harto conocida para que se reproduzca una vez más. Cantó un himno a la Patria, y consagró un recuerdo a los más amados de su corazón. Hacia el final exclama:

«Voy donde no hay esclavos, verdugos ni opresores;  
Donde la fe no mata, donde el que reina es Dios!»

Su causa fue la de los oprimidos; su pasión, ver a sus compatriotas mereciendo la Libertad por la virtud y el estudio. Pacifista convencido, como todos los verdaderos filósofos, era a la vez un gran revolucionario de las ideas; de esta estirpe son los grandes pensadores. El eminente etnógrafo austriaco Prof. Fernando Blumentritt, que le profesaba fraternal afecto, dijo de Rizal a la conclusión de la necrología que le consagró: Rizal ha sido el hombre más importante, no sólo de su pueblo, sino de toda la raza malaya. Su memoria no desaparecerá de su patria, y futuras generaciones pronunciarán con respeto el nombre de Rizal, diciendo: no fue enemigo de España. Así, en efecto, lo reconocen hoy todos los hombres sensatos.

Y ahora, para terminar, una nota bibliográfica. Como queda dicho, la primera edición de *El Filibusterismo* se publicó en Gante, en Septiembre de 1891; lleva este pie: Gent, Boekdrukkerij F. Meyer-Van Loo, Vlanderestraat, 66 1891. Y forma un tomo en 4º menor de 294 páginas en junto.

Rizal puso verdadero empeño en que este su nuevo libro no trascendiera entre los españoles. En el *Noli me tângere* había expuesto noble y francamente las quejas de su país: ¿y cómo le respodieron los castilas? Con el menosprecio o con el insulto. Enderezada la segunda novela a crear nacionalismo entre sus compatriotas, repartió en Europa contados ejemplares (uno de ellos se lo mandó a Pi y Margall, que lo glosó favorablemente en su semanario *Nuevo Régimen*), y mandó a Hong Kong la edición, para que desde allí se fuese introduciendo en Filipinas poco a poco. Pero fueron secuestrados casi todos los ejemplares, e inutilizados inmediatamente. Algunos hijos del país lograron, sin embargo, poseer *El Filibusterismo*; pero a causa de los rigores de Despujol, los más de esos poseedores redujeron a cenizas el libro pecaminoso. Hízose, pues,

apenas nacida, sumamente rara la edición príncipe de la segunda novela de Rizal: así se explica que un librero de Madrid haya llegado a pedir por un ejemplar *cuatrocientas pesetas* nada menos.

Reimpresa la obra en Manila, en casa de Chofré y Compañía, el año de 1900, esta nueva edición (en 4º, de 296 páginas en junto), quedó íntegra allá; de suerte que en Europa, al cabo de los años, *El Filibusterismo* continúa siendo un libro desconocido. A la verdad, apenas si se conoce por otra cosa que por el extracto que se contiene en la obra titulada *Vida y escritos del Dr. José Rizal*, debida al autor de estos renglones.

Si la presente tercera edición se hubiera hecho para los bibliófilos, habríamos tenido buen cuidado de reproducir, con la más exquisita escrupulosidad, la príncipe, con todas sus erratas; pero tratándose de una edición de vulgarización, principalmente para España y los países de lengua castellana, nos ha parecido que lo discreto era limar el original, expurgándolo de yerros de imprenta y aun de aquellas incorrecciones (que subsisten en la deplorabilísima edición de Manila) que el propio Rizal, de haber reimpreso el libro, hubiera subsanado.

Bucea, lector, si la obra te es desconocida, en las páginas que siguen: ve cómo *a veces se tiene culpa por el modo con que se tiene razón*. Pero es que un buen libro, según dijo Addison, es un legado que hace el autor a la humanidad; y *El Filibusterismo* es bueno porque expresa sinceramente la aspiración de un apóstol.

Madrid; 28 Marzo 1908.

— «Prólogo,» *El Filibusterismo* *Novela Filipina*, por José Rizal, ed. W. E. Retana; Barcelona, 1908.

---

## De Miguel de Unamuno:<sup>27</sup>

Acabo de leer por vez segunda la *Vida y Escritos del Dr. Rizal*, de W. E. Retana, y cierro su lectura con un tumulto de amargas reflexiones en mi espíritu, tumulto del que emerge una figura luminosa, la de Rizal. Un hombre henchido de destinos, un alma heroica, el ídolo hoy de un pueblo que ha

de jugar un día, no me cabe duda de ello, un fecundo papel en la civilización humana.

¿Quién era este hombre?

## I

### EL HOMBRE

Con un íntimo interés recorría yo en el libro de Retana aquel diario que Rizal llevó en Madrid siendo estudiante. Bajo sus escuetas anotaciones palpita un alma soñadora tanto o más que en las amplificaciones retóricas de los personajes de ficción en que encarnó más tarde su espíritu tejido de esperanzas.

Rizal estudió Filosofía y Letras en Madrid por los mismos años en que estudiaba yo en la misma Facultad, aunque él estaba acabándola cuando yo la empezaba. Debí de haber visto más de una vez al tagalo en los vulgarísimos claustros de la Universidad Central, debí de haberme cruzado más de una vez con él mientras soñábamos Rizal en sus Filipinas y yo en mi Vasconia.

En su diario no olvida hacer constar su asistencia a la cátedra de griego, a la que pareció aficionarse y en la que obtuvo la primera calificación. No lo extraño. Rizal no se aficionó al griego precisamente, puedo asegurarlo: Rizal se aficionó a D. Lázaro Bardón, nuestro venerable maestro, como me aficioné yo. En el *Noli me tângere* hay dos toques que proceden de D. Lázaro. Uno de ellos es el traducir el principio del Gloria como Bardón lo traducía: «Gloria a Dios en las alturas; en la tierra, paz; entre los hombres, buena voluntad.» Don Lázaro fue uno de los cariños de Rizal; lo aseguro yo que fui discípulo de D. Lázaro y que he leído el diario y las obras de Rizal.

Y lo merecía aquel nobilísimo y rudo maragato, aquella alma de niño, aquel santo varón que fue D. Lázaro, cura secularizado. ¡Si todos los españoles que conoció Rizal hubieran sido como D. Lázaro . . . !

En aquellos claustros de la Universidad Central debimos de cruzarnos, digo, el tagalo que soñaba en sus Filipinas, y yo, el vizcaíno, que soñaba en mi Vasconia. Románticos ambos.

Tiene razón Retana al decir que Rizal fue siempre un romántico, entendiéndose por esto un soñador, un idealista, un

poeta en fin. Sí, un romántico, como lo son todos los filipinos, según el Sr. Taviel de Andrade.

Ni fue toda su vida otra cosa que un soñador impenitente, un poeta. Y no precisamente en las composiciones rítmicas en que trató de verter la poesía de su alma, sino en sus obras todas, en su vida sobre todo.

Amó a su patria, Filipinas, con poesía, con religiosidad. Hizo una religión de su patriotismo, y de esto hablaré luego. Y amó a España con poesía, con religiosidad también. Y esto hizo que le llevaran a la muerte los que no saben quererla ni con poesía ni con religión.

«Quijote oriental» le llama una vez Retana, y está así bien llamado. Pero fue un Quijote doblado de un Hamlet; fue un Quijote del pensamiento a quien le repugnaban las impurezas de la realidad.

Sus hazañas fueron sus libros, sus escritos; su heroísmo fue el heroísmo del escritor.

Pero entiéndase bien que no del escritor profesional, no del que piensa o siente para escribir, sino del hombre henchido de amores que escribe porque ha pensado o ha sentido. Y es muy grande la diferencia—sobre que llamó la atención Schopenhauer—de pensar para escribir a escribir porque se ha pensado.

Rizal era un poeta, un héroe del pensamiento y no de la acción sino en cuanto es acción el pensamiento, el verbo, que era ya en el principio, era con Dios y era Dios mismo, y por quien fueron hechas las cosas todas según el Evangelio.

Dice Retana que cuando, de vuelta Rizal a Manila en 1892, se metió en política, fundando la Liga, el «místico lirista» se convirtió en trabajador en prosa, y el pendant de Tolstoi en un pendant de Becerra. Quizás con ello prestó mayor servicio a la causa filipina; pero su figura se amengua, añade. Y el Sr. Santos le sale al paso a Retana con unas consideraciones que el lector puede leer en la nota (312), página 252 de la presente obra.

Los héroes del pensamiento no son dueños de su acción; el viento del Espíritu les lleva adonde ellos no pensaban ir. Para dominar los actos externos de la propia vida, es muy conveniente una cierta pobreza imaginativa, y, por otra parte, los grandes valerosos del pensamiento, los espíritus arrojados en forjar ideas y apurarlas en sus consecuencias ideales y teóricas, rara vez son hombres de voluntad energética para los actos ex-

ternos de la vida. Galileo, tan heroico en el pensar, fue débil ante el Santo Oficio. Y así es lo corriente y muy verdadera la psicología del maestro de *Le Disciple*, de Bourget. Estúdiense, si no, la vida de Spinoza, la de Kant, la de tantos otros pensadores heróicos.

Rizal, el soñador valiente, me resulta una voluntad débil e irresoluta para la acción y la vida. Su retraimiento, su timidez, atestiguada cien veces, su vergonzosidad, no son más que una forma de esa disposición hamletiana. Para haber sido un revolucionario práctico le habría hecho falta la mentalidad simple de un Andrés Bonifacio. Fue, creo, un vergonzoso y un dubitativo.

Y estos héroes interiores, estos grandes conquistadores del mundo íntimo, cuando la acción les arrastra, aparecen héroes también, héroes por fuerza, de la acción. Leed sin prejuicio la vida de Lutero, de aquel gigante del corazón, que nunca pudo saber adónde le arrastraba su sino. Era un instrumento de la Providencia, como lo fue Rizal.

Rizal previó su fin, su fin glorioso y trágico; pero lo previó pasivamente, como el protagonista de una tragedia griega. No fue a él, sino que se sintió a él arrastrado. Y pudo decir: ¡Hágase, Señor, tu voluntad y no la mía!

Es la historia misma de tantos hombres providenciales que cumplieron un destino sin habérselo propuesto, y que, encerrados en sí construyendo sus sueños para dárselos a los demás como consuelo y esperanza, resultaron caudillos.

Dice en alguna parte Retana que Rizal fue un místico. Admitámoslo. Sí, fue un místico, y como tantos místicos, desde su torre de estilita, con los ojos en el cielo y los brazos en alto, guió a su pueblo a la lucha y a la vida.

Rizal fue un escritor, o, digamos más bien, un hombre que escribía lo que pensaba y sentía. Y como escritor es como hizo su obra.

## II

### EL ESCRITOR

En este libro se hallarán juicios de Rizal como escritor; en él se le examinaba como literato.

Hay que hacer nota ante todo, y Retana no lo omite, que Rizal escribió sus obras en castellano, y que el castellano no



era su lenguaje nativo materno, o, por lo menos, que no era el lenguaje indígena y natural de su pueblo. El castellano es en Filipinas, como lo es en mi país vasco, un lenguaje adventicio y de reciente implantación, y supongo que hasta los que lo han tenido allí como idioma de cuna, como lengua en que recibieron las caricias de su madre y en que aprendieron a rezar, no han podido recibirlo con raíces.

Juzgo por mí mismo. Yo aprendí a balbucir en castellano, y castellano se hablaba en mi casa, pero castellano de Bilbao, es decir, un castellano pobre y tímido, un castellano en mantillas, no pocas veces una mala traducción del vascuence. Y los que habiéndolo aprendido así tenemos luego que servirnos de él para expresar lo que hemos pensado y sentido, nos vemos forzados a remodelarlo, a hacernos con esfuerzo una lengua. Y esto, que es en cierto respecto nuestro flaco como escritores, es a la vez nuestro fuerte.

Porque nuestra lengua no es un *caput mortuum*, no es algo que hemos recibido pasivamente, no es una rutina, sino que es algo vivo y palpitante, algo en que se ve nuestro forcejeo. Nuestras palabras son palabras vivas; resucitamos las muertas y animamos de nueva vida a las que la tenían lánguida. Heñimos nuestra lengua, nuestra por derecho de conquista, con nuestro corazón y nuestro cerebro.

Retana aplica a Rizal la tan conocida distinción entre lenguaje y estilo, y la clarísima doctrina de que se puede tener un estilo propio y fuerte o ámplio con un lenguaje defectuoso, y, por el contrario, ser correctísimo y atildadísimo en la dicción, careciendo en absoluto de estilo propio.

La distinción se ha hecho mil veces; pero no llegan a penetrar en ella estos bárbaros que piensan en castellano por herencia y rutina, y que andan a vueltas con la gramática y con el desaliño. Su extremada pobreza espiritual les impide sentir la distinción. Hay que dejarlos. Toda su miserable literatura se hundirá en el olvido, y dentro de poco nadie se acordará de sus bárbaros remedos del lenguaje del siglo XVII o XVI, nadie tendrá en cuenta sus fatigadas y fatigosas vaciedades sonoras.

El estilo de Rizal es, por lo común, blando, ondulante, sinuoso, sin rigideces ni esquinas, pecando, si de algo, de difuso. Es un estilo oratorio y es un estilo hamletiano, lleno de indecisiones en medio de la firmeza de pensamiento central, lleno de conceptuosidades. No es el estilo de un dogmático.

Vertió, como Platón, sus ideas en diálogos, pues no otra cosa sino diálogos sociológicos, y a las veces filosóficos, son sus novelas. Necesitaba de más de un personaje para mostrar la multiplicidad de su espíritu. Dice Retana que Rizal es el Ibarra y no el Elías de *Noli me tângere*, y yo creo que es uno y otro, y que lo es cuando se contradicen. Porque Rizal fue un espíritu de contradicciones, un alma que temía la revolución, ansiándola en lo íntimo de sí; un hombre que confiaba y desconfiaba a la vez en sus paisanos y hermanos de raza, que los creía los más capaces y los menos capaces—los más capaces cuando se miraba a sí, que era de su sangre, y los más incapaces cuando miraba a otros.—Rizal fue un hombre que osciló entre el temor y la esperanza, entre la fe y la desesperación. Y todas estas contradicciones las unía en haz su amor ardiente, su amor poético, su amor, hecho de ensueños, a su patria adorada, a su región del sol querida, perla del mar de Oriente, su perdido edén.\*

Este Quijote-Hamlet tagalo encontró en un afecto profundísimo, en una pasión verdaderamente religiosa—pues religioso fue, como diré más adelante, su culto a su patria, Filipinas—, el foco de sus contradicciones y el fin de su entusiasmo por la cultura. Quería la cultura; pero la quería para su pueblo, para redimirlo y ensalzarlo. Su tema constante fue el de hacer a los filipinos cultos e ilustrados, hacerlos hombres completos. Y le repugnaba la revolución, porque temía que pusiera en peligro la obra de la cultura. Y, sin embargo de temerla, tal vez la deseaba a su pesar.

Rizal, alma profundamente religiosa, sentía bien que la libertad no es un fin, sino un medio; que no basta que un hombre o un pueblo quiera ser libre si no se forma una idea—un ideal más bien—del empleo que de esa libertad ha de hacer luego.

Rizal no era partidario de la independencia de Filipinas; esto resulta claro de sus escritos todos. Y no lo era por no creer a su patria capacitada para la nacionalidad independiente, por estimar que necesitaba todavía el patronato de España y que ésta siguiera amparándola—o que la amparara más bien—hasta que llegase a su edad de emancipación. Pensamiento que vieron muy bien los que le persiguieron, aquellos desgraciados españoles que no se formaron jamás noción humana de lo que debe ser una metrópoli y que estimaron siempre las colonias

---

\* Acaso haya muchos filipinos que ignoren que Tennyson, en su poesía «A Ulises» (To Ulysses), llamo a Filipinas *oriental eden-isles*.

como una finca, poblada de indígenas a modo de animales domésticos, que hay que explotar.

Y ¡cómo la explotaban! ¡Con qué desprecio al español filipino, al compatriota colonial! Este desprecio más bien que opresiones y vejaciones de otra clase, ese bárbaro y anticristiano desprecio lo llevó siempre Rizal en su alma como una espina. Sintió en sí todas las humillaciones de su raza. Fue un símbolo de ésta.

### III

#### EL TAGALO

Rizal fue, en efecto, un símbolo, en el sentido etimológico y primitivo de este vocablo; es decir, un compendio, un resumen de su raza. Y como todo hombre que llega a simbolizar, a compendiar un pueblo, uno de los pocos hombres representativos de la humanidad en general.

Se comprende que Rizal sea hoy el ídolo, el santo de los malayos filipinos. Es un hombre que parece decirles: Podéis llegar hasta mí; podéis ser lo que fui yo, pues que sois carne de mi carne y sangre de mi sangre.

Dicen los protestantes unitarios, es decir, aquellos que no admiten el dogma de la Trinidad ni el de la divinidad de Jesucristo, que el creer a Jesús un puro hombre y no más que un hombre, un hombre como los demás, aunque aquél en quien se dió más viva y más clara la conciencia de la filialidad respecto a Dios; que el creer es una creencia mucho más piadosa y consoladora que la de creer al Cristo un Dios-hombre, la segunda persona de la Trinidad encarnada, porque, si Cristo fue hombre, cabe que lleguemos los demás hombres adonde él llegó; pero, si fue un Dios, se nos hace imposible el igualarle.

Y he leído en un escritor mejicano que la vida y la obra del gran indio Benito Juárez ha sido un ejemplo y una redención para muchos indios mejicanos, que han visto a uno de los suyos, de pura sangre americana, llegar a encarnar en un momento a la patria, ser su conciencia viva y llevar en su alma estoica y religiosa—religiosamente estoica—los destinos de ella. Muchos de los blancos y de los mestizos que rodeaban a Juárez podrían haber tenido, y tuvieron algunos, más inteligencia y más ilustración que él; pero ninguno tuvo un corazón tan bien templado y un sentimiento tan profundo y tan religioso de la patria como aquel abogado indígena, de pura sangre

americana, que no aprendió el castellano sino ya talludito, y que, al perder la fe en los dogmas católicos en que su pariente el cura le educara, trasladó esa fe a los principios de derecho que aprendió en las aulas para aplicarlos a su patria, Méjico, sentida como un poder divino.

En las aulas también es donde Rizal cobró su conciencia de tagalo: en las aulas, en que le aleccionaron blancos incomprendivos, desdeñosos y arrogantes. Es él mismo quien en el capítulo XIV, «Una casa de estudiantes,» de su novela *El Filibusterismo*, nos dice: «Las barreras que la política establece entre las razas desaparecen en las aulas como derretidas al calor de la ciencia y de la juventud.» Y es lo que anheló para su patria: ciencia y juventud—juventud, no niñez—que derritieran las barreras entre las razas.

Estas barreras, y más aun que las legales, las establecidas por las costumbres, atormentaron el alma generosa de Rizal. La conciencia de su propia raza, conciencia que debía a su superioridad personal, fecundada por la educación, esa conciencia lo fue de dolor. Con hondo, con hondísimo sentido poético pudo llamar a Filipinas en su último canto, el de despedida: ¡Mi patria idolatrada, dolor de mis dolores! Sí, su patria fue su conciencia, porque en él cobró Filipinas conciencia de sí, y esta conciencia de su patria fue su dolor. En él su raza, y en él, Cristo de ella, se redimió sufriendo.

Rizal tuvo que sufrir la petulante brutalidad del blanco, para la cual no hay más palabra que una palabra griega: *adoadía*, *authadía*. La cual significa la complacencia que uno siente de sí mismo, la satisfacción de ser quién es, el recrearse en sí propio, y luego, en sentido corriente, arrogancia, insolencia. Y esto es el blanco: arrogante, insolente, *authádico*. Y arrogante por incomprensión del alma de los demás, por *asimpatía*, es decir, por incapacidad de entrar en las almas de los otros y ver y sentir el mundo como ellos lo ven y lo sienten.

Sería curiosísimo hacer una revista de todas las tonterías y todos los desatinos que hemos inventado los hombres de la raza blanca o caucásica para fundamentar nuestra pretensión a la superioridad nativa y originaria sobre las demás razas. Aquí entrarían desde fantasías bíblicas hasta fantasías pseudodarwinianas, sin olvidar lo del dólico-rubio y otras ridiculeces análogas. Cualidad que nos distingue es un privilegio o una ventaja, aquella de que carecemos es un defecto. Y cuando nos encontramos con un caso como el reciente del Japón, no sabemos por dónde salir.

Rizal tuvo esta preocupación etnológica, y en las páginas 137 y 138 de este libro puede leerse sus conclusiones a tal respecto. Y en diferentes ocasiones, sobre todo en sus anotaciones al libro *Sucesos de las Islas Filipinas*, del Dr. Antonio de Morga, puede verse cómo trató de sincerar a sus paisanos de los cargos que el blanco les hacía.

En la pág. 23 de este libro habrá visto el lector lo que el Prof. Blumentritt cuenta respecto a que Rizal ya desde pequeño se encontraba grandemente resentido por verse tratado por los españoles con cierto menosprecio, sólo por ser indio. Las manifestaciones de Blumentritt al respecto no tienen desperdicio.

Para casi todos los españoles que han pasado por Filipinas, el indio es un pequeño niño que jamás llega a la mayor edad. Recordemos que los graves sacerdotes egipcios consideraban a los griegos como unos niños, y reflexiónese en si nuestros españoles no hacían allí a lo sumo, el papel de egipcios de la decadencia entre griegos incipientes, griegos en la infancia social.

Otros hablan del servilismo del indio, y a este respecto sólo se me ocurre considerar lo que pasa aquí, en la Península, en que se considera como los más serviles a los nativos de cierta región, siendo éstos los que tienen acaso más desarrollado el sentimiento de la libertad y la dignidad interiores. Un barrendero con su escoba por las calles, un aguador con su cuba, puede tener y suele tener más fino sentimiento de su dignidad y su independencia que el hidalgo hombrón que le desdeña y anda solicitando empleos o mercedes. El servilismo suele vestirse aquí con arrogante ropilla de hidalgo, el mendigo insolente que llevamos dentro se emboza en su arrogancia. Nuestra literatura picaresca nos dice mucho al respecto.

Rizal tenía un fino sentido de las jerarquías sociales, no olvidaba jamás el tratamiento que a cada uno se le debía. Es interesantísimo lo que cuenta Retana de que en las recepciones oficiales en Dapitan saludaba a los presentes por orden de jerarquía; pero en las reuniones familiares, primero lo hacía a las señoras, aun siendo indias. Esto, que es un rasgo a la japonesa, no eran capaces de apreciarlo en todo su valor los oficiales insolentes con sus subordinados y rastreros con sus superiores, o los frailes zafios, hartos de borona o de centeno en su tierra, que tuteaban a todo indio.

Aquí viene lo más perdido de la Península, y si llega uno bueno, pronto le corrompe el país, dice un personaje de *Noli me tângere*. No discutiré la mayor o menor exactitud de esa afirmación—afirmación que, por injusta que sea, ha formulado mil veces en España;—pero ¡qué españoles debió de conocer Rizal en Filipinas! Y, sobre todo, ¡qué frailes! Porque los frailes se reclutan aquí, por lo general, entre las clases más incultas, entre las más zafias y más rústicas. Dejan la esteva o la laya para entrar en un convento; les atusan allí el pelo de la dehesa con latín bárbaro y escolástica indigesta, y se encuentran luego tan rústicos e incultos como cuando entraron, convertidos en padres y objeto de la veneración y el respeto de no pocas gentes. ¿No ha de desarrollárseles la *authadía* la soberbia gratuita? Trasládesele a un hombre en estas condiciones a un país como Filipinas: póngasele entre sencillos indios tímidos, ignorantes y fanatizados y dígase lo que tiene que resultar.

En cierta ocasión no pude resistir las insolencias petulantes de un escocés y encarándome con él le dije: «Antes de pasar adelante permítame una observación: Usted reconocerá conmigo que, por ser Inglaterra tomada en conjunto y como nación más adelantada y culta que Portugal o Albania, no puede tolerarse que el más bruto y el más inculto de los ingleses se crea superior al más inteligente y culto de los portugueses o albaneses, ¿no es así?» Y como el hombre asintiera, concluí: «Pues bien: usted figura en Inglaterra, por las pruebas que hoy está dando, en lo más bajo de la escala de cultura, y yo en España, lo digo con la modestia que me caracteriza, en lo más alto de ella: de modo que hemos concluído, porque de mí a usted hay más distancia que de España a Inglaterra sólo que en orden inverso.» Y esto creo que pudieron decir no pocos indios y mesticillos vulgares a los graves y cogolludos padres que los desdeñaban.

Léase en la página 35 de este libro cómo Rizal estuvo en 1880 por primera vez en el palacio de Malacañang por haber sido atropellado y herido en una noche oscura por la Guardia civil, porque pasó delante de un bulto y no saludó, y el bulto resultó ser el teniente que mandaba el destacamento. Y relaciónese este suceso con la traducción que hizo Rizal más tarde al tagalo del drama *Guillermo Tell*, de Schiller, en que se apresura a Tell por no haber saludado al bastón a que coronaba el sombrero del tirano Gessler.

Todas estas humillaciones herían aquella alma sensible y delicadísima de poeta; no podía sufrir las brutalidades del blanco

zafio y nada soñador, de los Sansones Carrascos que por allá caían, de aquellos duros españoles heñidos con garbanzo o con borona.

Y todo el sueño de Rizal fue redimir, emancipar el alma, no el cuerpo de su patria. ¡Todo por Filipinas! Escribía al P. Pastells, jesuíta, a propósito de la causa a cuya defensa dedicó sus talentos: «La caña, al nacer en este suelo, viene para sostener chozas de nipa y no las pesadas moles de los edificios de Europa.» Pensamiento delicadísimo, cuyo alcance todo dudo mucho que comprendiera el P. Pastells ni ningún otro jesuíta español. Y éstos eran allí de lo mejorcito . . .

Rizal no pensó nunca sino en Filipinas; pero tampoco Jesús quiso salir nunca de Judea, y dijo a la cananea que había sido enviado para las ovejas perdidas del reino de Israel tan sólo. Y de aquel rincón del mundo, en el que nació y murió, irradió su doctrina a todo el orbe.

Rizal, la conciencia viva filipina, soñó una antigua civilización tagala. Es un espejismo natural; es el espejismo que ha producido la leyenda del Paraíso. Lo mismo ha pasado en mi tierra vasca, donde también se soñó en una antigua civilización euscalduna, en un patriarca Aitor y en toda una fantástica prehistoria dibujada en nubes. Hasta han llegado a decir que nuestros remotos abuelos adoraron la cruz antes de la venida de Cristo. Pura poesía.

En esta poesía mecí yo los ensueños de mi adolescencia, y en ella los meció aquel hombre singular todo poeta, que se llamó Sabino Arana, y para el cual no ha llegado aun la hora del completo reconocimiento. En Madrid, en ese hórrido Madrid, en cuyas clases voceras se cifra y compendia toda la incompreensión española, se le tomó a broma o a rabia, se le desdenó sin conocerle o se le insultó. Ninguno de los desdichados folicularios que sobre él escribieron algo conocía su obra y menos su espíritu.

Y saco a colación a Sabino Arana, alma ardiente y poética y soñadora porque tiene un íntimo parentesco con Rizal, y como Rizal murió incomprendido por los suyos y por los otros. Y como Rizal filibustero, filibustero o algo parecido fue llamado Arana.

Pareciáanse hasta en detalles que se muestran nimios y que son, sin embargo, altamente significativos. Si no temiera alargar

demasiado este ensayo, diría lo que creo significa el que Arana emprendiese la reforma de la ortografía eusquérica o del vascuence y Rizal la del tagalo.

Y este indio fue educado por España y España le hizo español.

#### IV

### EL ESPAÑOL

Español, sí, profunda e íntimamente español, mucho más español que aquellos desgraciados—¡perdónalos, Señor, porque no supieron lo que se hacían!—que sobre su cadáver, aun caliente, lanzaron, como un insulto al cielo, aquel sacrílego ¡Viva España!

Español, sí.

En lengua española pensó, y en lengua española dió a sus hermanos sus enseñanzas; en lengua española cantó su último y tiernísimo adiós a su patria, y este canto durará cuanto la lengua española durare; en lengua española dejó escrita para siempre la Biblia de Filipinas.

¿A qué venís ahora con vuestra enseñanza del castellano—dice Simoun en *El Filibusterismo*,—pretensión que sería ridícula si no fuese de consecuencias deplorables? ¡Queréis añadir un idioma más a los cuarenta y tantos que se hablan en las islas para entenderos cada vez menos! . . .

Al contrario, repuso Basilio; si el conocimiento del castellano nos puede unir al Gobierno, en cambio puede unir también a todas las islas entre sí!

Y este es el punto de vista sólido.

Quando los romanos llegaron a España, debían de hablarse aquí tantas lenguas por lo menos como en Filipinas cuando allí arribó mi paisano Legazpi. El latín resultó una manera de entenderse los pueblos todos españoles entre sí, y el latín los unificó, y el latín hizo la Patria. Y pudiera muy bien ser que el castellano, el español, y no el tagalo, haga la unidad espiritual de Filipinas.

En reciente carta que desde Manila me escribe el docto y culto filipino D. Felipe G. Calderón me dice:

«Por un contrasentido que para V. tal vez no tenga explicación y que para nosotros es perfectamente explicable, me complazco en decirle que hoy se habla (aquí) más castellano que nunca, y la razón es bien clara, si se considera



que actualmente han aumentado los establecimientos docentes, sobre la base del castellano; hay mayor movimiento de libros y de periódicos ya que ha desaparecido la censura previa, y la mano férrea del fraile obstruía todo conato, toda tentativa de estudiar castellano.

Usted que ha leído el *Noli me tângere* puede apreciar cuál era la labor obstruccionista del fraile contra el castellano, por el capítulo «Aventuras de un maestro de escuela»: y la famosa Academia de castellano de que se habla en *El Filibusterismo* es una realidad en que tomé parte activa y el entonces Director de Administración civil, D. Benigno Quiroga Ballesteros.

Las escuelas públicas están aquí organizadas sobre las bases del inglés; pero su resultado no es tan lisonjero para dicha lengua, pues aun los estudiantes en las escuelas oficiales cultivan paralelamente el inglés y el castellano, ya que éste es la lengua social, como el inglés es la oficial y el dialecto de cada localidad la del hogar.

Para probarle a V. el poco éxito que alcanza el inglés, bástele el dato siguiente: Por el Código civil de Procedimientos promulgado en 1901 se dispuso que desde este año se hablaría el inglés en los tribunales de justicia; pero en vista de que ni los jueces filipinos, ni los abogados, ni siquiera los magistrados de la Corte Suprema estaban en condiciones de aceptar tal reforma, se ha tenido que dictar una ley prorrogando por diez años mas el uso del castellano en los tribunales de justicia.

Consecuencia de semejante ley es que el pueblo filipino haya visto que sin el inglés también se puede vivir y no se hagan esfuerzos, como en un principio, por aprender el idioma.»

El castellano, la lengua de Rizal, es la lengua social de Filipinas. ¿No se ha de deber a Rizal más que a otro cualquiera entre los hombres la conservación en Filipinas de esta lengua, en que va lo mejor, lo más puro de nuestro espíritu? ¡Instructivo destino el de nuestra España! Empieza a ser de veras querida y respetada cuando deja de dominar. En todas las que fueron sus colonias se le quiere más y mejor cuando ya de ella no dependen. Se le hace justicia luego que se sacude su yugo. Así ha pasado en Cuba, así en la América española toda, así en Filipinas. ¿Es que hay dos Españas?

Como los que leen este ensayo han leído antes el libro de Retana, resulta inútil tratar de probarles que Rizal quería a España como a su nodriza espiritual, como a su maestra, como a la nodriza espiritual de Filipinas, su patria. La quería con cariño inteligente y cordial, y no con el ciego y brutal y

egoísta instinto de aquellos desgraciados que lanzaron el sacrílego viva sobre el cadáver del gran tagalo.

Rizal vivió y se educó en España, y pudo conocer otros españoles que los frailes y los empleados de la colonia.

Los juicios todos de Rizal sobre España, son de una moderación, de una serenidad, de una simpatía honda, de un afecto que sólo podían escapar a los bárbaros que pretenden, tranca en mano, hacernos lanzar un ¡Viva España! sin contenido alguno y que brote, no del cerebro ni del corazón, sino del otro órgano, de donde le salen al bárbaro las voliciones enérgicas. No podían comprender el españolismo de Rizal esos pobres inconscientes que sienten frío por la espalda cuando ven tremolar la bandera roja y gualda. (Y esto porque gualda y espalda son consonantes.)

Es inútil insistir en esto.

Dice Retana: Tan español era, que de tanto serlo se derivaba aquel su orgullo personal imponderable, sin límites; él no quería ser menos español que el que más lo fuese. Por eso precisamente, por ser tan español se le juzgaba filibustero.

## V

### EL FILIBUSTERO

Ya tenemos aquí el mote, el *chibolete*.\*

Oigamos a Rizal mismo lo que nos dice en el capítulo XXXV, «Comentarios,» de su *Noli me tângere*:

Los Padres blancos han llamado a D. Crisóstomo *plibustiero*. Es nombre peor que *tarantado* (atolondrado) y *saragate*, peor que *betelapora*, peor que escupir en la hostia en Viernes Santo. Ya os acordáis de la palabra *ispichoso*, que bastaba a aplicar a un hombre para que los civiles de Villa Abrille se le llevaran al desierto o a la cárcel; pues *plibustiero* es mucho peor. Según decían el telegrafista y el directorcillo, *plibustiero* dicho por un cristiano, un cura o un español a otro cristiano como nosotros, parece *santusdeus* con *requimiternam*; si te llaman una vez *plibustiero*, ya puedes confesarte y pagar tus deudas, pues no te queda más remedio que dejarte ahorcar.

¡Que precioso pasaje! ¡Cuán al vivo se nos muestra en él ese terrible poderío que ejercen las palabras donde las ideas

---

\* En mi obra *Tres Ensayos* he explicado que es esto del *chibolete*.

son miserables o andan ausentes! Ese terrible *plibustiero* o filibustero, lo mismo que hay el mote de separatista, era un chibolete, una mera palabra tan vacía de contenido como el vacío ¡Viva España! con que se quería y se quiere rellenar la inanidad de propósitos.

Tiene razón Retana; si los enemigos de Rizal hubiesen visto el dibujo que éste hizo de su casa de Calamba, y que mandó al profesor Blumentritt, habrían dicho que el dibujo ¡era también filibustero! (página 145). Y tiene razón al añadir que las doctrinas de Rizal respecto a Filipinas no iban más allá que van respecto a Cataluña o Vasconia las de muchos catalanes y vascongados a quien se les deja, por hoy al menos, vivir tranquilos.

Fueron los españoles, hay que decirlo muy alto, fueron sobre todo los frailes—los zafios e incomprensivos frailes—los que estuvieron empujando a Rizal al separatismo. Y las cosas se repiten hoy, y son los demás españoles los que se empeñan en impulsarnos a catalanes y vascos al separatismo.

Oigamos lo que dice en el capítulo LXI de *Noli me tângere* un personaje de Rizal, es decir, uno de los varios hombres que en Rizal había. Dice:

«¡Ellos me han abierto los ojos, me han hecho ver la llaga y me fuerzan a ser criminal! Y pues que lo han querido, seré filibustero, pero verdadero filibustero; llamaré a todos los desgraciados . . . Nosotros, durante tres siglos, les tendemos la mano, les pedimos amor, ansiamos llamarlos nuestros hermanos; ¿cómo nos contestan? Con el insulto y la burla, negándonos hasta la cualidad de seres humanos.»

Y así llegó Bonifacio, el bodeguero, el no intelectual, e hizo la revolución.

¡Filibustero! Volved a leer en la página 262 de este libro lo que la prensa de la Metrópoli, esta miserable e incomprensiva prensa, una de las principales causantes de nuestro desastre, dijo de Rizal. Lo mismo que dijo de Arana.

Tiene razón Retana al decir que el ideal separatista mismo es lícito, como ideal, en la Península. Se puede discutir la Patria; es más, debe discutírsela. Sólo discutiéndola llegaremos a comprenderla, a tener conciencia de ella. Nuestra desgracia es que España no significa hoy nada para la inmensa mayoría de los españoles, y una nación, lo mismo que un individuo, languidece y acaba por perecer si no tiene más resorte de vida que el mero instinto de conservación.

La España del ¡Viva España! sacrílego que se lanzó sobre el cadáver de Rizal es la España de los explotadores, los brutos y los imbéciles; España de los tiranuelos y de sus esclavos; la España de los caciques y los dueños de grandes latifundios; la España de los que sólo viven del presupuesto sin ideal alguno.

Rizal quiso dar contenido a España en Filipinas, y como para llenar ese contenido sobraban frailes y brutos, a Rizal se le acusó de filibustero.

En la tristísima acusación fiscal contra el gran español y gran tagalo—de ella trataré en seguida—se decía que a España le sobraban alientos y energías para no tolerar que el pabellón español dejase de flotar en aquellas regiones descubiertas y conquistadas por la intrepidez y el arrojo de nuestros antepasados; y a estas frases, de detestable y perniciosa retórica, les pone Retana un comentario muy justo. Las Islas Filipinas, en efecto, no fueron conquistadas con arrojo y con intrepidez, sino que fueron ganadas por medio de la persuasión y de pactos con los régulos indígenas, sin que apenas se derramara la sangre. El general en jefe de la conquista—añade Retana—llamóse Miguel López de Legazpi, un bondadoso y viejo escribano que en los días de su vida desenvainó la tizona.

Sí; las Filipinas las ganó para España mi paisano Legazpi—uno de los hombres más representativos de mi raza vasca, como lo fue también muy representativo de ella, la suya y la mía, Urdaneta;—y las ganó con el cerebro y no con el otro órgano de donde han sacado sus determinaciones no pocos de los conquistadores a lo Pizarro, de espada y tranca.

Así con el cerebro, las ganó Legazpi, el bondadoso escribano vasco. Y ¿cómo se perdieron? Vamos a verlo.

Veamos el proceso de Rizal.

## VI

### EL PROCESO

Al llegar a esta parte de mi trabajo me invade una gran tristeza, y a la vez la conciencia de la gravedad de cuanto tengo que decir. Los hechos que voy a juzgar pertenecen ya a la Historia, aunque vivos los más de los actores que en ellos intervinieron. Para todos personalmente quiero las mayores consideraciones. Dios y España les perdonarán lo que hicieron, en atención a que lo hicieron sin saber lo que se hacían y obrando, no como individuos conscientes de sí mismos y autó-

nomos, sino como miembros de una colectividad, de una corporación enloquecida por el miedo. El miedo y sólo el miedo, el degradante sentimiento del miedo, el miedo y sólo el miedo fue el inspirador del Tribunal militar que condenó a Rizal.

Dice Retana hablando del fusilamiento de Rizal que, afortunadamente, a España no le alcanza la responsabilidad de los errores cometidos por algunos de sus hijos (pág. 188). Siento discrepar aquí de Retana. Creo, en efecto, que desgraciadamente le alcanza a España responsabilidad en aquel crimen; creo más, y lo digo como lo creo: creo que fue España quien fusiló a Rizal. Y le fusiló por miedo.

Por miedo, sí. Hace tiempo que todos los errores públicos, que todos los crímenes públicos que se cometen en España, se cometen por miedo; hace tiempo que sus corporaciones e institutos todos, empezando por el Ejército, no obran sino bajo la presión del miedo. Todos temen ser discutidos, y para evitarlo pegan cuando pueden pegar. Y pegan por miedo. Por miedo se fusiló a Rizal, como por miedo pidió el Ejército la aborrecible y absurda ley de Jurisdicciones, y por miedo se la votó el Parlamento.

El escrito de acusación del señor teniente fiscal D. Enrique de Alcocer y R. de Vahmonde es, como el dictamen del auditor general D. Nicolás de la Peña, una cosa vergonzosa y deplorable. Es decir, lo serían si estos señores hubiesen obrado por sí y ante sí, autónómicamente, y no como pedazos de un instituto y de una sociedad sobrecogidos por el miedo. Retana ha desmenuzado la horrenda y desatinada acusación del Sr. Alcocer.

En el fondo de todo ello no se ve más que el miedo y el odio a la inteligencia, miedo y odio muy naturales en el instituto a que los señores Alcocer y Peña pertenecían. Dice Retana que fusilar a Rizal por los motivos por que le fusilaron, es como si en Rusia se intentase fusilar a Tolstoi. Creo que buenas ganas se les pasan de ello a no pocos. Y sé que cuando se sustanciaba en Barcelona, hace ya años, el proceso por el bárbaro atentado del Liceo, el Juez militar que actuaba en él y tenía la colección de una revista en que colaboramos mi compañero de claustro el Sr. Dorado Montero, prestigiosísimo criminalista, y yo, se dejó decir: «A estos, a estos dos señores catedráticos quisiera yo atraparlos y verían lo que es bueno.» Si hubiera sido en Filipinas, a estas horas mi compañero el Sr. Dorado Montero y yo dormiríamos el sueño

eterno de los mártires del pensamiento. Lo más terrible de la jurisdicción militar es que no sabe enjuiciar; es que la educación que reciben los militares es la más opuesta a la que necesita quien ha de tener oficio de juzgar. Pecan, no por mala intención, sino por torpeza, por incapacidad. Y pecan unas veces por carta de más, y otras, por carta de menos.

En una corporación cualquiera, y muy en especial en el Ejército, la inteligencia individual y la independencia de juicio llegan a considerarse como un peligro. El que manda más es el que tiene más razón. La disciplina exige someter el criterio personal a la jerarquía. Solo a este precio se robustece el instituto. Y así en el Ejército, y, lo que es más, hasta en el Profesorado en cuanto Cuerpo, siendo como es su misión difundir la cultura, se mira con recelo y hasta se odia calladamente a la inteligencia individual. Sabidas son las conminaciones de los Santos Padres a ella; sabido es cuanto han dicho de los que se creen sabios. La inteligencia, se dice, lleva a la soberbia; hay que someter el juicio propio.

Y esto, que es natural y es disculpable, pues arranca de un principio de vida de toda corporación o instituto, esto se agrava cuando estos institutos se encuentran en forma de desarrollo rudimentario. Cuanto menos perfecta es una corporación, tanto mayor es el miedo y el odio a la inteligencia que en ella se desarrolla. Y nuestro ejército, como ejército—lo mismo que nuestro clero, como clero, y nuestro profesorado, como profesorado—se encuentra en un estado muy rudimentario de desarrollo. Su inteligencia colectiva es inferior al promedio de las inteligencias individuales que la componen, con no ser este promedio, como no lo es en España, muy elevado. Pero esa su inteligencia colectiva rudimentaria tiene cierta conciencia, aunque oscura, de su rudimentariedad, y trata de defenderse contra las inteligencias individuales corrosivas. Dudo que haya ejército en que se abrigue más indiferencia, cuando no desdén, respecto a las inteligencias individuales que dentro de él hay, como en el nuestro, y dudo que haya otro en que se rinda tanto culto al arrojo ciego, al coraje instintivo. Son legión los militares españoles que contestarían lo que se dice contestó Prim a un general extranjero que le preguntaba cómo se hacen las guerrillas; son legión los que, a pesar de las lecciones presenciadas y no recibidas, siguen creyendo que la guerra no se hace con el cerebro principalmente, sino con lo otro. Y lo otro no es tampoco el valor. Porque el valor tiene más de cerebral que de testicular. Y en todo caso es cordial.

Y entiéndase bien que esto que digo de nuestro ejército lo aplico *mutatis mutandis* a las demás instituciones, empezando por aquella a que pertenezco.

Es—se me dirá—que en el proceso de Rizal anduvieron auditores de guerra, ¡verdaderos letrados! El letrado que ingresa en la milicia, para formar parte del Cuerpo jurídico militar, lo mismo que los demás auxiliares, se asimilan el espíritu general del Cuerpo. El uniforme, estrecho y rígido, puede en ellos más que la amplia toga.

Desde el día mismo en que se le pone quilla a un buque de guerra en el astillero tiene ya su dotación completa, y allí el comandante manda más que el ingeniero naval. Me decía un médico de la Armada en cierta ocasión: «¿Usted creerá que el entrar un buque en fuego y tener que jugar la artillería, la maniobra estará supeditada a lo que el oficial de artillería ordene? Pues no, señor; allí manda el comandante. Y si no se les ocurre curar a los heridos o decir misa, es porque desdeñan estas funciones.»

Y así en todo en la milicia. Los combatientes, aquellos cuya función propia es pelear, desdeñan a los Cuerpos auxiliares; pero éstos, los auxiliares, tratan siempre de asimilarse aquéllos, aunque acaso también desdeñándolos. Aquello del desdén con el desdén es una fórmula genuinamente española.

Los letrados que intervinieron en el proceso de Rizal lo hicieron como militares, y como militares, influídos por aquellos desdichados frailes y sus similares, dominados por el miedo.

A la luz de estas consideraciones dolorosísimas hay que leer la vergonzosa acusación contra Rizal, y el dictamen y el informe. Cierto es que la defensa del Sr. Taviel de Andrade es un documento de serenidad y de juicio; pero ¡qué obligada timidez en ella! Hay, de todos modos, que salvar al defensor; el miedo no hizo en él tanta presa.

El pobre auditor, Sr. Peña se metió a juzgar de la capacidad intelectual del acusado, y esto me recuerda las tonterías del magistrado que al absolver al Madame Bovary de Flaubert, se metió a juzgar de su mérito literario, lo que le valió aquel soberano ramalazo del gran novelista, que no podía consentir que un magistrado vulgar se metiese a crítico desde su sitial de administrar justicia.

Es natural que en el ambiente de miedo que se respiraba en Manila en los días del proceso de Rizal fuera difícil evadirse del contagio. Hay que leer en este libro cómo los que

se llamaban ministros de Cristo predicaban el exterminio. Es su costumbre; quieren meter la fe, o lo que sea, en las cabezas de los demás rompiéndoselas a cristazos.

Repito que fue España la que fusiló a Rizal. Y si me dijese que aquí no se fusila ya por ideas y que aquí no se habría fusilado a Rizal, contestaré que es cierto, pero es porque aquí estamos más cerca de Europa. Y Europa, además, cuando se trata de atropellos que una nación comete en sus colonias, se encoje de hombros, pues ¿cuál de sus naciones está libre de esta culpa? La ética de una nación europea es doble y cambia cuando se trata de colonias.

Y todo ello lo sancionó el general Polavieja, cuya mentalidad correspondía, según mis informes, por lo rudimentaria, a lo rudimentario de la inteligencia colectiva que bajo la presión del miedo dictó aquel fallo.

Rizal fue condenado a muerte; pero aun faltaba otro acto, y es el de la conversión. La espada cumplió su oficio—un oficio para el que no sirve la espada;—faltaba al hisopo cumplir el suyo, un oficio también para el que no sirve el hisopo.

Veamos la conversión.

## VII

### LA CONVERSIÓN

Rizal, educado en el catolicismo, no llegó a ser nunca en rigor un librepensador, sino un librecreyente. A los jesuitas que le visitaron cuando estaba en capilla les pareció un protestante, y de protestante o simpatizador del protestantismo, así como de germanófilo fue tratado más de una vez.

Entre nosotros, los españoles, apenas hay idea de lo que el protestantismo es y significa, y el clero católico español es de lo más ignorante al respecto. No hay nada más disparatado que la idea que del protestantismo se forma un cura español, aun de los que pasan por ilustrados. Hay muchos que se atienen al libro, tan endeble y pobre, de Balmes, y quienes repiten el famoso y desdichado argumento de Bossuet.

Ayudan a corroborar y perpetuar este concepto los que oyen a los protestantes ortodoxos con quienes tropiezan, a los protestantes de capilla abierta, a los pastores a sueldo de alguna Sociedad Bíblica, porque la ortodoxia protestante es más mez-



quina y pobre, más raquítica que la católica, y es lamentable el culto supersticioso que rinde al Libro, a la Biblia, en su letra muerta.

Así como hay quienes no comprenden que haya darwinistas más darwinistas que Darwin, así hay también quienes no comprenden o no quieren comprender que haya luteranos más luteranos que Lutero, es decir, espíritus que hayan sacado al principio específico del protestantismo, a aquello que le diferenció y separó de la Iglesia católica, consecuencias que los primeros protestantes no pudieron sacarle y aun ante las cuales retrocedieron. Porque una doctrina que se separa de otra tiene de esta otra de que se separa más que de sí misma, y en su principio lo que el protestantismo tenía de común con el catolicismo era mucho más que lo específico y diferencial suyo.

El protestantismo proclamó el principio del libre examen y la justificación por la fe—con un concepto de la fe, entiéndase bien, distinto del católico,—y hasta cierto punto el valor simbólico de los sacramentos; pero siguió conservando casi todos los dogmas no evangélicos, y entre ellos el de la divinidad de Jesucristo, debidos a la labor de los Padres griegos y latinos de los cinco primeros siglos, es decir, los dogmas de formación y de tradición específicamente católicas. Pero el principio del libre examen ha traído la exégesis libre y rigurosamente científica, y esta exégesis, a base protestante, ha destruído todos esos dogmas, dejando en pie un cristianismo evangélico, bastante vago e indeterminado y sin dogmas positivos. Nada representa mejor esta tendencia que el llamado unitarianismo—tal como puede verse, v. gr., en los sermones de Channing—o una posición como la de Harnack. Y los protestantes ortodoxos, más estrechos aun de criterio que los católicos, execran de esa posición, y olvidando lo que dijo San Pablo al respecto, se obstinan en negar a los que así pensamos hasta el nombre de cristianos.

Y en una posición de esta índole llegó a encontrarse Rizal según de sus escritos deduzco. En una posición así, no sin un bajo fondo de vacilaciones y dudas hamletianas, y siempre sobre un cimiento de catolicismo sentimental, sobre un estrato de su niñez. Porque todo poeta lleva su niñez a flor de alma y de ella vive.

Rizal fue tenido por protestante, y en la carta al P. Pastells que se inserta en la página 105 de esta obra, se le verá sincerarse de ello y hablar de sus paseos, en las soledades de

Odenwald, con un pastor protestante. No creo, por otra parte, lo que dicen los jesuítas en su *Rizal y su obra* de que éste hubiera leído todo lo escrito por protestantes y racionalistas y recogido todos sus argumentos. No hay que exagerar. La cultura religiosa de Rizal no era, según de sus mismos escritos se deduce, la ordinaria entre nosotros; pero no era tampoco extraordinaria ni mucho menos. No pasaba de un diletante en ella. Los ejemplos que los jesuítas citan—véase la nota (116) de esta obra—son de lo más común y muy de principios del siglo pasado. Sólo que bastaban para que le tuviesen por un hombre muy enterado de la literatura protestante y racionalista tratándose de jesuítas españoles, que en esto saben menos aun que Rizal sabía, con ser este tan moderado y parco.

La enorme, la vergonzosa ignorancia que entre nosotros reina al respecto, es lo que ha podido hacer que a Rizal se le tuviese por un librepensador. No; fue un librecreyente, lo cual es otra cosa. Rizal, lo aseguro, no hubiese jurado por Buchner o por Haeckel.

Basta leer en la página 292 de este libro la manera ingeniosa y sutil como Rizal expuso el principio de la relatividad del conocimiento, para comprender que no era un dogmático del racionalismo, un teólogo al revés, sino más bien un librecreyente con sentido agnóstico y con un cimiento de cristianismo sentimental. Y en el fondo conviene repetirlo, el catolicismo infantil y popular, nada teológico, de su niñez, el catolicismo del ex secretario de la Congregación de San Luís. Yo, que también fui a mis quince años secretario de esa misma Congregación, creo saber algo de esto.

A Rizal se le tuvo por protestante y por germanófilo, ya se sabe lo que esto quiere decir entre nosotros. En España y para españoles, pasar por protestante o cosa así es peor que pasar por ateo. Del catolicismo se pasa al ateísmo fácilmente; porque, como decía Channing, y hablando de España precisamente, las doctrinas falsas y absurdas llevan una natural tendencia a engendrar escepticismo en los que las reciben sin reflexión, no habiendo nadie tan propenso a creer demasiado poco como aquellos que empezaron creyendo demasiado mucho. Es corriente oír en España declarar que, de no ser católico, debe serse ateo y anarquista, pues el protestantismo es un término medio que ni la razón ni la fe abonan. Y cuando alguien se declara protestante le creen vendido al oro inglés. El protestante aparece ante nosotros, más aun que como un

anticatólico, como un antiespañol. El ateísmo es más castizo aun que el protestantismo. La herejía se considera un delito contra la patria tanto o más que un delito contra la religión.

Y aquí era ocasión de decir algo sobre esa sacrílega confusión entre la religión y la patria, el desdichado consorcio entre el altar y el trono—no menos desdichado que aquel otro entre la cruz y la espada,—y las desastrosas consecuencias que ha traído tanto para el trono como para el altar. Pues es difícil saber si con semejante contubernio ha perdido la religión más que la patria o ésta más que aquélla.

En la nota (387) correspondiente a la página 306 de este libro se hallará un estupendo *ukase* del gobernador que fue de Pangasinán, D. Carlos Peñaranda, en que conmina a los cabezas de barangay a que oigan misa los días de precepto, bajo la multa de un peso si no lo hicieran. Esto era un brutal atentado a la libertad y a la dignidad de aquellos ciudadanos españoles, y a la vez una impiedad manifiesta. Porque obligarle a un fiel cristiano católico a que cumpla los deberes religiosos de su profesión bajo sanción civil, no es más que una impiedad; es privar a aquella ofrenda de culto de su valor espiritual y es atentar a la libertad de la conciencia cristiana. Si los frailes que hacían de párrocos en Pangasinán hubieran tenido sentido religioso cristiano y católico, habrían sido los primeros en protestar de ese atentado.

Y luego léase una vez más aquel deplorable resultado de la orden de deportación de Rizal por el general Despujol, aquel resultado en que se dice que descatólizar equivalía a desnacionalizar aquella siempre española—hoy ya no lo es—y como tal siempre católica tierra filipina. Contrista el ánimo la lectura de tales cosas, y más a los que creemos que para nacionalizar de veras a España, una de las cosas que más falta hacen es descatólizarla en el sentido en que Despujol y sus consejeros y directores espirituales tomaban el catolicismo. Pues acaso haya otro sentido en que quepa decir que la Iglesia católica romana se está descatólizando.

Rizal pasó por un protestante, por un racionalista, por un librepensador, y en todo caso por un anticatólico. Y yo estoy convencido de que fue siempre un cristiano librecreyente, de vagos e indecisos sentimientos religiosos, de mucha más religiosidad que religión, y con cierto cariño al catolicismo infantil y puramente poético de su niñez. No me chocaría que, aun no creyendo ya con la cabeza en los dogmas católicos, hu-

biese alguna vez asistido a misa en alguna de sus correrías por Europa, con objeto de evocar en su espíritu reminiscencias de su niñez, pues la misa católica es la misma en todas partes, y uno que nació y se crió católico, en ningún sitio mejor que en un templo católico puede, fuera de su patria, hacerse la ilusión de encontrarse en ella.

Condenado a muerte Rizal, bajo la inspiración del miedo de sus jueces, cayeron sobre él sus antiguos maestros los jesuitas y apretaron el cerco con que de antiguo le venían asediando. Es una lucha tristísima.

Pocas cosas más instructivas como las relaciones del pobre Rizal con los jesuitas, sus antiguos maestros. En ellas se ve de un lado el excelente buen natural de él, su respeto y su gratitud a aquellos sus maestros que le habían tratado, y trataban en general al indio, con más humanidad, con más racionalidad, con más espíritu cristiano que los frailes.\*

Y en ellas se ve también la irremediable vulgaridad y ramplonería del jesuita español, con sus sabios de guardarropía, con sus sabios diligentes y útiles mientras se trata de recoger, clasificar y exponer noticias, pero incapacitados por su educación de elevarse a una concepción verdaderamente filosófica de las cosas.

En la nota (363) a la pág. 293 de este libro, dice Retana que aunque los jesuitas ofrecieron publicar algún día toda la controversia entre Rizal y ellos, no lo han verificado hasta el presente, y añade, no sé si con ironía: «Respetamos las razones que tengan para mantener inéditas tan curiosas cartas.» Yo, por mi parte, sospecho que aunque las de Rizal no deben ser un asombro, ni mucho menos, de polémica religiosa—ya he dicho que creo nunca pasó de un diletante en tales materias como en otras—, deben quedar, sin embargo, malparados los jesuitas. ¡Porque cuidado si son éstos ignorantes, vulgares y ramplones en estas materias cuando son españoles! Baste decir que anda por acá un P. Murillo que se permite escribir de exégesis y hablar de Harnack y del abate Loisy, y lo hace con una escolástica y una insipiencia que mete miedo.

No hay leyenda más desatinada que la leyenda de la ciencia jesuítica, sobre todo de su ciencia religiosa. Son unos detestables teólogos y exégetas más detestables aún.

---

\* Hay que advertir que los jesuitas, aunque no superan en cultura ni ilustración a los miembros de las demás órdenes religiosas, sino que mas bien son mas petulantes que ellos y mas ignorantes les superan mucho en educación y buenas formas. Se reclutan, por lo común, en otras capas sociales.

Sólo a un jesuíta español como el P. Pastells pudo ocurrírsele regalar a Rizal, para tratar de convertirle, las obras de Sardá y Salvany. Esto da la medida de su mentalidad o del pobre concepto que de Rizal se formaba. Sólo le faltó añadir las del P. Franco. Y hay que leer entre líneas, en el relato de los jesuítas, las necedades y vulgaridades que el P. Balaguer debió dejar caer sobre el pobre Rizal.

Y así y con todo aparece Rizal vencido, convertido y retractándose. Pero no con razones. Vencido, sí; convertido, acaso; pero convencido, no. La razón de Rizal no entró para nada en esta obra. Fué el poeta; fué el poeta que veía la muerte próxima; fué el poeta ante la mirada de la Ésfinge que le iba a tragar muy pronto, ante el pavoroso problema del más allá; fué el poeta que, a la vista de aquella imagen del Sagrado Corazón, tallada por sus propias manos en días más tranquilos, sintió que su niñez le subía a flor de alma. Fué el golpe maestro de los jesuítas y valió más que sus ridículas razones todas.

El pobre Cristo tagalo tuvo en la capilla su olivar, y es inútil figurárnoslo como un estoico sin corazón. ¡No puedo dominar mi razón!, exclamaba el pobre ante el asedio del P. Balaguer. Cedió; firmó la retractación. Luego leía el *Kempis*. Se encontraba ante el gran misterio, y el pobre Hamlet, el Hamlet tagalo debió de decirse: ¿Y si hay? ¡Por si hay! Entonces su espíritu debió de pasar por un estado análogo al de aquel otro gran espíritu, al de aquel hombre de razón robustísima, pero de sentimiento más robusto aún que su razón, que se llamó Pascal y que dijo: *al faut s'abêtir*, «hay que embrutecerse,» y recomendó tomar agua bendita, aun sin creer, para acabar creyendo.

El relato de los últimos momentos de Rizal, de su verdadera agonía espiritual, es tristísimo. «¡Vamos camino del Calvario!» Y camino de su Calvario fué pensando acaso en si aquel su sacrificio resultaría inútil; invadido tal vez por ese tremendo sentimiento de la vanidad del esfuerzo que ha sobrecogido a tantos hombres a las puertas de la muerte.

«¡Que hermoso día, Padre! Ya no vería días así, tan hermosos. Los verían los demás; pero ¿no morirían también ellos? ¿Vería Filipinas días hermosos, despejados, claros?»

«¡Siete años pasé yo allí!» Y ante su espíritu soñador pasarían siete años mansos y dulces, como las aguas de un arroyo que discurre en un valle de verdura.

«En España y en el extranjero es donde me perdí.» ¿Qué quiere decir perderse? El niño balbucía en él.

«¡Yo no he sido traidor a mi patria ni a la nación española!» No, no fue traidor. Es España la que le fué traidora a él.

«Mi gran soberbia, Padre, me ha traído aquí.» ¡La soberbia! ¿Y a quien que tenga una cabeza sobre los hombros y un corazón en el pecho no le pierde la soberbia? ¿Qué es eso de la soberbia? El que se confiesa soberbio no lo ha sido nunca. Los soberbios eran los otros, los soberbios eran los bárbaros que sobre su cadáver lanzaron, como un insulto a Dios, aquel sacrílego ¡Viva España!

«¡Mi soberbia me ha perdido!» Esto lo decía la mente que correspondía a las manos que tallaron la imagen del Sagrado Corazón, la mente del niño, del poeta. Y decía verdad. Su soberbia, sí, le perdió para que su raza ganase, porque todo aquel que quiera salvar su alma la perderá y el que la deje perder la salvará. Su soberbia, sí, su santa soberbia, la conciencia de que en él vivía una raza inteligente, noble y soñadora, la soberbia de sentirse igual a aquellos blancos que le despreciaron, esta santa, esta noble soberbia le perdió.

En *La Solidaridad* del 15 de Julio de 1890, y el artículo «Una esperanza», escribió Rizal: «Dios ha prometido al hombre su redención después del sacrificio: ¡cumpla el hombre con su deber y Dios cumplirá con el suyo!»

Rizal cumplió con su deber, y la Iglesia Filipina Independiente, considerando que Dios ha cumplido con el suyo, ha canonizado al gran tagalo: San José Rizal.

## VII

### SAN JOSÉ RIZAL

San José Rizal, ¿y por qué no? ¿Por qué no se ha de dar la sanción de la santidad al culto a los héroes?

Pienso algún día escribir algo sobre esa extraña Iglesia Filipina Independiente, cuyas publicaciones debo a la bondad del Sr. D. Isabelo de los Reyes; sobre esa extraña Iglesia que es un intento de vestir al racionalismo cristiano con símbolos y ceremonias católicos, y cuyo porvenir me parece muy dudoso. No son los pensadores los que hacen las religiones ni los que las reforman. Más fácil me parece que sobre la base

del sentimiento católico cristiano que allí dejó España se convierta en religión el culto mismo a la patria, a Filipinas, y que ésta les aparezca como una peregrinación para otra Filipinas celestial donde Rizal alienta y vive en espíritu.

No sé si Rizal con su fino sentido religioso, y aun a falta de una gran cultura a este respecto, habría aprobado una Iglesia en que se ve la mano del cura cismático, en que se ve la huella del fraile y de sus discípulos.

Hay que desconfiar del cura cismático o del cura hereje o renegado. Aunque se haga ateo, el cura quiere seguir siendo cura, y pretende que haya una Iglesia atea en que él continúe como cura. La reforma religiosa la ve desde su punto de vista profesional.

Pero sea de esto lo que fuere, y sea también lo que fuere del cándido racionalismo de la Iglesia Filipina Independiente y de sus enseñanzas, tan ingenuamente agnósticas y científicas, es lo cierto que anduvo en canonizar a Rizal mucho más acertada que en otras cosas. Como que todas las demás cosas huelen a libros europeos, a tomos de la Biblioteca Alcan, y esa, por el contrario, parece la flor de un movimiento espontáneo del alma de un pueblo. Y las religiones las hacen los pueblos y no los pensadores; los pueblos con su corazón, y no los pensadores con su cabeza.

El acto, pues, más transcendental de la Iglesia Filipina Independiente es haber sancionado la canonización de Rizal, promulgada por el pueblo filipino.

*«Epílogo», Vida y Escritos del Dr. José Rizal, por W. E. Retana; Madrid: 1907.*

---

**De José Ma. Basa:<sup>28</sup>**

### A RIZAL

Si sobre tu tumba suelen algunos depositar coronas de hojas y de flores como símbolo del dolor que por tu muerte sienten y del cariño y admiración que te profesan, yo, en cambio, no pudiendo hacer lo propio y aún careciendo de dotes literarias, como única ofrenda tejeré para tí una corona de frases que, sin duda alguna, han de parecer, en conjunto, a una co-

rona de flores mustias sin belleza y sin aroma, puesto que en ellas no encontrarás sonoridad, ni filigranas de estilo. Pero aún cuando fuesen pálidas y carezcan de elegancia, de ritmo y de armonía como un cuadro abigarrado, no por eso dejarán de ser la expresión genuina de mis sentimientos y la demostración sincera del influjo maravilloso e inexplicable que han ejercido sobre mí tu nombre excelso y tus grandiosas obras.

¡Cuántas veces, aún entregado en dulces idealidades o en medio de locas ternezas me he acordado de tu Crisóstomo Ibarra y de tu espiritual María Clara! ¡Cuántas veces, cuando aquella época worcesteriana veía algún lacayo de levita se me ha venido a la mente lo que tú has dicho por boca del P. Florentino (dirigiéndose a Simoun): «. . . mientras veamos nuestros paisanos en la vida privada sentir vergüenzas dentro de sí, oír rugiendo la voz de la conciencia que se rebela y protesta, y en la vida pública callarse, hacer coro al que abusa para burlarse del abusado» . . . Y también lo que dijiste por boca de Simoun cuando aquel encuentro accidental con el estudiante Basilio en aquella colina, que supongo debe ser la que se levanta entre Calamba y Los Baños . . . : «La resignación no siempre es virtud, es crimen cuando alienta tiranías: . . .»

¡Cuántas paisanas nuestras he encontrado de increíble semejanza a tu Doña Victorina, y con cuántos fátuos no he tropezado en mi camino que espetan a cualquiera en inglés, simulando desconocer su propio idioma, y a quienes, a modo de reproche, he recordado lo que también Simoun dijo a Basilio bajo la sombra del *baliti* en aquella misma colina: «El que de entre vosotros habla ese idioma, descuida de tal manera el suyo, que ni lo escribe, ni lo entiende,» y ¡cuántos he visto yo que afectan no saber de ello una sola palabra!

Y cuando pienso también en esas luchas que se entablan con frecuencia entre nuestros distintos bandos políticos que casi siempre llegan a insensatos personalismos, ¿cómo no recordar aquello: «Usted y yo pertenecemos a los sedientos de justicia, y en vez de destruirnos debemos ayudarnos.»

Sí, insigne compatriota, ¡cuántas enseñanzas se encierran en tus obras! Si todos los filipinos leyéramos todos los días una a una las páginas de tus libros, no cometeríamos ni hubiéramos cometido, sin duda, tantos desatinos, que han dado origen a muchas de las desgracias nuestras que hoy lloramos.

Pero, afortunadamente, los acontecimientos que vienen desarrollándose en esta tierra infortunada, van marcando una evolución constante hacia nuestra emancipación largo tiempo



ansiada, siguiendo el proceso ordinario que anima a todos los que están dotados de fuerza y vitalidad.

Felizmente también, parece haberse borrado entre los recuerdos aquel pasado sombrío, como allá . . . en la lejanía de nuestro porvenir incierto, la densa brumosisidad va disipándose al calor de la luz temprana de una aurora anunciatrix de dulces esperanzas.

Mientras tanto, mientras esperamos la aparición del astro tras las montañas de Oriente, exclamaré, contigo. . . .

«Y tú, espíritu noble, alma grandiosa, corazón magnánimo, que has vivido para un sólo pensamiento y has sacrificado tu vida, sin contar con la gratitud ni la admiración de nadie, ten paciencia, ten paciencia . . . .»

*Dia Filipino; Manila, 30 de diciembre de 1915, pág. 173.*

---

### From T. Pardo Tavera:<sup>29</sup>

(FROM THE REPORT OF THE PHILIPPINE  
COMMISSION TO THE PRESIDENT,  
WASHINGTON, D.C.)

Q. Will you please tell us what this man Rizal did, what became of him and how he attained so much influence here in the Philippines?

A. With great pleasure. The great influence of Rizal was due to the fact that he was the first writer to give, by his novels, a vivid picture of the Philippines. In his novels all the different types are faithfully represented. It is a collection of instantaneous photographs of life in the Philippines, and as it is all true the consequences are also true of the continual suffering of the Philippine people and the abuses of the friars and of the government. Naturally, a man who dared, in the midst of oppression, to tell the truth and to talk, had the sympathy of all the Filipinos. Furthermore, in addition to his talents, he had the courage to present himself in the Philippines after he had written his first novel. This gave him great popularity. After having written his first novel, Rizal remained in the Philippines for three months, but as he was persecuted by the Spanish Government he thought it wise to leave the Philippines and he went to Europe, where he

wrote a second novel, a continuation of the first, called *El Filibusterismo*. The first one was entitled *Noli Me Tángere*. During this same time he edited a new edition of a history of the Philippines, written many years ago by one Morga, of Manila. After Rizal had left, the friars, because they could not seize him, through revenge persecuted his family. They expelled them from Calamba, seized all their property, and his whole family was banished by General Weyler. When Rizal returned to the Philippines in the time of General Despujol, although Despujol was a man of character, he could not escape the influence of the friars, and he ordered Rizal arrested and banished to Dapitan, in the Island of Mindanao. There Rizal devoted himself to his profession of medicine and to agricultural pursuits. Naturally, the Filipinos, as they were much interested in political affairs, visited Rizal in Dapitan a great deal, under the pretext of having some affection of the eyesight or other infirmity, but as a matter of fact to get his advice. When Bonifacio, the leader of the Katipunan society, asked Rizal if it would be a good plan to start a revolution, Rizal opposed the plan and said it would not be suitable. He said what would do the country most good would be to devote themselves to the improvement and education of the people, and to look for reformation in peaceful ways. Nevertheless, Bonifacio, instead of telling the truth, told the Filipino people that Rizal, instead of advising peace, had advised the revolution. Rizal had nothing to do with the revolution, nor with the Katipunan society. About the time that Father Gil discovered the Katipunan society, Rizal arrived here on a warship on his way to Madrid to put himself under the orders of the Government. Rizal then went away in a ship bound for Spain; but the friars and the Spaniards could not allow this man, whom they hated so, to escape with his life, under the circumstances, and they used every means to get him back to Manila. They talked to the governor-general, they sent telegrams to Spain, they influenced the minister of war, and one Olibe, public prosecutor, undoubtedly influenced by money, succeeded in having Rizal brought back to Manila and a court-martial was held, and although it could not be proved that Rizal had anything to do with the revolution, as the public opinion among the Spaniards demanded it, he was sentenced and shot.

Q. Where was he shot?

A. When Rizal came to Manila he was taken to Fort Santiago, and from there he was taken on foot to the open ground the *Bagumbayan*, adjoining the Luneta, where he was

shot. Rizal went along, showing a great deal of self-possession, and even smiling and laughing as he went along the street; not that he felt like laughing, but because he had a great deal of character and strength, and he wished to show that he could contain himself. When he fell dead all of the Spaniards and the Spanish ladies who were present cried "*Viva España*".

Q. Was there a large crowd present?

A. Enormous. It was a Spanish national fiesta, and afterwards the band passed in front of his body playing "*La Marcha de Cadiz*," which was the custom.

Q. Was he the only man shot on that occasion?

A. On that day he was the only man to be shot, and public opinion demanded that four Indian (native) soldiers should be the ones who should shoot him.

Q. And was that done?

A. That was done. As a general thing.

— *Report of the Philippine Commission to the President, Washington, D.C., 1900, Vol. II, pp. 400-410.*

\* \* \*

## EL CARÁCTER DE RIZAL

—«En todas partes donde un alma grande dá vuelo a sus pensamientos, encuentra un Gólgota. . . .»  
—Heine.

*Muerte Moral.*—Después del fusilamiento de Rizal, aún no había terminado la empresa de sus perseguidores, porque les quedaba por matar la obra de aquel espíritu, que no podían tolerar que persistiera.

Se cuenta que, cuando Carlos V visitó la tumba de Lutero, uno de los cortesanos presentes propuso levantar la losa y desparramar por el aire los restos del inmortal reformador. El emperador, indignado, se opuso a la profanación diciendo: «Yo no hago la guerra a los muertos.» Los despojos mortales de nuestro héroe no preocuparon a ciertas gentes; pero, en cambio, trataron de destruir su personalidad moral después del asesinato del cuerpo y, con este propósito, imprimieron escritos tendenciosos, destinados a representarle como un desdichado

iluso, especie de *indio* descrito por fray Gaspar de San Agustín, con el carácter formado de contradicciones, debilidades y soberbia.

A los insultos y acusaciones lanzados contra él cuando vivía, se substituyeron los ataques hipócritas, encubiertos bajo el velo de fingida piedad, disimulados por una compasión diplomática que ocultaba la verdadera intención de la obra de descrédito y desprestigio como cristiano, como español, como filipino, como pensador, como hombre. Pero dichosamente nos quedan los escritos del Mártir, y, al que sin pasión ni prevención los lea, se le presentará Rizal tal cual realmente fue, y jamás como la malévola conveniencia de algunos trató de representarle.

Es fácil conocer las tres obras llamadas: *Noli me tângere*, *Los Sucesos*, de Morga y *El Filibusterismo* porque existen en forma de libros; pero no sucede lo mismo con los trabajos literarios en forma de artículos que andan desperdigados por revistas y diarios o en manuscritos conservados inéditos por algunos amigos, esperando que alguien los reuna y publique.

*Su Vida, por Retana.*—Parece natural esperar que semejante compilación la lleve a afecto algún filipino; pero, mientras tanto, el primer libro, con derecho por cierto a llamarse honrosamente así, que se imprimió en castellano sobre nuestro héroe, lo hizo un español: Don Wenceslao E. Retana. Su *Vida y Escritos del Dr. José Rizal* vio la luz en Madrid, en 1907, en un hermoso volumen en cuarto, de 512 páginas, con importantes fotograbados, un prólogo de J. Gómez de la Serna y un epílogo de Miguel de Unamuno. Todo este libro está inspirado en una profunda simpatía, un respeto y una admiración tan nobles como independientes, del Señor Retana por el filipino más grande que ha existido. Es un libro que debe gustar a los filipinos, no sólo por el espíritu que anima a su autor, sino por la cantidad de datos, noticias y pormenores que nos da de Rizal y de su obra patriótica.

He leído con el mayor interés este trabajo concienzudo y a él se refieren las citas de páginas que haré en el presente escrito; *pero he buscado, sin encontrarlo, un estudio sobre el carácter del Mártir*. Por eso me decido a ensayar un análisis de aquella psicología que nos dió «el hombre más importante, no sólo de su pueblo, sino de toda la raza malaya», según decía Blumentritt (pág. 454).\*

---

\* Las paginas citadas en este trabajo son del *Vida y Escritos del Dr. José Rizal* por Wenceslao E. Retana.

*Sus Detractores.*—Si muchos han tratado de arrastrar por el suelo la personalidad del Gran Tagalog, otros, movidos por un noble sentimiento de admiración, estimulado aun por la actitud de los del otro bando, le han levantado a las alturas de la divinidad. Yo no trato de escribir bajo impulsos sentimentales, sino de analizar los hechos positivos que conocemos. Tampoco pretendo atacar el mérito ni las cualidades de las personas que cito, y cuya opinión sobre el carácter de Rizal me parece inaceptable, por errónea e infundada.

No me ocuparé en combatir a sus detractores que, por cierto, no todos ellos obraron movidos por odios políticos o religiosos, ni por resentimientos de orden patriótico. Se puede ver bien claro en muchos ataques que su origen fue la *ignorancia*, aquella *ignorancia* que logró su deportación, su prisión, su asesinato: aquella *ignorancia* que él combatió, que nosotros seguimos combatiendo, y contra la cual las generaciones que nos sucedan tendrán aun que combatir.

Reconocer esa gran ignorancia como causa de los males que sufríamos en Filipinas fue el primer mérito de aquel hombre admirable, y al comprenderlo así ahogó en germen los sentimientos de odio, los movimientos de cólera, los impulsos de violencia contra los que consideraba autores de los daños; porque todas sus reacciones pasionales las calmaba su razón serena, que descubría en la ignorancia de los otros la excusa de sus faltas, *colocando a quien las cometía en el terreno inmenso de las irresponsabilidades*. Él quería precisamente sacar a su pueblo y raza de aquel dominio; *sus compatriotas le miraron como a un amigo a quien siguieron*. También quiso sacar de él a los dominadores; *los amos, irritados, le miraron como a un enemigo insolente y le quitaron la vida*.

*Quién era Rizal.*—«Pero, en resumidas cuentas, ¿quién era Rizal?», se pregunta Retana (pág. 278) y añade en contestación:

«Un libre pensador ansioso de la dignificación de los hombres de su raza, amante del progreso de su país y adversario de los frailes, en quienes veía los mayores enemigos del bienestar de las Islas. ¿Qué otra cosa era Rizal?»

Se pregunta también Retana por qué motivo estaba Rizal tan alto encima de sus compatriotas, y responde que consistía «sencillamente en la finura exquisita de su espíritu, en la nobleza quijotesca de su corazón, en su psicología toda román-

tica, soñadora, buena, adorable; psicología que sintetizó todos los sentimientos buenos y aspiraciones de un pueblo que sufría, viéndose víctima de un régimen oprobioso . . .»

A Unamuno se le ocurre decir todo lo que sigue (pág. 476-7):

«No fué toda su vida otra cosa que un *soñador impenitente*, un *poeta*.»

«Quijote oriental, le llamó una vez Retana, y está así bien llamado . . . Fué un Quijote del pensamiento, a quien *repugnaban las impurezas de la realidad*.»

«Rizal era un poeta, un *héroe del pensamiento y no de la acción* . . . Rizal, el soñador valiente, me resultaba un *valiente débil e irresoluto para la acción y la vida*.»

«Rizal previó su fin, su fin glorioso y trágico, pero lo previó pasivamente, como el protagonista de una comedia griega. No fué, sino que se sintió arrastrado a él. Y pudo decir: *Hágase, Señor, tu voluntad y no la mía*.»

«Rizal, un espíritu de contradicciones, un alma que *temía la revolución, ansiándola en lo íntimo de sí* . . .»

«Y le repugna la revolución, porque temía que pusiera en peligro la obra de la cultura. Y, sin embargo de temerla, *tal vez la deseaba a su pesar* . . .»

Tales son las descripciones del carácter y las tendencias de Rizal, todas ellas, en mi sentir, completamente equivocadas.

En algunas de las opiniones anteriores se han tenido en cuenta *las tendencias, los deseos*, tales como la dignificación de la raza, el progreso del país, la aversión contra el fraile, o los *ideales irrealizables del soñador impenitente*, el poeta a quien repugnaban las impurezas de la realidad. Pero hay mil maneras de buscar la dignificación de una raza, y esos medios cada hombre los busca y propone *según su carácter*. El misionero, predicando su religión, busca la dignificación y el progreso; lo mismo el guerrero, lo mismo el anarquista con su dinamita, el revolucionario, cada uno a su manera, según lo entiende, nada más que *según su carácter*.

Pero este carácter no se estudia, no se analiza en los escritos referentes a Rizal, y el que, de pasada, se le asigna, es incompleto o inexacto. Si fuera tal como queda retratado por Unamuno, entonces los filipinos nos contentamos con un héroe

de pacotilla. Si fué otra cosa, vale la pena de que un filipino trate de demostrarlo, y descubra en qué consistió realmente la popularidad de aquel hombre, dando a conocer *su carácter*.

Que fué un soñador impenitente a quien repugnaban las impurezas de la realidad, es una figura retórica que no puede apoyarse en nada real; es tan sólo un decir que no puede fundarse en ningún acto de ningún momento de la vida de Rizal. Él quería el progreso y el bienestar del pueblo filipino. ¿Cómo pudo querer así algo irrealizable? Él soñó conquistar por la razón una era de libertad y derecho para su pueblo. ¿Dónde está lo irrealizable de este sueño? Él predicó la *tolerancia* y fué *tolerante*; el *estudio* y *estudió*; la *sinceridad* y fué *leal*; el *valor* y *murió* sin inmutarse; el *trabajo* y *trabajó* como literato, médico, escultor, albañil, tipógrafo y agricultor. ¿Qué realidad le repugnaba? Y para Rizal, como para mí, no entendemos lo que sean «impurezas de la realidad» mientras no se trate de *realidades impuras desde que tuvieron vida ideal*.

Las opiniones de Unamuno falsean por completo las tendencias y el carácter de Rizal, sin apoyarse en ningún hecho conocido. Rizal no fué un espíritu de contradicciones, como lo vamos a ver, excepto para aquellos que le combatieron en Filipinas suponiéndole *propósitos que jamás pasaron siquiera por su mente*. Es cierto que siempre temió la revolución; más todavía, la rechazó, como todos sabemos, y resulta perfectamente fantástico decir que *la ansiaba en lo íntimo de sí*. Son opiniones gratuitas, infundadas, inesperadas y sorprendentes en quien las emitió.

No intento impugnar todo lo que, en mi entender, es inaceptable con referencia al carácter de Rizal, pero al mencionar el libro de Retana, cuya lectura me inspiró hacer este trabajo, no puedo ni debo silenciar aquello que no sólo es contrario a la realidad traída al dominio público por este mismo libro, sino que atribuye a Rizal defectos de bulto que jamás tuvo, de suerte que tiene que principiar por señalar esos errores quien toma la tarea de analizar y describir su carácter.

*Su Característica.*—«La característica de Rizal,» dice un panegirista citado por Retana (pág. 91), «era la constancia, la firmeza y su grandísima afición a los estudios.»

Antes de ir más lejos, digamos que la característica de Rizal era algo más que eso: *era la resultante de varias cualidades, cada una fiel e independientemente practicada, y todas juntas siempre encaminadas al beneficio del pueblo filipino*.

Unos suponen que ganó la afección y la admiración de sus compatriotas por su bondad, otros por su talento, o por su cortesía, su valor, etc., etc. No: no fué por ninguna cualidad aislada, ni por varias de ellas reunidas; fué porque *todas sus buenas cualidades las cultivó para perfeccionarlas, y las practicó para lograr el mejoramiento material y moral de los hombres de su raza hasta entonces considerada como incapaz de producir individuos del calibre mental del blanco, hasta entonces condenada a vivir, por tal motivo, sometida al dominio arbitrario de otro pueblo.*

Otras enumeran sus conocimientos en medicina, literatura, filosofía, lingüística, agricultura . . ., pero no fué ejerciendo una o todas estas actividades intelectuales que logró colocarse en la gloria de la inmortalidad, sino *por las condiciones excepcionales de su carácter.*

*El Carácter.*—El carácter depende de las condiciones físicas y psíquicas innatas en cada individuo, hereditarias y constitutivas, junto con otras exteriores resultantes de las circunstancias múltiples del medio ambiente, como la educación, la disciplina, oficio, etc. Hay pensadores que no admiten más que una clase de condiciones fundamentales del carácter: las internas, es decir, las que cada uno trae consigo al nacer. Para estos últimos, las condiciones morales que constituyen el carácter no pueden ser producidas por la educación. Por mi parte, creo que no se puede negar que la educación rectifica, mejora, perfecciona las *condiciones innatas.*

Kant había establecido las divisiones siguientes: carácter de la persona, carácter del sexo, carácter del pueblo, carácter de la raza, carácter del género (humano).

Según Waitz, en las razas inferiores, las diferencias de raza a raza son mas marcadas, pero, en el seno mismo de cada raza, las diferencias entre individuos e individuos son menos marcadas. En cambio, mientras más se civilizan los hombres, el carácter étnico va perdiendo su preponderancia a medida que se aumentan las diferencias individuales.

«Tener carácter,» dice Kant, «es poseer esa propiedad de la voluntad mediante la cual uno se liga a determinados principios prácticos, voluntariamente adoptados en virtud de la propia razón. Aunque a menudo tales principios son falsos o viciosos, sin embargo, la disposición de la voluntad, en general, de obrar según tales principios fijos, y no saltando como moscas



por aquí y por allá, es algo estimable y que merece tanta mayor estimación cuanto que es más rara.» Ya veremos que tales condiciones de carácter eran precisamente las de Rizal, y su mérito era más subido, no sólo por *su raza*, sino porque *hacían peligrar su vida*, como él mismo sobradamente sabía.

Según Fouillée, «el carácter, marca propia del individuo, es la manera relativamente una y constante de sentir, de pensar, de querer.»

Paulhan dice que lo que caracteriza a una persona y que le hace ser él y no otra, es «la naturaleza propia de su espíritu, la forma particular de su actividad mental.»

Y, para completar la exposición de ideas con que me he formado el concepto de la palabra *carácter*, añadiré las siguientes frases de Hoffding: «Una clase particular de diferencias individuales proviene precisamente de que, en ciertos casos, es la constitución hereditaria, originalmente dada, y en otros, al contrario, la experiencia adquirida durante el curso de la vida, la que juega el papel principal en la formación del carácter.»

Vamos a investigar el carácter de Rizal; y para comprender bien su formación y su mérito, necesitamos no olvidar, al contrario, tener muy presente, no sólo el medio social en que nació y se desarrolló, sino la raza de que procedía.

*La Raza.*—Los *indios* de Filipinas, según lo que de ellos se decía, constituían una parte muy inferior de la familia humana. Se les concedía tan limitadas condiciones intelectuales, y tan restringidas facultades morales, que parecía empresa imposible por entonces moverles de la categoría de raza inferior en que la Divina Providencia les había colocado.

En una memoria de carácter oficial escrita para la Exposición de Filipinas en Madrid, 1887, termina el autor sus notas sobre los *indios filipinos* con estas palabras: «No debe perderse de vista que el indio es un niño mal educado, pero un niño grande y en el completo desarrollo de las pasiones. No obra por conciencia, sino por temor; no se mueve por razones, sino por impresiones; amigo de novedades y de espectáculos, se mueve al compás de las diferentes impresiones que recibe. Naturalmente es inconstante y veleidoso, y ya quiere una cosa ya otra, y vuelve a querer lo que antes no quiso, sin firmeza ni estabilidad en ninguna cosa, sin saber muchas veces qué querer, ni que le conviene. *Tal es el indio filipino ligeramente bosquejado.*»

Un caballero que había ocupado elevados puestos en el gobierno de Filipinas, en donde residió hasta después de la entrada de los americanos en Manila, había impreso, en 1897, un libro de Madrid, en donde dice: «Como son fuertes en voluntad propia, el carácter de los indios filipinos les induce fácilmente a tomar como buenas las ideas que los demás les imprimen.» Después, para explicar cómo los indios residentes en Madrid, Barcelona, París y Hongkong pudieron organizar la francmasonería, se le ocurre concederles *sagacidad*. «Los hay entre estos (los indios) *muy sagaces*, como hemos dicho, y a este orden indudablemente correspondían *todos los filipinos* reunidos en Madrid, Barcelona, París y Hongkong.» Refiriéndose a Rizal, le llama «el indio filipino de mayor astucia que aquel país vio nacer.»

Según un famoso escritor, «para el pobre indio, *que será eternamente indio*, resultan hasta *cruels los nuevos Códigos y reformas*», con lo cual demostraba este autor su profundo desprecio del indio y su convicción de que seguirá siendo un *paria incambiable, irredimible, eternamente así*, hasta el punto de que recibía agravio, en lugar de beneficio, cuando se intentaba mejorarle, puesto que *las REFORMAS en su favor resultaban CRUELES*.

Para caracterizar al *indio filipino* corría escrita, y se repetía en las conversaciones, la siguiente anécdota: Un fraile se pasaba parte de las noches inclinado ante las páginas de un gran libro abierto, en el que parecía trabajar con interés y en donde debía depositar el tesoro de su larga experiencia en el país. Falleció el buen fraile, y sus compañeros, llenos de curiosidad, buscaron el famoso libro para descubrir su contenido. En su gran portada se leía: *El Indio Filipino*. Y luego todas las páginas venían . . . en blanco. Se deducía de semejante anécdota que el indio era un misterioso ser, más indescifrable mientras más se le trataba, es decir, *menos se le conocía mientras más se le estudiaba*. Por supuesto, en el afán de ridiculizar al filipino, nadie caía en la cuenta de lo ilógico de la deducción aquella, porque, realmente, de tal historia, en buena lógica, sólo se demostraba *la incompetencia del observador*.

Un célebre diplomático, político, literato y orador, decía, en un informe oficial impreso en Madrid, que el indio filipino era de naturaleza tan sufrido, tan ignorante y tan indiferente a todos que «serían necesarios muchísimos años de abusos para llegar un día a irritarle y exasperarle . . .»

Por supuesto, no todos los peninsulares tenían tan pobre y miserable opinión; pero lo más corriente, natural y admitido era considerarle como de una raza inferior, condenada a permanecer en tal estado durante largos, *larguísimos años*. Lo peor era que los mismos filipinos adoptaban sin discusión la opinión que sobre ellos habían formado sus señores, considerando el caso tan natural como la diferencia de color de la piel y de las facciones entre ellos y estos, mezclándose también explicaciones de carácter religioso para reforzar y consolidar la opinión de su incapacidad, algo así como debido a designios inmutables de la Providencia, que colocaba la mentalidad española fuera del alcance de la pobre organización espiritual del indio filipino.

En la *Novena de la Virgen de Guía, patrona de Manila*, impresa repetidas veces en esta ciudad, se puede leer, en la «Meditación del Quinto Día»:

«La natural mansedumbre de estos isleños . . . , su timidez genial y esa docilidad con que fácilmente se prestan a cuanto se les dice, *debieron ser indudablemente los frutos benéficos de la aparición prodigiosa de la Sagrada Imagen* (la de Guía).»

En la oración que sigue a esta meditación, se da por sentado que la aparición de la imagen transformó el carácter de los filipinos. «Naturalmente feroces, dice, por el estado salvaje en que entonces yacían sus primeros habitantes, vuestra Santa Imagen *los domesticó* y les guió al verdadero camino.»

*El Medio Ambiente.*—Hablando de los filipinos que se educaban en Europa, dice Retana (pág. 6): «Pero volvían a su país, y volvían a ser indios. El último frailuco bozal y grosero, no se contentaba con tutearle, ridiculizarle y a las veces afrentarle: hacía más: perseguirle.» El mismo Rizal no pudo salir de la *categoría de indio en Filipinas*, como lo dice el mismo Retana (pág. 8): «Él, sin embargo, en su patria, no pasó de indio, y por serlo recibió una herida por la espalda.»

Hay que considerar todas las fuerzas materiales y morales que envolvían al indio conservándolo dentro de la sumisión y la inercia, para llegar a comprender lo que valía aquel Rizal que, solo, espontáneamente, tranquila y naturalmente, emprendió el análisis de la situación de su raza en aquella región del mundo, y luego trató de levantarla al nivel a que la creía digna de llegar, *empleando únicamente la educación*.

Hay también que considerar la mentalidad española de Filipinas respecto a la organización política, social y administrativa de la colonia, las relaciones entre los españoles y los indios, las ideas sobre deberes de unos y derechos de otros, para comprender la fuerza y cualidades de carácter que debía tener aquel *indio* para atreverse a emprender la campaña de dignificación y reivindicación de los derechos de sus hermanos. Es muy fácil reprobar tal o cual acción de Rizal; es más fácil, aunque censurable, como han hecho muchos, suponerle gratuitamente una idea para combatirla luego; pero lo cierto es que su manera de pensar y de obrar no sólo fueron originales y personales suyas, sino, lo que es más importante, *fueron siempre conducidas por motivos plausibles y justos, y llevados a la práctica por medios, métodos y acciones siempre buenos, generosos, leales y altruistas, propios solo de un hombre de bien y de carácter elevado.*

*El Patriota.*—Por el carácter de la raza, por el medio ambiente, por todas las condiciones naturales y artificiales en que vivía el pueblo filipino, no parecía probable, ni siquiera posible, que apareciera un individuo dotado de las condiciones de carácter que tenía Rizal. Una vez nacido, ni en la familia, ni en el municipio, ni en la escuela, ni en ninguna parte en su país podía encontrar nada que favoreciera el desarrollo de su carácter natural, a lo que igualmente se oponían abiertamente las instituciones religiosas y políticas de Filipinas de aquellos días.

El hecho es que de aquella raza reputada inferior, de aquella masa humana que debía seguir *siendo india eternamente*, emergió cuando menos se esperaba, un individuo de una superioridad mental extraordinaria. Las condiciones fundamentales del carácter nacen con el hombre como sabemos, de suerte que la aparición de Rizal demostraba que: *de la raza filipina podían nacer individuos dotados de los más altos atributos de que podía honrarse toda la raza humana.*

Otro hecho es que, por haber sido dotado de una gran *fuerza de voluntad*, a pesar de nacer y crecer en un medio tan contrario a su *tipo moral personal*, pudo conseguir perfeccionarlo y desenvolverlo en la dirección conveniente. Precisamente por su dirección contraria a la de las cosas y hombres que le rodeaban, perdió su vida, destruída por los que le temían y no aceptaban nada que pudiera ser contrario a los intereses que se habían creado en el país.

Su mentalidad lógica, coherente, firme y justa, era de admirar. La desgracia fué que aquellos que gobernaban en nom-

bre de *patria y religión no sabían; y como no sabían que no sabían*, no podían, de ninguna manera, comprender al indio que *¡sabía, y sabía que sabía!* Se le quitó la vida y se demostró que allá gobernaba la fuerza, con lo cual señaló a los filipinos el procedimiento que debían tomar: *la revolución*.

El sabía muy bien que su raza era considerada inferior y, además, IRREDIMIBLE, en opinión de los que debían redimirla. Si se conformaba sin reservas con ser indio, no se resignaba a sufrir las consecuencias de los errores y de la ignorancia, y no podía permanecer indiferente ante el problema del bienestar y del progreso de los suyos, creyendo que su deber era intentar la redención de su pueblo. En una carta dirigida a un jesuíta, escribía Rizal: «Mas como nadie escoge nacionalidad, ni la raza en que nace, y como al nacer se encuentran creados los privilegios o las desventajas inherentes a ambas cosas, acepto la causa de mi país, en la confianza de que el que me ha hecho filipino sabrá perdonarme los yerros que cometa, atendida nuestra difícil situación, y educación defectuosa que desde al nacer recibimos.» (pág. 2).

Y estas ideas no le vinieron en la escuela, ni en Europa, como algunos supusieron, sino que nacieron con él, como se puede comprobar leyendo sus composiciones literarias de cuando era niño, y también por su propia confesión al tratar este punto. Contestando en cierta ocasión a un individuo que había escrito que su espíritu «lo había torcido una educación alemana», dijo lo que sigue: «*El espíritu que mi alma alimenta lo tenía desde niño, antes que saliese de Filipinas, antes que aprendiese una palabra alemana; mi espíritu está torcido, porque me he educado viendo injusticias, y abusos por doquiera; porque desde niño he visto a muchos sufrir imbécilmente, y porque he sufrido también; mi espíritu torcido es el producto de esa visión constante del ideal moral que sucumbe ante una poderosa realidad de abusos; arbitrariedades, hipocresías, farsas, violencias, perfidias y otras viles pasiones . . .*»

*Orientación Mental.*—El rasgo más notable del carácter de Rizal era su deseo constante de *conocer la verdad*. Quien tiene esta aspiración forzosamente ha de ser verídico, sincero, y no se puede dudar que Rizal siempre lo fué. En su niñez, según él mismo refiere, se pasaba largas horas a la orilla del lago de Bay, pensando y soñando en lo que había más allá, al otro lado de las olas . . . Al ver en su pueblo las violencias de las autoridades y, por otro lado, las atrocidades cometidas por los tulisanes, se le ocurría pensar que *dentro de su pueblo*

tenía la tiranía y fuera el cautiverio (pág. 19.) Y, entonces, se preguntaba aquel niño ¿si en otros pueblos ocurría lo mismo!

El deseo de conocer la verdad de las cosas le impulsó a investigar si realmente el blanco era superior al indio y, para conseguir su objeto, sin que nadie se lo enseñara, empleó el verdadero método científico: *la observación*. Aquella superioridad del blanco le irritaba en su juventud; pero, más tarde en la vida, cuando se convenció de que tal superioridad resultaba de la *falta de educación en los indios*, se calmó su indignación junto con toda la cólera que antes agitaba su corazón porque su razón le permitió reconocer la causa, y entonces se contentaba con sonreír, recordando el proverbio francés de *tout comprendre c'est tout pardonner*—comprender todo es perdonarlo todo (pág. 24.)

Esta orientación científica de su inteligencia es notable, porque constituía un fenómeno espontáneo y absolutamente personal de Rizal. Los atributos de su mentalidad lógica eran naturales, y le condujeron de una manera segura y feliz en el desarrollo de sus propias facultades, y en el perfeccionamiento de todas sus cualidades morales. ¡Cuántos otros caracteres menos afortunados, faltos de aquel sentido de orientación positivista, habían naufragado en aquel piélago de ignorancia y fatalismo supersticioso!

*Su Idea Sobre la Educación.*—Era un poeta, no cabe duda; pero no del tipo soñador hueco, sino pensador con meollo. Esto le hacía capaz, a los quince años de edad, de escribir una composición titulada: *Por la Educación*, que revela una visión clara de su inteligencia, descubriendo en la educación el verdadero, único medio, de elevar el ser humano para constituir los fundamentos inmutables de la Patria.

Yo no puedo comprender cómo un *niño indio* llegara a concebir una idea tan completa, tan cabal, tan íntegra de los efectos de la educación, como resulta expresada en esta composición que, para un observador competente, podía haber sido un elemento revelador del futuro gran hombre que nos reservaba aquel muchacho de quince años, inspirado por *ideas científicas*, autor de una poesía tan llena de enseñanzas.

*Educación, como medio; Patria, como objetivo.*—Este era su programa admirable. Él quería la educación, porque comprendía que

«Ella eleva la Patria al alto asiento

De la gloria inmortal, deslumbradora . . .»

Uno se queda atónito sin llegar a descubrir de dónde sacó él tales ideas, expresadas con tanta seguridad; en qué medios encontró elementos para poder opinar de tal manera, y qué fuerza misteriosa le había incrustado en el cerebro esa confianza en la educación, esa esperanza en la «lozana juventud», y la preocupación, nueva en un indio, de una *patria en alto asiento*, de una *cara patria ilustre*, a la cual la instrucción, *inmortal esplendor ofrece lustre*.

Y no admiramos menos en estas líneas la justa idea que tenía de la importancia capital de la salud, de la robustez y, por lo tanto, de la educación física.

*Ideas propias.*—Nadie había tenido aún el *patriotismo científico* de Rizal: otros que soñaron con una patria, lo hicieron con un *patriotismo belicoso*, de tipo antiguo, el tradicional, de forma guerrera, fundado en el *odio al extranjero*. Esto nos revela un carácter independiente, y tan extrañamente inesperado como si florecieran rosas en el tallo de un bambú.

Cuando los indios vivían convencidos de su inferioridad étnica, conformándose con ella como algo que está por encima de las fuerzas humanas, el niño indio Rizal no se conforma con esta *verdad tradicional*, y se le ocurre investigar si es una *verdad real*, observando prácticamente a los individuos de ambas razas. Cuando nadie concibe ni comprende a Filipinas sino como un país dependiente de la Patria Española, con un pueblo débil sometido por la voluntad divina a otro pueblo más fuerte, él ofrece la singularidad de pensar en una *patria filipina, propia y no pequeña, ni oscura y miserable, sino alta, ilustre*, y no por medio de la fuerza bruta, como todos a su alrededor, indios y españoles, comprendían o podían comprender la grandeza de una nación, sino por virtud de la *educación de los ciudadanos*. Así lo decía en uno de sus versos, como hemos visto:

«Ella eleva la Patria al alto asiento

De la gloria inmortal, deslumbradora . . .»

Dos años más tarde, cuando tenía sólo dieciocho de edad, escribió su poesía «A la Juventud Filipina», en donde, después del título, puso este lema: «¡Crece, oh tímida flor!» De un natural». Es claro que *el natural* es el propio Rizal, y que la tímida flor, cuyo desarrollo espera, es esa misma juventud filipina que él llama «Bella esperanza de la patria.» Comprendía que los hombres de su tiempo no podían ya hacer gran cosa por la patria, puesto que, para su elevación y grandeza, contaba

con el esfuerzo de *un pueblo educado*. Por eso esperaba con tanta fe en la juventud, porque ella tenía posibilidad de educarse y hacerse capaz de constituir una patria como su mentalidad lógica y justa le permitía vislumbrar y desear.

*Confianza en los Jefes.*—En Filipinas nadie se atrevía a quejarse a las autoridades cuando sufría alguna vejación: por lo menos, aquellas de cierto orden se aguantaban en silencio, *por temor de provocar venganzas y la irritación de la autoridad perturbada en el pacífico disfrute de su jerarquía oficial*. Un día fué el joven Rizal pegado por un guardia civil por no haber saludado al teniente, invisible por la oscuridad de la noche. Confiando en que el gobernador general le haría cumplida justicia, se le ocurrió presentarse en Malacañang para quejarse del atropello. Un jovenzuelo indígena conduciéndose así, resultaba entonces, *ipso facto*, un *sujeto sospechoso*. Una conciencia imparcial hubiera aplaudido al muchacho filipino que daba aquel paso, porque demostraba tener confianza en los jefes llamados a defender la legalidad, dando, además, prueba de sinceridad, de lealtad y dominio de sí mismo, desde que no trataba de tomarse la justicia por su mano. Así pensaba aquel joven indio con su mentalidad lógica; pero eran numerosos los que carecían de esta mentalidad, y debió él haberlo comprendido gracias a la capacidad crítica de que estaba dotado.

*Dignidad cívica.*—Como tenía conciencia de su no inferioridad étnica, así también la tenía de la no inferioridad de todo lo que, natural o artificialmente, era de su país. Por eso, cuando se le ocurrió escribir un melodrama para la fiesta de la *Purísima*, en 1880, escoge un tema filipino, no encontrando ridículo ni feo lo de su país, que entonces se mencionaba sólo en tono de burla, de desprecio y de escarnio por los escritores peninsulares, que eran los únicos que se dedicaban a la literatura.

«Junto al Pásig», se titula aquel melodrama en donde una nota dice: «La acción se lleva a cabo a orillas del río Pásig, en el pueblo de este nombre; la decoración representa el río, y la orilla opuesta a la en que están los personajes. Verán la iglesia, casas, cañaverales y multitud de banderas y adornos propios de los pueblos del Archipiélago. Es la hora, etc.» No tan sólo el escenario es puramente filipino, sino que en los versos se habla de «flauta de caña», y también de la «banca». Rizal tiene tan desarrollado el sentido de la realidad y conoce tan bien el espíritu de sus contemporáneos que, al poner en



boca de un niño, en aquel melodrama, la frase de «yo tengo una flauta de caña», comprende que el público quedará chocado y se burlará. Entonces, para prevenir este mal efecto, él se adelanta, dirigiendo este aviso a los personajes en escena: «Todos se ríen.» Esto es habilísimo: hacer reír a los del escenario, para evitar que el público se burle de lo de «flauta de caña».

Si el indio era considerado como un ser inferior que inspiraba sentimientos humillantes, nada tenía de extraño que *todo lo del país* fuera considerado de la misma manera despectiva. ¡Las casas de caña y nipa, los carabaos, las bancas . . . ! *De todo se hacía burla, incluyendo el arroz que el indio comía, y hasta la lengua que el indio hablaba:* todo era digno de escarnio, de ridículo, motivo de risa y tema fácil de chistes depresivos y ofensivos en alto grado. Y nadie se atrevía a mirar aquellas cosas de otra manera que las miraban y despreciaban los peninsulares. Así como la humillación de los hombres dependía en gran parte de la opinión que de sí mismos se formaban los humillados, así también, para las cosas, los usos, las costumbres de los humillados, su opinión seguía el mismo rumbo. Pero Rizal pensaba de manera muy distinta y no tenía por qué imitar los procedimientos de conciencias extrañas, sino seguir las inspiraciones de su corazón y su conciencia.

*Iniciativa.*—La iniciativa individual, sin la que no es posible el progreso, era tan rara entonces que puede decirse que no se conocía. Contra ella, recta o torcidamente, de una manera o de otra, luchaban el gobierno, la iglesia, la sociedad, la familia y, naturalmente, el mismo individuo.

La sociedad filipina que hallaron los españoles en las Islas, era tradicionalista; los españoles también lo eran en alto grado, de suerte que no se debía extrañar la absoluta comprensión que sufría la iniciativa individual.

El respeto a la opinión de los ancianos, la sumisión y la obediencia *ciega y automática* al sacerdote, al funcionario, a cualquier superior en jerarquía, todo esto condenaba al individuo a vivir sometido a fuerzas extrañas; pero Rizal se salía de aquella rutina secular, y, desde su niñez, demostró tener iniciativa, y por esa quiso innovar atreviéndose a ver las cosas *desde su punto de vista personal*.

*Sinceridad.*—Se acusaba a los filipinos de carecer de sinceridad. Pero ¿cómo tenerla si, al mismo tiempo, se les obligaba a pensar y querer según una norma extraña que se les imponía?

La sinceridad de Rizal no la supieron apreciar quienes *no tenían preparación* para distinguirla y quienes, además la consideraban como una expresión de perversidad, cuando por ella se exteriorizaban opiniones o creencias *contrarias a las de curso forzoso*.

Cuando volvió a Manila, en 1887, después de la publicación del *Noli me tângere*, una mañana, refiere un jesuíta, Rizal se presentó en el Ateneo Municipal para visitar a sus antiguos maestros. Estos, dice el escritor, (pág. 140) conociendo «los grandes estragos que en su alma había hecho la impiedad, trataron de reducirle al *buen camino*». Y, prosigue el jesuíta: «Pero en vano, porque el desdichado, con obstinada frialdad, que dejó helados a sus amantísimos maestros, les manifestó, no sin grandes aunque *afectadas protestas de españolismo*, que era inútil toda discusión en materia religiosa porque él había perdido ya el inestimable tesoro de la fe.»

La persona que escribía tales frases no podía o no quería reconocer en esta ocasión que, por lo menos, Rizal era sincero, porque lo que él llamaba «obstinada frialdad» era también, y antes que nada, *noble sinceridad*.

Por cierto que esta misma noticia relativa a su visita al Ateneo demuestra el apasionamiento con que fué juzgado por sus antiguos maestros, cuando, al mencionar que Rizal hizo protestas de españolismo, opina que fueron «afectadas.»

*Discreción.*—A su vuelta a Manila en la referida época, su situación era, como es fácil comprender, sumamente difícil. Ya veía él el tremendo efecto producido por su *Noli me tângere* y sabía que iban a surgir persecuciones y disgustos a montones. Los que no le conocían decían que había venido en ademán de desafío, protegido por su nacionalidad alemana, lo cual era ridiculamente absurdo, por la sencilla razón de que no se había hecho súbdito alemán, ni siquiera lo había intentado entonces ni más tarde. Yo, que le conocía, sabía que no le movía el deseo de desafiar a nadie, sino, muy al contrario, respetar para ser respetado; pero abrigaba mis temores respecto a la posibilidad de conservar actitud ante la creciente hostilidad que observarían hacia él todos los que le odiaban, *porque le temían*, y le temían *porque no lo comprendían* y sobre todo *le envidiaban* por las condiciones de talento que poseía.

Rizal obró entonces con una discreción admirable. Con la mayor naturalidad se presentó al gobernador general Terrero y, sin alardes de sumisión, ofreció vivir en Calamba dedicado

a sus asuntos personales, observando la más estricta legalidad. Se instaló en su pueblo en donde, *sin protestas de españolismo y sin actos de humillación*, se conquistó la amistad y el respeto del propio teniente de la guardia civil, que el gobernador general había destinado para que de cerca vigilara sus pasos y sus acciones (pág. 144).

En aquella visita que hizo a sus antiguos maestros del Ateneo Municipal, noblemente les declaró, como se ha dicho antes, que había perdido la fe. Esta leal confesión provocó una iracunda salida del P. Faura, que le dijo: «Usted ha de venir a parar en un cadalso» (pág. 140). En lugar de turbarse y de hacer retractaciones o tomar actitudes de disgusto ante vaticinios tan injustificados como malévolos, se sonrió discretamente. Con la mayor dignidad se alejó de aquel Ateneo Municipal en donde un sacerdote, *que él creía prudente y sesudo*, después de lanzar su profecía siniestra, *sin calmarse*, le decía que *se fuera* de aquel recinto y que «*no pusiera ya más los pies en él*» (pág. 140).

*Exactitud.*—Durante su deportación en Dapitan comía siempre con el gobernador del distrito, llamándole a este mucho la atención que nunca, en ninguna circunstancia, dejó Rizal de presentarse a la mesa *a la hora señalada*. El gobernador refería el caso para hacer ver que Rizal obraba así por el respeto que le tenía, y porque no olvidaba que «él era deportado y el otro su jefe y superior». Esta explicación, que halagaba el amor propio del gobernador que la daba sin duda de buena fe, demuestra cuán lejos estaba aquel buen señor de pensar que Rizal se presentaba a la mesa a la hora señalada, no porque *estaba deportado*, sino porque *estaba educado*.

Retana hace observar muy atinadamente que Rizal nunca «cejava en su empeño de inculcar educación y costumbres sociales que elevasen el nivel moral de sus compatriotas, *y daba constantemente el ejemplo*» (pág. 286.) Él sabía muy bien que una de las primeras obligaciones del hombre es la *exactitud* no sólo cuando se quieren guardar las reglas de la llamada urbanidad, sino como una primera y esencial disciplina de la vida civilizada. Por desgracia, ¡no todos lo saben y muchos ni siquiera lo sospechan!

*Valor.*—Para los valientes de forma estrepitosa y agresiva, Rizal debió ser mirado como un indio tímido y apocado. Su valor no apareció jamás bajo el aspecto con que acostumbran a demostrarlo los belicosos y pendencieros; pero no le asustó la idea

ni la amenaza de muerte lanzada por muchos como expresión de propia opinión, por otros como amistosa advertencia de un peligro que le querían evitar, aunque, en realidad, deseado tal vez tan ardientemente como los primeros.

No le sobrecogió el miedo ni lo sintió siquiera. No cejaba, tenía la convicción de que debía obrar de tal manera y, sometiéndose al cumplimiento del deber, aceptó, desde el mismo instante que pensó en procurar el progreso de su pueblo, primero, la posibilidad, luego, la probabilidad, después la absoluta certeza de que le harían morir por su obra. No se detuvo, ni siquiera se lamentó de su suerte, ni llamó al cielo pidiendo milagros, ni se irritó contra nada ni nadie. No tenía el fatalismo del ignorante, sino la noción exacta de las cosas humanas, de las que estaba penetrado no por creencias, sino por convicciones elaboradas con la lógica de su propia razón.

Él se sometía a lo irremediable, y al pensar que todo aquello que hacía le conducía directamente a la muerte, se sonrió como de costumbre, reflexionando que todos los caminos conducen a la muerte, y que *nadie puede decir cómo morirá*, pero que cada uno *debe decir cómo y para qué vivirá*.

Su valor era el mismo de los mártires de la fe y de la ciencia, todos ellos conducidos por la firme voluntad de no faltar a su conciencia. Sus detractores llamaban en él *tenacidad* lo que en sus mártires llamaron *firmeza de convicciones*.

*Camino del cadalso.*—Ya sabemos que su antiguo maestro del Ateneo, al verle, en 1887, le dijo que se fuera de Filipinas, en donde, añadió, «temo que usted ha de venir a parar en un cadalso.» Y Rizal pensó que, siendo tal la opinión de un hombre reputado *bueno, sabio y justo*, ¡cuál no sería la opinión de una mayoría que tenía la *reputación contraria*!

También pensaría que todos los caminos conducían al cadalso, porque no había más que llevar el tal cadalso en medio del camino recorrido por un hombre honrado, y quedaban las profecías cumplidas. El cadalso acudía fácilmente al llamamiento de ciertas voces conocidas.

Y a Don Francisco L. Roxas, aquel excelente y buen *Quico* como le llamábamos, otro de los inocentes que fueron fusilados, ¿quién le había profetizado el mismo género de muerte? ¿Y a los clérigos Gómez, Burgos y Zamora? ¿Y a tantos otros inocentes? El cadalso estaba siempre dispuesto y, con no menos complacencia, los célebres Consejos de Guerra.

*Serenidad.*—El día de su ejecución, según palabras de los jesuitas que le acompañaron al lugar del suplicio, «iba tranquilo y con una serenidad y entereza que pasmaban a los hombres de más valor; no iba con arrogancia y altivez, como ha dado en decir alguno: volvió la cabeza varias veces, porque estaba muy sereno . . .» (pág. 429).

Encerrado en la siniestra capilla, discutía con los jesuitas sobre los términos de una retractación que le querían hacer firmar. El momento era terrible, pero él conservaba tal libertad de ánimo que, como siempre, las candideces de los otros provocan su hilaridad. A los argumentos de aquellos religiosos, dice uno de ellos, «Rizal respondió riéndose cada vez más» (pág. 426).

Puesto delante del pelotón de soldados que debía matarle, «Rizal se hallaba con el cuerpo erguido, sin oscilación alguna, con los brazos caídos de los lados del cuerpo, como en posición de firmes, y así estuvo un rato, mientras se preparaban las armas» (pág. 432). En aquel instante se le acercó un médico militar y le tomó el pulso, admirándose de «cómo un hombre podía atravesar por ese trance fatal conservando normal el pulso» (pág. 432):

«*Quiero hacer ver a los que nos niegan el patriotismo, que nosotros sabemos morir por nuestras convicciones. ¿Qué importa la muerte, si se muere por lo que se ama, por la patria y por los seres que se adora?*»

Y ese valor observado ante la muerte, le permitió durante toda su vida tener otro valor: el de no turbarse ante las amenazas, ni los dolores físicos y morales, sufriendo con *resignación lógica* todas las adversidades, todas las amarguras, no abandonando el camino de ellas sembrado, el del patriotismo heroico y santo.

*Dominio de sí mismo.*—Una prueba de que Rizal poseía en alto grado lo que se llama dominio de sí mismo, la dió con su actitud durante las 24 horas que pasó en capilla, y al mantenerse firme y sereno ante el pelotón de ejecución que debía acabar con su existencia.

Dominio de sí mismo lo tuvo a cada instante de su vida cuando veía y sufría los abusos, insolencias, ofensas y groserías que le dieron motivo para escribir aquellas páginas de vida real de sus novelas y artículos. Vemos también cuánto apreciaba Rizal el dominio de sí mismo al complacerse en dotar con él a Ibarra, el héroe del *Noli me tângere*.

Esta es una cualidad desarrollada por la educación, nacida de la disciplina moral, destinada a domar los impulsos, los deseos, los caprichos, los movimientos pasionales, para someterlos y someternos a la razón. En Rizal, el dominio de sí mismo se formó por *autoeducación*, como todo su patrimonio moral al fin.

Leyendo su *diario* (págs. 72 a 91), se descubre al instante esa gran cualidad de su carácter, sin la cual no hubiera podido tener orden en su vida, habría malgastado sus modestos recursos pecuniarios, hubiera sido arrastrado por los halagos de la vanidad y los placeres fáciles de la vida de Madrid. «Leía de ocho a diez horas por día, sin que ninguna causa variase su vida metódica y ordenada.» Así escribe un amigo y compañero de aquella época (pág. 91).

Supo tener *abnegación*, tanto ante las grandes contrariedades y desgracias como ante las de pequeña importancia, comprendiendo que la obra educativa que planeaba para su pueblo, exigía, en primer lugar, descubrir los defectos que se debían suprimir, y suprimirlos prontamente cuando los descubría en sí mismo; después, señalar las cualidades y virtudes que deberían practicarse, y ponerse él también a practicarlas, con el doble objeto de ser consecuente consigo propio y poder dar la *enseñanza del ejemplo*, cuya eficacia le era bien conocida.

*Deber.*—«Toda injusticia, todo crimen, escribe Retana, todo lo que no fuera *como debía ser*, hería la imaginación del estudiante . . .» (pág. 19). Esta observación se refiere a cuando Rizal era todavía un niño, porque una de las primeras luces que iluminaron su conciencia desde los primeros actos de su razón, fue la del *sentimiento del deber*.

En unos papeles publicados después de su muerte, y re-dactados en Hongkong, en 1892, que hemos citado ya, dice Rizal entre otras cosas (págs. 242 y 243):

«No me arrepiento de lo que he hecho, y, si tuviera ahora que comenzar, volvería a hacer lo mismo que hice, porque ello es mi deber.»

«El hombre debe morir por su deber y sus convicciones.»

«Quiero hacer ver a los que nos niegan el patriotismo, que nosotros sabemos morir por nuestro deber y por nuestras convicciones.»

Esto escribió el Mártir, y tal como lo dijo, así lo hizo, como es sabido; pero al lado de estos grandes deberes por cuyo cumplimiento «dió alegre su vida,» existían otros pequeños,

aunque muy importantes, que nunca se olvidó de cumplir, sabiendo lo que le obligaba el *vivir por, con y para su pueblo*.

Los gobernadores de Dapitan, que tan cerca tuvieron siempre a Rizal, durante todo el tiempo de su deportación allá, unánimes alaban su conducta, reconociendo al deportado «como el prototipo del hombre irreprochable.» Según observa Retana, «la afabilidad de su carácter, la urbanidad de sus maneras, la cortesía de su palabra hacían de Rizal un cumplidísimo caballero, y era muy difícil no simpatizar con él» (pág. 317.) Esto era debido a que conocía y *sabía cumplir los deberes sociales*, gracias a lo cual su conducta en Dapitan llenó de asombro a los que le rodeaban, sin rendirse cuenta del por qué de lo que notaban en aquel *hombre educado*.

«Es interesantísimo,» dice un gran escritor, «lo que cuenta Retana, que en las recepciones saludaba a los presentes por *orden de jerarquía*; pero, en las reuniones familiares, *primero lo hacía a las señoras, aún siendo indias*» (pág. 482.) Esto, en verdad, no tiene nada de interesantísimo para quien conoce el código social. Es curioso, sí, ver de qué manera algunos han admirado cosas sin importancia en la vida de Rizal, mientras que se ha silenciado y desconocido el alcance y el valor de los hechos y condiciones verdaderamente superiores y notables de nuestro héroe. El mismo escritor dice: «Rizal tenía un *fino sentido* de las jerarquías sociales, no olvidaba jamás el tratamiento que a cada uno se le debía . . .» Paréceme indudable que no lo haría merced al *fino sentido*, sino gracias al conocimiento de los deberes sociales que le imponían: primero, conocer la calidad de las personas con quienes tenía que encontrarse; segundo, dar a cada cual su tratamiento. No es cosa instintiva; depende sencillamente de la *previa información* el conocimiento de las jerarquías sociales.

*Comprender el deber y cumplirlo*, este ha sido el distintivo de los grandes caracteres en la historia del hombre. Nadie podrá negar que Rizal se había trazado una línea de conducta, había redactado un programa de actos encaminados al mejoramiento de las condiciones morales, intelectuales y materiales de los filipinos, y creía que su deber era dedicar su vida a la ejecución de su programa, para lograr el triunfo de su ideal.

*Buen carácter.*—El doctor Azam, muy razonablemente, divide los caracteres en tres categorías: los buenos caracteres, los malos, y los que, según las circunstancias, son buenos o malos.

Esta división demuestra que conviene previamente admitir otra distinción más general, a saber: caracteres iguales y caracteres desiguales. Los buenos, así como los malos, pertenecen a los iguales; los variables, según las circunstancias, pertenecen a los desiguales.

Rizal tenía el carácter *igual y bueno*: esto no se puede dudar. Retana hace notar que «poseía un sentido moral verdaderamente recto . . .» (pág. 180). Su *abnegación* no se puede tampoco discutir después de conocer ciertos rasgos de su vida y las causas de su muerte.

«*El bien de mi país: es todo lo que yo persigo*»—escribía en una carta a un jesuíta (pág. 293).

Todos los que le conocieron dicen que era bondadoso, cortés, sencillo, leal, afable, tolerante, firme, esclavo del deber y sincero.

*Dos absurdos.*—La constancia de estas condiciones de carácter me hace rechazar como falsas, dos declaraciones que algunos han supuesto que hizo Rizal antes de morir. Según una de ellas, le dijo a su confesor, momentos antes de ser fusilado: «Mi soberbia me ha perdido.»

Ciertamente, aún admitiendo que Rizal hubiera dicho semejante cosa, no se puede admitir que aquel hombre era *soberbio*. Aquí es el momento de recordar que el hombre tiene *tres caracteres*: el que *le atribuyen los otros*, el que *él mismo se atribuye*, y el que *realmente tiene*. En el presente caso se puede afirmar que, aunque los otros y con ellos el mismo interesado lo dijeran, en realidad todos se equivocaron: no había tal hombre soberbio.

Los que acompañaron a Rizal en sus últimos momentos le llamaron soberbio: eso no se puede dudar. Tampoco tiene nada de extraño que él mismo, sin darle importancia a la palabra, la aceptara y la repitiera. Sin embargo, personalmente *no lo creo*, ni lo podrá creer quien lo analice con calma y sin prevención.

El pensador Unamuno dice a propósito de este episodio: «¿Qué es eso de la soberbia? El que se confiesa soberbio no lo ha sido nunca. Los soberbios eran los otros, los soberbios eran los bárbaros, que sobre su cadáver lanzaron, como un insulto a Dios, aquel sacrílego *¡viva España!* . . . Su soberbia, sí, *le perdió para que su raza ganase*, porque todo aquel que quiera salvar su alma la perderá y el que la deje perder la



salvará. Su soberbia, sí, su santa soberbia, la conciencia de que en él vivía una raza inteligente, noble y soñadora, la soberbia de sentirse igual a aquellos blancos que le despreciaron, esa santa, noble soberbia le perdió.» (pág. 497.)

Unamuno, inspirado por un noble sentimiento, se equivoca al pronunciar estas palabras, frente a las cuales me permitiré decir, *fundándome en hechos reales*, lo que sigue: No fué soberbia su abnegación. *El no se perdió*, como no se habían perdido Jesucristo, ni Sócrates, ni nadie de los que dieron su vida por su fidelidad a un ideal generoso y noble. Él recibía inmerecida muerte, perecía por la *injusticia* servida por la fuerza que, atropellando la razón, destruía su vida *para acabar con su pensamiento*. Él no moría por haber buscado logros personales; moría por haber intentado la redención de su raza por la educación, el trabajo, la legalidad; y no puede ser *soberbio* quien reconoce los defectos de su raza, proclamando como remedio para su redención: el estudio, el trabajo y la práctica de las virtudes cívicas. No es *soberbia* lo que le conduce al martirio noble y desinteresado, sino *amor a su raza*; no es la soberbia lo que permite marchar firme y sereno al sacrificio, sino *la satisfacción del cumplimiento del deber*.

No, Rizal no pudo decir semejante cosa, porque él, mejor que nadie, sabía que era inocente, y que no había sido perdido por nada que pudiera llamarse «su culpa», que no había hecho nada que mereciera la pena de muerte. No tuvo una palabra de queja, de desdén, de odio, protesta, ni despecho. Según los mismos que le acompañaron hasta su ejecución, Rizal dijo al confesor: «*Perdono a todos de todo corazón; no tengo resentimiento con nadie; créame vuestra reverencia.*» ¿Cómo es posible que se pretenda hacer creer que un hombre así era soberbio?

Tampoco puede admitirse como verosímil la otra declaración que se le atribuye en aquel mismo instante: «En España y en el extranjero es donde me perdí.» Es ridículo, es absurdo, atribuir a Rizal semejantes palabras, porque no es cierto que él pensara en aquel instante, ni en ningún momento de su vida, que se perdió en España ni en otro país, por la sencilla razón de que él sabía sobradamente que no se había perdido nunca. Ni está eso en lo posible siquiera, y al momento se ve que, tanto esta declaración como la otra de la soberbia, han sido uno de tantos registros tocados para destruir la personalidad moral de Rizal. Al fin se le presentaba como un vulgar *mesticillo soberbio*, según la fórmula tradicional, perdido lastimosamente en la atmósfera de España y del extranjero, porque su estrecho

cerebro no estaba conformado para otro clima, ni otra civilización fuera de aquel Filipinas. Hacían de él un pobre diablo tristemente perdido por salir a escudriñar el mundo, perdido por haber salido de aquel *refugio de la virtud*. ¡Qué sarcasmo!

Además, con la invención de tales patrañas resultaba que Rizal confesaba indirectamente que *estaba bien y justamente fusilado*, puesto que él mismo reconocía que *se había perdido*, y que se consideraba culpable de algo desde que declaraba que su soberbia le había perdido y señalaba España y el extranjero como lugares de su perdición. Cualquier hombre sensato, cualquiera capaz de discernir y de formar juicio lógico sirviéndose de los hechos positivos que conoce, diría: *Lo que perdió a Rizal fué la perversidad de sus enemigos, la ignorancia de sus jueces, el miedo de todos y la errónea política colonial de España.*

De la soberbia, como es sabido, nacen la envidia, la insubordinación, el egoísmo, la insolencia, la cólera, la vanidad, la ostentación, la intolerancia, el desprecio de los demás . . . Qué rara especie de soberbia era la de aquel hombre que no demostró jamás tener esos defectos. Qué rara soberbia aquella, que podía coexistir con las condiciones antagónicas, buenas y superiores del carácter que todos le reconocieron, y gracias a las cuales Rizal fué quien fue, como Dios le hizo, no como han querido representarle después, con el propósito nada más de aniquilar su prestigio y su influencia en el corazón de los filipinos.

*Dignidad.*—El amor propio que tenía era el deseo de ser estimado por sus acciones, con la firme resolución de guardar intacta su dignidad, obrando siempre dentro de la derecha senda, respetando la verdad, siguiendo los dictados de una conciencia regida por buenos principios y rindiendo culto al respeto de los demás.

La dignidad era la virtud que él poseía: la soberbia, el defecto que algunos tuvieron la ocurrencia de atribuirle, pero que no es posible incorporar, bajo ningún sofisma, en el carácter recto y elevado de aquel gran filipino.

*Verdad.*—Por encima de todo, o mejor dicho, antes que nada, para saber lo que debe hacer en su vida, un hombre tiene que buscar el conocimiento de la *verdad*. Así lo comprendió Rizal, diciéndolo muy claramente en el prólogo del *Noli me tángere*, hablando a su patria: «. . . levantaré parte del velo que encubre el mal, *sacrificando a la verdad todo, hasta el mismo amor propio* . . .»

Refiriéndose a esta misma novela, escribió a un amigo en Berlín una carta en francés de la que traduzco las siguientes líneas: «*Noli me tângere*, palabra del evangelio de San Lucas, quiere decir, no me toquéis. El libro contiene, por lo tanto, cosas que nadie hasta ahora se ha atrevido a decir entre nosotros: cosas tan delicadas, que no permiten que nadie las toque. Yo he probado por mi parte hacer lo que nadie ha querido hacer; he querido contestar las calumnias que, durante siglos, han acumulado sobre nosotros y nuestro país; he descrito el estado social, la vida, nuestras creencias, nuestras esperanzas, nuestros deseos, nuestras quejas, nuestros resentimientos; he desenmascarado la hipocresía que, bajo la capa de la religión, vino a nuestro país para *empobrecernos, embrutecernos*; he distinguido la verdadera religión de la falsa, de la supersticiosa, de la que comercia con la palabra sagrada para sacar dinero, para hacernos creer en necedades de las que se avergonzaría el catolicismo si algún día las llegara a conocer. He descubierto aquello que se hallaba oculto tras la palabrería engañosa y brillante de nuestros gobiernos; he dicho a nuestros compatriotas nuestros errores, nuestros vicios, nuestras culpables y cobardes complacencias para tales miserias. En donde he encontrado virtud lo he dicho en voz alta, para rendirla mi homenaje, y si no he llorado al referir nuestras desdichas, en cambio me he reído, porque nadie querría llorar conmigo por las desgracias de nuestra patria, y la risa fué siempre buena para ocultar las penas. Los hechos que he contado, todos ellos son verdaderos y sucedidos; puedo dar las pruebas. Mi libro tendrá (sí, los tiene) defectos, bajo el punto de vista estético, no lo niego; pero lo que no me pueden discutir es sobre la imparcialidad de mis narraciones.» (pág. 126.)

Si no hubiera sido un ferviente servidor e investigador de la verdad, no hubiera jamás tenido todas aquellas hermosas cualidades morales que hemos mencionado y que, como el dominio de sí mismo, la constancia, la firmeza de opinión, por ejemplo, no pueden existir sin el previo *culto a la verdad*.

*Piadoso homenaje.*—Una de las mayores injusticias cometidas en Filipinas fué la ejecución en cadalso de los tres sacerdotes Gómez, Burgos y Zamora, con motivo de la algarada obrera del arsenal de Cavite en 1872. Rizal no la podía olvidar, y, como buen filipino, se consideraba obligado a reverenciar la memoria de aquellas víctimas de la injusticia colonial. Por eso les dedicó, como piadoso homenaje, su novela *El Filibusterismo*, en cuya primera página se lee lo siguiente:

«A la memoria de los Presbíteros, don Mariano Gómez (85 años), don José Burgos (30 años) y don Jacinto Zamora (35 años). Ejecutados en el Patíbulo de Bagumbayan, el 28 de Febrero de 1872. La Religión, al negarse a degradaros, ha puesto en duda el crimen que se os ha imputado; el Gobierno, al rodear vuestra causa de misterio y sombras, hace creer en algún error, cometido en momentos fatales, y Filipinas entera, al venerar vuestra memoria y llamaros mártires, no reconoce de ninguna manera vuestra culpabilidad. En tanto, pues, no se demuestre claramente vuestra participación en la algarada caviteña, *hayáis sido o no patriotas, hayáis o no abrigado sentimientos por la justicia, sentimientos por la libertad*, tengo derecho a dedicaros mi trabajo como a *víctimas del mal que trato de combatir*. Y mientras que esperamos que España os rehabilite un día y no se haga solidaria de vuestra muerte, sirvan estas páginas como tardía corona de hojas secas sobre vuestras ignoradas tumbas, y todo aquel que sin pruebas evidentes ataque vuestra memoria, que en vuestra sangre se manche las manos.—J. Rizal.»

*Solidaridad y tolerancia.*—No podía contentarse con la simple mención de los nombres de aquellos mártires al frente de su libro: su sinceridad le empujó a decir lo que su corazón sentía ante el recuerdo de aquella injusticia y lo que su cerebro pensaba desde su infancia. Además, sabiendo Rizal que esta dedicatoria le colocaba en una situación gravísima ante las autoridades de Filipinas, que en su día se lo harían pagar, hay que reconocer que, al hacer este homenaje, lo hacía impulsado por un sentimiento de *solidaridad nacional y tolerancia política*, que descubrimos al momento al leer aquella salvedad: «. . . *hayáis sido o no patriotas, hayáis o no abrigado sentimientos por la justicia, sentimientos por la libertad . . .*» Aquí resulta evidente que Rizal no trabajaba *sólo por los de su raza*, sino que lo hace *por lo que constituye todo el pueblo filipino*.

Así lo hace comprender, sin género de dudas, al decir: «. . . tengo derecho a dedicaros mi trabajo como a *víctimas del mal que trato de combatir*.» No, no excluyó a aquellos hombres por su raza: eran mestizos de chino y de español, ningún indio; tampoco por sus opiniones sobre la patria, la justicia, la libertad. No es posible que Rizal diera testimonios más elocuentes y claros de sus sentimientos de *tolerancia política y solidaridad nacional*.

«*Self-made man*».—Ya hemos visto que, cuando niño, se pasaba las horas sentado a la orilla del lago de Bay, pregun-

tándose si más allá de sus aguas, en otros pueblos, se vivía como en Calamba. Después, cuando adolescente, estudiante en Manila, debió también preguntarse cómo sería el mundo fuera de Filipinas. Entonces tomó la resolución de salir de nuestro país.

Los jóvenes que marchaban de Filipinas para Europa lo hacían siguiendo la voluntad de sus mayores cuando emprendían el viaje con fines educativos, o por propia iniciativa cuando era con propósito de *correrla y divertirse*. Rizal quiso ir a Europa para educarse, empujado por su deseo de aprender, de perfeccionarse, de poder ser más útil para su pueblo. A él no le empujaba el afán de solazarse y disfrutar de la vida.

Librado a su propio albedrío a los veintiún años de edad, tan pronto como llegó a Europa, sin perder tiempo, sin vacilaciones, emprendió el estudio de la medicina y trató de asegurarse una cultura general. Con su natural espíritu práctico, se trazó un programa de vida, basado en el orden, la economía, la exactitud, el trabajo.

No tiene a su lado tutor, pariente o amigo mayor que le guíe, aconseje, contenga o gobierne. Él no cuenta más que *consigo mismo*, y su propia razón gobierna su firme voluntad y esta voluntad le permite cumplir el deber.

Espontáneamente, voluntariamente, continuó y terminó su carrera de médico, viajó por Europa, estudió lenguas, oculística, historia, filosofía, escultura, pulió sus modales sociales, se refinó, trató, en fin, de educarse. No nos importa saber hasta qué punto se perfeccionó en las ciencias o artes que aprendió, porque no tiene importancia saber el grado en que las dominó: lo que interesa para el estudio de su carácter es descubrir que fue realmente un *self-made man*.

*Su muerte.*—Aquella mañana, en el campo de Bagumbayan, tuvo Rizal en su mente una clara visión del porvenir, y aquel porvenir era tan seguro, veía tan claramente en él la redención de su raza que, *como apóstol de la idea*, debió sentir la mayor satisfacción. Esta le sostuvo contra el impulso instintivo de agarrarse a la vida; por esta satisfacción pudo su valeroso corazón dominar por completo el instinto de conservación. *El triunfo del ideal de su vida* estaba asegurado por su muerte, y esta satisfacción de mártir le permitió sonreír, según su costumbre, mientras que su corazón latía regularmente como observó admirado el médico que encontró *normal el pulso* en aquellos instantes supremos. Aquella satisfacción era la que le permitía *morir tranquilo y sereno*.

Efectivamente, Rizal mejor que nadie sabía lo que, en realidad, había sido todo su proceso, y conocía la incompetencia técnica de los miembros del Consejo de Guerra que le condenó a muerte. Él tenía sobrado talento, demasiada lógica y educación general para no apreciar, sin perder ni un átomo, la masa colosal de injusticia, falsedad, errores, que todo aquello representaba. ¿Qué mayor triunfo para *el pobre indio inferior* que demostrar por su muerte la enorme, la indisputable, la irremediable inferioridad demostrada por *sus jueces de raza superior*?

*El miedo y la ignorancia.*—El pensador español Miguel de Unamuno ha escrito: «El miedo y sólo el miedo, el degradante sentimiento del miedo, el miedo y sólo el miedo fue el inspirador del Tribunal Militar que condenó a Rizal» (pág. 488.) «El escrito de acusación del Señor teniente fiscal es, como el dictamen del Auditor General, una cosa vergonzosa y deplorable» (pág. 289.) «Los letrados que intervinieron en el proceso de Rizal lo hicieron como militares, influídos por aquellos desdichados frailes y sus similares, dominados por el miedo. Y todo lo sancionó el general Polavieja, cuya mentalidad correspondía, según mis informes, por lo rudimentaria, a lo rudimentario de la inteligencia colectiva que, bajo presión del miedo, dictó aquel fallo» (pág. 291.)

Todo esto que escribe Unamuno, lo pensó Rizal . . . y mucho más, porque conocía de sobra toda aquella gente, lo mismo que la «inteligencia colectiva» mencionada por Unamuno, suma nada más de cada pasión y de cada inteligencia individual.

También conocía Rizal la existencia de aquel miedo con tanta insistencia delatado por el distinguido escritor, y que era un fenómeno secundario, efecto de una cosa más general, *tan propia de los cobardes como de los valientes aquellos*, y tal cosa era simplemente *la ignorancia*. Por ella desconocieron a Rizal, por ella funcionó aquella política colonial, preocupada en consolidar su poder y dominio por medio de la aplicación rigurosa de un *Código Penal para crímenes problemáticos, enigmáticos y vagos*, que, sin definir la culpa, señalaba los condenados con los epítetos de *filibustero, antiespañol, desafecto, descontento, sospechoso!*

Cuando fué puesto en capilla, se tomaron precauciones para evitar que Rizal pudiera suicidarse. Medida absurda, precaución innecesaria. Rizal no buscó su muerte. Jamás tuvo motivo, intención ni necesidad de suicidarse. Su muerte fue injustamente decretada por un tribunal, y no fue conse-

cuencia lógica, ni siquiera razonable, de actos por él cometidos contra la ley, sino resultado de las ideas, principios y métodos usados por la política colonial en Filipinas.

*Último pensamiento.*—Cuando amigos y enemigos andaban a su alrededor durante sus últimas horas en la siniestra capilla, aterrados los primeros por la inevitable catástrofe, aturdidos de alegría por su triunfo los segundos, el condenado a muerte no tan solamente discutía sonriendo con los jesuítas, trataba de consolar a sus parientes y recibía cortesmente a los que venían a visitarle, sino que su presencia de espíritu inalterable, la grandeza indomable de su alma, le permitieron sentarse tranquilamente ante su mesa y escribir aquella inspirada y delicada poesía que se tituló «Último Pensamiento», cuya lectura nos hace sentir las más hermosas, nobles y profundas sensaciones.

Tiene, en verdad, un alma incomparable, un espíritu superior, una inteligencia privilegiada aquel que, sabiendo que va a morir, puede trazar con firme mano tan admirable poesía, *inspirada por el sacrificio de su propia vida.*

Adiós, Patria adorada, región del sol querida,  
Perla del mar de Oriente, nuestro perdido edén.  
A darte voy, alegre, la triste, mustia vida;  
Si fuera más brillante, más fresca, más florida,  
También por tí la diera, la diera por tu bien.

No es posible decir de una manera más grandiosa, más poética, ni más breve, lo que su alma siente. Todo su valor, sinceridad, bondad, serena conformidad, espíritu de sacrificio, dulzura y sencillez de carácter, amor heroico por su patria, todo esto se ha puesto de manifiesto al brotar de su pensamiento tan soberana poesía.

Los tres últimos versos de la quinta estrofa son también reveladores admirables del estado de ánimo de aquel gran patriota que crecía, en lugar de achicarse, a medida que se acercaba la hora de su inmólación.

¡Salud! ¡Oh, que es hermoso caer por darte vuelo,  
Morir por darte vida, morir bajo tu cielo,  
Y en tu encantada tierra la eternidad dormir!

¿Cuándo *un soberbio* escribe así? ¿Y quién es capaz de idear que semejante hombre *se había perdido*?

*La hora de la justicia.*—Si Rizal hubiera tenido algún interés en evitar a sus tiranos el oprobio de su ejecución, entonces tenía el recurso de suicidarse como alguien temía. Pero él había vivido siempre de la legalidad, había confiado en los go-

bernantes y moría tranquilo, porque sabía que *la hora de la justicia no pasa nunca: llegará su hora*. Él moría sabiendo que su muerte aproximaba aquella hora en que sonaría la *justicia que él buscaba para su pueblo*, cuyo triunfo aseguraba, sin duda alguna, la misma tremenda injusticia del Tribunal que le hacía perecer.

¡Qué gloria para aquel tagalog de casta inferior, morir de una manera tan superior! ¡Todas las infamias que él había descubierto y descrito en sus novelas, todas las injusticias, errores, atrocidades cometidas contra los hombres de su raza, que él había denunciado públicamente, todas palidecían ante el crimen de aquella mañana! En días no lejanos los hombres verían quién fue el justo, quién el culpable.

Así murió sonriendo, porque no podía esperar que Dios hubiera permitido una cosa más adecuada para demostrar que en Filipinas, como él decía, ¡prevalcían la calumnia, la injusticia! La tesis del *Noli me tângere* no era una fantasía: era expresión estricta de la verdad, *la verdad por la cual un indio daba su vida*.

*La Inmortalidad*.—Él, por amor a su pueblo, investigó las causas de su inferioridad, de sus desdichas, de su debilidad, descubriendo que todo provenía de la *falta de educación*.

Quiso educar a sus hermanos para hacerles capaces de constituir un día una *patria libre, ilustre y grande*. Su ideal redentor le valió una condenación a muerte, pero el pueblo que dormía se despertó.

Él perdió su vida en la mañana del 30 de Diciembre de 1896, para ganar, desde aquel instante, *la inmortalidad en el corazón de sus compatriotas y dejar su nombre en el catálogo de los héroes de la humanidad*.

*La luz de su espíritu*.—«La carrera de un gran hombre,» dice Smiles, «queda como un monumento duradero de la energía humana. El hombre muere y desaparece, mas sus pensamientos y sus acciones sobreviven, e imprimen sobre su raza una marca indeleble. Y de este modo se prolonga y se perpetúa el espíritu inspirador de su vida, vaciando el pensamiento y la voluntad, y contribuyendo de este modo a formar el carácter del porvenir. Los hombres que llegan a adquirir esta superioridad, son las verdaderas antorchas del progreso humano. Parecen faros expresamente colocados para iluminar la atmósfera moral que los rodea, y *la luz de su espíritu continúa brillando sobre todas las generaciones que le sucedan*.»



«Es natural,» prosigue Smiles, «que se admire y venera a los hombres realmente grandes. Ellos santifican la nación a que pertenecen, y elevan no tan sólo a sus contemporáneos, sino también a aquellos que vienen después. Su gran ejemplo llega a ser la herencia común de su raza, y sus grandes pensamientos son los más gloriosos legados para la humanidad.»

*Recuerdo personal.*—Durante el tiempo que frecuenté el trato de Rizal en Europa, en donde nos unía sincera y afectuosa amistad, tuve ocasiones sobradas para observar y apreciar las condiciones de su carácter. Sin embargo, en el transcurso de estas páginas, para nada he mencionado los recuerdos de mi trato con nuestro Héroe, porque he querido analizar su carácter por sus escritos y los sucesos de su vida narrados por otros. Ahora cito en este lugar mis relaciones con él, tan sólo para decir que las observaciones que en estudio hago, fundándome en las mencionadas fuentes, concuerdan con las observaciones que puedo hacer por mi trato directo con aquel hombre superior y admirable.

*«El Carácter de Rizal» por T. H. Pardo de Tavera, publicado en La Revista Filipina; Manila: Mayo 1917. Reimpreso en folleto por la Manila Filatelica en 1918.*

---

## De Eduardo de Lete:<sup>30</sup>

Este discurso<sup>1</sup> realmente no requiere comentario sino admiración. Sin embargo, es útil decir que fué el primero de los pronunciados en Diciembre al morir del año y comenzar el siguiente. Desde luego, fué un éxito, y sin proponérselo, invitó a la meditación.

Sus últimas palabras son verdaderamente proféticas y obligan a rendir culto y pleitesía a ese gran hombre que por derecho propio ha ingresado en la historia de la humanidad. La luz de su inteligencia suprema, iluminará el pensamiento de las generaciones por venir; su idolátrico amor a la patria a la que sacrificó sus amores y su vida, será escuela perpetua de patriotismo para los tímidos, los relapsos o los traidores.

Dios es la justicia inmanente, envía a cada pueblo su redentor. ¡Rizal, es la justicia, Rizal es la Patria!

¡Glorifiquemos su memoria y postrémonos ante su sepulcro que es el ara sagrada de nuestra independencia!

---

**De José Alejandrino:**

### ALMA NACIONAL

Creo fervientemente en la existencia de las almas nacionales constituídas por las leyendas, tradiciones e historia de cada pueblo. Esta alma nacional es tanto más grande, cuanto su historia es más fecunda en hechos gloriosos y beneficiosos para la humanidad. Cada individuo al nacer, recibe una partícula de este espíritu nacional y según el uso que de ella haga, así es el juicio, que de él se forma la posteridad. Es criminal y maldito el que en vida mancilló con actos deshonorosos la parte de esta alma que le correspondió: es un hombre vulgar el que al morir devuelve sin acrecentar la parte que recibió: es un patriota, un bienhechor o un sabio el que retorna el alma individual al alma nacional enriquecida con hechos, méritos y virtudes, que enorgullecen a su pueblo y hacen más grande al alma nacional.

A esta última categoría pertenecen indudablemente todos aquellos que con sus ideas, sus escritos y sus hechos, enriquecieron con páginas nuevas y brillantes nuestra historia patria. Entre otros muchos, como Andrés Bonifacio y Antonio Luna que merecerán capítulos aparte, citaré a:

### JOSÉ RIZAL

Rizal es siempre un ejemplo que debemos tener ante nosotros y cuyas enseñanzas debemos practicar, si queremos ser útiles a nuestro país. Sus obras las conoce todo el mundo, pero, por grandes y admirables que sean, considero más admirables aún los ejemplos que de sus actos y pensamientos expresados en la intimidad podemos sacar. En las ideas y actos públicos realizados por los grandes hombres, para ser transmitidos a la posteridad, ellos pueden presentar su personalidad y sus ideas bajo un prisma favorable, mientras que en la intimidad revelan su carácter bajo el verdadero prisma, en su prosáica naturalidad.

La característica de la personalidad de Rizal era la honradez, la ingenuidad, la fuerza de voluntad, la constancia y,

sobre todo, el patriotismo del cual él hizo su culto y su religión. Donde quiera que estuviera y según el objetivo que le llevaba a los diferentes países donde vivió, lo primero que hacía era distribuir su tiempo según un horario, que ordinariamente fijaba al lado de su cama, y que seguía con la puntualidad de una máquina, y esto no por un día, un mes o un año, sino siempre. La hora que él destinaba para el descanso, consistía en modelar estatuillas de barro o hacer algo manual y de utilidad como encuadernar un libro, hacer una caja de madera para sus pistolas, etc., y recibírnos a los que vivíamos con él y tratar por medio de una conversación amena, de inculcarnos sus ideas y principios.

Uno de los asuntos que con frecuencia discutía con nosotros era los medios de que podríamos valernos para promover una revolución en Filipinas, y sus ideas sobre este particular las expresaba en estas o parecidas palabras: «Yo nunca encabezaré una revolución descabellada y que no tenga probabilidad de éxito, pues no quiero cargar sobre mi conciencia un imprudente e inútil derramamiento de sangre, pero quien quiera que encabece en Filipinas una revolución, me tendrá a su lado.»

Cuando se imprimía *El Filibusterismo* en Gante yo tenía verdadera ansiedad por leer el original, pero Rizal no me lo permitió. Yo estaba encargado de llevar y traer de la imprenta las pruebas y leía con avidez lo que se imprimía. Cuando se hablaba de Simoun en los primeros capítulos de la obra, Rizal me preguntó: «¿Sabe usted quién es Simoun?» Yo contesté que era Crisóstomo Ibarra. «¿Cómo sabe usted que no podía ser Elías?» «No, le repliqué, porque Elías murió de las heridas que recibió durante la persecución en el lago, al pie del balite.» Entonces él me dijo: «Es verdad, y siento haber matado a Elías en vez de Crisóstomo Ibarra; pero cuando escribí el *Noli* tenía mi salud muy quebrantada, nunca creí que podría escribir la continuación y hablar de una revolución. De otro modo, yo hubiese conservado la vida a Elías, que era un carácter noble, patriota, abnegado y desinteresado, cualidades necesarias en un hombre que encabeza una revolución, mientras que Crisóstomo Ibarra era un egoísta, que sólo se decidió a provocar la rebelión, cuando era herido en sus intereses, su persona, sus amores y todo lo más sagrado que tenía. Con hombres como éstos, no se puede esperar éxito en sus empresas.»

Me ha extrañado que a Rizal le hayan presentado algunos de sus biógrafos como opuesto por completo a la revolución del 96, cuando lo que realmente pasó era esto: El Katipunan, en vísperas de provocar la rebelión, quiso conocer la opinión de Rizal, enviando a Dapitan a uno de sus miembros bajo un pretexto plausible. Enterado minuciosamente de la organización y de los recursos del *Katipunan*, opinó que debía retardarse la sublevación proponiendo que se tratara de asegurar la cooperación del elemento ilustrado y rico, e indicando a Antonio Luna como posible puente entre la masa popular y la clase ilustrada y rica. Moisés Salvador y Mamerto Natividad que me iniciaron en el *Katipunan*, sabiendo la amistad que me unía con Luna, me suplicaron transmitiera a éste la recomendación de Rizal, pero Luna se negó en aquella ocasión a unirse al movimiento revolucionario por no creerlo oportuno.

En materia religiosa Rizal me decía: «Yo he estudiado detenidamente todas las religiones y sus filosofías y empecé el estudio del hebreo, a fin de poder leer la Biblia en su original, y he determinado, después de un profundo estudio, no creer más que en los dictados de mi razón y de mi conciencia.»

Rizal era un gran bibliófilo, y al visitar su biblioteca me extrañó no ver figurar en ella la Enciclopedia Larousse, de la que él me habló en terminos muy laudatorios. Le pregunté el por qué no había adquirido dicha obra, y me contestó con estas palabras que se hallan grabadas en mi memoria: «Yo no he comprado Larousse, porque al hablar de nuestra raza se expresa en estos términos: es una raza afeminada, sin virilidad ni energía, que se ha dejado arrancar sin lucha su nacionalidad, sus usos, costumbres, creencias y hasta su lenguaje. Lo que desgraciadamente es verdad, añadía, y si no, vea usted cómo nosotros nos avergonzamos hasta de hablar nuestros dialectos, que muchos de nuestros paisanos pretenden ignorar.»

«Todas las razas tienen un tipo de belleza, incluso los cafres, pero para nosotros un tipo sólo es bello en cuanto se aproxima más o menos al caucásico, y nuestras mujeres, a fuerza de blanquetas y afeites quieren aparecer más o menos blancas, olvidando que el hermoso color *Kayumangi* tiene también sus encantos para quien no tiene prejuicios. No pretendo, añadía, que todo lo nuestro sea bueno, pero tenemos muchas cosas que, con ligeras modificaciones, pueden ser inmejorables.»

Lamentarse como un inspirado poeta ante las ruinas de Italia, sin tratar de buscar el remedio, era impropio del carácter de Rizal, y reveló su indomable energía y su gigantesca

figura cuando me dijo: «Yo le juro por mi honor que consagraré mi vida entera, mis energías y mi inteligencia y hasta derramaré mi sangre para hacer que Larousse o sus colaboradores cambien de opinión respecto de nosotros, y algún día quizás figure en sus páginas mi nombre de una manera honrosa para la raza.»

Os confieso ingenuamente que, a pesar de la admiración grande que ya entonces sentía por el Apóstol de nuestras libertades, estas manifestaciones me causaron dudas y hasta las creí dichas por un exaltado Quijote; pero todos somos testigos de que escasamente algunos años después de proferidas, nuestro pueblo, bajo el impulso de las ideas sembradas por Rizal, demostró virilidad y energía, reconquistando su perdida libertad y defendiéndola hasta donde fué posible contra uno de los pueblos más poderosos de la tierra.

Rizal era puritano, pero de un puritanismo razonable y sin hipocresías. Recién llegado a Bruselas y no hablando el francés, apenas salía de casa. Él me invitó un día a divertirnos, diciéndome que podíamos pasar el rato en casa de dos hermanas conocidas suyas. Allá fuimos, y parece ser que la diversión me gustó, porque a los pocos días le pregunté cuándo volveríamos a divertirnos, pero él poniéndose muy serio, me contestó que una vez al mes consideraba la diversión necesaria, pero más de una vez era ya vicio, y él no estaba dispuesto a fomentar vicios.

Sabiendo que Rizal había estado por América del Norte, en una ocasión le pregunté: «¿Qué impresiones tiene usted de América?» —«América, me contestó, es el país de las libertades por excelencia, pero solamente para . . . los blancos» —«¿Y la liberación de los esclavos y la fundación de la República de Liberia, la primera y única república de hombres de color fundada por blancos, no prueban el altruismo de los americanos?» —«En la forma así parece, pero si se estudia el fondo, se deduce que la liberación de los esclavos era la consecuencia y no el fin de la guerra de secesión, y Liberia se fundó para atraer a los negros a volver al África, y resolver así un problema de vital interés para los Estados Unidos.»

En Gante vivíamos en una habitación pagando un tanto por nuestro alojamiento y desayuno. Rizal me preguntó: «Cuánto nos costaría la habitación sin desayuno?» Yo hablé a la patrona, y nos dijo ésta que nos rebajaría un tanto. Rizal hizo sus cálculos y dedujo que haciendo nosotros mismos nuestro desayuno, ahorraríamos algo. Compró té, azúcar, aguar-

diente y una caja de biscuits, y así que llegó a casa, la abrió, calculó el número de biscuits que podía contener, dividiendo el número obtenido por dos. Me dijo que éramos dueños de tantos biscuits cada uno, y que dividida la parte que tocaba a cada uno por los treinta días del mes, nos correspondía en cada desayuno un número determinado de ellos. El primer día, por amor propio, me contenté con mi ración; el segundo también; pero al tercero le dije ya que no me bastaba la ración. Él entonces me dijo: «Usted puede tomar prestado sobre su ración de mañana,» y de préstamo en préstamo resultó que a los quince días había terminado mi parte, mientras que él siguió limitándose hasta el fin a la ración previamente señalada.

En Bruselas tomábamos nuestras comidas en una casa, y Rizal en cierta ocasión me dijo: «Vamos a comer *pansit*. Nosotros gastamos tanto al día y lo emplearemos en la compra de ingredientes necesarios;» pero parece que falló en sus cálculos esta vez y gastamos lo correspondiente a dos días, resultando el *pansit* en mayor cantidad de la que creíamos, y para subsanar el error, nos vimos obligados a desayunar, comer y cenar *pansit* durante dos días.

Otra prueba de la fuerza de su voluntad es la siguiente: Era muy aficionado al tiro de pistola, y mensualmente destinaba una cierta cantidad para la compra de cartuchos, determinando de antemano el número de cartuchos que tenía que disparar diariamente, y durante el tiempo en que vivía con él, no le ví disparar uno más, uno menos, del número determinado.

Una de las anécdotas de su vida que relataba riendo, era: cuando por primera vez volvió a Filipinas, después de doctorarse en medicina, en Calamba se enorgullecían sus compoblanos de tener a uno que había ejercido en Alemania, y le llamaban el *Doctor Alemán*. Los campesinos corrompieron la palabra alemán convirtiéndola en *ulimán*, corriendo entre ellos cuentos de curas milagrosas practicadas por el *Doctor Ulimán*. Un día vió frente a la escalera de su casa a un campesino muy vacilante e indeciso, queriendo subir para saciar su curiosidad y ver al renombrado *Doctor Ulimán*, pero su natural respeto y cortedad le retenían. Rizal que vió su actitud le preguntó qué deseaba y el campesino contestó que quería consultar al *Doctor Ulimán*. Él le dijo que no era *ulimán*, pero que así le apodaban y por tanto que pasára. El campesino santiguándose dijo: «*Sus mariusép kayó pó palá laang; marami pong salamat, huag na po.*» Se figuró que el *Doctor Ulimán* tendría barba hasta el pecho y gafas de oro y no pudo menos de expresar su desilusión al ver a un joven de su color y de su raza.

También me contó que la primera vez que volvía al país, se embarcó en un vapor de las Mensajerías francesas, y como él hablaba el español, francés, alemán, italiano e inglés y comprendía y se hacía comprender, además, en holandés, conversaba con todo el pasaje. En tercera vió a una filipina y naturalmente quiso hablar con ella, pero todos sus esfuerzos fueron vanos. Ésta era una aya que una familia europea había contratado para cuidar a una niña durante el viaje, y al llegar a Marsella la embarcaron de vuelta. Era visaya y no hablaba más que su dialecto, que Rizal no poseía.

En Berlín mientras daba los últimos toques a su manuscrito del *Noli*, en cierta ocasión no recibió su pensión a tiempo y como en aquella ciudad no conocía a nadie a quien recurrir, hizo el balance de lo que tenía que resultaron algunos muy pocos marcos. Reservó algo para sellos y telegramas en caso necesario, destinando el resto para su comida durante el tiempo que calculaba pasaría, antes de recibir contestación de un amigo de París a quien pidió fondos. El dinero que le quedaba debía ser muy escaso, pues resultó lo suficiente para comprar pan, mientras no llegasen los fondos pedidos, y así por varios días tuvo que resignarse a una ración de pan y agua. Estaba hambriento pero quería mantener su dignidad personal y la de su raza ocultando hasta a su patrona su situación precaria. En el alquiler de su habitación sólo estaba incluido el desayuno y salía a las acostumbradas horas del almuerzo y cena para aparentar que comía. «No puede usted figurarse, me dijo, lo que sufría andando por las calles oliendo el agradable olor de los guisos,» que se hacían en las cocinas, que en Berlín y otras ciudades del norte estaban ordinariamente situadas en los sótanos que reciben luz y ventilación por aberturas practicadas en las aceras, por donde salen los olores de los guisos. También los sabrosos comestibles que se exhibían en los escaparates de los establecimientos de comidas contribuían a ser más aguda su hambre.

Más tarde, durante la guerra contra América, estando en las montañas reducido a comer tubérculos y cogollos de palmas silvestres, tuve ocasión de comprobar los sufrimientos que debió sentir Rizal hambriento, oliendo y viendo apetitosas comidas. Estaba tendido en mi hamaca y para tener algo en que entretenerme, le dije a mi asistente que me buscara en la mochila algún periódico viejo. Me trajo un pedazo arrugado, que servía para envolver mi única muda. Desgraciadamente sólo quedaba del periódico la parte de los anuncios y entre ellos uno de una tienda de comestibles, que traía una lista de los más

apetitosos. Mi hambre recrudeció y tuve que cerrar los ojos. Rizal padeció por conducto de los sentidos del olfato y de la vista y su sufrimiento debía ser mayor, pues el mío sólo fué por medio de la vista.

Cuando Blumentritt empezó a publicar sus primeros escritos sobre Filipinas, debido, sin duda, a que hasta entonces no había tenido ocasión de leer más que escritos de frailes, o de personas afectas a éstos, estaba inclinado a creer en que la obra benéfica de los frailes era para el país. Comenzó entre Rizal y Blumentritt, por cartas, una seria y larga polémica, triunfando, al fin, Rizal que con su exaltada pluma de patriota y sobre todo por su lógica irrefutable, puestas al servicio de la verdad y de la justicia, consiguió hacer cambiar a Blumentritt de manera de pensar.

Rizal me dijo: «La polémica más difícil y más seria, por la ciencia y la cultura de mi antagonista, que hasta ahora he sostenido y quizás en adelante sostenga, ha sido la que entablé con Blumentritt y es para mí el título de gloria que más me enorgullece, el haber convencido a este orientalista sincero y desinteresado, que se convirtió así en el defensor más decidido que jamás tuvieron nuestra raza y nuestras aspiraciones.»

Cuando la Colonia Filipina de Madrid decidió elegir a un Presidente, hubo dos candidatos, Rizal y Marcelo H. del Pilar. Rizal anticipó que no aceptaría la presidencia si no obtenía lo menos dos tercios de los votos. Ambos candidatos tenían sus respectivos partidarios entusiastas y decididos. Durante la elección hubo disputas acaloradas y hasta encuentros personales. Rizal aunque fué elegido muy legalmente, habiéndose verificado la elección a viva voz, renunció al cargo dando como razón que su presidencia provocaría animosidades entre los filipinos, y él no quería ser causa de la división y en aras de la unión, dejaba el campo a Marcelo H. del Pilar, anunciando que se marcharía a París, como, efectivamente, así hizo.

En cuanto a la supuesta retractación de Rizal repudiando la Masonería y su vuelta a la religión católica, mi opinión personal está expresada en esta carta escrita al Presidente del Comité de Hongkong desde Yokohama, fechada el 16 de Marzo, 1897.\*

---

\* La copia de esta carta y de otras que se citaran mas adelante, se guarda en la Biblioteca Nacional, que posee el libro copiadore de los originales. Se publican estas cartas con el permiso de las Autoridades de la Biblioteca, a quienes, especialmente al Director, Sr. Teodoro M. Kalaw, expreso mi agradecimiento por la ayuda que me prestaron proporcionándome todos los documentos necesarios para hacer mas comprensiva esta obrita.



«Sr. Presidente  
Comité de Hongkong

Mi querido amigo: . . .

. . . Profunda emoción me causó la lectura del «Último pensamiento» de nuestro malogrado Dr. Rizal. ¡Qué grande era verdaderamente aquel hombre! Parece que los españoles hasta en la tumba quieren perseguirle, pues le calumnian atribuyéndole confesiones y retractaciones de que él mismo no hubiera sido capaz! No es este el tiempo de polémicas, y mejor es callarnos y tratar únicamente de llevar a cabo lo que aquel gran Patriota por lo corto de su vida no ha podido llevar a cabo . . .»

El mayor timbre de gloria de Rizal y que le hace acreedor a nuestra eterna gratitud, es el desinterés y la abnegación que demostró al posponer su propio interés y el de su familia a los de su Patria. Cuando un porvenir brillante se abría ante él, terminadas las carreras de Licenciado en Filosofía y Letras y de Doctor en Medicina, no vaciló en firmar su propia sentencia de muerte escribiendo y publicando su *Noli*. Ni la triste perspectiva de defraudar las justas esperanzas que en él cifraba su familia, ni la certeza de que la sumiría en la ruina y en la miseria, tuvo en consideración y sólo oyó los impulsos de su corazón noble y generoso que le dictaba el deber de liberar a su pueblo de la esclavitud en que gemía.

¿Qué utilidad podemos sacar de estas enseñanzas de Rizal? Es evidente que no todos podemos pretender ser reformadores de nuestro pueblo; pero podemos ejercitar la misión que se propuso aquél apóstol, reduciéndola a su más mínima expresión, concretándonos a elevar nuestros respectivos *yos*, según los ideales de Rizal. Cuando los políticos hagan más abstracción de su persona para no tener en cuenta más que el bien general de la Patria; cuando los jueces fallen según el dictado de su conciencia, sin tener en cuenta influencias exteriores; cuando el abogado tenga por sagrada la misión de defender la causa de la justicia; cuando el médico aune con sus intereses el bienestar de la humanidad; cuando el agricultor procure sacar de la tierra todo el producto posible; cuando el comerciante y el industrial tengan por lema la prosperidad de su país; cuando el estudiante estudie, no simplemente para salir airoso en los exámenes, sino que procure investigar los secretos de la ciencia para ponerlos al servicio de su país, entonces es indudable que habremos cumplido con las doctrinas predicadas y practicadas por Rizal y habremos echado los cimientos de una fuerte nacionalidad que ningún poder de la tierra puede aniquilar.

## De Rafael Palma:<sup>81</sup>

CUANTO MÁS se estudia la historia de Rizal tanto más se agiganta su figura perfecta y luminosa. A pocos hombres se puede aplicar con propiedad el calificativo de *vir bonus*, de Horacio. No hay humana virtud que no quisiera practicar ni perfección humana a que no quisiera llegar. Su afán de saber y de estudiar no tuvo límites, así como su aptitud para absorber toda clase de conocimientos científicos, literarios y artísticos. La filosofía, la religión, la antropología, las ciencias naturales y sociales, las lenguas, la poesía, la pintura y la escultura parecían dominios familiares donde expandía el poder de su corazón y de su inteligencia. Si hubo alguno que podía llamarse genio universal, ese era él.

Pero en donde mejor ha revelado su grandeza no fué en la adquisición de las distintas disciplinas del saber, sino en su patriotismo ejemplar y en su conducta irreprochable e inspiradora. Cuando se recuerda que, poco después de dejar el Ateneo Municipal, él entrevió la idea de una propia patria para los filipinos y desde entonces se propuso hacer de dicha idea una realidad plástica y viviente y por ella renunció a todos los placeres de la vida, los halagos de la fortuna, las aclamaciones de la multitud para servir a sus compatriotas y redimirlos de su infortunada situación con solo el poder de su pluma y de su palabra, no podemos menos de rendirle el culto debido a un héroe de la humanidad.

Rizal, con medios puramente humanos, realizó prácticamente dentro de su país el milagro de Cristo, de convertir con la idea y con la palabra a su pueblo a un nuevo evangelio político y social. Él, entre los millones de sus compatriotas, vió claro un cáncer maligno allí donde todos veían un estado normal; adivinó por encima de la superficie, al parecer sana, el fondo anómalo de la situación. Pero no era esto lo singular; él, por encima de la cobardía y de la indiferencia general, expuso el estado enfermo de su país, sabiendo los riesgos a que se exponía. Había encontrado a su país inerte, desarticulado, sin voz, sin conciencia de sus propias desventuras, Él lo galvanizó, articuló sus movimientos y le inspiró sentimientos de solidaridad y de respeto propio y dignidad.

Su temperamento soñador y romántico le predisponía para servir los grandes ideales y sentir con fuerza y vehemencia el deseo de lograrlos. En él este temperamento estaba acom-

pañado de un espíritu luchador y combativo. Creía que sus ideales eran realidades y ansiaba que todos creyesen en ellos. De esa predisposición a soñar y a luchar nació en él la idea de crear una patria propia y de servir esta causa con lealtad y perseverancia hasta el final.

La primera cosa en que se transparenta su patriotismo es en hablar de las cosas y personas de su país con orgullo y en conservar sus buenas tradiciones. Así en su primer drama *Junto al Pásig* escoge un argumento de sabor local, en que el ambiente es filipino y los personajes todos son filipinos, excepto naturalmente la Virgen y Satán.

En el extranjero procura hablar y escribir en tagalo a las personas de su familia e inclusive tradujo al tagalo algunas obras de Schiller y Andersen.

A los de *La Solidaridad* les recomienda con empeño que citen, en cuanto puedan, a autores filipinos; y en todas las ocasiones anima a sus amigos a trabajar para eclipsarle.

Su devoción a su familia rayaba en lo sublime. No sólo les enviaba sus cariñosos saludos al llegar a cada nuevo país durante sus viajes, sino que nunca le faltaban palabras de consuelo o admonición a sus parientes por las situaciones especiales en que se encontraba cada uno.

Muchos de los sinsabores y pesares de Rizal se debían a su familia. En Londres, en París, en Bruselas, en Madrid le llegaba el eco de sus desgracias y cada vez el pensamiento de volver a su patria para estar con los suyos y sufrir con ellos, le acosaba. En Hongkong fué el pensamiento de reparar las desventuras de la familia lo que le hizo concebir el proyecto de colonización de Borneo.

He aquí modelos de cartas que respiran su devoción a la familia. Fueron dirigidas, al salir para Cuba, a su madre y a sus hermanas:

«MI AMADÍSIMA MADRE: Como se lo prometí, le dirijo unas cuantas líneas antes de marcharme, para enterarles del estado de mi salud.

«Estoy bien de ella, a Dios gracias; sólo me preocupa cómo lo pasarían Vs. o lo habrán pasado estos días de trastorno e inquietud. Dios quiera que mi anciano padre no haya tenido ninguna desazón.

«Yo les escribiré desde algunos puntos donde hace escala el vapor correo; cuento estar en Madrid o al menos en Barcelona a fines de este mes. No se acuerden de nada;

estamos todos en las manos de la Divina Providencia. No todos los que van a Cuba se mueren y al fin uno si ha de morir, siquiera que muera haciendo algún bien.

«Cuidese Vd. mucho y cuide a mi anciano padre para que nos volvamos a ver otra vez. Muchos recuerdos a mi hermano, hermanas, sobrinos y sobrinas, tías, etc. Salgo tranquilo, confiado en que mientras Vds. vivan la familia estará unida y reinará en ella la antigua cordialidad. Ustedes son el lazo que nos une a todos.

«Sin más, mi amadísima madre, bésole a Vd. la mano, y a mi padre, con todo el afecto y el cariño de que mi corazón es capaz, dénme su bendición, que bien la necesito. Un cariñoso abrazo a cada una de mis hermanas; que se amen unas a otras como yo las amo a todas.

«Su hijo,

«José.»

«A MIS HERMANAS: Les recomiendo cuiden, sirvan y amen a nuestros padres, como ellos quisieran que los cuidasen, sirviesen y amasen después sus hijos, cuando estén en la ancianidad. Que vivan unidas, y se perdonen unas a otras asperezas y defectillos—espinas naturales de la vida—porque es un disgusto para los padres el ver que sus hijos no viven en armonía. Después cuando nuestros padres estén muertos, los echaremos muy de menos y sentiremos no haberles servido mientras vivían.

«A MIS CUÑADOS: les doy tantas gracias por la amistad que siempre me han dispensado; me han querido como a hermano; no puedo quererlos de otra manera.

«A MIS SOBRINOS Y SOBRINAS: que estudien, sean buenos, obedientes a sus padres, abuelos y tías.

«A MIS CHICOS: que sigan portándose bien, que a sus . . . sabré cuidarme de ellos otra vez si vuelvo; eso Dios lo dispondrá; no han perdido nada; siempre es bueno haberse portado bien.

«José Rizal

«A TEODOSIO: que siga siendo buen chico, estudioso, trabajador y obediente.

«A TANIS: que no trate de tener lo mejor para sí, que trate de hacer lo mejor para los otros.

«A MORIS: que sea siempre bueno y obediente.»

Desde muy temprano, por el método más sencillo, empezó a ejercitar el dominio sobre sí mismo fijando su programa de trabajo para cada día y cada hora y cumpliéndolo al pie de la

letra. En esa forma logró dominar su voluntad a tal punto que parecía una masa dúctil sometida al imperio de su razón. Se impuso a sí mismo una rígida disciplina del deber, de suerte que parecía inaccesible a los vicios y debilidades de la naturaleza humana. Decía lo que pensaba y hacía lo que decía. Su honradez intelectual era tal que, cuando no le convenía decir lo que pensaba, prefería callarlo. Se puede decir, por consiguiente, que fué sincero en todos sus escritos y actos y que ninguna mentira manchó sus labios ni ninguna deslealtad remordió su corazón.

Tenemos pruebas del fuerte dominio que tenía sobre sí mismo, cuando consideramos que, no obstante las atracciones de la vida europea, él mantuvo el pensamiento fijo en las desdichas de su patria y no se ocupó de otra cosa que de buscar los medios de su liberación y bienestar. Trató de hacer de cada filipino que encontraba en Europa un verdadero apóstol de su idea. No obstante las amistades y consideraciones demostradas hacia él en Dapitan por los jesuítas, él mantuvo firmes sus creencias religiosas. Su defensa ante el Consejo de Guerra resplandece por su comedimiento y serenidad, no obstante los conceptos zahirientes y molestos que le había endilgado el Ministerio Fiscal. Lo mismo cuando, en la hora de su ejecución, próximo a caer en tierra por los disparos que había recibido en la espalda, giró sobre sí mismo para no caer sino dando al cielo la cara.

Por esa fuerza de voluntad que había adquirido, su valor y serenidad ante el peligro o ante la muerte eran admirables, porque venían de la conciencia que tenía de que estaba cumpliendo un deber para con su patria. En tratándose de ella no sintió en ningún momento el complejo de inferioridad muy común en la mayoría de sus paisanos, sino que se dirigió personalmente o por carta al Capitán General, a los Ministros de la Corona para exponer abusos, demandar reformas y alabar los actos acertados del poder. Contendió públicamente y por escrito con personas que se tenían a sí mismas por eminencias en artes o letras como en el caso de Barrantes y algunos historiadores españoles.

La prueba de su coraje físico y moral se aquilata tanto más cuando se recuerda que tenía siempre sueños o presagios lúgubres de su mala suerte. Tenía esos sueños con frecuencia y los anotaba con fruición en su diario, no porque en ellos creyera sino por esa predisposición que sentía de contar a sí mismo las cosas que le pasaban.

No por eso, se libraba de fuertes arranques de amor propio. Así experimentó una conmoción cuando insultan el cadáver de su cuñado Herbosa, al no permitírsele que fuese enterrado en sagrado. Lo mismo sucede cuando el Gobernador Weyler le aludió como a *hijo ingrato* y cuando Barrantes le calificó como a *espíritu torcido por una educación alemana*. Tiene poca paciencia para oír esas injurias y se nota su indignación cuando escribe sobre ellas. Así también en Madrid, cuando vió la oposición de ciertos filipinos hacia él para ser el responsable de la colonia, sufre un disgusto tan grande que se marchó de allá.

Pero su natural benigno y filosófico templaba pronto esos arranques; trataba de considerar todo tropiezo, todo fracaso como implicaciones naturales de la realidad. La melancolía de su carácter le daba un poder de resistencia grande para sufrir las desgracias e infortunios, atribuyéndolos simplemente a un pronóstico de su madre.

Él que está acostumbrado a considerar las cosas de la vida con cierta tristeza y displicencia, pronto se ríe de ellas. Este fenómeno sucede en Rizal como se ve en la confección del *Noli me tângere*. Allí trata de encubrir todas las desdichas de su patria bajo la risa del filósofo. No hay ocasión trágica ni solemne que no esté moderada por la fanfarria de las risas de los personajes secundarios de la novela.

Era adicto a las formas sociales. Según Retana, al hablar de la vida de Rizal en Dapitan, «dijérase que éste se perecía por infiltrar sus sentimientos de corrección en todo, en sus compatriotas, aún los más sencillos y humildes. Hablando con las mujeres, no la había de alguna edad a quien no llamase *señora*, ni joven a quien no llamase *señorita*. Esto constituía en Mindanao una estupenda novedad; pero él no cejaba, y, quieras que no, *señora* para arriba y *señorita* para abajo; y así siempre en su trato con las naturales del país. Contrarióle mucho, de recién llegado a Dapitan, ver que ni una sola mujer usaba medias; y de tal suerte influyó en el ánimo de las más calificadas, que, valiéndose de un chino comerciante, las encargaron a Manila por docenas. —El primer domingo (escribe Carnicero) después de la llegada de la mercancía, aparecieron en misa las señoritas dapitanas con medias y chinelas, llamando la atención el espectáculo, por lo nuevo en la localidad; pero no sé quién dijo a las jóvenes que aquella prenda la usaban tan sólo las mujeres malas, y así que volvieron a sus casas se las

quitaron para no volver a ponérselas en el resto de los días de la vida. Este cambio repentino de las señoritas dapitanas disgustó sobremanera a Rizal.— Él, sin embargo, no cejaba en su empeño de inculcar educación y costumbres sociales que elevasen el nivel moral de sus compatriotas; y daba constantemente el ejemplo; en un acto oficial (a ninguno de los cuales dejó una vez de concurrir) saludaba a las personas por el orden de categoría de cada una; pero en una reunión particular, antes saludaba a las señoras, aunque todas fueran malayas, que a ningún caballero, sin descartar al Comandante-gobernador, a quien no daba la mano sino después de habersela dado al dueño de la casa, que solía ser un indígena sencillo; todo ello diferencia de lo que era usual entre españoles, que si se dignaban cumplimentar a algún indígena, era a lo último, dejando a no pocos de los contertulios sin saludo.»

En lo que toca a su corrección social, . . . los Sres. Carnicero y Sitges convienen, de común acuerdo, «en que Rizal era el prototipo del hombre irreprochable; la afabilidad de su carácter, la urbanidad de sus maneras, la cortesía de su palabra, hacían de Rizal un cumplidísimo caballero, y era muy difícil no simpatizar con él» (Retana, pp. 286, 317.)

En la amistad era leal y generoso, cortés, considerado y atento. Se hacía apreciar de todos por su exquisita bondad y ecuanimidad de espíritu.

En su epistolario voluminoso se notan todas estas buenas cualidades que le adornaban. Sus cartas respiran cortesía y amabilidad. Sobre todo, sentimientos patrióticos. Dice claramente lo que piensa sobre cada materia, haciendo caso omiso de sus sentimientos personales. A Del Pilar le dijo francamente que no podía colaborar en *La Solidaridad*, desde el momento que sus jefes o redactores no querían que nadie se entrometiera con ellos. A Lete, en quien ha notado muchas infidelidades, le dice enfáticamente que no le guarda resentimientos personales y por ese motivo no ha apoyado a Llorente contra él, pudiendo hacerlo.

Cuando ocurrió el incidente Luna con Mir Deas, él se prestó voluntariamente a ayudar con fondos a la colonia filipina de Barcelona.

Cuando Luna le retó en una fiesta entre filipinos, le dijo que pensara bien su acto, pues sabía que Luna lo hizo en un momento de exaltación por el vino que había tomado.

Temía ser molesto y pesado para con sus amigos a tal punto que, aun en la intimidad, no quería hablar de sus apuros económicos para que no creyeran que él les pedía dinero. Estaba más bien dispuesto a ayudar, a dar, que a solicitar favores.

Cuenta el Doctor Viola que en Berlín, a pesar de la intimidad en que vivían, pues se veían todos los días e iban juntos a paseos y excursiones, conociendo ya que Rizal necesitaba de dinero para la impresión del *Noli me tângere*, había ofrecido varias veces adelantarle lo que necesitaba, pero que Rizal lo había rehusado esperando siempre recibir fondos de su familia hasta que, a última hora, perdida la esperanza, tuvo que aceptarlo agradecidísimo, a condición de reembolso; lo que así se hizo.

El General Alejandrino cuenta también que en Gante, viviendo en la misma casa con Rizal, éste nunca dejó de pagar el gasto a prorrata que le correspondía por alojamiento y comida, y que en cierta ocasión en que le pasó que su arroz resultó cocido de mala manera, Alejandrino le ofreció parte de su propio arroz que estaba bien cocido; pero Rizal rehusó diciendo que no era justo que, por su descuido o inadvertencia, otro pagara las consecuencias.

Estaba sobre todo agradecido a los favores y a las cortesías que recibía de los amigos. Se sabe cómo trató a los Sres. Viola y Ventura por la ayuda pecuniaria que recibió de ellos para la impresión de sus novelas. A Viola le dedicó las galeradas del *Noli* y la misma pluma con que lo escribió. A Ventura le dedicó el manuscrito original de *El Filibusterismo*. A Blumentritt solía enviar regalos desde Calamba por la amabilidad que éste y su familia le habían dispensado en Leitmeritz.

La carta que dirigió a Blumentritt, a los pocos días de su marcha de Leitmeritz, expresa mejor que ninguna otra la exquisita sensibilidad de su alma agradecida.

«Mis ojos ya deben haberse secado, ya no puedo llorar a lágrima viva . . . quizá las haya llorado todas por mi patria . . . porque ni una sola gota mojó mis párpados. Pero es difícil describir lo que sentí en el corazón cuando leí estas dos cartas. ¿Era alegría o tristeza? No sé decirlo; durante largos minutos estaba sentado sin siquiera ver mi sopa que se enfrió completamente y perdí el apetito. No pude comer ni un bocado; mi corazón estaba lleno y me pregunté ¿qué había hecho para merecer la amistad y las simpatías de almas tan bondadosas? Quizás esta magnífica despedida de Europa



sea el presagio de un recibimiento terrible en Filipinas. Porque en mi vida la dicha siempre va seguida de la desgracia y cuanto más grande es la primera más terrible sea la segunda. Pero, venga lo que venga, ya sea compasión, amabilidad o triste amenaza del futuro, me esforzaré a no desengañar a los buenos corazones de los nobles habitantes de Leitmeritz y ser un digno amigo de ellos, y en lo que se haga y piense no me contentaría solamente con mi conciencia sino que pensaría siempre en los buenos habitantes de Leitmeritz y me diría a mí mismo: Tú no estás solo, allá en un rincón de Bohemia, tienes corazones buenos, nobles y modestos; obra y piensa como si estuvieran contigo, como si te vieran; compartiendo contigo tus alegrías y pesares.»

Los amores de Rizal no han sido tratados en muchas de sus biografías; en otras, no se les ha dado la importancia debida. Probablemente se ha querido dar la idea de que se realizaría la figura de Rizal si apareciera que vivió su juventud, sin darse cuenta de que había mujeres en el mundo o de que desmerecería su figura si se supiera que había amado y había sido amado por varias mujeres.

Retana afirma que la nota del amor físico apenas se percibe en la vida de Rizal. Esto no es del todo exacto. Siendo soltero y libre, Rizal no tenía por qué guardarse de las sollicitaciones del amor. En efecto, en Madrid, en París, en Londres y en Bruselas, tuvo sus romances, más o menos felices, más o menos velados, reveladores de su naturaleza poética y sentimental.

Rizal fué como cualquier joven filipino de su tiempo, como cualquier hombre normal que ha sentido amores y ha experimentado todas las dichas y desdichas que trae consigo ese sentimiento avasallador del que no se han librado ni los dioses del Olimpo. No ha considerado el amor como una debilidad y de hecho se había enamorado varias veces y si bien evitó contraer compromisos, dada su situación de cambiar siempre de sitio y residencia, había despertado en más de una mujer cariños y ternuras que endulzaron las horas amargas de su vida errante.

No podía ser de otro modo. Enamorado de la belleza ideal que inspira el arte, no podía menos de presentarse en él esa propensión a adorar la belleza material encarnada en la mujer. Lo que pasa es que en él esa pasión fué casi siempre pura o platónica; no se convirtió en una ficción para engañar o deshonrar mujeres sino más bien en un verdadero culto a la mujer. No hay más que leer los capítulos de sus novelas para com-

penetrarse de la verdad de que Rizal había hecho estudios del corazón femenino, como lo pudiera hacer el más experto *diletante* del amor.

No hay nada en sus relaciones sentimentales con las mujeres que pudiera avergonzar a Rizal, y ese es precisamente un mérito que realza más su figura íntima. Por eso no hemos tenido el más mínimo reparo en contar sus aventuras amorosas, donde quiera que hemos encontrado datos merecedores de crédito para ello.

Era profundamente religioso y creyente. No tenía fe en los santos ni en las prácticas exteriores del culto que aprendió en su niñez. En este sentido era protestante como decían los jesuitas. Pero que creía en Dios firmemente y obraba con arreglo a lo que creía la inspiración y la voluntad de Dios, era indudable. Su Dios, que pretendían comprender los hombres y cuya esencia y existencia eran objeto de disquisiciones entre los sabios de la Iglesia sino el Ser Incomprensible, Desconocido y Oculto que ha movido la maquinaria del Universo desde su creación y ha impuesto leyes a la materia y al espíritu. No es el Molok de los fenicios que se harta de víctimas humanas sino el vengador de las injusticias y los abusos cometidos en Filipinas, algo más que el Dios de Moisés que quiere librar a su pueblo de la opresión de los egipcios.

Nadie podrá negar que Rizal era religioso, si se entiende por religión esa relación entre la divinidad y la conciencia humana que hace a esta reconocer la influencia de lo sobrenatural sobre las cosas contingentes de este mundo. Rizal en ese sentido era más religioso que le creían impío, porque no sólo creía en Dios, sino que creía a cada paso que interpretaba la voluntad de Dios en lo que hacía.

Y así, cuando se le atemorizaba con cualquier peligro o daño para sí mismo exclamaba siempre: ¡Sea lo que Dios quiera! Esta invocación como otras semejantes no faltan regularmente en los escritos de Rizal: «Dios no ha faltado a los otros pueblos, tampoco faltará al nuestro. Su causa es la causa de la libertad.» «Estamos todos en las manos de Dios,» escribió a su madre cuando iba a Cuba. «He de decir a los desgraciados que han puesto su confianza en los hombres que la pongan en Dios o en sus brazos.» (Elías.)

Lo que más se admira en Rizal es la completa negación de sí mismo, el entero abandono de sus intereses personales para no pensar más que en los de su patria. Podía haber sido lo que hubiera querido ser, dados sus dones naturales; podía

haber ganado de su profesión considerables sumas de dinero; podía haber vivido relativamente rico, feliz y dichoso de no haberse ocupado en las cuestiones públicas. Pero la voz de la especie era más fuerte en él que la voz del miedo personal, de la fortuna privada, prefirió vivir lejos de los suyos y sacrificar sus afecciones personales por un ideal soñado. Desoyó a su hermano, desoyó a sus padres, seres a quienes respetaba y veneraba tanto, para seguir el camino que le había trazado su conciencia. «¿No veis que estoy cumpliendo la voluntad de mi padre?» decía Jesús a María y José cuando le supusieron perdido. Otro tanto podía decir Rizal a los parientes y amigos que apelaban a sus sentimientos personales, para que no diera disgustos a sus ancianos padres.

No tenía a su disposición grandes medios para llevar a cabo su campaña, pero esto no le desalentó; se contentó con los que tenía. Sufrió los rigores del frío del invierno en Europa, hambre, privación y miseria; pero, al levantar los ojos al cielo y ver su ideal, volvía a renacer su esperanza. Se quejaba de sus paisanos, se quejaba de algunos de aquellos que le habían prometido ayuda y no le ayudaron hasta que a veces profundamente decepcionado, quería renunciar para siempre a su campaña, echando a rodar todo. Pero esto era sólo por pocos momentos; se sentía pronto confortado y volvía a aceptar la cruz de sus sufrimientos.

Cada vez que iba a publicar un libro o un tratado, encontraba siempre dificultades; muchos le habían prometido ayuda para la impresión del *Noli*; pero, cuando llegó el momento, nadie cumplió lo prometido hasta que, a última hora, la Providencia en forma del Dr. Viola, le adelantó el dinero necesario para los gastos de impresión.

Con el *Morga* sucedió otro tanto: el Dr. Regidor se ofreció capitalista a partir las ganancias; pero, después de aceptado el convenio, Regidor se retiró, por lo que la impresión del *Morga* se retrasó y se tuvo que hacer en París.

Cuando iba a publicar *El Filibusterismo*, estaba en la última miseria; se alimentaba poco y mal, y había empeñado su última alhaja; pero tampoco le venía ayuda de Filipinas ni de Europa. Estaba decidido a echar las galeradas al fuego, hasta que su amigo Ventura se acordó de enviarle fondos suficientes para pagar el costo de la impresión.

Si hemos de contar las contrariedades, los sufrimientos físicos y morales que había padecido para dar a su patria los

beneficios de su experiencia y saber, tendríamos que prolongar indebidamente esta obra. Baste decir que un corazón menos sufrido y abnegado que el suyo, no hubiera podido aguantar los tormentos y suplicios de una vida torturada constantemente por un ideal que parecía cada vez más difícil de lograr.

Es que en la campaña de Rizal había cierto fervor religioso, cierta fe mística, de que Dios estaba a su lado, porque Dios es la justicia misma y lo que defendía era la causa de la justicia. De aquí que los sufrimientos pasaban por su alma sin trastornarla, sin fruncimientos de cejas ni torceduras de rostro, como se ve en algunas pinturas del Cristo de la agonía. No, todo era en él serenidad, esa sonrisa en medio del dolor; porque, para él, toda redención supone sacrificio, y sacrificio, valor. Es justo que él sufra para que los demás se salven; es justo que él muera para que los demás puedan vivir. «Dios es justísimo, Dios castiga nuestra falta de fe, nuestros vicios, el poco aprecio que hacemos de la dignidad y de las virtudes cívicas. Toleramos y nos hacemos cómplices del vicio; a veces lo aplaudimos: justo es, justísimo que suframos sus consecuencias y las sufran también nuestros hijos.»

Así pensaba Rizal y así obraba. Por esto, cuando creyó haber dicho todo a su pueblo para señalarle el camino de la libertad, no esperó más sino morir. Volvió a su país después de la publicación de su segunda novela, y después de hacer su testamento. Pero la muerte se aleja de quien la busca, y en vez de encontrar la muerte, se encontró con su deportación. Es una tregua, al fin, que le daba la Providencia para que pudiera meditar sobre si había errado o no. No, no había errado. Si tuviera que empezar de nuevo, haría lo mismo. En Dapitan tuvo tiempo de observar la transformación que se había operado en el seno de las masas; de aquel organismo que no parecía tener articulación y movimiento, surgió una organización viviente, movida por una voluntad enérgica que levantaba en sus manos la antorcha revolucionaria. Rizal, por primera vez, se asustó de sus propias ideas, cuando vio la revolución armada en línea de batalla. No, no era ésta la revolución que soñaba; sin armas, sin organización, sin generales. Él no quería tomar parte en ella, no quería echar sobre su conciencia la responsabilidad de aquel inútil y costoso derramamiento de sangre. Iba a fracasar, fracasará irremediablemente . . .

En esto le engañó su genio. No iba a fracasar, porque había allí un pueblo, forjado al calor de sus propias ideas, templado en la escuela del dolor y del sacrificio; que iba a la

lucha sin ser engañado ni empujado, con clara conciencia de lo que tenía que hacer, unido y resuelto para rescatar con su sangre su derecho a la vida social y garantizarlo con su sacrificio, como él mismo quería que lo fuera para merecer su libertad. Entonces él acepta las consecuencias y está dispuesto a morir; y al despedirse de su patria, se arrodilla y ora:

«Ora por todos cuantos murieron sin ventura;  
Por cuantos padecieron tormentos sin igual;  
Por nuestras pobres madres que gimen su amargura;  
Por huérfanos y viudas, por presos en tortura,  
Y ora por tí, que veas tu redención final.»

Desde cualquier aspecto que se juzgue o por cualquier lado se le vea, toda la vida de Rizal aparece como una oblación perpetua ofrecida al éxito de la causa de la libertad de su patria. Se había escogido a sí mismo como víctima propiciatoria de las culpas y debilidades de sus hermanos, para satisfacer la justicia divina.

Cambiad la decoración; haced trascurrir diecinueve siglos; sustituid la imprenta por la palabra, y tendréis reproducida, en menor escala, la pasión y muerte de Cristo.

«Pura y sin mancha ha de ser la víctima para que el holocausto sea aceptable.» Creyendo en esto, Rizal trató de despojarse de las faltas y debilidades humanas, para adquirir las mayores perfecciones. «La gloria de salvar a un país no la ha de tener el que ha contribuido a causar su ruina. Lo que el crimen y la iniquidad han manchado y deformado, no lo han de purificar y redimir otro crimen y otra iniquidad. El odio no crea más que monstruos; el crimen, criminales: sólo el amor lleva a cabo obras maravillosas, sólo la virtud puede salvar.»

Imitó en todo a Cristo y predicó la verdad, la justicia y el amor. Y, como en el caso de Cristo, predicando solo amor, no recogió más que odios. Trató de purificar la religión de las taras de la hipocresía y de la codicia, arrojando a los mercaderes del templo, y se encontró con la enemistad de los *escribas y fariseos* de Filipinas. Quiso la libertad por medio de reformas; y el gobierno, en vez de atenderle, le persiguió. Produce extrañeza la coincidencia que existe en la persecución de Jesús y la de Rizal, porque ambos fueron juzgados por los sacerdotes, antes que por los gobernantes de su país, y ambos murieron merced a la complicidad siniestra del Altar y el Trono. Pero Rizal, a semejanza de Jesús, sabía que tenía que sembrar ideas, y para sembrarlas, había que sufrir por ellas. «Los

justos y los dignos deben sufrir para que sus ideas se conozcan y se extiendan. Hay que sacudir o romper los vasos para derramar su perfume. Hay que herir la piedra para que salte la luz.»

Un retorno a los ideales de Rizal es preciso. La dominación de elementos que fueron parte a producir la catástrofe pasada, debe ser cercenada, si no se quiere reproducir los capítulos de la historia que tuvieron lugar en este país entre la Religión y el Estado. La influencia en la conciencia equivale a una dominación efectiva. No hay que tolerar la intromisión o influencia de un grupo que tiene interés propio que servir diferente del interés del Estado mismo.

En efecto, se ha hecho imposible ya la aprobación de cualquiera legislación que, en cierto modo, contravenga los principios o cánones de cierta iglesia.

Nuestra gente se olvida, por punto general, que pierde su independencia individual desde el momento que someta su conciencia a la conciencia ajena y renuncie a discurrir por su propia cuenta.

Rizal quería la libertad para su pueblo, pero no en la forma sino en la sustancia. Para él la verdadera libertad se obtiene «elevando la razón y la dignidad del individuo, amando lo bueno, lo justo, lo grande hasta saber morir por él, porque cuando el pueblo llega a esa altura, Dios suministra el arma.»

La libertad de nada valdría mientras el pueblo se someta a la tiranía de un individuo o de un grupo, mientras no tenga suficiente energía para proclamar sus derechos y garantizarlos con su sacrificio y con su sangre misma, mientras se encierre en su egoísmo, y en vez de dar expresión a las protestas de su conciencia, se contente con alabar los actos más inicuos. «¿A qué dar la libertad a tales hombres? Con España y sin España serán siempre los mismos y acaso, acaso peores. ¿A qué la independencia, si los esclavos de hoy serán los tiranos de mañana?»

Rizal estaba en lo cierto. La naturaleza de la libertad no radica en la mera ausencia de frenos exteriores sino en la conciencia del individuo. El individuo no es libre, mientras no comprenda que la libertad es esencial para su vida y ni sabe cómo defenderla y evitar que sea despojado de ella. La independencia no ha hecho libres a los habitantes de las repúblicas americanas; no han pasado más que de una tiranía a otra. Otro tanto puede pasar en Filipinas, si sus ciudadanos no andan precavidos.

Las doctrinas de Rizal no son para una época sino para todas las épocas. Tienen significación hoy como las tuvieron antes. No porque los ideales políticos de Rizal se hayan alcanzado, por razón del cambio de instituciones, se puede decir que la sabiduría de sus consejos y el valor de sus doctrinas han perdido su oportunidad. No la han perdido. Las instituciones y los problemas han cambiado, pero el carácter y la mentalidad de los individuos han permanecido los mismos. Las instituciones de libertad sirven muy poco, si los individuos de un país no son libres mental y espiritualmente. Los vicios y defectos de una generación se transmiten a las sucesivas generaciones, mientras las modificaciones del carácter y de la mentalidad se efectúan tan lentamente que aun bajo las nuevas condiciones en que nos encontramos, se puede decir que subsisten los antiguos vicios y hábitos sociales que merecieron la condenación y crítica de Rizal en sus novelas y escritos.

En efecto, muchos filipinos presentan aún el carácter apocado y servil, la afición a la rumbosidad y al boato de las fiestas religiosas, la ceguera en los juegos de azar, la falta de convicciones o el poco deseo de luchar por ellas, el ansia de explotación del pobre, todos esos defectos producidos bajo un estado de opresión. Subsisten todavía el estado inferior de nuestro desenvolvimiento material y las condiciones que producen el estancamiento y la miseria del pueblo. Es verdad que han desaparecido de los pueblos los curas blancos y los alféreces de la guardia civil; pero donde los individuos no son libres habrá siempre abusos y excesos de parte de las autoridades, aunque éstas sean filipinas. Por varias generaciones la sabiduría de los consejos y sátiras de Rizal sobre los vicios y defectos de los filipinos tendrá tanto valor de actualidad como en el tiempo en que fueron escritos; pero las verdades que enseña sobre religión y política y que expresan el espíritu de la época, esas serán eternas o por lo menos tendrán más permanencia y duración.

Debe, por lo tanto, servir de orgullo y satisfacción para los filipinos el tener entre sus héroes nacionales a uno de tan sobresalientes cualidades y merecimientos que podrán ser iguales pero jamás superados por otro hombre. Mientras generalmente los héroes de las naciones occidentales son guerreros y generales, que han servido su causa con la espada destilando sangre y lágrimas, el héroe de los filipinos sirvió su causa con la pluma, demostrando que la pluma tiene el mismo valor que la espada para redimir a un pueblo de su servidumbre política. Es verdad que, en nuestro caso, se necesitó de todos modos la espada de Bonifacio para sacudir el yugo de un poder extraño;

pero la revolución preparada por Bonifacio no ha sido efecto y consecuencia de la redención espiritual conquistada por la pluma de Rizal. De aquí que no sólo en el orden cronológico sino también en punto a importancia nos parezca la obra de Rizal anterior, si no superior, a la obra de Bonifacio; porque mientras la de Bonifacio fué de más inmediatos resultados, la de Rizal tendrá efectos más duraderos y permanentes.

Obtener por la pluma y la palabra la redención espiritual de un pueblo es algo diferente de las normas ordinarias de nuestro tiempo y de las vías humanas de todos los tiempos. Sólo Cristo ensayó este procedimiento, y por eso Rizal aparece como su seguidor e imitador en los tiempos modernos: de aquí las muchas semejanzas que pueden señalarse en las vidas de los dos. Ghandi parece revivir el procedimiento en la India; pero si no ha surgido el conflicto, es porque el cauto gobierno inglés parece tratar de evitar desempeñar el papel de Pilatos. La obra de la predicación será más lenta, pero su resultado no será dudoso.

La muerte de Cristo convirtió a Longinos que, al dar una lanzada al costado de Cristo, recibió una gota de sangre sobre su ojo tuerto que sanó. Otro tanto parece haber sucedido a Retana que, de servidor de la causa de los frailes en vida de Rizal, se convirtió, a la muerte de éste, en su más fervoroso panegirista. Los judíos se asustaron ante los temblores de la tierra y tinieblas que acompañaron la muerte de Cristo; los españoles, enemigos de Rizal, también sintieron pavor y espanto cuando España perdió su soberanía sobre el territorio filipino, a los dos años escasos de la muerte de Rizal.

Si algún día un gran poeta naciera de la raza filipina, contaría sin duda en versos al estilo de Homero la Odisea de este gran hombre, que no temió la adversidad y la muerte para alcanzar la gloria de libertar a su patria.

¡Gloria a Rizal! En él se retrata la familia filipina y se tipifican las mejores cualidades de nuestra raza. Él elevó el concepto de nuestra patria ante el mundo, porque en toda su vida no demostró más que un sincero deseo de trabajar por el bien de otros, no ambicionó gloria ni fama, ni esperó premios y recompensas de nadie. Por ese mismo parentesco espiritual que existe entre él y nosotros, tenemos derecho a creer que, dentro de cada uno de nosotros, hay un posible Rizal y que lo que él ha hecho está dentro de nuestro alcance y poder el hacerlo, si ponemos el mismo estímulo, el mismo medio de acción y la misma conciencia del deber que él puso en los actos más heroicos de su vida.



No hay que perder de vista que Rizal ha tenido como objetivos de su acción la libertad e independencia de su país. Mientras para el debido ejercicio de tal libertad, exigía como condición la educación del pueblo, en su mente no existió duda de que la independencia vendría cuando el pueblo estuviese a la altura de amar la libertad hasta morir por ella. No traduciríamos a la práctica sus ideales, si dejáramos de aprovechar la oportunidad de alcanzar la independencia sin miedos ni vacilaciones. Todos aquellos que tiemblan ante los riesgos, posibles o remotos, de la independencia, demuestran ser infieles en la custodia del testamento de Rizal.

*«Epítome,» Biografía de Rizal por Rafael Palma. Escrito en 1938 y publicado en Manila, 1949.*

---

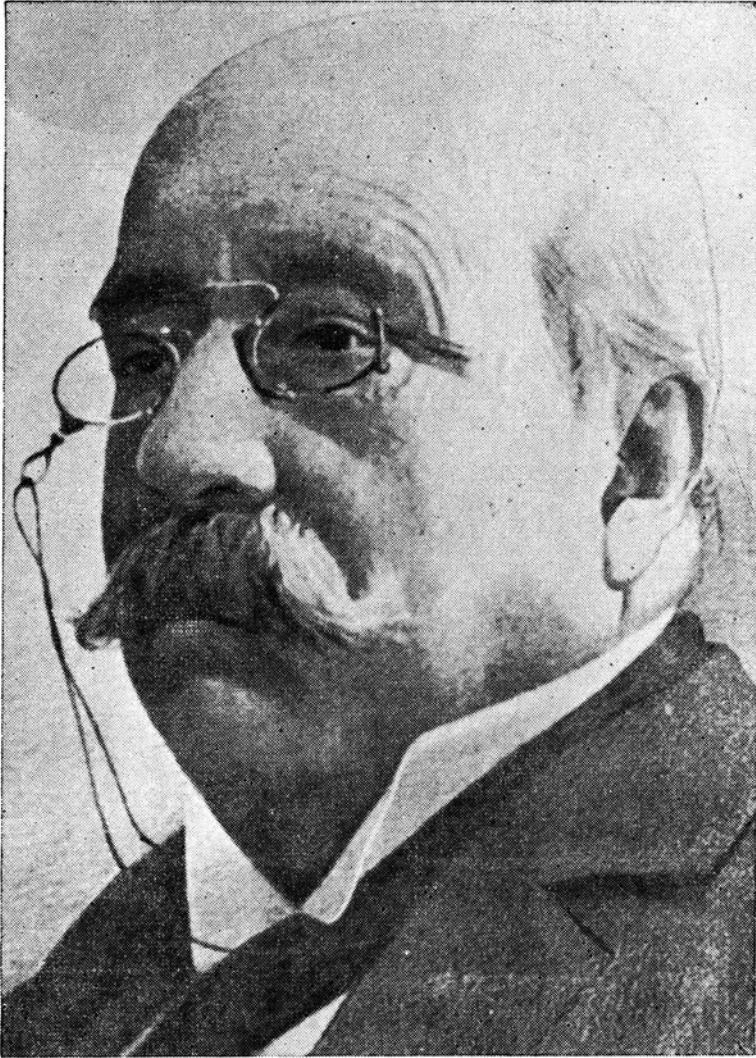
### De Lorenzo P. Marqués:<sup>32</sup>

“— A Rizal le coloco entre los hombres de talento extraordinario. Puede enorgullecerse su patria de tenerle por hijo. Intercale V. a Rizal en el album de los grandes hombres, y el album se habrá enriquecido con una figura más. A Rizal le considero el Redentor de la Raza Filipina, y su fusilamiento fué un crimen sin nombre que deja mácula indeleble en la historia de España.

“Un Amigo Íntimo de Rizal” hablando con el Dr. Lorenzo P. Marqués. (“Renacimiento Filipino,” 28 de Diciembre de 1910.)

(Año 1, #24, pp. 13-14) *Dia Filipino*,  
Año, III, #3 (Dic. 30, 1915), pp. 318-319 por Vicente Sotto.





D. MIGUEL MORAYTA y Sagrario, escritor, estadista y profesor español era amigo de los filipinos en Madrid. (Véase su artículo en la pág. 1).





D. MARIANO KATIGBAC, condiscípulo de Rizal en el Ateneo y hermano de Segunda, primer amor de Rizal. (Véase su artículo en la pág. 2.)





D. FELIPE ZAMORA, médico y amigo de Rizal. (Véase su artículo en la pág. 2.)







D. GRACIANO LÓPEZ JAENA, primer Director del quincenario, *La Solidaridad*, órgano de los propagandistas filipinos en España. (Véase su artículo en la pág. 3.)





Dr. MÁXIMO VIOLA de San Miguel, Bulacán, fue compañero de viaje de Rizal en varios países europeos en 1887. (Véase su artículo con el título *De J. Peilifen* en la pág. 4.)





D. MARIANO PONCE de Baliuag, Bulacán, amigo íntimo de Rizal quien poseía muchos de los trabajos de éste. (Véase su artículo en la pág. 5.)





D. MARCELO HILARIO DEL PILAR, escritor, poeta y periodista. Director de *La Solidaridad* en Madrid. (Véanse sus artículos en las págs. 6 y 10.)







D. ANTONIO LUNA, farmacéutico, escritor y soldado, envió muchos artículos a *La Solidaridad*. (Véanse sus artículos en las págs. 4. y 20.)





Juan Luna y Novicio (1857-1899) gran pintor filipino y uno de los más íntimos amigos de Rizal. (Véase su artículo en la pág. 23.)





Dr. FERNANDO BLUMENTRITT, rector del Ateneo de Leitmeritz, Bohemia, era amigo íntimo del héroe. (Véanse sus artículos en las págs. 3 y 23.)

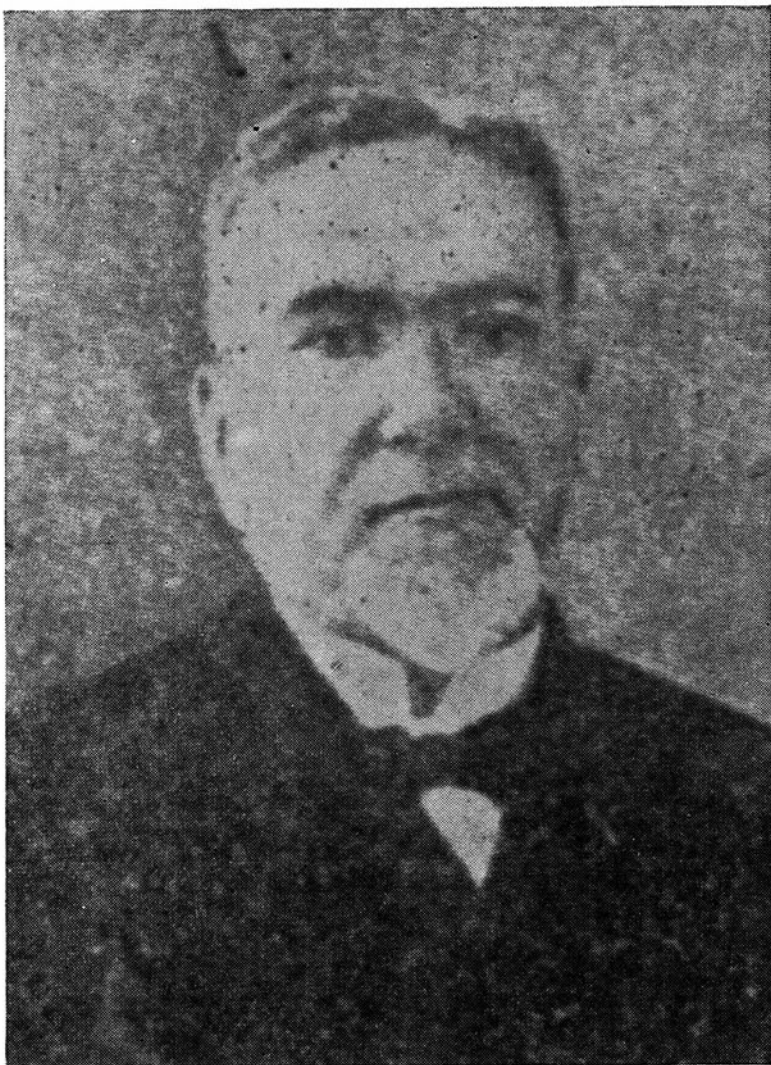




D. ISABELO DE LOS REYES, un escritor, y periodista de Ilocos, fue contemporáneo de Rizal. (Véase su artículo en la pág. 32.)







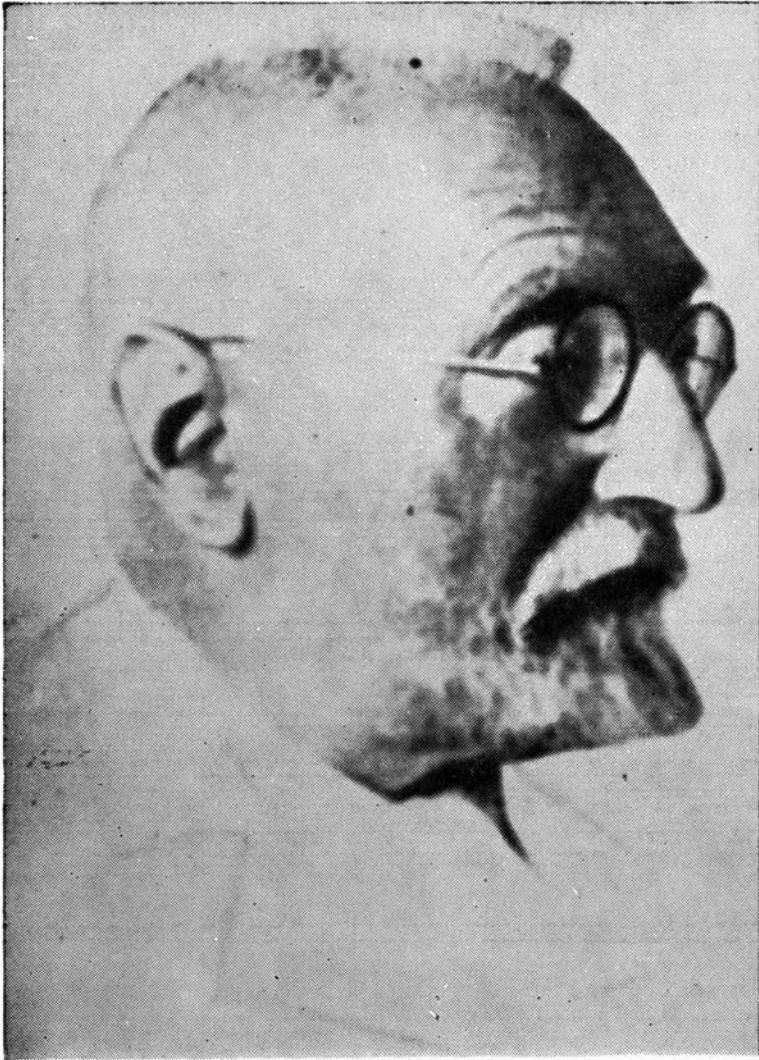
D. ANTONIO MA. REGIDOR, un expatriado de la algarrada de Cavite en 1872, residió en Londres. Rizal fue frecuente huésped en su casa. (Véase su artículo en la pág. 44.)





D. WENCESLAO E. RETANA escritor y bibliógrafo español, escribió una biografía de Rizal. (Véase su artículo en la pág. 59.)





D. MIGUEL DE UNAMUNO contemporáneo español de Rizal, escribió el epílogo de la biografía de Rizal por Retana. (Véase su artículo en la pág. 83.)





Dr. TRINIDAD H. PARDO DE TAVERA, filólogo y escritor notable, fue, amigo de Rizal en París. (Véase su artículo en la pág. 111).







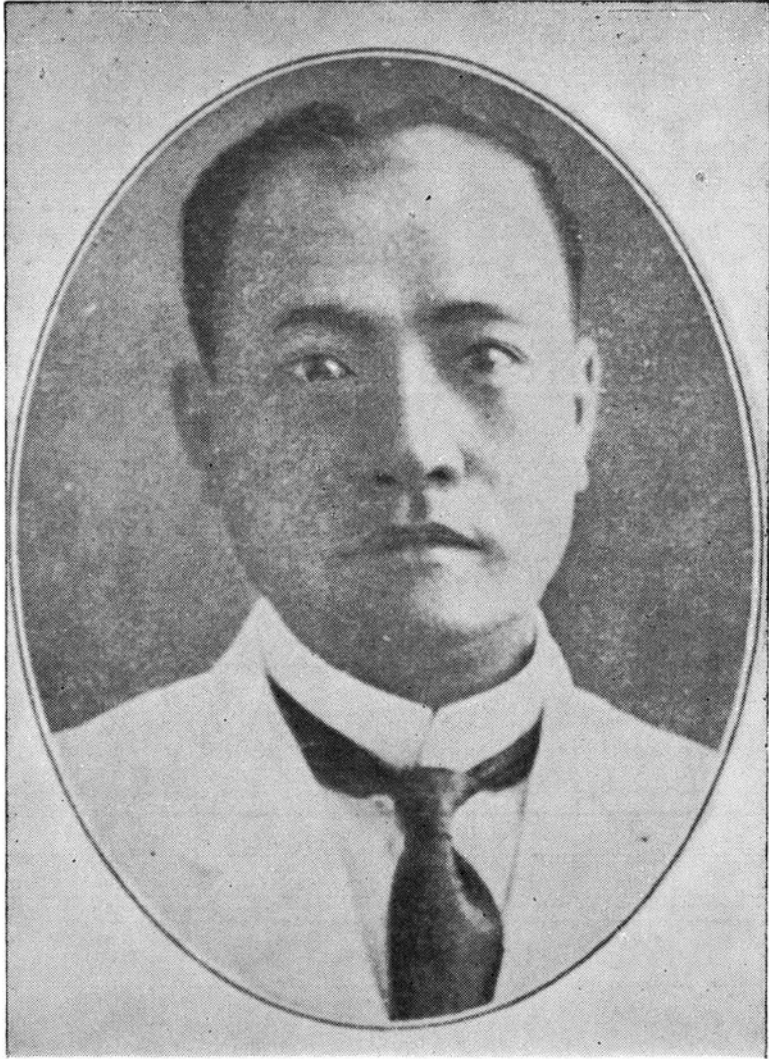
D. EDUARDO DE LETE, condiscípulo y contemporáneo de Rizal. (Véase su artículo en la pág. 143.)





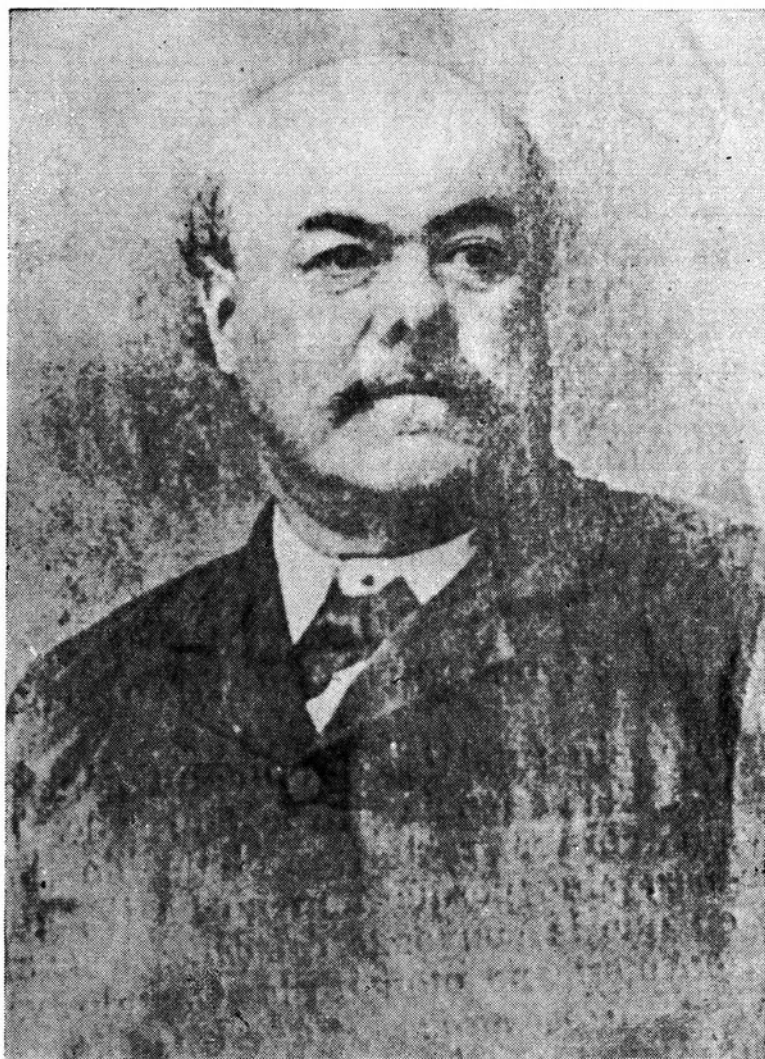
D. JOSÉ ALEJANDRINO, compañero de Rizal en Gante, Bélgica cuando éste publicaba su segunda novela, *El Filibusterismo*. (Véanse sus artículos en las págs. 9 y 144.)





D. RAFAEL PALMA, abogado y periodista, fue uno de los que presenciaron la ejecución de Rizal en Bagumbayan. (Véase su artículo en la pag. 152.)





DR. LORENZO MARQUÉS Y PEREIRA, médico portugués de la Victoria Gaol y amigo de Rizal en Hongkong. (Véase su artículo en la pág. 167.)





## DE OTROS

Del Presidente Emilio Aguinaldo : \*

REPÚBLICA FILIPINA

(*Diario de la Mañana*)

Año I	Mandaloyon	Año I
Núm. 84	Sábado 24 de Diciembre de 1898	Núm. 84

Pág. 2

### SECCIÓN OFICIAL

SR. EMILIO AGUINALDO y FAMY

Presidente del Gobierno Revolucionario de Filipinas y General en Jefe de su Ejército.

Atendiendo a las aspiraciones del pueblo Filipino, e interpretando sus sentimientos nobles y patrióticos, vengo a decretar lo siguiente:

Artículo 1º En memoria de los grandes patriotas filipinos Dr. José Rizal y demás víctimas que sucumbieron bajo la extinguida dominación española, se declara día de luto nacional el día 30 de diciembre.

Art. 2º Con tal motivo, desde el medjo día del 29 hasta el medio día del 30 en señal de duelo se izará a media asta la bandera nacional.

\* Véanse las fotos después de la pág. 244.

Art. 3º Vacarán todas las dependencias del Gobierno Revolucionario durante el día 30 de diciembre.

Comuníquese y publíquese para general conocimiento.

Dado en Malolos, a 20 de Diciembre de 1898.

EMILIO AGUINALDO

---

### From President Manuel L. Quezon:

Forty years ago today, the greatest hero of the Filipino people was executed by a firing-squad at the Luneta. That act, a culmination of a reign of terror and aggression, precipitated a nationalistic movement, never before registered in the annals of the Far East.

As a matter of fact, his own self-sacrifice made Rizal great. Foremost of all, he lived for his country, and for himself only secondarily. Never at any time in his career, did he contemplate placing his own personal advantage over that of his country. Rizal was always the social benefactor, the personification of national conscience.

We would be lax in fulfilling our duty today, were we to forget that Rizal was first and above all a citizen who obeyed the law. The point to remember today is whether we have any law guaranteeing us not only our individual security, but likewise the possible maximum share of social harmony. To be subservient to the law, to uphold and defend it in all its majesty, would be tantamount to serving our country as Rizal himself served it.\*

*Message read at the radio program on Rizal Day, December 30, 1936.*

---

\* Hace cuarenta años este día, el más grande héroe del pueblo filipino fué ejecutado por un pelotón de fusilamiento en la Luneta. Como culminación de un régimen de terror y agresión, aquel acto aceleró un movimiento nacionalístico jamás registrado en los anales del Extremo Oriente.

De hecho, la grandeza de Rizal fue su propia abnegación. El vivió por su país, en primer lugar, y para sí mismo, en segundo lugar. En ningún tiempo de su carrera había pensado en colocar su interés personal sobre el de su pueblo; Rizal fué siempre el benefactor social, la personificación de la conciencia nacional.

Seríamos remisos en nuestro deber este día si olvidáramos que Rizal fué, primero y sobre todo, un ciudadano obediente de la ley. El punto a recordar ahora, es si tenemos ley que asegure no solamente nuestra seguridad individual, sino también el máximum posible de nuestra armonía social. Supeditarse a esta ley, sostenerla y defenderla en toda majestad, es servir a nuestro país como Rizal mismo le sirvió.

---

### **Del Presidente Sergio Osmeña:**

Para apreciar el singular papel que José Rizal desempeñó en la formación de la nación filipina, es necesario hacer, brevemente, memoria de algunos acontecimientos históricos que demuestran que un pueblo no puede hacerse en un solo instante, sino por décadas y aún siglos, y que una nación hasta puede perder su integridad por la obra corrosiva tanto de las fuerzas del exterior como de las internas.

El primer acontecimiento que recuerdo es el de las colonias inglesas de América del Norte, las cuales pedían representación en el parlamento inglés; pero, en lugar de concedérlas lo que querían, fueron sometidas a medidas opresivas, por lo que se vieron forzadas a declarar su independencia y a defenderla victoriosamente al precio de incontables vidas. Mas como venían de todos los rincones del mundo, en donde habían sido criadas en distintas culturas y lenguas especialmente, tuvieron que pasar por una larga existencia política independiente antes de poder considerarse como la Nación Americana. Lo único que la unía en el entretanto era su empeño de hallar su bienestar y la creencia de que todos los hombres han nacido iguales. Esto las granjeó la distinción de ser las precursoras de la idea de la igualdad, que era uno de los tres fundamentos de la Revolución Francesa, la cual tuvo lugar trece años más tarde. Puede decirse, además, que la nación americana, formada, como decimos, de diversas razas, culturas, religiones y lenguas, estuvieron a punto de desintegrarse de no haber sido por el caudillaje de Abraham Lincoln, que dió a los americanos una fuerte cohesión nacionalista y de acuerdo con las frases de «el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo.»

El segundo momento histórico acaece en 1789, cuando los franceses, ya considerados como nación, se sublevaron no contra una nación extranjera, sino contra su propio rey. Los franceses habían proclamado que la soberanía reside en la na-

ción, y que solamente de ella dimana la autoridad de gobernar, repudiando así el sistema del gobierno absoluto y afirmado con energía su voluntad colectiva y su personalidad moral y política. Rizal quedó profundamente admirado de la declaración de derechos que los franceses hicieron en aquella ocasión.

El hecho subsiguiente se produce en la Alemania del siglo 19, la cual no era por largo tiempo sino un grupo de entidades relacionadas entre sí por un federalismo más o menos flojo. A causa de los escritos de su filósofo Johann Fichte, fallecido en 1814, los alemanes se convencieron de que ellos poseían una cultura común y una innata virtud y, como consecuencia, los pueblos alemanes habían quedado fundidos, finalmente, en una sola nación. Mas, por desgracia, otro filósofo alemán posterior, Jorge Hegel, convirtió a los alemanes a la idea del absolutismo. Desde entonces Alemania, y casi continuamente desde 1870 a 1945, devino un estado absoluto y aún fue víctima de la pretensión de ser de una raza superior. Si Rizal viviese por aquellos tiempos, habría sido indudablemente uno de los opositores más tenaces de la idea de la superioridad de raza, que en 1945 quedó probado que era por completo falaz.

También en el siglo 19 se forman pequeños estados, como Italia, Grecia y los pequeños pueblos esclavos, los cuales, después de estar sometidos por largo tiempo al dominio extranjero, se dedicaron, dentro de sus propias fronteras, a desarrollar una política unitaria, logrando de esta manera su independencia. Cada uno de aquellos estados quedó constituido en nación y de conformidad con sus respectivas tradiciones comunes, historias, lenguas, culturas y religiones.

Así cuando en 1882 Rizal pone el pie en tierra europea, la nación, como concepto, ya estaba desarrollada de acuerdo con aquellos elementos múltiples. Vio que los pueblos, aunque de diferentes culturas, podían y pueden ser independientes. Ya tenía él entonces conocimiento general de la historia de aquellos pueblos. También supo que aquellos pueblos habían sido formados a costa de muchos sacrificios y de preciosa sangre. Ahora bien, los pueblos de Filipinas, esparcidos por miles de islas y cada cual con sus respectivos lenguajes, tradiciones y modos de vida particulares, ¿podían también ser independientes? Ahora sabemos que podían serlo, gracias a Rizal. Pero en aquellos tiempos, ¿estaba Rizal seguro de que estos pueblos estaban en disposición de ser independientes?

Al llegar a este punto, se hace necesario tener presente que, con anterioridad a los días de Rizal, en el país se iba sa-

biendo ya el sentimiento de que algo tenía que hacerse para que hubiera ciertos cambios en el orden de cosas. Al menos, hubo un sector del clero filipino que sostenía que debía dársele un papel de mayor responsabilidad en la dirección de la vida religiosa del pueblo. Hubo ciudadanos que se reunían secretamente, mas lo que éstos decían y hacían carecían de resonancia nacional, dejando de esta suerte para otro el aportar la fuerza unificadora que marcará el rumbo que debía seguirse. Siendo Rizal de cultura superior, de temperamento artístico, de carácter serio y, sobre todo, por su amor a la patria, él debía ser quien podía desempeñar tan importante papel. Es de suponer que él estaría al tanto de lo que sus compatriotas tenían pensado. Además, era ya él de juicio bastante maduro para sentir la opresión de la atmósfera social y para darse cuenta de que el sistema político en vigor estaba viciado de injusticias. En realidad, aunque en velados términos, por las primeras poesías escritas por él ya se sabía la reacción que tuvo ante aquel estado de cosas.

Aparte de esto, a Rizal le habían sucedido algunas cosas de las que, como ciudadano, no podía menos de disgustarle, y de desengañarle como hombre de su raza. Rizal había sido maltratado por un guardia civil por no haberle saludado debidamente ni dicho nada, pues el guardia aquel, que estaba en la oscuridad, lo confundió Rizal por un bulto cualquiera. Más tarde, se sintió también bastante desengañado cuando, en ciertos certámenes literarios de algunos colegios, el «indio» no obtuvo el premio que se merecía su trabajo y por la razón, además, de no pertenecer a la raza superior, la blanca. Sería posible, por consiguiente, que todo esto le diera ánimos y le hiciera decidir por marcharse a Europa en la esperanza de poder desempeñar el papel que, en secreto, sus amigos querían que desempeñara.

Con estos antecedentes, con las cosas que le ocurrieron, se despidió de los de casa y de sus amigos. Debíó haber entendido lo que de él se esperaba, pues, a su llegada a Madrid, y luego de matricularse de estudiante de medicina, cursó también, simultanéándolas con los estudios de medicina, historia y filosofía y letras, materias de las que necesitaría un caudillo.

No tardó en quedar entre maravillado y extrañado ante los dos espectáculos que había presenciado en la antigua metrópoli. El uno, era la mayor libertad que los españoles gozaban, de modo especial en las discusiones de las prensas sobre los asuntos públicos, en los mitines públicos, en las cortes espa-

ñolas, lo mismo en el hogar que en las aulas. Hasta qué punto afectaría a Rizal esta libertad, es cosa que, para comprenderla, no hace falta tener mucha imaginación. Los escritos que con posterioridad brotaron de su pluma venían henchidos del deseo de que aquella libertad que había observado en España, se permitiera en Filipinas. Extrañado del por qué esta libertad, que en Madrid se daba sin trabas a los peninsulares, no se concedía a los filipinos, se puso a buscar el motivo de esta situación para después dar con la única razón posible de aquel estado de cosas, o sea, a la de que aquella parcialidad se debía al deseo de un poderoso grupo, el de las órdenes monásticas, de continuar disfrutando de los cargos que por siglos venían ocupando.

El otro espectáculo que le llamó la atención era el que ofrecía la colonia filipina. Antes que él, ya estaban en Barcelona y Madrid varios compatriotas suyos, en su mayoría jóvenes, que habían ido allá a cursar estudios superiores. Estos jóvenes, sin embargo, aún en trabajo tan fácil, no se portaban como se esperaba de ellos. Ocho años después de su llegada a la península, y en el último día del año 1890, tuvo ocasión de repasar lo hecho por él, y recordó que «Exceptuando dos o tres que iban a clase, los demás dormían hasta el mediodía, pasaban la tarde jugando, tirando de la oreja a Jorge . . . Creo que no pasaban de cuatro los que aquel Junio (1893) aprobaron las asignaturas.» Tal vez, por su ejemplo y el de algunos otros, llegó a decir que «El Junio (1885) los que aprobaron las asignaturas eran la gran mayoría: uno o dos sólo se presentaron, pero se prepararon para Septiembre.» Cito estas informaciones para hacer ver que en Rizal se daba aquel carácter que dio vida al caudillaje que alentó a sus camaradas para que se aprestaran a la acción, a un trabajo más serio.

Pero no solamente la actitud de aquellos jóvenes con respecto a sus tareas universitarias lo que más le molestaba a Rizal. Lo que le llegó al alma era la falta que en aquellos jóvenes había notado, o sea, según sus propias palabras, de «una sola aspiración.» Observó esto a su llegada a Madrid, donde se enteró de que, no obstante existir un Círculo Hispano-Filipino, los jóvenes abandonaban los asuntos políticos en manos de los viejos, y tanto es así que él hizo esta pregunta: «¿les falta patriotismo?» En una palabra, notó que aquel puñado de jóvenes, a tres mil leguas de su país, carecía de aquellos elementos que debían ser los fundamentos de una comunidad que tuviera

una sola alma, un sentimiento común y una aspiración nacional. Y exclamó: «¡debieran tener un pensamiento común y una aspiración idéntica!»

Tal era la situación por aquellos días. La colonia filipina de Madrid, que se componía de la flor y nata de la juventud filipina, no ofrecía sino desalentadoras esperanzas. Entre aquellos jóvenes no había ni siquiera dos de ellos que tuvieran análogas opiniones. Había, es verdad, bastantes inteligencias, pero no podía contarse con ellas por su falta de unidad como consecuencia del excesivo individualismo que las dominaba. Que esto era así, demuestra el hecho de que entre aquellos jóvenes se habían formado grupos que se hacían la guerra entre ellos. A pesar de todos estos contratiempos, Rizal no vaciló de valerse de varios medios, con el fin de lograr una conciliación y armonía entre ellos. Por ejemplo, Rizal pensó en un banquete que debía darse al tocar la medianoche de cada 31 de diciembre.

Al procurar restablecer la armonía que debía existir entre aquella juventud, Rizal lo hacía con el deseo de que se respetara la voluntad de la mayoría, que es la clave del buen éxito de toda empresa común. Con esto demostraba Rizal que era un hombre práctico y también un caudillo práctico. De esta manera podía alcanzar cierto grado de buen éxito, y, efectivamente, así sucedió, pues poco después él era reconocido en Madrid y en las islas como caudillo del movimiento que se encargara de exponer los problemas del país.

Luego de conseguir que sus colegas de Madrid reconocieran la necesidad de que, como requisito previo a la acción común, cada uno de ellos se sometiera a la voluntad de la mayoría, Rizal se dedicó a otras actividades.

Uno de los puntos que por muchos años venía llamando su atención era el que se relacionaba con las diferencias de raza. Habiendo observado que el tratamiento que se daba a los «indios» se debía tan sólo a que éstos eran de piel morena, no descansó, aún desde sus primeros años de estudiante, por descubrir si había alguna razón científica que justificara la supuesta superioridad de algunas razas sobre otras. Por lo que le había sucedido en la escuela y por su trato con aquellos eruditos de Europa, llegó a la conclusión de que «los méritos y vicios de un pueblo, no son meras características raciales, sino más bien peculiaridades adquiridas y sobre las cuales el clima y los acontecimientos influyen.» Esta conclusión, apoyada con sus observaciones científico-literarias y por sus propias conquistas, sirvió de fundamento al desenvolvimiento cul-

tural de sus coterráneos, y más tarde, a la propagación entre ellos del espíritu nacionalista. Si, en efecto, los filipinos pertenecían a una raza inferior y estaban, por razón de su inferioridad racial, condenados a la servidumbre, no podrían haber soñado en fundar una nación separada. Por otra parte, si, colectivamente, en los filipinos se observaban los mismos rasgos que en las otras razas, era lógico esperar que, dándoseles la misma oportunidad, podrían progresar como aquellas, y, legítimamente, aspirar asimismo al goce de aquellos derechos y libertades de los pueblos liberales y progresivos.

Con relación a esto, no hacía tiempo que Rizal tuvo oportunidad de demostrar con pruebas irrefutables que la raza a que él pertenecía no era aquella que se decía era. En la Exposición de Madrid en 1884, Juan Luna y Félix Resurrección Hidalgo, que eran pintores filipinos, habían sido aclamados y galardonados con los premios primero y segundo, respectivamente, por sus cuadros. Rizal se sintió con profundo orgullo. Los filipinos que estaban en España dieron un banquete en honor de estos dos artistas, y Rizal, en los últimos instantes, fue escogido para hacer uso de la palabra en sustitución de otro que debía ser el orador de la ocasión. Rizal hizo resaltar el orgullo de sus compatriotas haciendo hincapié en que su raza, a la que se la había tenido aletargada durante los negros días de su historia, venía a la vida demostrando su capacidad en contacto con el Oeste, y por esto pedía la luz de la civilización. Aquella era también la primera oportunidad que se le presentó para dar rienda suelta a sus críticas, que continuó haciendo públicas hasta sus últimos días, contra las poderosas corporaciones religiosas, sobre quienes descargó la culpa de la falta de reformas, del lento progreso del país y de las indignidades a que el pueblo estaba sometido.

Fue entonces cuando llegó a comprender que él y sus colegas estaban empeñados en la obra de formar la nación, y por temperamento e inclinación, juzgó que la tarea debiera llevarse a cabo mediante un incesante desarrollo de las mejores virtudes de la raza. «Debemos asegurar la libertad,» decía, «haciéndonos dignos de ella, elevando la inteligencia y la dignidad individuales, amando la justicia, el derecho y la grandeza, aún a riesgo de morir por ellos.»

Oteando los horizontes del futuro, no pudo menos de reconocer la necesidad de que debía imponerse disciplina nacional y de arengar continuamente al pueblo para que sus luchas en España fueran de eficaces resultados. «La unión, la buena vo-



luntad y la armonía, son las que más necesitamos,» escribió a López Jaena en marzo de 1889. El mayo del mismo año, también dijo en una carta a Mariano Ponce, que era necesario «conservar la unión por encima de todo.» Y por eso dijo: «Tengo confianza de que seguiremos hacia adelante, siempre unidos, dándonos las manos, ayudándonos y aconsejándonos los unos a los otros . . .»

En la tarea que él se había impuesto, de demostrar el derecho moral de los filipinos a la igualdad con otros y a poner en condiciones a sus compatriotas para que pudieran gozar de las bendiciones de la libertad nacional e individual, Rizal no solamente se dedicó a preparar el espejo al cual pudieran mirarse sus coterráneos, sino también para que vieran en él sus defectos y virtudes. Esto lo consiguió Rizal publicando por su propia cuenta sus novelas históricas, la *Noli Me Tángere* y *El Filibusterismo*, que fueron causa de la ira mortal de sus enemigos.

Por otra parte, Rizal se dedicó a toda clase de actividades encaminadas a la formación de una sociedad fuerte. Rizal era un profundo pensador. Sabía como pocos que la vida de una nación no puede moldearse teniendo por base el azar o el capricho, sino que debe fundarse y unirse como los eslabones de una sólida cadena, la cual representa la continuidad de su pasado, su presente y su futuro, eslabones forjados por el carácter del pueblo que los alienta. Por consiguiente, no se dio tregua estudiando el pasado de la nación. «Nuestra tarea,» decía, «es tremenda. Nosotros los jóvenes filipinos estamos empeñados en formar una nación y no debemos pararnos en nuestra marcha progresiva, pero de vez en cuando debemos divisar a nuestros ancianos. Tenemos ansias de aprender el pasado de Filipinas, que debemos comprender con el objeto de que podamos prepararnos inteligentemente para el futuro. Queremos saber todo lo que nuestros antepasados aprendieron para luego añadir nuestros propios estudios al de ellos. De este modo progresaremos más pronto porque podremos comenzar allí donde ellos terminaron.» Y de esta suerte se puso a desenterrar libros viejos sobre Filipinas y a escudriñar sus páginas en busca de pruebas de nuestra cultura de antes de que la influencia española se nos impusiera. Para tal fin, anotó y publicó *Sucesos de las Islas Filipinas*, escrito en 1609 por Morga. Inicialmente, estos estudios históricos le dieron a conocer y a ser respetado por los eruditos extranjeros, y, por otra parte, prestaron buen servicio al pueblo, pues podía decirse que si

Filipinas había dado un hombre de aquella suma de virtudes y valimientos como Rizal, la raza a que pertenece el mismo es capaz de progreso.

En breves palabras, Rizal se dedicó a varias actividades. Se valió de todos los medios posibles para dar a conocer las joyas de nuestra cultura prehispana. Expuso los buenos éxitos de sus compatriotas, así como también una interminable lección de injusticias y agravios, aún con desprecio de la muerte. Todo esto hizo él llevado de la idea de orientar a su pueblo en sus diferentes modos de pensar y encauzando sus disposiciones y energías camino de una meta común, animándoles a que se aprestaran a la acción y así sintieran como un pueblo, como una nación. No solamente arengó, sino que también tomó sobre sí lo más árduo de la lucha. Rizal se comportó con sus compatriotas a semejanza del padre dispuesto a toda clase de sacrificios, incluso el de su propia vida, por el bien de sus hijos.

Rizal, ciertamente, puso a contribución su privilegiado talento y sus inagotables energías en la obra de echar las bases fundamentales de la Nación Filipina.

Tan puro y tan desinteresado era el primer fundador de la Nación Filipina, que hasta pensó vivir permanentemente fuera de Filipinas si la tranquilidad del país no podía asegurarse de una u otra manera. Esta es la razón del por qué había pedido permiso del gobierno británico para que le permitiera ir a Borneo al frente de aquellas familias de Calamba y Batangas, a las que se había despojado de sus tierras y hogares por un gobierno despótico a instancias de un grupo religioso, falto de caridad, que pretendía ser dueño de vastas extensiones de terreno. Pero a dondequiera que fuese, quería tener, ante todo, la seguridad de que a él y aquellos que fueran con él para establecer una colonia filipina, se les concediera el derecho de tener su propio gobierno y libre de imposiciones injustas.

La semilla que Rizal sembrara y cultivara con sus sacrificios dio sus frutos, el primero, la revolución, y después, la era de paz que siguió a aquélla. ¡Era su ideología la que inspiró y fortaleció el brazo armado y vengador de Bonifacio! ¡Era su doctrina la que impulsó a la acción a la multitud de patriotas que siguió el ejemplo de Bonifacio! ¡Su martirio fue la inspiración de los soldados en los sangrientos campos de batalla de la revolución! Cuando la suerte hizo ver claro que la liber-

tad del país no podía ganarse por la fuerza, aquellos que creían en sus ideales continuaron, en el dominio de la paz, la lucha por la libertad y la independencia nacionales.

Sesentaicinco años después de su martirio, sus ideales, que en los comienzos solamente se sostuvieron por un pequeño grupo de patriotas, capitaneado en España por él y por M. H. del Pilar, y por la multitud de los del Katipunan y los soldados de la revolución, ideales que habían sido enunciados y proclamados al precio de sus vidas, se aceptan ya hoy por toda la nación.

Nos hemos beneficiado con el ejemplo de Rizal, pues en el medio siglo de nuestras luchas pacíficas para conseguir nuestra independencia política, hemos trabajado unidos, que era la condición previa que sentó para la guía de sus coterráneos. Después de absorber aquellos ideales que Rizal y aquellos que siguieron sus pasos habían predicado, despertamos de nuestro letargo de siglos, obtuvimos nuestra libertad y todavía vamos más adelante. Estamos esforzándonos por hallar un lugar digno entre las naciones civilizadas y aportando nuestro pequeño grano de arena para expandir y propugnar la prosperidad y seguridad del mundo.

Ciudad de Cebú, marzo 16, 1960.

---

### **Kay Pres. José P. Laurel:**

Mga Kababayan, mga Kapatid at mga Kalahi:

Apatnapu't pitong taon ang nakaraan buhat sa araw na ito na, sa dakilang pook ding ito sa Luneta, ay pumanaw ang pinakadakila at pinakamagiting na bayani sa lahat ng anak ng bayang Pilipinas, si Dr. José Rizal. Marahil, ang simoy ng hangin na dumudulot at sumasabog sa ating mga mukha ngayong umaga, ay iyan din ang simoy ng hangin ng araw na pumanaw si Dr. José Rizal. Marahil, ay gayon din ang tingkad ng araw, o kaipala'y ang malungkot na kulay ng langit sa Pilipinas ngayon, siya ring napagmasdan ng ating bayani at ng mga pilipinong naninirahan dito sa Maynila sa araw na ito. At kaipala'y ang tubig at mga alon na dumadagok at naglalaró sa dalampasigan ng Luneta ngayon, ay siya ring tubig na napagmasdan ng ating bayani nang bago siya pumanaw. At pagkatapos ng apatnapu't pitong taon, ay natitipon tayo upang

magbigay galang at alalahanin ang kasaysayan ng minamahal nating bayani sa araw na ito, si Dr. José Rizal. At tayo'y natitipon dito, pagkatapos ng apatnapu't pitong taon, hindi upang ipagdiwang ang kamatayan ni Dr. Rizal, natitipon tayo upang alalahanin ng buong bayan ang pagka-alipin ng bayang Pilipinas, alalahanin lalung-lalo na ang magandang aral ni Rizal sa buong bayang Pilipinas sa araw na ito. Minahal ni Dr. Rizal ang bayang Pilipinas nang higit sa pagmamahal niya sa kaniyang sarili, minahal niya ang Kalayaan na higit sa pagmamahal niya sa sariling buhay, at minahal niya, mga kababayan, ang Pilipinas hindi sa gitna ng kasaganaan, katahimikan at pagpapasagana sa bayan. Minahal niya at pinangarap ang Kalayaan ng Pilipinas sa gitna ng pagdurusa, sa gitna ng pagpapakasakit, sa gitna ng kahirapan, sa Espanya at sa mga ibang bayan sa Europa; minahal niya ang Kalayaan ng bayang Pilipinas sa gitna ng pagtitiis niya sa Hongkong, Singapor, sa Hapón sa Dapitan, at sa bilangguan sa Fort Santiago upang ang kanyang pinangarap na Kalayaan ay siyang maging habilin sa puso at diwa ng bayang Pilipinas. Pinañgarap at ninais niya ang Kalayaan sa gitna ng pagtitiis at hindi sa pagpapasagana, sa pag-asa na tayong mga kapatid niya na mga Pilipino ay mahalín din natin ang Kalayaang iyan, hindi lamang sa gitna ng kasaganaan ng kanyang kababayan kundi katulad din ng ginawa niya at hinabilin sa kanyang pangaral na iyan. Ninais niya ang Kalayaan sa gitna ng pagtitiis at nalalaman niya sa kanyang pañgarap na lumaya ang bayang Pilipinas sa gitna ng kahirapan, pagtitiis at pagbabatá at nalalaman niya na hindi niya mabibigyan ng isang hihigang bulak, at nalalaman niya na hindi niya madudulutan ang bayang Pilipinas ng isang sarong ginto upang siyang gamitin ng kanyang mga kababayan pagtahan sa mga dampa; nguni't ninais niya, na ito'y hindi nañgañgahulugan ng tahananang konkreto para sa mga kababayan niya, at nalalaman niya na ang mga Pilipino ay marami sa kanila ang patuloy pa ang kahirapan at ang pagtahan sa mga dampa; nguni't ninais niya, pinañgarap at nagpakamatay, na sa laki ng kanyang pag-asa, na sa gitna ng kagutuman ng mga Pilipino, sa gitna ng paghihirap nating lahat, inaasahan ni Rizal na sa oras man ng kamatayan ng mga Pilipino, ang pag-ibig sa Kalayaan, ang pag-ibig na tunay sa lupang tinubuan, sa oras man ng kamatayan, ay wala tayong pinañgarap kundi ipagtanggol ang isang bayang Pilipinas. Kaya't mga kababayan, nalilibid natin ang bantayog na ito, na napakadakila sa bayan. Ang kanyang kamatayan ay nagbuñga ng kainitan sa mga Pilipino at naging apoy sa mga

puso nina Heneral Gregorio del Pilar, Heneral Malvar, Mabini at iba pa, na dahil sa kainitan ng mga pañgaral na hinabilin sa mga puso ng mga Pilipino ay nagbuñga ng paghihimagsik ng mga Pilipino, dahil dito'y natapos ang pamamahala ng mga Kastila rito sa atin at pagkatapos ay nasakop naman ng isang bansa ang ating bayan, nguni't hindi iginalang ang kanyang pangarap, ang pangarap na iyan ay ang Kalayaan. Naparito ang isang bansa na sa pamamagitan ng bansang iyan, nagkaroon tayo ng kalayaan at ang kalayaang iyan siyang pangarap ni Rizal. At ang Kalayaang iyan, mga kababayan, ang Kalayaang ating tinamó ngayon, ay KALAYAAN na dapat nating pagpilitan na maging tunay at iyan ang ibinunga ng katangian ng kabayanihan ni Rizal.

Kaya't mahal na bayani (humarap ang Pangulo sa bantayog ni Rizal), kami ngayong nasasa-harapan ng iyong dakilang bantayog, kaming mga Pilipino na iyong minamahal, nagpakahirap ka at nagpakasakit nang ikaw ay nasasa-ibang bansa dahil sa amin, kaming mga Pilipinong nagmana ng iyong mga aral, kaming mga kapatid mo, ipinamamanhik namin sa iyo na magmula nang isabog mo ang dakilang aral sa kalayaan at ang aral na magkaisa at magkabigkis-bigkis, kung papaano ang pagtitiis mo sa ibang bansa sa kagitingan at katapangan mo sa pamamagitan ng iyong pagtangkilik sa Pilipinas, kung papaano mong minahal ang dakilang lahing Pilipino, at kung papaano ang paghihirap mo noong ikaw ay nabubuhay pa at kung papaano ang katigasan ng iyong loob sa pagmimithi sa Kalayaang iyan at nang isabog mo ang mga gintong aral sa mga Pilipino, mula noon hangga ngayon, mahal naming Rizal, buhat diyen sa kataas-taasang langit na iyong kinalalagyan sa gloria, ipinamamanhik namin sa iyo, dakilang bayani ng lahi, na kaming mga Pilipino na sumusunod sa dakila mong aral na pagpapakasakit, paghihirap at kaming mga kapatid mo, ay samahan at tulungan mo, aming isinasamó, sa pagtawag kay Bathala, mahal naming Rizal, kaming sinabugan mo ng diwa ang puso upang mahalín ang kalayaang ito, at upang maging tunay na Pilipino, makapagtiis sa gitna ng kagutuman, kaming mga Pilipinong naghihirap ngayon, lalung-lalo na kaming mga walang makain ngayon sa pagtitiipon na ito, ipanalangin mo kami, mahal naming Rizal, kay Bathala, yayamang malapit ka sa Kanyang sinapupunan upang mabatá namin ang kahirapan at paglilingkod na tunay sa aming pamahalaan at maging dapat kami sa utos ni Bathala, makapaglilingkod nang tapat sa buong bayan, na harinawa, na ang pinañgarap mong kalayaan ng bayan, ay hindi maging malaking

suliranin sa mga Pilipino at sapagka't noong ikaw ay nabubuhay pa, para sa iyo, ang KALAYAAN ay siyang tanging sagisag ng bayang Pilipinas na uhaw sa paglaya. Maraming salamat.\*

*Talumpati noong ika-30 ng Disyembre, 1943.*

---

\* Compatriotas y hermanos:

Hace cuarentaisiete años con hoy que en este mismo histórico lugar de la Luneta cayó el más grande patriota del pueblo filipino, el Dr. José Rizal. Quizás la brisa que esta mañana acaricia nuestros semblantes, sea la misma que habría el día en que murió el Dr. Rizal; tal vez fuera también el mismo sol y el mismo color sombrío que en estos momentos ofrece el cielo de Filipinas y vieran nuestro héroe y aquellos filipinos que residían en Manila; y tal vez el mar y las olas que se remansan y besan las playas de la Luneta sean las que, antes de morir, fueran también las mismas que contemplara nuestro héroe. Y después de cuarentaisiete años estamos aquí congregados para rendirle el homenaje que le debemos para poder así recordar la nobilísima historia de nuestro héroe, el Dr. José Rizal. Y, después de cuarentaisiete años, estamos aquí, no para celebrar ciertamente la muerte del Dr. Rizal, sino para que todo el pueblo filipino retrotraiga su memoria a aquella esclavitud en que se hallara sometido el pueblo filipino, y sobre todo, para recordar a este pueblo las hermosas enseñanzas de nuestro más egregio héroe nacional, el Dr. José Rizal.

El Dr. Rizal, como sabeis, amó al pueblo filipino más que a sí mismo, amó la libertad más que a su propia vida, y amó a Filipinas y a sus compatriotas, no en el disfrute de la tranquilidad, de la prosperidad y de la opulencia. Él soñó y amó la libertad de Filipinas en medio de muchas dificultades, penalidades y sacrificios cuando aún estaba en España y en los otros pueblos de Europa; amó en sus dolores y quebrantos la independencia del pueblo mientras estaba en Hongkong, Singapur, Japón, Dapitan y en la cárcel del Fuerte Santiago y llevado de la idea de que la libertad por él soñada fuese el legado que habría de dejar para el corazón y el alma del pueblo filipino.

Soñó y deseó, sí, la libertad acariciando la esperanza de que nosotros sus hermanos amemos también esa libertad y tal como él nos la inspirara y practicara. Deseó la libertad en el sufrimiento y en la resignación, y por sus sueños sabía que Filipinas se vería manumitada, y sabía que no podría dar al pueblo filipino una mansión, ni un lecho muelle ni una copa de oro para la mayoría de los filipinos que continúan sumidos en la pobreza y viviendo en chozas y tabucos; y soñó, deseó y murió en la esperanza de que, a pesar de todas las dificultades y sufrimientos de esta vida, y aún en la hora de la muerte, los filipinos pongan su más elevada y digna aspiración en la defensa del pueblo en que nacieron. Por esto, compatriotas, estamos al pie de esa sagrada bandera del pueblo.

La muerte del Dr. Rizal, compatriotas, fue la causa de la ira de nuestros antepasados, la cual, al calor de los sublimes ejemplos que dejara para los filipinos, y al adueñarse del corazón de los generales Gregorio del Pilar y Malvar, Mabini y otros, armó los brazos de la revolución filipina que abatió la dominación española sobre Filipinas, mas esto no impidió que otra vez cayera bajo la soberanía de otra nación que no respetó aquel sueño de libertad.

Pero por ese mismo nuevo soberano que no había respetado aquel sueño, y después de imponerse del sentir colectivo e indeclinable de Filipinas, conseguimos ser libres, viendo así realizados el porvenir entrevisto por Rizal en sus sueños. En esa libertad, como fruto del patriotismo incomparable, único, de Rizal, debemos, por tanto, insistir, compatriotas, para que sea una gloriosa realidad.

Es por eso, amado héroe (*el President Laurel se pone frente a la bandera de Rizal*), los que estamos aquí ante vuestra gran bandera, nosotros, los filipinos a quienes amasteis sufriendo y sacrificándoos mientras estábais en luengas tierras para que recogiéramos tus ensueños, os imploramos para que, desde que impartisteis en nosotros las grandes enseñanzas de la libertad, de la unidad y de la confraternidad, como sufristeis, valerosa y gallardamente, en lejanos continentes defendiendo los derechos de Filipinas y continuasteis sufriendo aspirando a esa libertad, así como prodigasteis en nosotros tus sabias enseñanzas desde entonces hasta esos días, en ese altísimo cielo en que os hallais, en la gloria, os imploramos, repito, que nos acompañéis y ayudeis para que, cuando elevemos nuestras oraciones a Dios, nosotros a quienes despertasteis nuestros corazones para que amemos esa libertad, seamos verdaderos filipinos y que, al igual que vos, podamos nosotros, que nos agitamos aún en la mayor pobreza, sufrir todas las miserias y podamos sobrellevar las vicisitudes de la vida y servir con la mayor lealtad a nuestro gobierno y a nuestro pueblo y ser dignos de la voluntad de Dios.

Plugiera a la Divina Providencia disponer que la libertad que soñasteis para el pueblo no sea una cortapisa para los filipinos, ya que mientras estabais en este mundo, la libertad por vos soñada era la legítima consigna que, en las luchas pacíficas y en los campos de batalla, unificó y llevó a la victoria al Pueblo Filipino.

Muchas gracias.

---

### **From President Manuel Roxas:**

On this hallowed spot, scene of tragedy and glory, we hail the immortal spirit of José Rizal. Fifty years ago today this patriot sage joined the ranks of liberty's martyrs. Fifty years ago, the brilliant flame of his life was violently snuffed out by imperial minions who did not comprehend the truth that men may be killed, but ideas are indestructible.

On this same spot, six months ago, our nation became a free Republic. That monumental event Rizal foresaw. It was fitting that the symbolic ceremonial of independence should have been performed on the ground consecrated by the blood of the great leader and prophet.

It is not without significance that Rizal, peering into the inscrutable mists of the future, predicted that one day the American Republic, in his time still untested as a world power, would play a major role in the history of his homeland. True to his prophecy, it was America who bestowed the boon of freedom, Rizal's greatest dream, upon the people and land he loved so well.

In the half century since his death, Rizal has dominated our national consciousness more completely than any other figure of our history. We pay our tributes to a long and swelling rank of heroes from Gat Pulintang to Bonifacio to José Abad Santos and Quezon, but Rizal towers over them all, as he inspired all who came after him.

Distilled from a turbulent ever-searching spirit, Rizal's writings whether in prose or in verse, are lyric truths, sounding every note of our national character, our national dreams, our national needs. He did not neglect to touch, nor to examine the frailties and faults of his countrymen. Who among us will not still wince at some of the truths which shine forth undimmed from the immortal pages of the *Noli Me Tángere*? Who will not still quail and blush at his diatribes against the proneness of some of our people to place conceit and dignity above our nation's good?

In a major measure, his words are as true today as when they were written. They express a basic fault of our national character and underlie many of our vexing problems. Yet Rizal understood with crystal clarity, and exalted in immemorable prose and verse, our national glories, the shining virtues of our race, the courage, the loyalty, the patience, the tenacity and endurance, the love of music and the love of noble glory, the sensitivity and the innate graciousness of our people.

His philosophic understanding of the problems of his day, and of the problems of the generations that were to come after him are profound and prophetic. He examined, with fierce and pitiless disinterest, all the axioms and assumptions of his time. Those he found false in the glaring light of fact and experience he rejected and stripped of sanctity. With



equal fervor he embraced the great ethical concepts of Liberalism and Humanity, the concepts of Mankind's Greatest Martyr, Jesus Christ. Human dignity and individual worth . . . human equality before God and government . . . those were the revolutionary banners carried by José Rizal.

The proposition of racial superiority Rizal abhorred and confounded. The corollary that some men are made to rule and others to be enslaved he denounced with acidic irony. As to the gross apology of the Spanish rulers, who claimed superior rights over Filipinos because the latter were brown of skin and wide of nostrils, Rizal thundered, "Law knows no color of skin, nor does reason differentiate between nostrils." That was blasphemy in his days. But Rizal dared to blaspheme. He feared neither King nor clergy. He was first to acknowledge the reasonable authority of Government; but he would neither bend the knee nor bow his head to what he called "the false pretensions and petty persecution of sham gods." He sharply attacked the shibboleths of "prestige" and of "face." "The prestige of a nation," Rizal wrote, "is preferable to that of a few individuals."

Heroically he demanded a free press, and assaulted every reason put forward against it. With his mind and heart full of the liberal traditions of the western world, Rizal agitated for a removal of the iron restraints on freedom of thought and expression imposed by petty tyrants who greatly feared the light of truth and knowledge. Solemnly, he warned the colonial rulers. . . . He said: "History shows that uprising and revolutions have always occurred in countries where tyranny rules, in countries where human thought and the human heart have been forced to remain silent." It is in his tradition, which is also the tradition of Voltaire and Peter Zenger and Thomas Paine, that we maintain today and will defend with all our vigor full freedom of mind and speech. That is the essential distinction, the touchstone which Rizal well knew, spelling the difference between dictatorship and democracy, between freedom and slavery. Where men are free to speak their minds, to air their dreams, to petition their Government, to assemble peaceably, to discuss their grievances, fancied or real . . . there true freedom dwells. Where these rights are not implicit, and are not guaranteed to the people, even against the Government itself, that is not freedom's realm, whatever the name, whatever the form.

José Rizal was not an advocate of revolution nor of violence. Yet in the absence of essential reforms, he clearly saw the inevitability of revolution and uprising. Because he understood this alternative and stated his belief without subterfuge or evasion, he was pilloried, exiled, persecuted, tortured, and then destroyed. This great mind recognized that education and peaceful progress toward the lofty goals of freedom are preferable to strife, death, and bloodshed. But when the light of truth was arrogantly challenged, when men were refused the right to worship God in a manner of their own choosing, when his countrymen were denied the opportunity to learn and to be taught, when official injustice and cruelty went unchecked and unpunished, when he perceived the gathering storms of hate and fury in the hearts of his people, he issued a clear and certain warning, documented by history, that liberty would prevail in the end against tyranny.

Rizal found his country prostrated, exploited and oppressed, its mind and soul smothered by political intolerance and religious bigotry. He endeavored to lift up the spirit of the common man and make him aware of his dignity. He taught his countrymen their rights as well as their obligations. He tore from their eyes the veil of impotence, and showed them, with measured logic, that a people united against oppression is irresistible; and that there is no punitive power sufficiently great to keep forever chained an aroused nation armed with a love of liberty and justice.

Rizal struck the shackles from the people's minds: he led them to the realms of undeterred thought. Freedom and justice were depicted by Rizal as the noblest aspiration of a nation. With skilled and steady hands, unshaken by fear or reprisal, José Rizal forged the solidarity of our people. He scourged with bitter invective the petty divisions of province against province which permitted the masters to rule by setting one group against another. Not his province, not his section but his country, "gem of the Orient Sea," he said, was inhabited by one people, one nation, a nation which he acclaimed as indestructible by tyranny or by terror.

"Dream of my life, my living and burning desire,  
all hail," he cried,

"And sweet it is, for thee to expire,

To die for thy sake, that thou may'st aspire."

These flaming words fused the soul of the Filipino people. By their passion and beauty, Rizal's farewell verses became a seal of brotherhood by which the Filipinos recognized their affinity, one with another, and by which the land, from an archipelago, became a nation.

This poet, statesman, dreamer-seer held high the torch of freedom when the night was darkest. When some despaired of liberation, confronted with the entrenched power and might of imperial Spain, Rizal fastened his smiling hopes upon his nation's youth, turning to those who still today hold the promise of our future glories. He said:

“Hold high thy brow serene, O youth  
Where now you stand.  
Let the bright sheen  
Of your grace be seen,  
Fair hope of my fatherland.”

A youth himself, he died, his golden pen laid to rest, his restless intellect destroyed, his brilliant talents suspended at their full. But the imperial minions killed only Rizal's body. They found out too late that his unvanquished spirit led his people on.

The poet Cecilio Apostol, spoke thus to the martyred Rizal:

“Your brain was stilled by a bullet's thrust,  
But your spirit soars o'er an empire's dust.”

Jose Rizal sealed with his young life our compact with destiny.

Whatever our difficulties today, however impoverished we are by war, we are rich in our heritage of Rizal's patriotism and wisdom. It is a constant spur to our national endeavors to merit, in our daily lives, our claim to his whole sacrifice

There are no better guides to national glory and worth than the precepts which this great soul set forth for our people. He distilled them from his deep knowledge of our past and his bright hopes for our future. We would do well to steep ourselves in the wisdom he taught us. I am not one of those who would mortgage the living future to the claims of a dead past. Yet in Rizal, we have a man whose wisdom was universal, whose thoughts were true not only for his time, but ours. There are few geniuses of any age of whom that can be truly said.

William Tell, hero of Switzerland, died a soldier's death, but he left no living truths to guide his country across the future years. Napoleon was a winner of battles and even a giver of laws, but he did not give lasting inspiration to his country, nor was he a prophet of peace. Savonarola died for his beliefs, but his was a martyrdom of faith rather than of patriotism. England has had her great statesmen and soldiers, but no single one of them combined the vaulting love of his people with the transcendental wisdom which gives Rizal his eternal fame. The only parallel of history who comes immediately to mind is that patient, brooding spirit, Abraham Lincoln, like Rizal, a martyr to human freedom.

Today we need men of Rizal's mold. The cause of liberty cries for new recruits. The heavy hand of oppression casts its shadow over much of the earth. A new philosophy opposes our own, one which would substitute the promise of bread for the reality of freedom. While proposing to free men from economic thralldom, it imposes upon them a mental serfdom—an intellectual regimentation which denies selection and inquiry.

Economic injustice and oppression are hateful and destructive of the individual. Freedom from want and freedom from economic slavery must be achieved. We must never rest until we have established the opportunity of all men to live in comfort and security. But must we, to gain our ends, place our necks in the yoke of dictatorship, whatever its excuses? Must we accept the tablets of law and wisdom from self-appointed leaders claiming to represent a single economic class and imprison our minds and our children's mind in hoops of sacrosanct doctrine? That is too heavy a price for the promise of economic equality. Power is too intoxicating a wine to be entrusted, without the people's check, to a single party or oligarchy, or despot.

No, we will work in the pervading light of day, and expose our intellectual wares in the free market of democracy, and let the people choose. When they have chosen, we will use the powers of constitutional government, with unstinted vigor, to lead the people to security and prosperity. But the people must be free to approve or reject their leaders, after the constitutional term of stewardship, and to express their views, through the press and other media, to compel officials of high or low rank to answer for their deeds in the public plaza of free sentiment, freely expressed.

That is our credo, that is our basic principle. That is the teaching of José Rizal. He was no absolutist. He did not fight and die to substitute a Filipino master for the Spanish. He was full of trust in the basic wisdom of his people. A people have the government that they deserve, he said. Through education and the spread of knowledge, through full and free inquiry into ideologies and beliefs, through public discussion and debate, truth is established; men are made free. He hated tyranny. But tyranny, he knew, is possible for any length of time only when there are men who will accept tyranny. "There can be no tyrants without slaves," was his injunction to his people. And today in the Philippines, there can be no tyrants, because there are none who would accept slavery or oppression.

As long as we love freedom, we shall honor Rizal. When this nation turns its back upon liberty, and chooses the degrading road of dictatorship, we shall have to exalt another hero, certainly not Rizal, the Apostle of liberty's sacred creed.

How happy and proud we can be as we say to him today: Your faith has been vindicated; your dreams have come true. The seeds of liberty you sowed flower everywhere in your native land. Here democracy reigns. And here freedom will abide, protected and defended by your countrymen who, in unshakable loyalty to your memory, cannot conceive of life without liberty.

How can we be sufficiently grateful to the immortal soul of the man who passed on to us this noble heritage? How can we pay adequate tribute, or do him proper honor? We can only say, as it was said of another deathless champion of his country:

Rizal,

"Your nation's heart, your grave will be,

Your monument, a nation free." \*

*Address on Rizal Day, Manila, December 30, 1946.*

---

\* En este sagrado lugar, escena de tragedia y gloria, reverenciamos el espíritu de José Rizal. Hace cincuenta años hoy, este sabio patriota se unió a las filas de los mártires de la libertad. Hace cincuenta años, la llama brillante de su vida fué violentamente apagada por los secuaces del imperio español que no sabían la verdad: que los hombres pueden ser aniquilados, mas las ideas son indestructibles.

En este mismo lugar, hace seis meses, nuestra nación se convirtió en República independiente. Tal monumental acontecimiento fué vaticinado por Rizal. No es más que justo que la simbólica ceremonia de nuestra libertad fuese celebrada en el sitio consagrado por la sangre del gran caudillo y profeta filipino.

Es de mucho significado el que Rizal, hurgando las tinieblas inextructables del futuro, predijera que un día la República Americana en sus tiempos no probada aún como potencia mundial, desempeñaría un papel importante en la historia de su país. Fiel a su profecía, fué América la que dió la bendición de la libertad, el ensueño más grande de Rizal, al pueblo y la tierra que tanto amaba.

En el medio siglo transcurrido de su muerte, Rizal ha dominado nuestra conciencia nacional más completamente que ninguna otra figura de nuestra historia. Rendimos nuestro homenaje a una larga y abundante fila de héroes desde Gat Pulintang a Bonifacio, José Abad Santos y Quezon, pero Rizal les supera a todos, como quiera que él inspiró a los que le siguieron después.

Purificados por un espíritu turbulento e incansable, los escritos de Rizal, en prosa o en verso, son verdades líricas, cada nota de los cuales denota nuestro carácter nacional, nuestros ensueños y necesidades nacionales. No se descuidó de apuntar, ni dejó de examinar las frivolidades y los defectos de sus ciudadanos. ¿Quien de nosotros no se sorprendería todavía de las verdades que se revelan resplandecientes en las páginas inmortales del *Noli me Tángere*? ¿Quien no se descorazona ni se sonroja ante sus diatribas contra la propensión de algunos de nosotros de colocar el engaño y la dignidad sobre el bienestar nacional? En una medida más grande, sus palabras son tan ciertas hoy como cuando las escribió. Expresan un defecto básico de nuestro carácter nacional y exponen muchos de nuestros problemas enojosos. Y Rizal comprendió con claridad meridiana y exaltó en inolvidable prosa y verso nuestras glorias nacionales, las virtudes brillantes de nuestra raza, el coraje, la lealtad, la paciencia, la tenacidad y la perseverancia, el amor a la música y el amor a una gloria noble, la sensibilidad y la cortesía innata de nuestro pueblo.

Su comprensión filosófica de los problemas de su día y de los de las futuras generaciones, es profunda y profética. Examinó con fiereza y despiadado desinterés, todos los axiomas y proposiciones de su tiempo. Aquellas que encontró falsos a la luz brillante de la realidad, los rechazaba y los despojaba de su santidad. Con igual fervor abrazó los grandes conceptos éticos del Liberalismo y la Humanidad, el concepto del mártir más grande de la Humanidad, Jesucristo. La dignidad humana y el valer individual . . . la igualdad humana ante Dios y el gobierno . . . esas eran las banderas revolucionarias que enarbó José Rizal.

Rizal aborreció y condenó la proposición de la superioridad racial. El corolario de que algunos hombres han nacido para mandar y otros para ser esclavos lo denunció con amarga ironía. En cuanto a la crasa apología de los gobernantes españoles que reclamaban derechos superiores sobre los filipinos porque los últimos eran morenos y de nariz

ancha, Rizal exclamó: «La ley no distingue el color de la piel, ni la razón establece diferencias entre narices.» Atacó crudamente a los fanáticos del prestigio y la personalidad. «El prestigio de una nación—escribió Rizal—es preferible al de algunos individuos.»

Heróicamente, demandó por una prensa libre y refutó todos los argumentos en su contra. Con su mente y corazón llenos de las tradiciones liberales del mundo occidental, Rizal trabajó por la remoción de las limitaciones de la libertad del pensamiento y la expresión impuestas por los pequeños tiranos que temían grandemente la luz de la verdad y del saber. Solemnemente hizo una llamada a las autoridades coloniales . . . Dijo: «La historia demuestra que los levantamientos y revoluciones han ocurrido siempre en pueblos donde el pensamiento y el corazón fueron obligados a permanecer silentes.» Esta es su tradición que también es la tradición de Voltaire y Peter Zanger y Thomas Paine que mantenemos hoy, y defenderemos con todo vigor la completa libertad del pensamiento y de la expresión. Esta es la distinción esencial, la piedra de toque que Rizal sabía tan bien, señalando la diferencia entre la dictadura y la democracia, entre la libertad y la esclavitud. Donde los hombres tienen libertad de expresar sus pensamientos, sus aspiraciones, de pedir a su gobierno las reuniones pacíficas, de discutir sus agravios, imaginarios o reales . . . allí existe su verdadera libertad. Cuando estos derechos no son implícitos y no están garantizados por el pueblo, aun en contra del gobierno mismo, allí no está el reino de la libertad, cualquiera que sea su nombre, cualquiera que sea su forma.

José Rizal no era un precursor de la revolución ni de la violencia. Mas, en la ausencia de reformas esenciales, claramente vió lo inevitable de la revolución y la rebelión. Porque él comprendía esta alternativa y expresó su creencia sin subterfugio ni evasión, fué empicotado, desterrado, perseguido, torturado y después destruído. Esta cumbre intelectual reconoció que la educación y el progreso pacífico hacia las elevadas metas de la libertad, son preferibles a la lucha, muerte y derramamiento de sangre. Pero cuando la luz de la libertad fué arrogantemente desafiada, cuando se negó a los hombres el derecho de adorar a Dios según su modo de pensar, cuando se negó a sus paisanos la oportunidad de aprender y ser enseñados, cuando la injusticia y la crueldad oficiales no tuvieron freno ni castigo, cuando se dió cuenta de las tempestades que formaban en los corazones de su pueblo, dió un claro y cierto aviso, documentado por la historia, que la libertad prevalecerá al fin contra la tiranía.

Rizal encontró a su pueblo postrado, explotado y opreso, su mente y su alma sofocadas por la intolerancia política y el fanatismo religioso. Laboró para elevar el espíritu del hombre común y hacrle consciente de su dignidad. Enseñó a sus compatriotas sus derechos así como también sus obligaciones. Arrancó de sus ojos el velo de la impotencia y les demostró con lógica modestia, que un pueblo unido contra la opresión es irresistible y que no hay un poder punitivo suficientemente grande para sujetar eternamente la imaginación resuelta de un Pueblo que ama la libertad y la justicia.

Rizal arrancó los grilletos de las mentes de sus paisanos y los llevó a los reinos del pensamiento, sin restricciones. La libertad y la justicia

fueron pintadas por Rizal como la más noble aspiración de una nación. Con manos hábiles y firmes ante el temor y las represalias, José Rizal fundó la solidaridad de su pueblo. Condenó con invectivas las pequeñas divisiones de provincias contra provincias que permitían a los amos gobernar colocando un grupo contra el otro. No su provincia, no su región, pero su país, «perla del mar de Oriente» como él dijo, estaba habitado por un pueblo, una nación, una nación que él estimaba como indestructible por la tiranía o el poder.

Ensueño de mi vida, mi ardiente, vivo anhelo,  
¡Salud! Te grita el alma que pronto va a partir;  
¡Salud! ¡ah, que es hermoso caer por darte vuelo,  
Morir por darte vida, morir bajo tu cielo,  
Y en tu encantada tierra la eternidad dormir!

Estas palabras ardientes fusionaron al pueblo filipino. Por su pasión y su belleza, los versos de despedida de Rizal se convirtieron en un sello de hermandad por el cual los filipinos reconocieron su afinidad, unos con otros, y por el cual un archipiélago se convirtió en una nación.

El poeta, el estadista, el visionario alzó en las alturas la antorcha de la libertad cuando la noche fué más oscura. Cuando algunos se desesperaban de la liberación ante el poder y la fuerza de la España imperialista, Rizal cifró sus esperanzas halagüeñas en la juventud de su nación, dirigiéndose a aquellos a quienes hasta ahora, conservan la promesa de nuestras glorias futuras. Dijo:

¡Alza tu tersa frente,  
Juventud filipina, en este día!  
¡Luce resplandeciente  
Tu rica gallardía,  
Bella esperanza de la Patria mía!

Siendo también joven, murió, descansando en paz su pluma de oro, su inquieta inteligencia destruida, sus brillantes talentos suspensos en su madurez. Mas los esbirros imperialistas sólo mataron el cuerpo de Rizal. Supieron más tarde que su espíritu invencible acaudillaba a su pueblo.

El poeta Cecilio Apóstol, se dirigió de este modo al martir Rizal:

No llores, de la tumba en el misterio  
Del español el triunfo momentáneo,  
Que si una bala destrozó tu cráneo,  
También tu idea destrozó un imperio.

José Rizal selló su juventud con un pacto con el destino.

Cualesquiera que fuesen hoy nuestras dificultades, por más pobre que estemos por la guerra, somos ricos por nuestra herencia del patriotismo y la sabiduría de Rizal. Son un estímulo constante en nuestros esfuerzos nacionales por merecer, en nuestras vidas diarias, nuestro derecho a su supremo sacrificio.

No hay otras guías para la gloria y merecimientos nacionales que los preceptos que esta gran alma dictaminó para su pueblo. Los ha



purificado con su hondo conocimiento de nuestro pasado y con sus brillantes esperanzas del porvenir. Haríamos bien en saturarnos con la sabiduría que él nos ha enseñado. No soy de esos que comprometerían un viviente futuro a las demandas de un pasado desvanecido. Mas en Rizal, tenemos un hombre cuya sabiduría es universal, cuyos conocimientos son ciertos, no solamente en su tiempo, sino también en el nuestro. Hay pocos genios de cualquier edad de los cuales se puede decir esto con certeza.

William Tell, héroe de Suiza, murió la muerte de un soldado, pero no ha dejado verdades vivientes para dirigir a su pueblo en años futuros. Napoleón fué un ganador de batallas, y hasta un legislador, pero no ha dejado una inspiración imperecedera a su país, ni fué un profeta de la paz. Savonarola murió por sus creencias, pero el suyo fué un martirio por la fe y no por patriotismo. Inglaterra tuvo sus grandes hombres de estado, y soldados, pero ninguno de ellos supo combinar el amor ferviente de su pueblo con la sabiduría trascendental, que dió a Rizal eterna fama. El único paralelo suyo en la historia que viene inmediatamente a la mente es aquel espíritu paciente y pensante, Abraham Lincoln, quien como Rizal, fué un mártir de la libertad humana.

Hoy día necesitamos hombres del molde de Rizal. La causa de la libertad pide nuevos reclutas. La mano pesada de la opresión proyecta su sombra a la mayor parte de la tierra. Una nueva filosofía se opone a la nuestra, una filosofía que substituiría a la promesa del pan por la realidad de la libertad. Mientras proponen libertar a los hombres de la esclavitud económica, les imponen una esclavitud mental y una regimentación intelectual que les niega la selección y la investigación.

La injusticia y la opresión económica son odiosas y destructivas para el individuo. La libertad sobre el hambre y la libertad sobre la esclavitud económica, se deben conseguir. No debemos descansar hasta que hayamos obtenido la oportunidad para todos los hombres, a vivir con comodidad y seguridad. Pero para ganar estos fines, ¿debemos de colocar nuestros cuellos bajo el yugo de la dictadura, cualesquiera que fuesen sus excusas? ¿Debemos aceptar las tablas de la ley y la sabiduría de esos sedicentes caudillos que pretenden representar una sola clase económica y que aprisionan nuestras mentes y las mentes de nuestros hijos bajo las garras de una sacrosanta doctrina? Eso es mucho pagar por la promesa de una igualdad económica. El poder es un vino embriagador para confiarlo sin conocimiento ni consentimiento del Pueblo, a un solo partido, una sola oligarquía, o un solo déspota.

No; trabajaremos a la luz vivificadora del día y expondremos nuestro valer intelectual en el mercado libre de la democracia, y que el pueblo escoja. Cuando hayamos escogido, emplearemos los poderes constitucionales del gobierno, con un inmaculado vigor, para llevar al pueblo hacia su seguridad y prosperidad. Mas el pueblo debe estar libre para aprobar o rechazar a sus caudillos, después del término constitucional de gobierno, y a expresar sus opiniones mediante la prensa y otros órganos de publicidad, para obligar a los funcionarios de alta y baja categoría a responder por sus actos en la plaza pública del sentimiento libre, libremente expuesto.

Ese es nuestro credo, ese es nuestro principio básico. Esa es la doctrina de Rizal. No era un absolutista. Él no luchó ni murió para substituir un amo filipino a un español. Tenía mucha fe en la sabiduría básica de su pueblo. Un pueblo tiene el gobierno que se merece, dijo. Mediante la educación y la propagación del conocimiento, mediante la completa y libre investigación en las ideologías y creencias, mediante las discusiones y debates públicos, la verdad se establece; los hombres han nacido libres. Él odió la tiranía. Pero él sabía que la tiranía es posible para cierto tiempo, cuando hay hombres que lo aceptan. «No puede haber tiranos donde no hay esclavos», era su apóstrofe a su pueblo. Y ahora en Filipinas no puede haber tiranos, porque nadie quiere aceptar la esclavitud o la tiranía.

Mientras amemos la libertad, honraremos a Rizal. Cuando esta nación vuelva sus espaldas a la libertad y escoja el camino degradante de la dictadura, tendríamos que honrar a otro héroe, ciertamente no Rizal, el apóstol del credo sagrado de la libertad.

Cuan felices y orgullosos podemos estar al decirle hoy: Tu fe ha sido vindicada; tus sueños se han realizado. Las semillas de libertad que tu sembraste florecen en todas partes de tu nativa tierra. Aquí manda la democracia. Aquí se oye la voz del pueblo. Aquí reina la libertad. Y la libertad persistirá, protegida y defendida por tus compatriotas, quienes, con una lealtad inquebrantable a tu memoria, no puede concebir la vida sin la libertad.

¿Cómo podemos ser suficientemente agradecidos al alma inmortal del hombre que nos dejó tan noble herencia? ¿Cómo podemos rendir un justo tributo o hacerle un digno honor? Tan solo podemos decir, como se dijo de otro campeón inmortal de su país:

Rizal,  
«El seno de tu patria será tu propia tumba,  
Y tu gran monumento, una nación libre.»

---

**From President Elpidio Quirino:**

### RIZAL AS ONE OF US

We are gathered on this hallowed spot to evoke the sacred memory of our national hero.

The human mind is so constituted that abstract ideas, such as patriotism, sacrifice, and service to humanity, are illusive and hard to grasp, and harder to transmute into living action in our own individual conduct and in public life. So, in the history of every nation, there always arises like a high and majestic peak the figure of a man who becomes the symbol of the country's heroic adventure in the past, of the nation's

supreme aspirations, and of the people's great destiny in the future. Such is Dr. José Rizal who towers in magnificence as the perennial fountain of our national aspirations and the undying inspiration of the Filipino youth.

When fratricidal conflict in our country rages; when one group claims to be better Filipinos than others; when political bitterness floods the nation's life with mutual recriminations; when religious strife consumes the most delicate sentiments of Christian love, forgiveness, and tolerance; when these tragic happenings threaten to tear the body politic to pieces, Rizal is our rallying point for national unity in the midst of desperate confusion, to remind us sternly that we are all Filipinos alike and that there can be no group monopoly of patriotism and of civic virtues. Before him who is nothing less than the nation's conscience, we all stand by tradition praised or condemned, not by our party affiliation or religious creed, nor by our material fortune or by the region we come from, nor by the books we have read or failed to read, but by the measure of integrity and loyalty with which we have kept the faith of him who shed his precious blood "to tinge" our dawn.

It is thus the high fortune of our dear nation that whenever amid darkness on the stormy sea of political passions, the Ship of State is in danger of sinking or lashing against the rock of time, firm hands may steer her course by that one resplendent and eternal star, Dr. José Rizal.

Through fully half a century since his martyrdom the Rizal cult has daily so grown that whatever the accidents and exigencies of our national life we find in him the authentic exemplification of a faith that pulls us through all vicissitudes.

The validity of Rizal to us is not based on the fact that he was a poet, a novelist, scholar, scientist, and the various other manifestations of his versatile intellect and genius. It is based on the fact that he provided us with a dynamic, living faith as a nation and incarnated that faith in his thoughts, his life, and his death, better than anyone else did.

While we all feel comfortable about making him a symbol, an epitome, a lodestar, dehumanizing him thereby even as we idolize him, we seldom pause to consider how much greater his significance would be were we to take pains to see him as one of us—human, pulsating, alive. Visionary, yet he was sometimes full of misgivings, about the realization of his dreams; purposive, yet he was full of doubts regarding the outcome of his goals, posing even in the novels which were his mouthpieces

several possible solutions to the problems of his country's ills. True, there was very little confusion in that great man's mind, because he had only the one consuming desire—of setting his country free, materially and spiritually; but he was a prey to dark disappointments such as you and I are prone to indulge in. In Madrid, for instance, when he saw his fellow countrymen seemingly aimless, having no mind of their own, seeking the path that offered the least obstacles, he wondered sadly what his country would come to, and he allowed himself to be taken by despondency. That was not a superman who shrugged away worries and troubles; that was a man like you and I, perturbed by the obvious and the petty, and seeking in inadequate self-sufficiency the answer to what looked like insuperable difficulties.

Far it be for me to debunk our national symbol and remove him from his pedestal of greatness, but I would bring him closer to us, his cherished people, by likening him, in some aspects at least, to us. His greatness will shine all the greater for the warming sheen of his humanity, and it will be easier to strive to approximate his extraordinariness when we know that in some portions of him he was as ordinary and elemental as the earth that gave him birth and the least of his fellow-countrymen now doing him honor; that he has the common grassroots of humaneness, failings, and all, between him and us, as well as the common grassroots of the strong, determined Filipinism which has bound us all, in the past during his time, now during our times, and for all time. For the golden thread of our past, present, and future can never be severed.

Rizal had great and glorious dreams of the future of the Philippines. Through Isagani's mouth, in *El Filibusterismo*, he foretold the union of reason and magnanimity from his people who were to decide the fate of his country in these words:

"Generous voices there are mingled with ours, statesmen who will realize that there is no better bond than community of thought and interest. Justice will be meted out to us, and everything points to a brilliant future for all. . . . Tomorrow we shall be citizens of the Philippines, whose destiny will be a glorious one, because it will be in loving hands. Ah, yes, the future is ours! I see it rose-tinted, I see the movement that stirs the life of these regions so long dead, lethargic. . . . I see towns arise . . . and factories, edifices. . . . I hear the steam hiss, the trains roar, the engines rattle! . . . Without hatred or distrust, the people will labor because labor will cease to be a despicable thing; it will no longer be servile, imposed upon a slave . . . we shall extend our hands to one

another, and commerce, industry, agriculture, the sciences, will develop under the mantle of liberty, with wise and just laws. . . .”

With peculiar solicitude Rizal was concerned over the Filipino youth. Mindful of these beautiful dreams, he exhorted them thus:

“Alza tu tersa frente,  
Juventud filipina, en este día!  
Luce resplandeciente  
Tu rica gallardía,  
Bella esperanza de la Patria mía.”

and made that well-known appeal to the youth:

“Where are the youth who will consecrate their roseate hours, their illusions and their enthusiasm to the good of our country? . . . Where are you, youth, who will embody in yourselves the vigor of life that has vanished from our veins, the purity of the ideas that have been tainted in our brains, and the fire of enthusiasm which has been extinguished in our hearts? We await you, O youth! come, for we await you!”

I would be trying to paint the lily if I were to essay to add one gleam to this luminous apostrophe. I can only repeat perhaps with greater urgency and earnestness at this hour this passionate challenge to the youth. In every young soul in our schools, colleges, and universities, there should be a response, tingling with red young blood, a quiver with the intense emotions of youth, and arising like a fair dream in the silent watches of the night.

We of the older generation, we who are also about to depart, greet you from this historic cell where the “Last Farewell” was conceived with a prayer in our hearts: a prayer that you may breathe copiously of the divine breath which gave Rizal such an ardent love of country that it transcended death itself.

How great and noble would be our lives if we could repeat with him these lines from his last poem:

Y cuando ya mi tumba, de todos olvidada  
No tenga cruz ni piedra que marquen su lugar,  
Deja que la are el hombre, la esparza con la azada,  
Y mis cenizas, antes que vuelvan a la nada,  
El polvo de tu alfombra que vayan a formar.

Entonces nada importa me pongas en olvido:  
Tu atmosfera, tu espacio, tus valles cruzaré;  
Vibrante y limpia nota seré para tu oído:  
Aroma, luz, colores, rumor, canto, gemido,  
Constante repitiendo la esencia de mi fe.

With such intense and sanctified patriotism, you, O youth of the Philippines, will keep intact the precious legacy that Rizal and our other venerable heroes have left our people. That inheritance is far more precious than all the gold that lies buried in our enchanted soil: it is our national spirit in its noblest manifestation. On this momentous hour let us pledge anew ever to preserve our patriotic traditions, and strive with full-hearted earnestness to do our utmost to enhance the happiness of our people, so that we may, when the sun of our lives sinks in the west, leave the fate of our nation, not impaired but improved, not descending but ascending, not waning but waxing.

All of us of the older generation have done our best to do this, some with success, but others without success. Yes, there are those among us who feel poignant regret that their hands and hearts have not wrought a consummate and perfect thing. But there is consolation in the buoyant enthusiasm of our youth, in their strength born of freedom, in their faith that catches its spark from the ever radiant flame that is Rizal!\*

— *Address on Rizal Day, at Fort Santiago, Manila, December 30, 1951.*

---

#### \* RIZAL COMO UNO DE NOSOTROS

Estamos reunidos en este consagrado lugar para evocar la sagrada memoria de nuestro héroe nacional.

La mente humana está constituida de tal suerte, que las ideas abstractas, como el patriotismo, sacrificio y servicio a la humanidad, son ilusivas y difícil de concebir, y más difícil aun, transformarlas en acción viva en nuestra propia conducta individual y en la vida pública. Así fue en la historia de cada nación, siempre se alza, como una cumbre alta y majestuosa, la figura de un hombre, que viene a ser el símbolo de la heroica hazaña de un pueblo en el pasado, de las supremas aspiraciones de la nación y del gran destino del pueblo en el futuro. Tal es el Dr. José Rizal, quien supera en magnificencia, como la fuente perenne de nuestras aspiraciones nacionales y la inmortal inspiración de la juventud filipina.

Cuando el conflicto fratricida surge en nuestro país; cuando un grupo de filipinos reclama que es mejor que el otro; cuando la acritud política inunda la vida nacional con mútuas recriminaciones; cuando la rivalidad religiosa consume los más delicados sentimientos del amor cristiano, el perdón y la tolerancia; cuando estos sucesos trágicos amenazan destruir el cuerpo político a trizas, Rizal es nuestro punto de partida para la unidad nacional en medio de la desesperada confusión, para recordarnos severamente que todos somos iguales filipinos, y que no puede haber un monopolio de grupos del patriotismo y las virtudes cívicas. Ante él, que es nada menos que la conciencia nacional, nos mantenemos, por tradición, alabados o condenados, no por nuestras filia-

ciones políticas o credos religiosos, ni por nuestra riqueza material o por la región de donde venimos, ni por los libros que hemos leído o dejamos de leer, sino por la medida de seguridad y lealtad con que hemos conservado la fe de aquél que vertió su preciosa sangre para teñir nuestra aurora.

De este modo es la gran fortuna de nuestra querida nación que, cuando en medio de la oscuridad del proceloso mar de las pasiones políticas, el barco del Estado está por zozobrar o ser arrojado contra las rocas del tiempo, firmes manos podrían guiar su ruta con la luz de aquella resplendente y eterna estrella, Dr. José Rizal.

Por medio siglo desde su martirio, el culto ha crecido tanto de día en día, que cuales fueren los accidentes y exigencias de la vida nacional, hallamos en él la ejemplaridad de una fe que nos salva de todas las vicisitudes.

La validéz de Rizal para nosotros no se basa en el hecho de que era un poeta, un novelista, un erudito, científico y otras varias manifestaciones de la versatilidad de su inteligencia y genio. Se basa en el hecho de que nos dejó una fe dinámica y viva como nación, y encarnó esa fe en sus pensamientos, su vida y su muerte, mejor que ninguno.

Mientras nos sentimos cómodos en hacerle un héroe, un epítome, una estrella del norte, deshumanizándole de este modo si bien le idolatramos, nunca hemos parado a considerar, cuanto más grande sería su significado, si hemos de tomar la pena de verle como uno de nosotros, humano, vibrante y vivo. Visionario, aun a veces se sentía lleno de desconfianza acerca de la realización de sus sueños; resuelto, todavía estaba lleno de dudas sobre la consecución de sus metas, proponiendo aún en sus novelas que eran su portavoz, varias posibles soluciones a los problemas de los males de su país. Es verdad que había poca confusión en la mente del gran hombre, porque solo tenía el único deseo devorador de libertar a su país, material y espiritualmente; pero estaba preso de negros desengaños, como vosotros y yo estamos inclinados a ellos. En Madrid, por ejemplo, cuando vió a sus compatriotas al parecer desorientados, sin tener un propio criterio, buscando caminos, que ofrecían menos obstáculos, tristemente pensó como acabaría su país, y se dejó dominar por el desaliento. Ese no era un superhombre que desprecia las amarguras y disgustos; ese era un hombre como vosotros y yo, preocupado por lo obvio y mezquino, y buscando en la adecuada propia suficiencia, la respuesta a lo que parecían insuperables dificultades.

Lejos de mí desprestigiar a nuestro símbolo nacional y removerle de su plinto de grandeza, mas quisiera traerle más cerca a nosotros, su pueblo idolatrado, enlazándole, en algunos aspectos por lo menos, con nosotros. Su grandeza será más brillante por el caluroso resplandor de su humanidad y sería más fácil procurar aproximarnos a su magnitud, cuando sepamos que en algunas de sus porciones era tan ordinario y elemental, como la tierra que le vió nacer y los más modestos de sus compatriotas que hoy le hacen honor; que era una raigambre común de humanidad, malogros y todo, entre él y nosotros, como la raíz fuerte y resuelta del filipinismo que nos ha unido a todos, en el pasado durante su tiempo, ahora, en nuestros tiempos, y para todo el tiempo. Puesto que el hilo de nuestro pasado, presente y porvenir, jamás se podrá romper.

Rizal tenía grandes y gloriosos proyectos para el porvenir de Filipinas. Por boca de Isagani, en *El Filibusterismo*, predijo la unión de la razón y la magnanimidad de su pueblo que tenía que decidir el destino de su país, en estas palabras:

“Voces generosas se unen allá\* a las nuestras, políticos comprenden que no hay mejor lazo que la comunidad de intereses y sentimientos; ¡se nos hace justicia y todo augura para todos un brillante porvenir! . . . Mañana seremos ciudadanos de Filipinas, cuyo destino será hermoso, porque estará en amantes manos; ¡oh, sí! el porvenir es nuestro, lo veo de rosa, veo el movimiento agitar la vida en estas regiones largo tiempo muertas, aletargadas. . . . Veo surgir pueblos . . . y fábricas, edificios . . . oigo el vapor silbar, el traqueteo de los trenes . . . nos daremos la mano, y el comercio, la industria, la agricultura, las ciencias se desenvolverán al amparo de la libertad y de leyes sabias y equitativas...”

Con solicitud peculiar, Rizal se preocupaba por la juventud filipina. Teniendo presente estos hermosos sueños, la exhortaba de este modo:

¡Alza tu tersa frente  
Juventud filipina, en este día!  
Luce resplandeciente  
Tu rica gallardía  
Bella esperanza de la patria mía.

E hizo el famoso llamamiento a la juventud:

“¿Donde está la juventud que ha de consagrar sus rosadas horas, sus ilusiones y entusiasmo al bien de la patria?... ¿Donde estáis, jóvenes, que habéis de encarnar en vosotros el vigor de la vida que ha huido de nuestras venas, la pureza de las ideas que se ha quedado en nuestros cerebros, y el fuego del entusiasmo que se ha apagado en nuestros corazones?... Os esperamos, ¡oh jóvenes, venid que os esperamos!”

Sería trabajo vano si he de aumentar un destello más a este luminoso apóstrofe. Podría, quizás, repetir con mayor urgencia y acaloramiento, en esta hora, este apasionado apóstrofe a la juventud. En cada joven en nuestras escuelas, colegios y universidades, debe haber una acogida remozada con sangre roja y joven, una conmoción con las intensas emociones de la juventud, y elevarse como un hermoso sueño en el horario silente de la noche.

Nosotros, los de la vieja generación, nosotros, los que también estamos por partir, le saludamos desde esta celda histórica donde se concibió el «Último Adiós», con una oración en nuestros corazones: una oración para que aspiréis copiosamente el aliento divino que dió a Rizal tan ardiente amor a su país, que superó a la misma muerte.

Cuan grandes y nobles serían nuestras vidas, si pudiéramos repetir con él, estos versos de su último poema:

---

\* Se refiere a España.—Ed.



Y cuando ya mi tumba, de todos olvidada,  
No tenga cruz ni piedra que marquen su lugar,  
Deja que la are el hombre, la esparza con la azada,  
Y mis cenizas, antes que vuelvan a la nada,  
El polvo de tu alfombra que vayan a formar.

Entonces nada importa me pongas en olvido:  
Tu atmósfera, tu espacio, tus valles cruzaré;  
Vibrante y limpia nota seré para tu oído;  
Aroma, luz, colores, rumor, canto, gemido,  
Constante repitiendo la esencia de mi fe.

Con tan intenso y santificado patriotismo, vosotros, ¡oh! jóvenes de Filipinas, podréis guardar intacto el precioso legado que Rizal y otros venerables héroes nuestros han dejado a nuestro pueblo. Esa herencia es más preciosa aún que todo el oro escondido en nuestro encantado suelo; es nuestro espíritu nacional en su más noble expresión. En esta hora importante, prometamos de nuevo conservar para siempre nuestras tradiciones patrióticas y procurar con anhelo cordial hacer todo de nuestra parte por enaltecer la felicidad de nuestro pueblo, para que podamos, cuando el sol de nuestras vidas llegue a su ocaso, dejar el destino de nuestra nación, no en peligro, sino asegurado, no decadente, sino ascendente, no pálido, sino encendido.

Todos nosotros los de la vieja generación, hemos hecho lo mejor por realizarlo, algunos con éxito y otros sin él. Sí, existen, entre nosotros, aquellos los que sienten acre arrepentimiento, porque sus manos no han realizado una cosa perfecta y consumada. Pero hay consuelo en el alto entusiasmo de nuestra juventud, en su fuerza nacida de la libertad, en su fe, cuya chispa proviene de la siempre radiante llama que es Rizal.

---

### **From President Ramón Magsaysay:**

My friends:

Permit me to thank the officers and members of the Manila Bay Area Lions Clubs for this privilege of addressing you on this day. You are to be commended for stressing with this celebration the significance of the anniversary of the birthday of José Rizal.

Indeed, it is time perhaps that our people should give to the day of his birth the same attention and importance that we give to the day of his death for there are many things about Rizal that we can learn by reflection on his life which we might miss in reflecting on the tragedy and the glory of his death.

The recent generations of our people have had many occasions in which to die for our country. When those times have come, it has been the heroism of Rizal in the face of death that inspired them in battle or in the face of the executioner.

Today, however, you will perhaps agree with me that we are mainly concerned with living for our country. We are concerned with giving life and strength to our national freedom and individual liberties. We are concerned with giving life to our constitution and to the laws that our own free representatives have enacted for our welfare.

In implementing this concern, the question that we ask about Rizal is not so much "how did he die?" as "how did he live?" And this day is a good day in which to seek the answer.

How did Rizal live? Perhaps we should first ask—What did he live for? Rizal lived for his country. How did he live for his country? He lived for it first by understanding the problems of the Philippines of his day. He faced the realities which the forces of his century had created around him. He singled out the enemies of his country's freedom. And then he chose the most effective weapons with which to conquer them. He learned how to wield these weapons. And finally he used them effectively and decisively to defeat the enemy and bring freedom to his people.

What do we not find in Rizal's life? We do not find him fighting the battles of Lapu-lapu with 16th century sword or haranguing his countrymen with the rough, rustic eloquence of Dagohoy. We find him fighting the enemies of his time with the weapons of his time, with the polished satire of the 19th century, seeking thereby not only to awaken the spirit of his own countrymen but also to stir up the sympathy of the most cultured centers of Europe towards the cause of his country's freedom. Such was the realism of Rizal. Such was the constructive bent of his patriotism. Such was the positive spirit of his nationalism.

Indeed, in every period of a country's history, it is nationalism that gives its people the necessary energy with which to conquer the problems of their times. It is the realistic, constructive and positive nationalism of Rizal which, by facing present problems with present solutions, will propel us in the right direction towards the security, the prosperity and the happiness of our people.

What are our problems today? They are to permit the enjoyment of the fruits of our freedom by as many of our coun-

trymen as possible, to harness our resources and gather economic strength with which to support that freedom, and to prepare ourselves to defend that freedom against the forces that threaten to destroy it.

We can inspire ourselves to solve these problems by recalling the principles of our dead heroes. But we cannot actually solve them by using obsolete weapons, recalling old hatreds and resurrecting buried enemies. We can, like Rizal, learn from the past without reviving the problems of the past and without shadow-boxing with the spirit of the vanquished foe.

It would be wrong, for instance, to approach our coming relations with Japan by recalling our hatred of the Japanese militarist even though it was barely ten years ago that we suffered under his yoke. Let us recall that Rizal himself had a high respect for the intrinsic humaneness of the Japanese people.

As with the ten-year old hatred, so must we deal with the older ones. Let us nourish in our hearts a love for our country that looks forward. Let us nurture a love that builds and will not destroy the very things that support our freedom. Rizal said "the glory of saving a country is not for him who has contributed to its ruin. . . . Hate never produces anything but monsters and crime, nothing but criminals. . . . Love alone realizes successful works, virtue alone can save. . . . Redemption presupposes virtue, sacrifice, love. . . ."

My friends, countless problems challenge us for solution. They can be solved if we get together, inspired with love for our country and for our countrymen, and if we approach them with goodwill and without rancor or abuse.

A country can achieve lasting greatness only if that greatness is built on the sound constructive bases of virtue, sacrifice and love. For countries, like persons, must also be judged by the moral code. Rizal said "if to make my country happy I should have to do evil, I would refuse to do it, because I am sure that what is built on sand must sooner or later fall to the ground."

If we must build for the future, we must solve the present with the solutions of our time. If we must strengthen our freedom, we must use the resources at hand. If we must defend that freedom, we must know who is its real enemy today and prepare to foil him with the weapons of today. If we want to help our country, we must be prepared to sacrifice

ourselves. But to sacrifice ourselves we must be possessed of love—love for our God, our country and our people.

If our devotion to Rizal is sincere and genuine, then we must remember, each and every one of us, that we owe it to ourselves and to our country to seek constantly to discipline ourselves and dedicate our efforts to our country. As Rafael Palma has said, we have a right to believe that there is in each one of us a possible Rizal; and that what he has done, we too could do within our reach and capabilities, if we would only apply to our tasks the same determination, the same resolute action, the same sense of duty that Rizal applied to the most heroic acts of his life.

Let, then, this commemoration of Rizal's 95th birthday inspire in each of us a firm determination to dedicate ourselves anew with a chastened spirit and renewed vigor to this our beloved country which Rizal, blessing her with his blood, has bequeathed to us, for us to love, to dignify and to serve.\*

*Address on Rizal's birthday, Manila 1956.*

---

\* Amigos:

Permitidme que dé las gracias a los funcionarios y miembros del Club de los Leones del área de la Bahía de Manila, por este privilegio de dirigiros la palabra este día. Debéis ser felicitados por enfatizar con esta conmemoración, el significado del natalicio de José Rizal.

Ciertamente, es quizás tiempo que nuestro pueblo dé al día de su natalicio la misma atención e importancia como la que damos en el día de su muerte, porque hay muchas cosas sobre Rizal que podemos aprender reflexionando en su vida, que podemos olvidar al reflexionar en la tragedia y gloria de su muerte.

Las recientes generaciones de nuestro pueblo han tenido muchas ocasiones de morir por nuestra patria. Cuando esos tiempos llegaron, fué el heroísmo de Rizal, frente a la muerte, lo que les inspiró en el combate, o ante la cara de un verdugo.

Hoy, sin embargo, quizás estaréis de acuerdo, que estamos empeñados principalmente en vivir por nuestra patria. Estamos empeñados en dar vida y fuerza a nuestra libertad nacional. Estamos resueltos en dar vida a nuestra constitución y las leyes que aprueban nuestros libres representantes para nuestro bienestar.

Al poner en práctica este deber, la pregunta que hacemos sobre Rizal, no se reduce a «como murió». Quizás debemos preguntar primero—¿Para quién vivió? Rizal vivió por su patria. Vivió por ella, en primer término, estudiando los problemas de las Filipinas de su tiempo. Afrontó las realidades que las fuerzas habían creado en su

rededor. Señaló los enemigos de la libertad de su país. Y entonces escogió las armas más efectivas para vencerlos. Supo manejarlas. Y finalmente las usó efectiva y decididamente para derrotar al enemigo y dar libertad a su pueblo.

¿Qué es lo que no hallamos en la vida de Rizal? No acometió las batallas de Lapu-lapu con un campilán del siglo XVIII, ni arengó a sus compatriotas con la ruda y rústica elocuencia de Dagohoy. Le encontramos batallando a los enemigos de su tiempo con las armas de su época, con la sátira fina del siglo XIX, tratando de despertar de este modo no sólo el espíritu de sus compatriotas, sino de atraer la simpatía de los centros más cultos de Europa hacia la causa de la libertad de su país. Tal fué el giro constructivo de su patrimonio. Tal fué el espíritu positivo de su nacionalismo.

En verdad, en cada periodo de la historia de un país, es el nacionalismo genuino el que da a su pueblo esa energía necesaria con la que vence los problemas de sus tiempos. Es el nacionalismo real, constructivo y positivo de Rizal, el que, afrontando los problemas presentes con sus actuales soluciones, nos encauzará en la verdadera ruta hacia la seguridad, la prosperidad y la felicidad de nuestro pueblo.

¿Cuales son nuestros problemas hoy? Permitir el goce de los frutos de nuestra libertad a tantos paisanos nuestros como sea posible, explotar nuestros recursos y obtener suficiente energía económica para sostener esa libertad y prepararnos a defender esa libertad contra las fuerzas que amenazan destruirlas.

Podemos inspirarnos, en la solución de estos problemas, recordando los principios de nuestros héroes muertos. Mas no podemos resolverlos del todo usando armas inadecuadas, recordando viejos rencores y resucitando enemigos enterrados. Podemos, como Rizal, aprender del pasado, sin revivir sus problemas y sin simular trompazos con el espíritu del enemigo vencido.

Sería un error, por ejemplo, el establecer nuestras futuras relaciones con Japón, y recordar nuestro odio a los militares japoneses, si bien no hace diez años que sufrimos bajo su yugo. Recordemos que el mismo Rizal tenía un alto concepto del intrincado humanismo del pueblo japonés.

En cuanto al viejo odio de diez años, debemos hacer lo mismo con los más viejos. Nutramos en nuestros corazones un amor a nuestra patria con miras al porvenir. Nutramos un amor que edifica y que no destruye las mismas cosas que sostienen nuestra libertad. Rizal dijo: «La gloria de salvar a un país no la ha de tener el que ha contribuido a causar su ruina. . . . El odio no crea más que monstruos; el crimen, criminales; sólo el amor lleva a cabo obras maravillosas, sólo la virtud puede salvar. La redención presupone virtud, sacrificio, amor. . . .»

Mis amigos, incontables problemas se presentan a nosotros para su solución. Podremos resolverlos si nos unimos inspirados con el amor a nuestra patria y nuestros compatriotas y si los tratamos con voluntad y sin rencor, ni abuso.

Un país puede obtener una grandeza perdurable solamente si esa grandeza está construida sobre las bases constructivas de virtud, sacrificio y amor. Puesto que los pueblos como los hombres se deben juzgar por el código moral. Rizal dijo: «Si para hacer mi pueblo feliz, he de cometer un mal, me negaría a ello, porque estoy seguro que lo que se construye sobre la arena, pronto vendría abajo.»

Si hemos de edificar para el futuro, debemos resolver el presente con soluciones de nuestros tiempos. Si hemos de reforzar nuestra libertad, debemos utilizar los recursos que tenemos a mano. Si hemos de defender esa libertad, debemos saber su verdadero enemigo hoy y preparar a destruirle con las armas de hoy. Si queremos ayudar a nuestro país, debemos estar preparados a sacrificarnos, pero para sacrificarnos debemos tener amor a Dios, a nuestra patria y a nuestro pueblo.

Si nuestra devoción a Rizal es sincera y genuina, entonces debemos recordar todos y cada uno de nosotros, que es deber nuestro a nosotros mismos y a nuestro país procurar constantemente, disciplinarnos y dedicar todos nuestros esfuerzos al país. Como dijo Rafael Palma, «tenemos derecho a creer que dentro de cada uno de nosotros hay un posible Rizal y que lo que él ha hecho está dentro de nuestro alcance y poder hacerlo si ponemos el mismo estímulo, el mismo medio de acción y la misma conciencia del deber que él puso en los actos más heróicos de su vida.»

Que esta conmemoración del 95º natalicio de Rizal inspire en cada uno de nosotros una firme determinación de consagrarnos de nuevo, con un espíritu casto y renovado vigor, a esta nuestra querida patria que Rizal al bendecirla con su sangre, nos ha dejado para que sea por nosotros amada, dignificada y servida.

---

## From President Carlos P. Garcia:

My Fellow Countrymen:

We are once more gathered on this hallowed ground to commemorate the ninety-sixth birthday anniversary of our national hero and greatest patriot, Dr. José Rizal y Mercado. In every public square throughout our Motherland and in the heart of every countryman, this fateful day is marked by renewed pledges of devotion to the ideas and ideals for which he died. Nothing we can say or do today can ever alter Rizal's massive historic stature. Instead, therefore, of indulging in the always prideful task of enumerating his many well-known virtues and varied achievements, I should like to advocate on this his memorable natal day, the birth of a new and constructive approach to Rizal.

Rizal does not belong only to our race. He belongs to humanity. I am confident that a greater and deeper under-

standing of his life and work will free him at last from the perennial controversies to which we have unwittingly subjected his memory, and establish him in his final exalted place, not only in our history but also in the history of all mankind.

Without wishing it, I am sure, we have made our national hero a controversial figure. We have done this by raising issues around him which should never have been made issues. Although our Rizal was not of common clay, possessed as he was of indomitable physical and moral courage, may it not be the part of love and reverence on our part to spare his memory as much as possible from the angry storms of factional strife?

I do not for a moment mean by this statement that the scientific research to which historical figures are forever legitimately subjected and the possible differences of findings and conclusions as a consequence should cease in the case of Rizal. By all means, we should continue by arduous study to increase our intimacy with the greatest son of our race. Yet, out of loyalty to our hero, should we not spare him from those controversies that, because of their very nature, can never be conclusive—controversies which, if kept up with factional spirit and bitterness, may eventually do more harm than good to his memory?

I believe that, as a people we have now reached such degree of emotional and social maturity that we can lead others to a new understanding of Rizal, an understanding so fair and judicious that Spain, all Asia and perhaps all America will finally accept it. If I may assume that this is possible and advisable—if a better approach to Rizal than the path we have so far followed exists—then it remains for us to discover what and where that path may be. To find that path we should, I believe, adjust our attitude to Rizal in at least three ways.

One of these ways is to adopt a more human and rational approach to our hero. To my mind, one of the richest sources of material for controversy about Rizal is the attitude of some of us of literally and fully believing everything that Rizal wrote, including those he put in the mouths of his fictional characters. It is, of course, part of our reverence for Rizal that we should believe in him and in his teachings, taking them as our national gospel. But even Rizal himself, during his lifetime, protested against the tendency, which he observed even then, of regarding as part of his own philosophy and belief, those statements and indictments uttered by the various

characters of his novels. If the hero himself did not consider it fair to identify his personal attitude with those of his characters, then we can do no less than be discriminating as he wished.

On the opposite side, there are those who, for one reason or another, disbelieve in what he said or wrote. They would have the hero go back on his own teachings and preachings, especially those that created a profound stirring among our people.

Neither attitude, I believe, is correct. Instead of deifying Rizal, let us humanize him. He was indeed made of heroic stuff, yet Rizal was after all, a human being. As a human being, he was possessed of emotions and prejudices—he was fallible. But neither was he a man of shallow and changeable convictions. Possessed of a well nigh universal mind, perhaps the greatest intellect our race has so far produced, Rizal's every belief was part of a thoroughly rationalized system of personal philosophy. If we recognize him in this light, we shall soon crystallize a more tolerant attitude that will eliminate the unnecessary conflicts of opinion and emotion over the thoughts and deeds of our national hero.

Another part of a new, constructive approach to Rizal is, I believe, the understanding of his thoughts and ideas in their true historical contexts. He lived, worked and wrote during the last decades of the nineteenth century; he sacrificed his life for his ideas and ideals sixty-one years ago this coming December. Since then, there have been important and even radical changes in our country and in the rest of the world.

The standards of life and morality three score years ago and today are as far apart as the distances between countries before the invention of the airplane. Then, western imperialism was strongly entrenched. Spain, Great Britain, the Netherlands and France, to mention only the leading colonizers, held in subjection great parts of Asia, the Middle East and Africa. Indeed, as late as 1898, the United States also suffered from a brief but violent attack of imperialism and wrested the Philippines and other subject countries away from Spain. Among western nations, indeed, the colonization of backward countries was regarded as one of the most enlightened functions of civilization. Today imperialism, whether western or communist, is condemned in most of the civilized world.

Up to recent years, colonies could become independent nations only by defeating the mother country in a revolution,



as the thirteen American colonies did when they successfully fought a Civil War against Great Britain. In recent years, however, led by America and with the Philippines as the first beneficiary, colonizing countries have been gradually liberating their colonies, in many cases assisting them to establish independent governments. Since the nineteenth century, international morality in most parts of the world has certainly changed for the better.

Part of the justification of nineteenth-century imperialism, at least in the minds of the West, was the backwardness, social as well as economic, of the colonies. From the viewpoint of the West, this was also true of the Philippines, and we should be less than candid if we did not admit it as a fact. Even Rizal recognized that, in education, in science, in industry and in government, the Filipinos had still a long way to travel. The improvement in international relations has of course been made possible by the vast improvements in the domestic affairs of nations, including economic, religious and political. Higher national morality has led to higher international morality.

Knowledge of the historical contexts is an essential in the fair and just understanding of Rizal's criticisms of the shortcomings of his times. To try to weigh them today in terms of contemporary standards of justice and morality is to be unfair and unjust not only to the targets of the patriot's indignation but also to Rizal himself. It is part of our respect and love for our hero that we should try to learn his feelings and thoughts behind his words and, without being more severe nor more lenient than he meant to be, faithfully adhere to his purposes and intentions. If we bear all this in mind when we try to understand the words and deeds of Rizal, we shall come nearer to his torments, to his dreams and to his aspirations—we shall truly commune with our hero.

A third component of a new and constructive approach to Rizal is the evaluation of his ideals and deeds in terms of their positive and significant consequences to the history of humanity.

It has become trite to say that Rizal possessed indomitable courage and pure patriotism. He had known from the very start that to undertake the task that he embraced was to take his life in his own hands. It is common knowledge that he could have saved himself had he wished, but to him retreat was unthinkable; he exposed himself willingly and know-

ingly to arrest and punishment. He regarded his life as little enough price to pay for the recognition of the liberty and dignity of his people and nation.

Perhaps this was because, as a great intellect, Rizal had faith in the supremacy of right and reason. He was evidently confident that since his position was essentially right, justice should and would prevail. His abiding faith in the justice and reason was also evident in his opposition to violence and war and his preference for peaceful social and political reforms. He was not a man of revolution but evolution, he was the scientist and intellectual rather than the warrior and conqueror. His way of thinking presaged such latter-day institutions as the League of Nations and the United Nations.

By his agitation against oppression, Rizal became the initiator of our libertarian movement. His novels and other writings awoke our people from their degradation. Rizal having won the battle for their minds, Bonifacio successfully organized them for direct action under the *katipunan*. Although, as Rizal had feared, the revolution failed, it started a chain reaction that finally led to our liberation and the establishment of our Republic.

Rizal's dominant spirit continued indeed to shape our destiny under the new American dispensation. During the first years of her Philippine trusteeship when America was searching her soul as to what to do with the Philippines, it was Rizal's greatness of soul and loftiness of spirit that guided the U.S. Congress to the adoption of a Philippine policy pointed to the goal of ultimate freedom and independence.

When the U.S. Congress was considering the Philippine Bill of 1902, we in the Philippines were still disorganized as a people. We had just gone through a series of bloody wars, first against the Spaniards and later against the Americans. Although General Aguinaldo had been captured by Colonel Funston and the back of the so-called Insurrection had been broken, there were still bloody sporadic guerrilla actions against Americans in our remoter provinces. True it is that the Federal party, was already in existence, but its leaders seemed satisfied merely to cooperate with America. So it is that when the most important legislation known as the Philippine Bill of 1902 was being debated in Washington, not only were we without any representation, as we later had through our Resident Commissioners and our frequent missions to the United States, but our good-will in America was at the lowest possible ebb.

During the discussion of the bill, its chief proponent in the House of Representatives, Congressman Henry Allen Cooper of Wisconsin, found himself constrained to lament:

“Everyday we hear men declare that the people of the Philippines are ‘pirates,’ ‘barbarians,’ ‘savages,’ ‘incapable of true civilization.’ This has been said by a very prominent gentleman within the last two days. Newspapers of prominence have repeatedly endorsed this view.”

So strong and bitter was the opposition against the bill, an opposition which evidently consisted of giving the Filipinos a bad name and hanging them, that on June 19, 1902, exactly 55 years ago today, Congressman Cooper was forced to use Rizal as his trump card. Thus the spirit of our hero came once more to the rescue of our country and its future.

After briefly narrating the sad but inspiring life of Rizal, Congressman Cooper recited before a hushed House the English translation of MY LAST FAREWELL. And when the prolonged applause that followed had subsided, the Congressman spoke thus:

“Pirates! Barbarians! Savages! Incapable of civilization! How many of the civilized Caucasian slanderers of his race, could ever be capable of thoughts like these which on that awful night, as he sat amidst silence unbroken save by the rustling of the black plumes of the death angel at his side, poured from the soul of the martyred Filipino? Searching the long and bloody roll of the world’s martyred dead, and where, on what soil, under what sky—did Tyranny ever claim a nobler victim?

“Sir, the future is not without hope for a people which has furnished to the world a character so lofty and so pure as that of José Rizal. . . .

“It has been said that if American institutions had done nothing else than furnish to the world the character of George Washington, ‘that alone would entitle them to the respect of mankind.’ So, sir, I say to all those who denounce the Filipinos indiscriminately as barbarians and savages, without possibility of a civilized future, that this despised race proved itself entitled to their respect and to the respect of mankind when it furnished to the world the character of José Rizal.”

It can perhaps be said that the final shape and passage of the important legislation of 1902, which gave the Filipinos their first opportunity to exercise self-government and thus prove their fitness for freedom, were as much due to the Spirit of Rizal as to American statesmanship.

But if Rizal is our national hero and a Philippine-American inspiration, he is also a benefactor of all Asians and perhaps

of all mankind. This broader fame can be given due recognition and emphasis if we who are Rizal's own people can be more agreed and unified behind his ideas and ideals.

It is time to establish the fact—and we Filipinos should make the greatest effort to do so—that Rizal is entitled to be recognized by all the world as the father of Asian nationalism. An eminent historian of Yale University, Dr. Ralph A. Turner, has declared that the assertion of Filipino dignity and love of liberty which Rizal courageously voiced in the early 1890's constituted the first cry of nationalism in all Asia. If this is so—and it is patently so—then the freedom that has come to Asia after Rizal, resulting in the emancipation of some half a dozen countries and over a billion human beings, owes its origin to his labors and death. Rizal labored and died not only for his people but for Asians!

Thus Rizal was a far greater hero than most of us have so far conceived him. Of all our honored patriots, he loved and served most our Motherland. But in the perspective of universal human welfare, his humanitarian services were infinitely more than merely national, it was, in the truest sense of the word, international. His Spirit helped to guide American policy away from the road of imperialism to that of altruism. And his struggle for human dignity and human emancipation was at once the beginning of the struggle of all Asia, and eventually of all subject races, for human dignity and freedom.

The new constructive approach to Rizal will therefore enhance his immortal memory and improve the friendship and amity that bind us with Asia and the rest of the world. His contributions to human welfare will become more enduring because they are permanently fixed in their deserved historic positions in the definitive and integrated record of mankind. As we take ever greater pride in him and his memory, we shall also earn wider respect for our race among the other races of the world.

By sharing our hero with Asia and perhaps with Spain and America, we shall help to give new massiveness to his enduring fame. If in the process we can discover a basis of revering Rizal which others, including Spain, can accept as historically justifiable and fair, we shall at the same time erase much of the bitterness of our Spanish past, replacing it with a new bridge of kinship and understanding that will link our Republic with Mother Spain. And if our patriot and hero finally wins his rightful place in the history of western colon-

ization and Asian struggle for dignity and freedom, he will also make our own race more worthy of the respect of mankind for having produced, to borrow Congressman Cooper's felicitous phrase, the character of José Rizal.\*

*Address on Rizal's Birthday, Manila, June 19, 1957.*

---

\* *Compatriotas:*

Estamos, una vez más, reunidos en este sagrado campo para conmemorar el novecésimo sexto aniversario del natalicio de nuestro héroe nacional y el más patriota de los patriotas, Dr. José Rizal y Mercado. En cada plaza pública al través de la madre patria y en el corazón de cada compatriota, se celebra este venturoso día con renovadas promesas de devoción a las ideas e ideales por los cuales murió. Nada de lo que podemos decir o hacer hoy podrá alterar jamás la histórica y sólida talla de Rizal. Por tanto, en vez de dedicarnos a la altiva labor de enumerar sus múltiples y variados logros, deseo proponer en este su memorable cumpleaños, el nacimiento de un nuevo y constructivo acercamiento a Rizal.

Rizal no sólo pertenece a nuestra raza. El pertenece a la Humanidad. Confío en que una comprensión más grande y más profunda de su vida y sus obras le librarán, finalmente, de las eternas controversias a las que, sin querer, hemos sometido su memoria. Y colocarle, finalmente, sobre su exaltado plinto, no solamente en nuestra historia, sino también en la de la humanidad.

Sin haberlo querido, estoy seguro que hemos hecho de nuestro héroe nacional una figura debatible. Hemos hecho esto adoptando puntos de vista acerca de él, que no debieron haberse tomado por conclusiones. Si bien Rizal no era de la arcilla común, poseído como estaba de un físico indomable y coraje moral, ¿no sería acto de amor y reverencia de nuestra parte librar su memoria en cuanto sea posible, de las turbulentas tempestades de la lid faccional?

No quiero ni por un momento decir con esta afirmación que las investigaciones científicas con las cuales están legítimamente sometidas las figuras históricas y las diferencias de apreciación y conclusiones como consecuencia, deben de cesar en el caso de Rizal. Por todos los medios, debemos, mediante estudios arduos, continuar para enriquecer nuestra intimidad con el hijo más grande de nuestra raza. No obstante, por lealtad a nuestro héroe, ¿no deberíamos alejarle de tales controversias, las cuales, por su misma naturaleza, nunca pueden ser concluyentes—controversias que si se mantienen con espíritu y amargura faccionales, a la larga harían más daño que bien a su memoria?

Creo que como pueblo hemos llegado hoy a tal grado de madurez emocional y social, que podemos acaudillar a otros a una nueva apreciación de Rizal, una apreciación tan justa y juiciosa que España, toda Asia y toda América quizás, lo aceptarían finalmente. Si puedo asumir que esto es posible y aconsejable, si existe una aproximación mejor a Rizal que la senda que hemos seguido hasta ahora, entonces nos con-

cierno descubrir cuál y dónde comienza ese camino. Para hallar esa senda debemos, según creo, ajustar nuestra actitud a Rizal, por lo menos de tres maneras.

Uno de estos medios es adoptar un acercamiento más humano y racional a nuestro héroe. Según mi criterio, una de las más ricas fuentes del material en la controversia sobre Rizal es la actitud de algunos de nosotros de creer literal y completamente todo lo que Rizal escribió, incluyendo aquello que puso en boca de sus caracteres novelescos. Es, desde luego, parte de nuestra reverencia a Rizal que creemos en él y sus enseñanzas, tomándolas como nuestro evangelio nacional. Pero, aun el mismo Rizal protestó, mientras vivía, contra la tendencia que había observado entonces, de considerar como parte de su filosofía y credo, aquellas afirmaciones y acusaciones hechas por varios personajes de sus novelas. Si el mismo héroe no creía justo identificar su actitud personal con sus protagonistas, entonces no podemos menos de hacer el discrimen como el quería.

En el lado opuesto están esos que, por una razón u otra, no creen en lo que dijo o escribió. Querrán que el héroe volvicse a sus prédicas y enseñanzas, especialmente aquellos que han creado un gran alboroto en nuestra gente.

Creo que ninguna de estas actitudes es correcta. En vez de deificar a Rizal, hagámosle hombre. Ciertamente que estaba hecho de naturaleza heroica, pero Rizal era, después de todo, un sér humano. Como sér humano tenía sus emociones y prejuicios. No era infalible. Pero no era un hombre de bajas y mudables convicciones. Dotado de una alta mente universal, quizás la más grande inteligencia que nuestra raza ha producido, cada credo de Rizal era parte de un sistema razonado de filosofía personal. Si le reconocemos desde este punto de vista, pronto adoptaremos una actitud más tolerante que eliminaría los innecesarios conflictos de emociones y opiniones sobre los pensamientos y los logros de nuestro héroe nacional.

Otra parte de un nuevo acercamiento constructivo a Rizal es según creo, la comprensión de sus pensamientos e ideas en su verdadera textura histórica. Vivió, trabajó y escribió durante las últimas décadas del siglo diecinueve. Sacrificó su vida hace 61 años, el diciembre próximo. Desde entonces hubo importantes y hasta radicales cambios en nuestro país y en el resto del mundo. El nivel de vida y la moralidad hace sesenta años y el de hoy, son tan diferentes como las distancias entre los pueblos antes del invento de la aviación. Entonces el imperialismo occidental estaba bien atrincherado. España, Gran Bretaña, Holanda y Francia, para mencionar solamente a unos cuantos colonizadores, tenían dominadas grandes partes del Asia, el Medio Oriente y África. Y tanto es así que hasta el año de 1898, los Estados Unidos también sufrieron breves pero violentos ataques del imperialismo y arrebataron Filipinas y otros países dominados por España. Entre las naciones occidentales, ciertamente, consideraban como uno de los deberes más nobles de la civilización, la colonización de los pueblos atrasados. Hoy, el imperialismo, sea occidental o comunista, está condeñado en el mundo civilizado.

Hasta los últimos años las colonias solamente podían ser naciones independientes derrotando la madre patria en una revolución, como

hicieron las trece colonias americanas cuando vencieron exitosamente en una guerra civil a la Gran Bretaña. En recientes años, no obstante, acaudillados por América y Filipinas como la primera beneficiaria, los países colonizadores han estado gradualmente liberando sus colonias, en muchos casos ayudándoles a establecer gobiernos independientes. Desde el siglo diecinueve, la moralidad internacional en muchas partes del mundo ciertamente, ha mejorado.

Parte de la justificación del imperialismo del siglo diecinueve, por lo menos en la mente del Occidente, era el retraso social y económico de las colonias. Según el criterio occidental, también era cierto con respecto a Filipinas, y seríamos más que cándidos si no lo aceptáramos como un hecho. Hasta Rizal reconoció que en cuanto a educación, en la ciencia, en la industria y en gobernar, los filipinos tenían mucho todavía que recorrer. El progreso en las relaciones internacionales desde luego se hizo posible por las vastas mejoras en los negocios de las naciones, incluyendo lo económico y político. La alta moralidad nacional condujo a la alta moralidad internacional.

El conocimiento en la estructura histórica es esencial en las críticas equitativas y justas de Rizal sobre los defectos de sus tiempos. Tratar de juzgarlas ahora desde el punto de vista del nivel contemporáneo, de justicia y moralidad, sería inequitativo e injusto, no solamente a los objetivos de su indignación patriótica, sino al mismo Rizal. Es parte de nuestro respeto y amor a nuestro héroe que tratemos de comprender sus sentimientos, pensamientos y palabras, sin ser más severos ni tolerantes de lo que él quiso ser, adhiriéndonos fielmente a sus propósitos e intenciones. Si tenemos presente todo esto en nuestra mente al tratar de comprender las palabras y hechos de Rizal, nos acercaremos más a sus tormentos, sus sueños y sus aspiraciones, y estaríamos verdaderamente en comunión con el héroe.

Un tercer factor de un nuevo y constructivo acercamiento hacia Rizal es la evaluación de sus ideales y hechos desde el punto de vista de sus positivos y significantes resultados en la historia de la humanidad.

Es cosa vulgar decir que Rizal poseyó un indomable coraje y un puro patriotismo. Sabía desde un principio que entender la tarea que se propuso hacer, era un suicidio. Es de conocimiento común que él pudo haberse salvado si lo hubiera querido, pero para él era inconcebible la retirada. Se expuso voluntariamente y a sabiendas, a su arresto y al castigo. Estimaba su vida de muy poco valor para pagar el reconocimiento de la libertad y dignidad de su pueblo y nación.

Quizás esto se debe a que como era una gran inteligencia, Rizal tenía fe en la supremacía del derecho y la razón. Evidentemente, confiaba que su situación era esencialmente justa, y que la justicia prevalecerá. Su fe inquebrantable en la justicia y la razón, también era evidente en su oposición a la violencia y la guerra y su preferencia por las pacíficas reformas sociales y políticas. No era un hombre de la revolución sino de la evolución, era el científico y el intelectual antes que guerrero y conquistador. Su modo de pensar presagió tales instituciones más tarde, como la Liga de Naciones y las Naciones Unidas.

Por su agitación contra la opresión, Rizal llegó a ser el iniciador de nuestro movimiento libertario. Sus novelas y escritos despertaron al pueblo de su degradación. Rizal, habiendo ganado su objeto de

despertar sus mentes, Bonifacio los organizó exitosamente para una acción directa bajo el *KATIPUNAN*. Aunque, como Rizal temiera, la revolución fracasó, inició una cadena de reacción que finalmente condujo a nuestra liberación y al establecimiento de la República.

El espíritu indómito de Rizal continuó ciertamente a formar nuestro destino. Durante los primeros años de su fideicomiso con Filipinas, América buscaba su alma con respecto a su futuro y fué la grandeza de alma de Rizal y la nobleza de su espíritu los que guiaron al Congreso Americano a la adopción de una política filipina encaminada a la meta de la última libertad e independencia.

Cuando el Congreso de los Estados Unidos estaba deliberando el Proyecto Filipino en 1902, nosotros en Filipinas estábamos aún desorganizados como pueblo. Acabábamos de terminar las sangrientas guerras, primero contra los españoles, y después, contra los americanos. Si bien Aguinaldo fué capturado por el Coronel Funston y había sido quebrantado el núcleo de la Insurrección, había aún esporádicas acciones de guerrillas contra los americanos en las provincias. Es verdad que ya existía el Partido Federal, pero sus caudillos parecían estar satisfechos con cooperar meramente con América. De este modo resultó que cuando la más importante legislación conocida por la Ley Orgánica de 1902 se estaba deliberando en Washington, no solamente estábamos sin representación, como la tuvimos mas tarde en las personas de nuestro Comisionado Residente y nuestras Misiones frecuentes a los Estados Unidos, sino que nuestra buena voluntad estaba en su más bajo nivel en EE. UU.

Durante la discusión del proyecto, su ponente principal en la Cámara de Representantes, Henry Allen Cooper, de Wisconsin se vió obligado a lamentar:

«Cada día oímos declarar a algunos hombres que el pueblo de Filipinas son unos «piratas», «bárbaros», salvajes», «incapaces de una verdadera civilización.» Esto lo ha dicho un prominente caballero hace dos días. Periódicos de renombre han repetido, varias veces, sus puntos de vista.»

Tan fuerte y tan amarga era la oposición al proyecto, oposición que evidentemente, consistía en dar un mal nombre a los filipinos y de este modo desacreditarles, que en 19 de junio de 1902, hace exactamente 55 años, el Congresista Cooper se vió obligado a valerse de Rizal, como caballo de batalla. De este modo, el espíritu de nuestro héroe vino una vez más a redimir a nuestro pueblo y su futuro.

Después de narrar brevemente la triste pero inspiradora vida de Rizal, el Congresista Cooper recitó ante una apaciguada Cámara la traducción inglesa del *Mi Último Adiós*. Y cuando se apagaron los prolongados aplausos, el Congresista Cooper, habló así:

“¡Piratas! ¡Bárbaros! ¡Salvajes! ¡Incapaces de ser civilizados! -¿Cuántos de los blancos civilizados que insultan a su raza de él pudieron haber sido capaces alguna vez de pensamientos semejantes que, en aquella terrible noche, mientras se hallaba sentado y en medio del silencio, tan sólo interrumpido por el crujido del negro plumaje del ángel de la muerte a su lado, brotaban del alma del martirizado filipino?



Buscad en la larga y ensangrentada lista de los mártires del mundo, y decid ¿dónde, en qué país y bajo qué cielo, pudo haber la Tiranía hallado una víctima más noble?

«Señor, el futuro no está sin esperanzas para un pueblo que ha dado al mundo un carácter tan elevado y tan puro como el de José Rizal.

«Se ha dicho que si las instituciones americanas no hicieron otra cosa más que dar al mundo el carácter de George Washington, «tan solo eso las daría derecho al respeto de la humanidad.» Por eso digo, Señor, a todos los que denuncian a los filipinos injustamente, como bárbaros y salvajes, sin ninguna posibilidad de porvenir civilizado, que esta raza despreciada, ha demostrado ser merecedora de su respeto y del de la humanidad cuando dió al mundo el carácter de Rizal.»

Quizás se podría afirmar que la forma final y la aprobación de la importante legislación de 1902, que dió a los Filipinos su primera oportunidad de ejercer el gobierno propio y de este modo probar su capacidad para ser independientes, se debía tanto al espíritu de Rizal, como al estadismo americano.

Mas si Rizal es nuestro héroe nacional y una inspiración filipino-americana, también es un bienhechor de todo el Asia y quizás de toda la humanidad. Cabe darse el debido reconocimiento y énfasis a este renombre, si nosotros, que somos el mismo pueblo de Rizal, podemos estar más de acuerdo y unidos, tras sus ideas e ideales.

Es hora de establecer el hecho—y nosotros los filipinos debemos hacer los más grandes esfuerzos por realizarlo—que Rizal tiene derecho a ser reconocido por el mundo entero como Padre del Nacionalismo Asiático. Un eminente historiador de la Universidad de Yale, Dr. Ralph A. Turner, dijo que la afirmación de la dignidad y el amor a la libertad que Rizal formuló en los comienzos de 1890, constituye el primer grito del nacionalismo en todo el Asia. Si esto es así, y patentemente es así, entonces la libertad que vino al Asia después de Rizal, que emancipó a una media docena de naciones y más de un billón de almas, debe su origen a su sacrificio y muerte. Rizal trabajó y murió no solo por su país sino para todo el Asia.

De ahí que Rizal fué más héroe del concepto que muchos de nosotros le hemos tenido hasta ahora. De todos los patriotas que veneramos fué él quien amó y sirvió más a nuestra patria. Pero en el concepto del bienestar humano, en general, sus servicios humanitarios fueron mucho más que meramente nacionales. Fueron, en el verdadero sentido de la frase, internacionales. Su espíritu ayudó a guiar a América en su política, fuera del camino del imperialismo, hacia el altruismo. Y su lucha por la libertad y emancipación humanas, fué entonces el comienzo de la lucha de todo Asia, y finalmente, de todas las razas sometidas, por la libertad y dignidad humanas.

El nuevo acercamiento constructivo a Rizal debe, por tanto, engrandecer su inmortal memoria y mejorar aun más la amistad y concordia que nos unen con el resto del mundo. Su aportación al bienestar humano será mas duradera, porque está permanentemente colocada en sus debidos puestos históricos, en definitivo e integrado logro de la

humanidad. Y así que sentimos más respeto por él y su memoria, también ganaremos mayor respeto a nuestra raza, entre otras razas del mundo.

Entronizado a nuestro héroe en el Asia, y quizás en España y América, ayudaremos a dar mayor solidéz a su perdurable fama. Si en el proceso podemos descubrir una base para reverenciar a Rizal con otros, quizás con España, es históricamente justificable y equitativo, que borraremos al mismo tiempo muchas amarguras de nuestro pasado con España, reemplazándolas con un nuevo puente de parentesco e inteligencia que unirá nuestra República con la Madre España. Y si nuestro patriota y héroe gana finalmente su justo puesto en la historia de la colonización occidental y la lucha del Asia por la dignidad y la libertad, hará de nuestra propia raza más digna de respeto de la humanidad, por haber producido, parafraseando al Congresista Cooper, «el carácter de José Rizal.»

---

### From James Alexander Robertson:

Jose Rizal Mercado was born June 19, 1861, in the Tagalog village of Kalamba, in the district of Laguna, which is situated near the central part of Luzon. Contrary to many reports, he was a full-blooded Tagalog, without one drop of Chinese or Spanish blood in his veins, and a number of his relatives, none of whom display any of his supereminent qualities, live still at Kalamba. The latter place has been for many years a "Dominican" estate, and not one of the natives owned a single foot of the land there, but paid rent or fees to the Dominicans in somewhat the same manner as the ancient vassals did to their overlord. This fact is significant, for it was against the Dominicans that Rizal especially aimed his darts in later life. The Rizal family or rather the Mercado family, for Rizal was not the family name (being adopted by José in Manila at the suggestion of an elder brother who kept out of the Philippines for the sake of his health politically, as less odium would attach to that name than to Mercado) were comparatively well-to-do, and it was early resolved to give the little José a good education.

Accordingly he was placed under the tutelage of a Tagalog priest in the village, beginning his studies at the age of three. He proved a most diligent and precocious child. At the age of eight his poetical temperament was clearly recognized. He was sent to Manila where he attended the Ateneo Municipal, the best school there which was in charge of the Jesuits; an organization for which Rizal ever cherished the most cordial feelings. In that school he took both the primary and secondary

courses of study, being conspicuous throughout for his good deportment and scholarship. The year of his graduation (1878) when he took the degree of B.A., his artistic tendency was perhaps the most marked characteristic discernible in him. He had already shown ability in poesy, sculpturing, and dramatic writing. Later in life he was to show his ability also in painting and music, though he did not, it is true, create anything in either line, as he did in poesy, prose and sculpturing.

For a time he attended the Dominican University of Manila, where his love of country shone out for the first time to an unusual degree when he resented the manner in which the teachers of that institution treated Filipinos, his inferiors in intellect, with contumely and scorn, seemingly simple because they were Filipinos and not Spaniards.

In 1881, Rizal was a member of a Society for the advancement of the natural sciences, which was composed entirely of Filipinos under the immediate directorship of a Jesuit: but the Society seems to have had an early and natural death.

His broader life began in 1882, when he determined to go to Spain to study medicine, turning away from all of the arts, one of which one might imagine he would have chosen. In June, 1882, he arrived in Barcelona at the age of 21. At that time Filipinos were comparatively unknown in Spain. Some few men of note had gone from the Philippines to Europe. The Paternos were in Madrid; the Lunas in Paris. But the islands did not yet loom up big on the Spanish horizon as they were soon destined to do. October of 1882 found Rizal in Madrid, matriculated in the University there in Philosophy and Letters and in Medicine. He was a hard student. A diary kept by him part of the time while in Madrid, and now owned by a gentleman in Chicago,\* contains many items of interest, that set forth in a clear light his personal habits. He spent comparatively little on creature comforts and luxury, but much of his slender means went for books—books on history, philosophy, the sciences, medicine, fiction, poetry, etc. One of them was a life of the presidents of the United States; another a book on Picturesque America. He studied Hebrew, Arabic, Greek, French and other languages. He was a linguistical wonder. He learned to speak and write many languages in the course of his life, among them English, French, Chinese, while, if he could not speak them, he could read at least, Dutch, Italian, and other languages. He also studied

---

\* Now in the Newberry Library, Chicago, Illinois, U.S.A.—Ed.

field tactics. His mind seems to have been universal. And he studied not aimlessly and without thought, but with a grasp on the subject that was beyond his years, with a clear sightedness that was remarkable. At his graduation in Madrid, June 19, 1885, he took the degrees of Doctor of Philosophy and Doctor of Medicine.

It must not be supposed that Rizal was morose and that he shunned society entirely. Nothing of the sort. There were numerous of his fellow countrymen at Madrid with whom he seems to have been on terms of close intimacy. His notebook shows numerous meetings with them, sometimes in banquets, where the chief talk was the beloved Philippines. One item in his expense account is 32 pesetas for a supper with one or two friends, but such expenses were rare. He did not smoke, but one item shows that he did on at least one occasion indulge in a glass of beer. He mentions seeing a pretty girl one day on the street which shows that he was not dead to the charms of beauty. The entries of his diary are especially interesting, in that they show his personal equation strongly, and shadow forth the man he was to be. Here is the first: "The women of my country please me greatly. I know not why, but I find that they have an unknown charm for me, that sets my fancies to dreaming. When they talk to me of my country, they awaken sleeping recollections in my heart." This is Rizal, the lover of his country, the patriot. The second: "My days pass quickly, and I find that I am very old (so they call me) for my years. I lack the gaiety of youthful hearts, the smiling appearance of quiet and happy hearts, the animation of those who are confident of their future. And yet, I do not believe that I have done anything that was not well thought out and advisable. I believe that I am an honorable man, and I suffer no remorse of conscience, unless it be for the fact that I have deprived myself of many pleasures." A notable pen picture of a boy of 23, which shows Rizal the thinker.

One fact of Rizal's life in Madrid eclipses all others. Though he wrote some poems and discussed questions of the Philippines, all that sinks into insignificance beside the fact that he began to write in the Spanish his great book *Noli Me Tángere*, the "New Filipino Bible" as it has been called. Had Rizal done nothing else during his life than to write this book he would have sufficient glory. He began it either the last of 1884 or the beginning of 1885, and when he went to Paris the latter year it was about one-half finished. At Paris he

studied medicine, especially diseases of the eye, wrote another quarter of his novel, and studied English and German. At the beginning of 1886 he went to Germany where he took a course of study at Heidelberg, where he probably took his German degree of Doctor of Philosophy.\* Thence he went to Leipzig, where he worked in one of the printing offices as compositor, probably because his means were giving out. Next he went to Berlin, where he became a member of the Anthropological Society, and met many famous men among them Virchow. On that same year appeared his great novel, which he finished and had printed in Germany. Let Rizal speak of it himself, in the following citation from a letter, to a friend:

“ Long ago you desired to read a story written by me. You told me that I must do something serious, and no longer write articles that live and die with the page of the journal. Now, indeed, do I answer your desire and your three letters with my story, *Noli Me Tángere*, of which I send you a copy by post.

“*Noli me tângere*, words taken from the gospel of St. Luke, signify, ‘Do not touch me.’ The book contains, then, those things of which no one has hitherto spoken in our land, for they are so delicate that they could not be touched on by anyone. As for me, I attempted to do what no one would do. I have had to answer the calumnies that have been heaped on our country for years. I have written of the social conditions, the life, our beliefs, our hopes, our desires, our complaints, our sorrows. I have unmasked the hypocrisy which under the mantle of religion came to impoverish us and make us brutes. I have distinguished the true religion from the false, from the superstitious, from that which trafficks with the holy word in order to get money, in order to make us believe the foolish things at which Catholicism would blush if it ever discovered them. I have unmasked what was behind the deceitful and glittering words of our governments. I have told our fellow countrymen our wrongs, our vices, our faults, and our cowardly complaisance in the face of such wretchedness. Where I have found virtue, I have spoken of it out aloud, that I might render it homage. And if I have not wept when speaking of our misfortunes, I have laughed at them for no one would care to weep with me over the ills of our country, and laughter is always good to hide sorrow.

“The facts that I have related in my book are all true and actual occurrences, and I can prove them. That my

---

\* There is no evidence that he matriculated in any university in Germany.—Ed.

book will have (that, it has) defects from the artistic and aesthetic standpoints, I will not deny; but no one can contest the impartiality of my narration."

*Noli Me Tángere* is a powerful social novel, and spares neither Spaniard nor Filipino in its criticism of life in the Philippines. For the first time readers have a true picture of things as they really existed in the Philippines. The radical Filipino, the one who is something of a sychophant because it pays, the radical Spaniard, the Spaniard of the Middle Ages, the patriotic Filipino, the false ministers, are all there. It is not a protest against religion, against Catholicism, but it is a vigorous protest against the evils of the religious orders.

The book soon made its way to Spain and the Philippines, reaching the Islands as early as the middle of 1887. It aroused a great storm in that stronghold of friarism, and was almost immediately denounced by the secular professors of the Dominican University,\* who declared it heretical, unpatriotic, unreligious. Nothing could have been better for its circulation; and its sale was helped still further by the censors on it, by an Augustinian friar, who found in it grave indications of antagonism to Spain and religion. Fabulous prices were paid for it by people who were anxious to own copies of it. It was shipped in secret packages to Manila and distributed from there throughout the Islands. It was denounced in the Spanish Senate, although he who denounced it there had never read the book but only the denunciations of the Augustinian friar.

The feelings of the Filipinos toward Rizal and his book is well expressed by a Filipino poet in the following stanza with which he closes an apostrophe to *Noli Me Tángere*:

Now I close thee, In the night of his sleep,  
Peace to the patriot who wrote thy pages!  
Tell him that his brothers do not forget him,  
And that in each breast is erected an altar to him.

In 1887 while in Germany, Rizal wrote some few articles and did some translations from English, French, and German into Spanish. In April or May he left Berlin, and traveled through parts of Germany, Switzerland, Austria, and Italy, and finally took boat at Marseilles for his own land, in July, 1887. The islands were no place for him, however, for his book had made him too marked a man. The Jesuits, grieving

---

\* University of Sto. Tomas, in Manila.—Ed.

over his liberal tendencies, tried to correct him and failing broke with him. In Kalamba his strife with the Dominicans finally forced him to leave the Islands after two\*\* months. In February, 1888, he went to Hongkong, thence to Japan, San Francisco, New York, and then to London, reaching the latter city in the latter part of 1888. There he wrote a number of articles for the Spanish paper *La Solidaridad*, which was published in Barcelona in favor of the Filipinos and to which many Filipinos contributed. At London also he worked at sculpturing, producing two creative pieces and one copy.

His next literary labor of moment was his edition of Antonio de Morga's "Events of the Philippines," \* which was first published in Mexico in 1609. Rizal's reason for publishing this book was to teach the Filipinos what there was of ancient civilization in their stock, and that all that they had was not owing to their conquerors. This book was published at Paris in 1890 and was extensively annotated. A short visit to Spain followed, and then his Belgium residence where he wrote most of the sequel to *Noli Me Tángere*, the *El Filibusterismo*, a novel lacking the freshness and charm of the first one, but deeper in philosophic thought and more moderate in tone.

It is a mature book, the product of a man's mind. A short trip through Holland preceded his return to Hongkong where he practiced medicine. Thence he went to British Borneo, where he contemplated the founding of a Filipino colony which was, however, never realized. Going thence to Hongkong he formed the Filipino League, which was not revolutionary but evolutionary in character. Events in the Philippines were not moving rapidly, and the dim mutterings of the coming revolution had begun to be heard. Rizal could not keep away. On his promise to keep clear of politics he was allowed to return to Manila. But he had no sooner landed than he was arrested as a seditious person, the proof being certain seditious documents said to be found in his trunks, and which it is asserted were placed in them by other persons at the instigation of the friars or by the friars themselves. I am not entirely clear on this point yet, and it needs further investigation.\*\* Be that as it may, Rizal was deported to the

---

\*\* Six months.—*Ed.*

\* *Sucesos de las Islas Filipinas.*

\*\* Rafael Palma, in his *Biografía de Rizal*, said that Rizal and his sister were met at the wharf, their baggages were carefully examined, but nothing happened. It was only when he was arrested 13 days after that he was told of these documents. So Palma said, those papers were planted.

gloomy town of Dapitan in Mindanao, where he spent four years.

During that exile occurred his romance. Mr. Tauffer, a gentleman of Hongkong, went to Dapitan to consult Rizal about his eyes, for Rizal was perhaps the best eye specialist in the Orient, taking with him his foster daughter, Josephine Bracken, an Irish lass. The two young people fell in love at first sight and shortly before he was shot Rizal married her. In Dapitan, Rizal was also in communication with the revolutionary leaders, but he did not enter into their plans. It is known that they consulted him on one occasion, and he refused to give his sanction to their plans; but they returned to Manila or Hongkong and announced that Rizal was with them heart and soul, knowing what influence his name would have upon the people. Rizal never had anything to do with the Katipunans, although his name was used by the leaders of the society.

In 1896, the revolution suddenly broke out, whereupon Rizal recognizing that he would be better outside the Philippines entirely, volunteered for surgeon's duty in Cuba.\* His services were accepted, and he set sail for Barcelona. But in the same ship went an order to arrest him at landing and return him to Manila, where he was convicted on false testimony of instigating insurrection and condemned to be shot on the Luneta of that city. He was executed on December 30, 1896, a day that has been made a public holiday by the United States government. The common people of the Islands, many of them, believe that Rizal was not killed by the bullets but that he was miraculously preserved and will some day return to lead them. He is looked upon as a saint.

Rizal's influence is destined ever to increase. He was a manly man, who hated all oppression whether physical, moral, or intellectual. He was never a revolutionist. He believed that by evolution his people could be led to higher ideals and levels, and he ever strove to uplift. Still his name had more effect in the insurrection than did almost all the other factors entering into that period, and the revolutionary leaders used it to good purpose. As years go by his true character will be better understood by the Filipinos, and all the various peoples of the Islands, be they Tagalogs, Visayans, Pampangos, Pangasinans, Ilocanos, Bicolos, or any other people will be prouder of

---

\* This is an erroneous conclusion. Rizal made the request to go to Cuba one year before the Philippine Revolution; and he was allowed to leave Dapitan on July 31, almost a month before the uprising started.—Ed.



his moral greatness than of all else, and who knows but they may point to him as the founder of a united and happy people!

To you Filipinos he has left the heritage of his life—a life of ideals, noble endeavor, righteous activity. Yours be the shame if you do not follow his lead. Yours be the glory if you allow his influence to leaven you thoroughly and lead you ever up to higher truths and ideals.\*

*The Filipino Students' Magazine, July 1906,  
Vol. II, No. 2.*

---

\*José Rizal y Mercado nació el 19 de Junio de 1861, en el pueblo tagalo de Kalamba, de la provincia de Laguna, que está situada cerca del centro de Luzón. Contrario a muchos informes, él era un tagalo de pura raza, sin ninguna gota de sangre china o española en sus venas; y ninguno de sus parientes demuestra alguna de sus cualidades supereminentes, y todavía viva en Kalamba. Esta localidad ha sido por muchos años una hacienda dominica y ni uno de los naturales ha poseído ni un palmo de terreno en ella; en cambio pagaba alquiler o canon a los dominicos de una manera semejante a los vasallos de antaño que pagaban sus rentas a sus señores amos. Este hecho es significativo pues fueron contra los dominicos los dardos que Rizal lanzaba particularmente en los posteriores años de su vida. La familia de Rizal o más bien de Mercado, puesto que Rizal no era el apellido de dicha familia (por haberlo adoptado José en Manila a sugestión de un hermano mayor que se mantenía fuera de Filipinas por motivo de su salud política, por la razón de que menos odio podían tener contra ese apellido que al de Mercado) era comparativamente pudiente; y desde muy temprano se había resuelto dar una buena educación al pequeño José.

Por consiguiente, se le puso bajo la tutela de un sacerdote tagalo del pueblo, comenzando sus estudios a la edad de tres años. Resulta él ser un niño inteligente y precoz. A la edad de ocho años su temperamento poético fué reconocido claramente. Fué enviado a Manila y se matriculó en el Ateneo Municipal, el mejor colegio de allí que se hallaba regentada por los jesuitas, por cuya institución Rizal siempre profesó el más cordial cariño. En dicho colegio él cursó ambas enseñanzas primaria y secundaria, distinguiéndose hasta el fin, por su buena conducta y erudición. En el año de su graduación (1878), cuando obtuvo el bachillerato (B.A.), su tendencia artística fué quizás la mayor característica que se manifestara en él. El ya había demostrado su habilidad en la poesía, escultura, y composición dramática. Más tarde durante su vida él había de ostentar también su destreza en la pintura y la música, aunque es verdad que él no haya creado gran cosa en cualquiera de estas antes como lo hizo en poesía, prosa y escultura.

El estudió por un tiempo en la Universidad Dominica de Manila, en donde por primera vez se manifestó en grado extraordinario su amor patrio, cuando él se indignó de la manera en que los profesores de

dicha institución trataban a los filipinos, como inferiores en inteligencia, con ultraje y desprecio que al parecer era cosa sencilla por ser ellos filipinos y no españoles.

En 1881, Rizal era miembro de una Sociedad para el adelanto de las ciencias naturales que se componía enteramente de filipinos bajo la dirección inmediata de un jesuita; pero al parecer, la Sociedad tuvo una muerte temprana y natural.

Su vida más amplia comenzó en 1882 cuando él se decidió ir a España para estudiar la medicina, apartándose así de todos los artes, uno de los cuales podía uno imaginarse que escogería él. En junio de 1882, llegó a Barcelona a la edad de 21 años. En dicha época, los filipinos eran comparativamente desconocidos en España. Algunos individuos prominentes de Filipinas se habían ido a Europa. Los Paternos se hallaban en Madrid y los Lunas en París. Pero las Islas todavía no se habían destacado bastante en el horizonte español como estaban destinadas muy pronto a estarlo. El mes de octubre estaba Rizal en Madrid, matriculándose allí en Filosofía y Letras y en Medicina. Era un discípulo inteligente. Un diario de apuntes que él llevaba mientras se hallaba en Madrid y que hoy lo posee un caballero de Chicago,\* contiene muchos datos interesantes que indican sus costumbres personales de una manera clara. Él gastaba relativamente poco en artículos personales de lujo y comodidad, pero gran parte de sus exiguos recursos se destinaba para los libros de historia, las ciencias, la medicina, ficción, poesía, etc. Uno de dichos libros era la vida de los Presidentes de los Estados Unidos y otro era sobre América Pintoresca. Él estudió el hebreo, árabe, griego, francés y otras lenguas. Era un prodigioso lingüístico. Aprendió a hablar y escribir muchas lenguas durante el curso de su vida, entre ellas el inglés, francés y el chino y aunque no podía hablar el holandés, italiano y otras lenguas, por lo menos las podía leer. También estudió la táctica militar. Parece que su mente era universal, y no estudiaba sin regla ni pensamiento, sino con el empeño de dominar la asignatura que llegaba más allá de sus años, y con una visión clara que era admirable. En su graduación en Madrid, el 19 de junio, 1885, obtuvo el título de Doctor en Filosofía y el de Doctor de Medicina.\*\*

No debe suponerse que Rizal era un tristón y que rehuía completamente de la Sociedad; nada de eso. Había en Madrid numerosos compatriotas suyos con quienes parece haber él estado intimamente relacionado. Su diario de notas demuestra que ha tenido numerosas tertulias con ellos, a veces en banquetes en que el tema principal era la amada Filipinas. Un concepto de su cuenta de gastos era de 32 pesetas para cenar con uno o dos amigos, pero semejantes gastos eran raros. No fumaba pero un concepto demuestra que por lo menos en una ocasión, él se permitió beber un vaso de cerveza. Él menciona haber visto cierto día una chica hermosa en la calle, lo cual demuestra que no era insensible al encanto de la belleza. Los apuntes en su diario tienen interés particular porque demuestran altamente su ecuación personal y hacen vislumbrar a uno al hombre que sería mañana. He aquí el primero: "Las mujeres de mi país me agradan mucho. Yo

\* Hoy en la Biblioteca de Newberry, Chicago, Illinois, E.E.A. — Ed.

\*\* No pudo cumplir algunos requisitos de ambos doctorados por falta de recursos. — Ed.

no sé porqué, pero encuentro que tienen para mí, un encanto desconocido que inducen a mis pensamientos a soñar. Cuando me hablan de mi patria, se despiertan recuerdos adormecidos en mi corazón". Este es Rizal, el amante de su patria, el patriota. El segundo: "Mis días pasan pronto y veo que soy muy viejo (así me llaman) para mis años. Yo carezco de la alegría de los corazones jóvenes, la apariencia risueña de los corazones quietos y felices, la animación de los que están confiados de su porvenir. Con todo, yo no creo que haya hecho nada que no haya sido bien pensado a que sea conveniente. Yo creo que soy un hombre honrado y no tengo remordimiento de conciencia, a menos que sea por el hecho de haberme privado de muchos placeres." Un notable dibujo a pluma de un mozo de 23, demuestra a Rizal el pensador.

Un hecho de la vida de Rizal en Madrid, eclipsa todo lo demás. Aunque él compuso algunas poesías y haya tratado cuestiones de Filipinas, todo eso pasa a la insignificancia ante el hecho de que él comenzó a escribir en castellano su gran libro *Noli Me Tángere*. "La Nueva Biblia Filipina" como ha sido llamado. Aunque Rizal no hubiera hecho nada durante toda su vida más que escribir este libro, ya hubiera él tenido suficiente gloria. Él comenzó a escribirlo a fines del 1884 o a principios de 1885, y cuando se fué a París en este último año, ya había terminado la mitad del mismo. En París estudió también la medicina especialmente las enfermedades del ojo, escribió otra cuarta parte de su novela, y el inglés y el alemán. A principios del 1886, se fué a Alemania en donde tomó un curso de estudios en Heidelberg, donde probablemente haya obtenido su Doctorado en Filosofía.\* De allí se fué a Leipzig en donde trabajó en una de las imprentas como cajista, quizás porque se iban agotando sus recursos. Después pasó a Berlín en donde se hizo miembro de la Sociedad Antropológica y allí conoció a muchos hombres famosos, entre ellos a Virchow. En ese mismo año, apareció su gran novela que había terminado de escribir y la imprimió en Alemania. Dejemos al mismo Rizal hablar de ella en la siguiente acotación de una carta a un amigo:

"Hace tiempo que deseábais leer alguna novela escrita por mí. Me decíais que era necesario producir algo serio y no escribir ya artículos que viven y pasan con la hoja de un periódico. Pues bien; a vuestro requerimiento, a vuestras tres cartas, contesto con una novela, *Noli Me Tángere* de la cual le envío un ejemplar por correo.

"*Noli Me Tángere*, palabras tomadas del evangelio de San Lucas, significan "No me lo toquéis". El libro contiene, pues, cosas de que nadie entre nosotros ha hablado hasta el presente; son tan delicadas que no pueden ser tocadas por ninguna persona. En lo que a mí toca, he intentado hacer lo que nadie ha querido hacer. He querido refutar las calumnias que por tantos siglos han sido amontonadas sobre nosotros y nuestro país: he descrito el estado social, la vida, nuestras creencias, nuestras esperanzas, nuestros deseos, nuestras quejas, nuestras tristezas;

---

\* No hay prueba de que se haya matriculado en cualquiera Universidad en Alemania. — Ed.

he desenmascarado la hipocresía que, bajo el manto de la religión, venía a empobrecernos y a embrutecernos; yo he distinguido la verdadera Religión de la falsa, de la supersticiosa, de aquella que comercia con la palabra santa para extraer dinero a fin de hacernos creer en sortilegios, de que el Catolicismo se avergonzaría si tuviera de ellos conocimiento. Yo he descorrido la cortina para exponer lo que está detrás de palabras engañosas y brillantes de nuestros gobiernos; yo he expuesto a nuestros compatriotas nuestros defectos, nuestros vicios, nuestras culpables y cobardes complacencias con las miserias de allá. Dondequiera que haya visto la virtud la he proclamado para rendirle homenaje, y si bien no he llorado al hablar de nuestros infortunios, me he reído porque ninguno quiere llorar conmigo sobre las desdichas de nuestra patria, y la risa es siempre buena para ocultar las penas. Los hechos que relato son todos verídicos y han sucedido: puedo dar pruebas de ellos. Mi libro tendrá (y las tiene) sus faltas bajo el punto de vista artístico o estético. Yo no digo que no; pero lo que no se puede poner en duda es la imparcialidad de mis narraciones.

El *Noli Me Tángere* es una poderosa novela social, y no perdona ni a españoles ni a filipinos en su crítica de la vida en Filipinas. Por primera vez los lectores tienen un retrato fiel del estado de cosas tal como realmente existieron en Filipinas. El filipino radical, uno que es algo de adulator porque es provechoso, el español radical, el español de la Edad Media, el filipino patriótico, los falsos sacerdotes, todos están allí. No es una protesta contra la religión, ni contra el catolicismo, pero es una vigorosa protesta contra las maldades de las órdenes religiosas.

Muy pronto llegó el libro a España y a Filipinas arribando en éstas mediados del año 1887. Causó gran tormenta en aquel baluarte de la fraileocracia, y casi inmediatamente fué denunciado por los profesores seculares de la Universidad Dominicana\* quienes lo declararon herético, antipatriótico y antireligioso. Nada mejor pudo haber sucedido para ayudar su circulación; y su venta fué aun más propulsada por los censores del libro, por un fraile agustino, el que halló en el mismo graves indicaciones de antagonismo hacia España y la religión. Se pagaron precios fabulosos por personas que deseaban adquirir ejemplares del mismo. Fueron enviados en paquetes secretos a Manila para ser distribuidos desde allí por todas las Islas. Fué denunciado en las Cortes Españolas a pesar de que el denunciante nunca había leído siquiera el libro, sino sólo las denuncias del fraile agustino.

El sentir de los filipinos hacia Rizal y su novela está bien expresado por un poeta filipino en la siguiente estrofa en que él concluye su apóstrofe al *Noli Me Tángere*:

Te cierro ya. En la noche de tu sueño,  
¡Paz al patriota que escribió tus páginas!  
Dile que sus hermanos no lo olvidan,  
Que en cada pecho se lo erije un oro.

En 1887, estando en Alemania, Rizal escribió algunos artículos e hizo algunas traducciones del inglés, francés y alemán, al castellano.

\* Universidad de Santo Tomás en Manila. — Ed.

Se marchó de Berlín en abril o mayo,\* y viajó por partes de Alemania, Suiza, Austria e Italia, y finalmente cogió un barco en Marsella para su propia patria, en julio del 1887. Sin embargo, las Islas no eran un lugar para él, porque su libro le había hecho el blanco muy señalado de los ataques. Los jesuitas, lamentando sus tendencias liberales, trataron de corregirle, pero fracasando en ello, rompieron con él. En Kalamba su conflicto con los dominicos le obligaron al fin a dejar las Islas después de dos meses.\*\* En febrero de 1888, él se fué a Hongkong, de allí al Japón, San Francisco, Nueva York y desde allí a Londres, cuya ciudad llegó a fines del año 1888. Allí escribió varios artículos para el periódico español *La Solidaridad* que se publicaba en Barcelona a favor de los filipinos y al cual muchos filipinos colaboraban. En Londres también se dedicó a la escultura, produciendo dos piezas creativas y una copia.

Su siguiente obra literaria de importancia, fué su edición de los *Sucesos de las Islas Filipinas* de Antonio de Morga que había sido primeramente publicado en Méjico en 1609. La razón que le impulsó a Rizal publicar este libro, fué para enseñar a los filipinos lo que tenía de antigua civilización su linaje; y para que sepan que todo lo que tenían no debían a sus conquistadores. Este libro se publicó en París en 1890, y estaba extensamente anotado. Después de este siguió un corto viaje a España, pasando él a residir en Bélgica en donde escribió gran parte de la secuela al *Noli Me Tángere*, el *El Filibusterismo*, una novela que careciendo de la amenidad y el encanto de la primera, era sin embargo más profunda en su pensamiento filosófico y más moderado en su tono.

Es un libro de mayor madurez; el producto de la mente de un verdadero hombre. Hizo un viaje corto por Holanda, antes de su vuelta a Hongkong, en donde ejerció la medicina. De allí se fué al Borneo Británico en donde proyectó fundar una colonia filipina, cuyo plan no obstante, nunca se realizó. Pasa de allí a Hongkong, formó en ésta la *Liga Filipina* que no era revolucionaria sino evolucionaria en carácter. Los sucesos en Filipinas se desenvolvían con rapidez y se empezaba oír el moderado susurro de la venidera revolución. Y Rizal no podía atajarse de ella. Bajo promesa de que se abstendría de meterse en la política, se le permitió volver a Manila. Pero no hizo más que desembarcar en el país, cuando fué arrestado como persona sediciosa, constituyendo prueba de ello ciertos documentos sediciosos que se decía fueron hallados en sus baules, los que se alegaba que fueron metidos allí por otras personas instigadas por los frailes, si necesita más indagación.\*\*\* Sea lo que fuere, Rizal fué deportado al lóbrego pueblo de Dapitan en Mindanao, en donde pasó cuatro años. Durante su destierro tuvieron lugar sus amoríos. El Sr. Taufer, un

---

\* Mayo. — Ed.

\*\* Seis Meses. — Ed.

\*\*\* En su *Biografía de Rizal*, Rafael Palma dice que Rizal y su hermana se encontraban en el patalán, cuando sus equipajes fueron examinados y que nada sucedió. Fue solo cuando él fue arrestado 13 días mas tarde, se le informó de estos documentos sediciosos. De tal suerte que, según dice Palma, esos documentos fueron puestos allí a propósito — Ed.

caballero de Hongkong, se fué a Dapitan para consultar a Rizal sobre sus ojos, puesto que Rizal era quizás el mejor oculista del Oriente, llevándose a su hijastra Josefina Bracken, una joven irlandesa. Los dos jóvenes se enamoraron a primera vista; y poco antes de ser fusilado, Rizal se casó con ella. En Dapitan, Rizal también se comunicaba con los caudillos de la revolución pero él no tomaba parte en los planes de ellos. Es sabido que en una ocasión le consultaron a él, pero él se negó a sancionar dichos planes, pero ellos volvieron a Manila o a Hongkong y anunciaron que Rizal les apoyaba con su alma y corazón sabiendo la influencia que ejerciera su nombre sobre el pueblo. Rizal nunca tuvo que ver con el *Katipunan* aunque se haya usado su nombre por los caudillos de la Sociedad.

En 1896, estalló repentinamente la revolución y entonces reconociendo que él debería estar mejor fuera de Filipinas, Rizal se ofreció como voluntario para prestar servicios de cirujano en Cuba.\* Sus servicios ofrecidos fueron aceptados, y él se embarcó para Barcelona. Pero por el mismo barco se había enviado una orden para arrestarlo al desembarcar y traerle de vuelta a Manila, en donde fué sentenciado mediante falso testimonio de que había instigado una insurrección y se le condenó a ser fusilado en la Luneta de dicha ciudad. Fué, pues, ejecutado en 30 de Diciembre de 1896, día que se ha declarado fiesta oficial por el Gobierno de los Estados Unidos. La gente ordinaria de las Islas, o muchos de ellos, creen que Rizal no fué muerto por las balas, sino que fué salvado milagrosamente, y que algún día volverá para acaudillarles. Se le considera como un santo.

La influencia de Rizal está destinada siempre a acrecentar. El fué hombre viril que odiaba toda opresión ya fuese física, moral, o intelectual. Nunca fue un revolucionario. El creía que por medio de la evolución les podía conducir a sus compatriotas a más altos ideales y elevación, y él siempre se esforzó en elevarles. Y con toda, su nombre produjo mayor efecto en la insurrección que cualesquiera otros factores que hayan entrado en la situación de aquel período, y los caudillos de la revolución lo utilizaron para buenos propósitos. En el transcurso de los años, su verdadero carácter será comprendido mejor por los filipinos, y todos los habitantes de las varias regiones de las Islas, ya sean tagalos, visayos, pampangos, pangasinanes, ilocanos, bicolanos o cualesquier otros, se enorgullecerán más de su grandeza moral que de cualquier otro hecho; y, quien sabe si todavía le indicarán a él como el fundador de un pueblo más unido y feliz!

A vosotros los filipinos, él os ha dejado la herencia de su vida — una vida de ideales y de esfuerzos nobles, y de actividad justiciera. Vuestra será la vergüenza si no seguís su caudillaje. Pero vuestra será la gloria si permitís que su influencia cunda en lo más íntimo de vosotros, y se realce hacia los más elevados verdades e ideales.

---

\* Esta es una conclusión errónea. Rizal presentó solicitud para irse a Cuba, un año antes de la Revolución Filipina, y se le permitió salir de Dapitan el 31 de julio, casi un mes antes de que ocurriese el levantamiento.  
— Ed.

## De Antonio Iraizos:

Quiero hablar del martirio de José Rizal.

¿Es que aún se necesita prevenir al pueblo de los peligros del fanatismo religioso, de sus incontables víctimas? Cuando ya nadie debiera discutir los fueros de la conciencia libre, en este siglo, emancipador de tutelajes ruinosos, ¿se requiere una propaganda que mantenga vivo el recuerdo de los embates y crímenes de la intolerancia clerical? Sí: con pena debe confesarse; la intransigencia en materia de credo no ha cedido por la fuerza que desarrollan las nuevas ideas de la época; se oculta, cuando no puede imperar, como los lagartos bajo las piedras, pronta a surgir cuando la apatía colectiva lo permite. Los odios religiosos están más aplacados que en el siglo XVI; pero no han desaparecido por completo.

Si en los países bien organizados y de civilización plena, están contenidos, en aquellos otros menos felices, donde la incultura y la falta de civilidad les ayuda, cuelan sus tentáculos repulsivos en el hogar, en la enseñanza y en la política. Que no es labor estéril, pueril, pasada de moda, como quieren algunos, lo evidencia la evocación que hago de la figura doliente de José Rizal, preclaro talento y noble corazón, cuya vida de amarguras y cuyo sacrificio cruel ponen de manifiesto la intriga frailuna de acuerdo con el despótico poder colonial. El crimen que ahora recordamos ocurrió en las postrimerías del pasado siglo; muchos de los victimarios aún viven y aún mandan . . . \* y el recuerdo del prócer filipino, la mas completa y atrayente personalidad de la raza malaya, inspira admiración y piedad, por el amor a su patria, por sus ideales de justicia y decoro; e inspira también la indignación y la inclemencia para los eternos conculcadores del derecho ajeno, para los incorregibles enemigos de la libertad y dignidad humanas, para los sombríos mantenedores del pensamiento encadenado y de la conciencia esclava. El sacrificio de Rizal obliga a los hombres enteros, emancipados de la rutina, a seguir batallando, sobre todo en pueblos inexpertos como el nuestro, por los derechos sagrados del Espíritu, por los fueros inviolables de la Idea.

x x x x x x x x x x

---

\* La dictadura militar de España que presidía Primo de Rivera ordenó al Ayuntamiento de Valencia la supresión del nombre de Rizal a una calle de dicha ciudad, homenaje que le rindieron los ediles republicanos en otra época.

**De José Ma. Francés:**

## JOSE RIZAL

Entre los innumerables mártires que han regado con su sangre la libertad de su patria de origen, ocupada y sojuzgada por potencias extranjeras, descuella con luz propia el eximio poeta, novelista y médico filipino, cuyo nombre encabeza estas líneas.

Hasta el siglo XIII se desconocía inclusive la existencia del archipiélago, hoy filipino. Se debió a un geógrafo chino, Chao Yu Kua el primer informe al respecto. El gran Magallanes fué, por decirlo así, su descubridor oficial en 1521, época en que Hernán Cortés consolidaba su conquista de México. Magallanes denominó en principio Islas de San Lázaro a las descubiertas, y más tarde se las bautizó de Poniente. Transcurridos muchos años, adquirieron su nombre actual de Filipinas, en honor del rey de España Felipe II. El ilustre navegante falleció tras haber descubierto sucesivamente las islas de Sámar, las Bisayas, Mindanao, Cebú y Mactan. Magallanes falleció en esta última en abril del mismo año. El vascongado Legazpi, por orden del rey Felipe, partió de México en 1564, bajo los auspicios del virrey Velasco, con objeto no ya de descubrir, sino de conquistar las Islas. La empresa duró algunos años, en cuyo transcurso se incorporaron a la conquista Panay y Luzón con el resto del Archipiélago.

Legazpi, a cambio de su brillante y agotadora labor no recibió recompensa alguna del torvo monarca, como no fuera su nombramiento. En cambio invirtió en ella toda su fortuna. La dominación hispana se mantuvo por espacio de más de 300 años, si bien no siempre reinó la paz, ya que las sublevaciones fueron frecuentes, y no dejó de haber en el complicado archipiélago zonas insumisas.

A principios del siglo XIX, era de los movimientos de Independencia en todo el globo, la emancipación de su territorio se convirtió en un imperativo para los filipinos. Pero la maquinaria represiva de los españoles era un hueso duro de roer para toda veleidad independentista. La religión y la lengua de los dominadores, prevalecían en los núcleos insulares de mayor importancia, pero el lenguaje y costumbres de tagalos e igorotes no se habían extirpado ni mucho menos.

Por otra parte, el cruzamiento de razas entre los aborígenes isleños y los españoles, así como con otros pueblos y culturas,



había fundido en un vasto crisol una población numerosa dotada de fisonomía propia y anhelante de aportar su mensaje al mundo civilizado. Cierto que entre los igorrotos predominó hasta muy tarde el estado primitivo, y a los funcionarios españoles, avecindados en Manila, les costaba mucho conseguir que sus criados igorrotos dejasen de andar por la casa en traje de Adán y Eva. Mucho se ha fantaseado a propósito de los pintorescos «gobernadorcillos» del interior, quienes asociaban el uso del sombrero de copa, con la camisa fuera de los calzones. A despecho de tales singularidades, en las Filipinas nacían y crecían hombres valiosos que no tan sólo igualaban, sino que a veces superaban, en inteligencia y saber, al promedio de los blancos metropolitanos. Los jesuitas y otras órdenes, con su sagacidad habitual en el manejo de los problemas del Extremo-Oriente—especialmente los hijos de San Ignacio—mantenían abiertas universidades donde se impartían enseñanzas que por más que fueran tendenciosas e interesadas, no dejaban de aportar un valioso sedimento a la formación cultural de los filipinos. Uno de los hombres que supo aprovechar hasta lo indecible cuanto se le enseñó fué José Rizal.

En 1896, al estallar el movimiento insurreccional, capitaneado por el llamado *Katipunan*, o sea, el Consejo Supremo de los Conspiradores tagalos, radicado en Manila desde el 92, tuvo lugar el primer choque serio con los españoles en San Juan del Monte. Ocupaba el cargo de Gobernador General el marqués de Peña Plata. Rizal, que para entonces contaba 35 años y se hallaba en la plenitud de su vida y de su talento, figuró entre los líderes de la revolución de independencia y no tardó en ser señalado como filibustero por los encargados de ahogar en sangre la revuelta.

*El Filibusterismo* se titula, precisamente, una de las dos excelentes novelas que tuvo tiempo de dejar escritas José Rizal, cuando murió fusilado en 1896, precisamente bajo la acusación de filibustero. Hay que notar que este vocablo, que en el siglo XVII se aplicó por los españoles a los piratas que pululaban entonces por el Caribe, fué hecho extensivo más tarde a todo aquél que en una forma u otra, laboraba por la independencia de Cuba y Filipinas. *Noli me tângere* se titula la que forma pareja con aquélla y en ambas, dentro de una técnica depurada de novelista, el autor no disimula su disconformidad con la presencia de los españoles en su patria y los procedimientos empleados por ellos, espirituales o temporales.

José Rizal conocía España; residió en ella, y su vasta cultura adquirió nuevos matices. Caros hubo de pagarlos, puesto que la Madre que le había dado sus luces, acabó por darle esa otra luz desconocida que para los espíritus cultivados, viene a ser la Muerte.

José Rizal dió, pues, su vida por la Independencia Filipina, por la libertad de sus hermanos de raza y por haber expuesto en sus obras teorías que no podían ser del agrado de quienes se hallaban al lado opuesto de la barricada. Para apreciar en lo que vale un hombre extraordinario, como el gran patriota filipino, no está por de más desnudar su alma. Y el héroe-martir que nos ocupa, nos la ofrece desnuda en el poema que escribió en capilla, pocas horas antes de morir, y cuyo título es: «Último Adiós», considerado como el mejor de su obra. Su reproducción, íntegra, nos exime de añadir ditirambos y frases que sonarían a hueco ante lo que dejó escrito en su cita con la muerte, este titán de la Libertad.

—José Ma. Francés, *Los Titanes de la Libertad, México.*

---

### **De La Señora de Laignier:<sup>33</sup>**

Recuerdo a Rizal como un hombre refinado, amistoso y trabajador a quien tenía en alta estima el Dr. de Wecker y sus colegas en la clínica.

*Declaración hecha a la Sra. Paz Policarpio Mendez en París.*

## Notas Biográficas

1. **Morán.** Un filipino agricultor, fundó y era el dueño y capitalista del *Diariang Tagalog* en donde se publicó por primera vez el artículo de Rizal, "El Amor Patrio" siendo director el Sr. Federico Calvo Muñoz.

Después de la mala inteligencia entre Rizal y del Pilar por la cuestión del "Responsable", ofreció, por conducto de Graciano López Jaena, una pensión de 200 pesos mensuales además de los gastos de viaje para que Rizal viajase por Europa y América a fin de explorar los ánimos de los gobiernos sobre Filipinas.

2. **Morayta.** Historiador, político español que ha sido profesor de Rizal en la Universidad Central de Madrid. Enseñaba Historia Universal. Se unió por primera vez con los filipinos de Madrid en el banquete celebrado en honor de los pintores Juan Luna y Resurrección Hidalgo donde oyó a Rizal su brindis por los dos pintores. A raíz de este discurso, Morayta le admiró a Rizal y le urgió a que se examinara en su asignatura, sin esperar a que él se preparara para el examen, diciéndole que si lo dejaba para más tarde le suspendería.

Por otro discurso suyo sobre la libertad académica en la Universidad se provocó una gran huelga de estudiantes de todas las facultades de la Universidad, repercutiendo además el asunto en toda España y en el extranjero. Por este discurso, Morayta fue excomulgado por más de 30 obispos, dimitieron algunos profesores y se sustituyó al Rector. Morayta le escondió a Rizal de la persecución de la policía.

Morayta era el dueño del periódico *La Publicidad* de Barcelona en donde daban cabida a los artículos de propaganda de los Filipinos. Rizal hizo un retrato al crayón del ilustre filipinista, que ahora está entre las reliquias del Fuerte Santiago.

3. **Katigbac.** Natural de Lipa, Batangas que desde joven fue amigo y compañero de Rizal, entonces en la Calle Magallanes, Intramuros.

Era hermano de la Srta. Segunda Katigbac que fué el primer amor de Rizal.

Pertenecía a una familia rica considerada y conocida no solo en su pueblo sino también en la capital. Se dedicó a la agricultura y como patriota, ha ayudado mucho en la propaganda, así también en la revolución.

Era el padre del primer ingeniero filipino de la ciudad de Manila, D. José Petronio, durante los primeros años del régimen americano.

4. **Cecilio.** Batangueño, amigo y confidente de Rizal durante su juventud. Estuvo viviendo con éste en la llamada Casa Tomasina, una casa de estudiantes regentada por D. Antonio Rivera, padre de Leonor y tío de Rizal.

Era un empleado del gobierno español, ocupando un puesto bastante importante en la Administración central de Rentas y Propiedades. Ayudó a Rizal a preparar su viaje a Europa y durante la estancia de éste allá sostuvo una íntima correspondencia informándole de asuntos varios.

5. De León. Bulaqueño de San Miguel de Mayumo nacido en 1859. Comenzó sus estudios en Manila y en 1884 (dos años después que Rizal) fué a Madrid para continuar sus estudios. Se graduó de licenciado en Leyes en la Universidad de aquella ciudad y allí conoció personalmente a Rizal aunque antes de esta fecha ya le conocía a Rizal de nombre. Pertenecía a una familia acaudalada de la provincia de Bulacán, y después de graduado en Madrid volvió a Filipinas en donde ejerció la carrera. Fué Juez de Paz de Burotac Viejo en tiempo del gobierno español; mas tarde durante la revolución fue representante por Benguet al Congreso de Malolos; y en tiempo de los americanos fue nombrado Comisionado del gobierno en la Exposición Universal de San Luis, E. U. A.

El Señor de León fue el padre de la señora del que fué primer Presidente de Filipinas, D. Manuel Roxas.

6. Zamora. Filipino, doctor en Medicina, amigo de Rizal. Se graduó en Medicina en la Universidad de Sto. Tomás, trasladándose después a Madrid para doctorarse en la Universidad Central obteniendo su diploma en 1883. Por su doctorado se le ofreció un banquete por los Filipinos en donde Rizal fue uno de los oradores. Volvió a Filipinas y ejerció con éxito su carrera adquiriendo en poco tiempo un nombre tanto en la capital como en provincias. Antes de salir de Madrid dejó a Rizal en calidad de préstamo, la cantidad de cien pesos que se le fué restituido por la familia cuando visitó a la familia de éste en Calamba. Fué Zamora el primer amigo que le aconsejó a Rizal que no volviera pronto a Filipinas y que si tenía precisión de volver que cambiase antes de nacionalidad.

7. López Jaena. Filipino, nacido en Jaro, Iloilo, fué amigo y compañero de Rizal en Madrid y Barcelona. Desde niño, estudiando en el seminario de Jaro, ya demostró un gran talento. Quiso estudiar la medicina en la Universidad de Sto. Tomás, pero por no estar graduado de Bachiller en Artes no consiguió ser admitido. Fué a Barcelona en 1879 y allí, cursó la carrera y allí se encontró con Rizal en 1882. Se dedicó al periodismo y estuvo escribiendo en varios periódicos de la metrópoli. En su tiempo se le consideraba como el mejor orador filipino. Por sus ideas radicales llegó a ser miembro del Partido Republicano Progresista de Barcelona; fue miembro del Círculo Hispano Filipino de Madrid y vocal de la Asociación Solidaridad y colaborador asiduo del quincenario en donde contribuyó con muchos artículos, siendo su primer director. Volvió a Filipinas en 1891 de incógnito con el nombre de Diego Laura, pero alguien le denunció a las autoridades, y tuvo que escaparse después de varios días de estancia volviéndose precipitadamente a España. Vuelto a España fundó el semanario *El látigo Nacional* así como una sociedad de filipinos de Barcelona para la defensa de los perseguidos de Calamba.

8. Blumentritt. Austriaco de Praga, filipinólogo, profesor e historiador y sobre todo un amigo, y más que amigo un padre para Rizal en Europa. Escribió muchos folletos y artículos sobre Filipinas, y fué admirado por Rizal porque sabía más de Filipinas y de su historia que muchos filipinos de su tiempo. Por su contacto con Rizal, y sus relaciones con otros filipinos se acrecentó tanto su amor por Filipinas que provocó la animadversión de los españoles, sobre todo por la defensa que hacía de los filipinos. Rizal y el Dr. Viola estuvieron en Leitmeritz donde el residía con su familia.

Contribuyó con muchos artículos en favor de los filipinos en el quincenario *La Solidaridad* y como resultado de esta campaña se enemistó con los jesuitas y con los agustinos quienes *cortaron* la correspondencia con él; también a cambio de ello ha tenido que dimitir de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de la cual era uno de los tres miembros honorarios.

En cambio el nombre y consideración que tenía en el mundo científico de Europa fueron las que introdujeron a Rizal en el mismo. Así llegó a conocer al célebre Virchow, así trabó relaciones con A. B. Meyer, y así conoció a Jagor, Ratzel y otros.

Murió el 20 de Septiembre de 1913.

9. Peilifen. Firma que aparece en la carta #153 del Tomo I del *Epistolario*; debe ser un seudónimo según la nota de D. Teodoro M. Kalaw, con marca interrogativa, él cree que es Don José Ma. Panganiban. Sin embargo, por el texto de la carta, por el tratamiento, por la ciudad en que está fechada, por alusiones a algunos hechos, así como el final de tres palabras en alemán parecen indicar que no es otro que el Dr. Máximo Viola.

10. Luna, A. Filipino, de antecesores ilocanos nacido en Manila en 1868. Estudió el bachillerato en el Ateneo Municipal de Manila y se fue a Madrid en 1886 para estudiar la carrera de Farmacia en la Universidad de Madrid. Llegó pues a Madrid cuando Rizal ya estaba viajando por Alemania, sin embargo conocía ya a Rizal desde Filipinas aunque no fuera más que de nombre por lo que se decía y se oía de él. Terminó su carrera en Madrid, se dedicó a escribir y contribuyó muchos artículos literarios en *La Solidaridad* además de ayudar en cierto modo a la campaña de propaganda de los filipinos.

Viajó por diferentes partes de Europa; estudió organización y táctica militar, que más tarde, durante la guerra con los americanos en 1898-1899 le valió mucho y ganó para sí la admiración y respeto de sus mismos enemigos. Vino a Filipinas de Europa con su hermano, el célebre pintor Juan en 1895; trabajó por algún tiempo en el Laboratorio Municipal de Manila y también más tarde estableció una sala de esgrima en la Calle Joló (hoy Juan Luna). Cuando estalló la revolución en 1896 fue apresado y sentenciado a destierro a España, pudiendo volver a Filipinas en 1898 en plena guerra con los americanos. Fundó el periódico *La Independencia* para después unirse con el ejército filipino a luchar contra los americanos.

Le mataron alevosamente y a traición en Cabanatuan, Nueva Ecija el 7 de Junio de 1899.

Fue autor de "Impresiones Madrileñas" que ocasionó incidente con el periodista barcelonés Celso Mirdeas.

11. Ponce. Filipino nacido en Baliuag, Bulacán. Estudió las primeras letras y el Bachillerato en Filipinas y en 1889 se trasladó a España para continuar sus estudios de medicina en Barcelona.

Fue un escritor, un bibliógrafo, un aficionado a investigar la historia de Filipinas y sobre todo un gran Rizalista, se puede decir que se debió a él el que se hayan podido conservar muchos de los escritos y la correspondencia epistolar del héroe. Asimismo se puede decir que solo por sus esfuerzos con la cooperación del catalán D. Ramón Batlle se ha conseguido introducir el *Noli me Tángere* en España, después de tantos meses en que las cajas que contenían estuvieron retenidas y depositadas en la aduana. Fue uno de los fundadores de la asociación y quincenario *La Solidaridad* en Barcelona sirviendo de Tesorero de la misma. Era un trabajador infatigable, pues además de contribuir con artículos, trabajaba en la administración del quincenario.

En 1896 llegó a Hongkong después de estallada la revolución en Filipinas y allí con los Sres. Felipe Agoncillo, Inocencio Laurel, Teodoro Sandico, José Alejandrino y José Ma. Basa formaron más tarde la "Junta Revolucionaria de Hongkong". Fue secretario del General Emilio Aguinaldo y luego nombrado agente diplomático por el gobierno filipino en el Japón. Volvió a Filipinas en 1909 formando parte de la Redacción de *El Renacimiento*. Murió en Hongkong el Abril de 1917. Entre las publicaciones que dió a la estampa fueron "Sun Yat Sen," una "Historia de Cochin China" y "Efemérides Filipinas" con D. Jaime C. de Vera.

12. Aguirre. Un mestizo español de Cavite que ha sido compañero de Rizal en Madrid. Era un poeta y literato graduado abogado por la Universidad de Sto. Tomás. Se doctoró en derecho en Madrid durante el tiempo de Rizal, y para éste era un "orador y poeta de fina y bien intencionada pluma", redactor del semanario "España en Filipinas" de Madrid. Era partidario de Lete más que de Rizal y se preciaba de ser muy filipino.

13. Del Pilar. Filipino, abogado, escritor, periodista y gran tagalista, nació en Bulacán, Bulacán en 1860. Cursó la primera enseñanza hasta terminar el bachillerato en el Colegio de San Juan de Letrán. Se graduó en la carrera de Derecho en la Universidad Real y Pontífica de Sto. Tomás. Se trasladó a España en 1889 en donde colaboró con muchos colegas de la propaganda para obtener reformas para Filipinas. Fue gran admirador de Rizal. Fue Director del quincenario *La Solidaridad* sucediendo a Graciano López Jaena cuando el periódico se trasladó a Madrid el Noviembre de 1889. Sus obras muy conocidas fueron "La Soberanía Monacal," "Arancel de los Derechos parroquiales en Filipinas" y "La Frailocracia Filipina."

Fue él quien sugirió a Rizal que escribiese una "Carta dirigida a las Jóvenes Malolesas" por su petición de abrir una escuela de castellano.

Murió en 4 de Julio de 1896 en Barcelona.

14. Elejorde. Un vecino de Calamba, de profesión boticario (farmacéutico de segunda clase) uno de los firmantes del escrito sometido al gobierno sobre la Hacienda de Calamba. Sufrió persecución por ser partidario de Rizal y por el pleito contra la Hacienda. Era un admirador de Rizal y contribuía pecuniariamente en todo lo que podía para la campaña que Rizal hacía, también ayudó mucho en la distribución de los libros de Rizal.

15. Puatú. Un Filipino de Baliuag, Bulacán que fué a España para continuar sus estudios casi en la misma época que Rizal dejó Filipinas por la primera vez. Se encontró con Rizal en Madrid, pero no llegaron a intimarse pues residió más tiempo en Santiago de Galicia; sin embargo era un admirador de Rizal y estuvo en la Exposición Universal de París en 1889. Formó parte del Círculo Hispano-Filipino. Cuando Rizal volvió a Filipinas en 1891 estaba todavía en Madrid y solo volvió a Filipinas años más tarde, residiendo en Manila donde murió poco después de la ocupación japonesa.

16. Dimayuga, C. Filipino, agricultor, propietario de Lipa, Batangas, padre de Lauro Dimayuga que ha sido compañero de Rizal en Madrid y París en 1889.

Le escribió a Rizal rogando que se tomara la molestia de vijilar y dirigir a su hijo Lauro en el curso de sus estudios.

17. Aréjola. Filipino, nacido en Nueva Cáceres, Camarines Sur. Graduado en Bachiller en Artes y Perito Agrónomo en el Colegio de San Juan de Letrán. Estudiaba la carrera de Derecho en la Universidad Central de Madrid cuando conoció a Rizal en los años de 1889 y 1890. En España le sorprendió la revolución del '96 y por ello se le encarceló en la Cárcel Modelo de Madrid, pues como Filipino no solo había formado parte de la Asociación Hispano Filipino, y que fué el presidente del Círculo Hispano Filipino que se había reorganizado sino también colaboró con todas sus energías en la campaña de los reformistas. Liberado en Madrid, se dirigió a Lisboa, Portugal, por unos ocho meses volviendo a Madrid después del fusilamiento de Rizal. Tomó parte en el meeting de protesta celebrado por la Asociación Hispano Filipina en Madrid para protestar los abusos cometidos a raíz de los sucesos de Calamba. Fue representante por Camarines Sur en la Asamblea Filipina.

18. Miclat. Filipino de Manila, de San Nicolás, Binondo, admirador de Rizal que sin conocerle le escribió a Rizal ofreciendo una cuota mensual personal para los trabajos de propaganda. Era un cabeza de barangay del gremio de naturales del arrabal de Binondo.

19. Alejandrino. Filipino, perteneciente a una familia conocida de Arayat, Pampanga, nació en Manila en 1870. Estudió las primeras letras en el Ateneo de Manila y obtuvo su bachillerato en artes en la Universidad de Sto. Tomás en 1889. En el mismo año partió para España con el fin de continuar sus estudios y en donde conoció a Rizal. Por consejo de éste, se fué a la Universidad de Gante, Bélgica en donde se graduó de ingeniero químico en la escuela de ingenieros industriales. Era uno de los mas íntimos amigos de Rizal, vivió con éste y le ayudó mucho durante la impresión de *El Filibusterismo* en

Gante. En 1898 formó parte de la Junta revolucionaria en Hongkong y más tarde de vuelta a Filipinas durante la guerra con América se unió con los revolucionarios con quienes más tarde, asumió el cargo de comandante general del Centro de Luzón. Durante el régimen americano, se dió a la política, llegando a ser senador.

Escribió *La Senda del Sacrificio* en 1933 conteniendo episodios y anécdotas sobre Rizal elogiando su heroísmo.

20. **Ortiga, C.** Hija de Don Pablo Ortiga y Rey, Alcalde que fué de la ciudad de Manila en 1882 y más tarde Presidente del Consejo de Filipinas del gobierno de Madrid. Los filipinos residentes de la ciudad solían reunirse en su casa por las noches pasando el tiempo en juegos de salón o en conferencia ya con el padre a quien llamaban D. Pablo, ya con la inteligente señorita de la casa cuya conversación era amena y culta. Se sabía que Consuelo era novia de Eduardo de Lete, condiscípulo y amigo de Rizal. Rizal la dedicó en 1883 una poesía intitulada "A. C."

21. **De los Reyes, I.** Filipino, de padres ilocanos, escritor y periodista, nació en Vigan, Ilocos Sur en 1864. Estudió la primera enseñanza hasta terminar su Bachillerato en Artes en el Colegio de San Juan de Letrán. Cursó la carrera de Derecho en la Universidad de Santo Tomás en donde se graduó en 1886. Escribió muchos artículos criticando la mala administración del gobierno español en Filipinas. Era contemporáneo de Rizal. Sus escritos "La Historia de Ilocos" y el "Folklore Filipino" merecieron premios de honor. Su "Sensacional Memoria" elogió a Rizal. Fue encarcelado en Montjuich por complicidad en el Katipunan. Fué conocido como el padre del unionismo en Filipinas y fué uno de los fundadores de la Iglesia Filipina Independiente. Murió en 1938.

Fundó el periódico bilingüe *El Ilocano* en castellano e iloco y *Filipinas ante Europa*.

22. **Paterno, M.** Médico, político filipino perteneciente a la acaudalada familia de Manila donde nació en 1863. A los 14 años se trasladó a Madrid donde cursó la carrera de medicina; terminada ésta y después de visitar algunas poblaciones de Europa, regresó a su país en 1888, donde desempeñó distintos cargos oficiales. Durante la revolución, pasó al campo filipino, donde a fines de 1899 ocupó el puesto de Secretario de Obras Públicas y Comunicaciones. Asentada la soberanía americana, dedicóse a su profesión, y cuando se organizó la Comisión del Monumento de Rizal actuó como secretario de esta. Era contemporáneo, amigo y admirador de Rizal, y miembro del Círculo Hispano-Filipino de Madrid.

23. **Andrade, José Taviel de.** Teniente de la Guardia Civil destinado a Filipinas durante los tiempos de Rizal. Con motivo de la introducción del *Noli me Tángere* de Rizal en Filipinas, las corporaciones religiosas se sintieron insultadas por la novela de Rizal, y tanto es así que pidieron al Gobernador General Terrero que ordenara el arresto de Rizal y respondiera a las insinuaciones difamatorias que contra tales corporaciones se hacen en el libro de éste.



El Gobernador Terrero, en lugar de ordenar el arresto de Rizal, se limitó a destinar al Teniente José Taviel de Andrade para observar sus movimientos. Según el mismo Andrade, el trato y el carácter de Rizal hicieron que el que fue designado espía se tornara en un amigo y guardaespaldas de Rizal en Calamba.

24. Regidor. Político, abogado y periodista nacido en Manila en 1845. Cursó la carrera de derecho en la Universidad manilense luego en la de Madrid donde se doctoró en las facultades de Derecho Civil y Canónico. Vuelto a Manila desempeñó altos cargos bajo la administración española, ejerciendo, además, la abogacía. Al ocurrir el motín de Cavite (1872) Regidor fué de los primeros a quienes se señaló como uno de los más comprometidos solamente por considerarle republicano y enemigo implacable de las corporaciones religiosas. Se le desterró a Guam de donde logró fugarse hasta llegar a Londres donde ejerció su profesión a la vez que el periodismo. En Londres se encontró con Rizal que entonces estaba anotando *Los Sucesos de las Islas Filipinas* por el Dr. Antonio de Morga. Escribió artículos en los diarios madrileños en pro de la independencia de Filipinas, y colaboró con los propagandistas filipinos en la campaña contra la mala administración del archipiélago por los españoles. Inició el *habeas corpus*, estando el Colón en Singapur, en un intento vano de librarle a Rizal. Murió en Niza en 1910.

25. De la Serna. Redactor, corresponsal de periódicos, pintor y escritor nació en 1862 de una familia de españoles. Estudió el bachillerato en el Colegio de San Juan de Letrán y la carrera de Derecho en Madrid con notas sobresalientes. Ejerció la abogacía en Madrid y fué elegido diputado a Cortes en 1896 y reelegido en 1901.

Publicó su *Sumario Estadístico* en 1905, redactó la vigente Ley Hipotecaria, La Ley Torrens y las reformas de Maura.

Era amigo y contemporáneo de Rizal y escribió el "Prólogo" de *Vida y Escritos de Rizal* por Wenceslao E. Retana.

26. Retana. Periodista, escritor prolífico, biógrafo y bibliógrafo español, nació en Madrid en 1862. Ingresó en la Academia de Ingenieros Militares de Guadalajara, de la cual se separó a los dos años. En 1884 vino a Filipinas con un modesto destino de Hacienda. En 1890 volvió a España por motivos de salud, donde más tarde obtuvo un puesto en el ministerio de Ultramar. Escribió artículos y folletos sobre Filipinas, así como la *Vida y Escritos del doctor José Rizal*, el Prólogo y Notas a *El Filibusterismo* de J. Rizal; una nueva edición de *Sucesos de las Islas Filipinas* por el doctor Morga con extenso prólogo y muchas ilustraciones; y otras más.

Por haber escrito un artículo en contra de la familia de Rizal, éste le retó a un duelo.

Se le considera a Retana como el mejor biógrafo de Rizal en castellano.

Sus otras obras son:

1. *El Estadismo de las Islas Filipinas*, Fr. Joaquín Martínez de Zúñiga. (1893)
2. *El Periodismo en Filipinas* (1894)

3. *Archivo del Bibliófilo Filipino* (1905)
4. *Aparato Bibliográfico de la Historia General de Filipinas* (1904-1906)
5. *Orígenes de la Imprenta Filipina* (1910)

27. Unamuno. Catedrático y escritor español, nacido en Bilbao, de la familia y origen vascos, en 1864. Cursó la primera y segunda enseñanza en su villa natal, y en 1880 fue a Madrid a cursar filosofía y letras en la Universidad Central. Por unos años se dedicó a la enseñanza privada, hasta ocupar el puesto de rector de la Universidad de Salamanca en 1891. Ha colaborado en los más importantes periódicos y revistas de España y de Hispano-América, y ha dado numerosas conferencias. Escribió el Epílogo de la *Vida y Escritos de José Rizal* por Wenceslao Retana.

Es considerado como uno de los más notables escritores españoles contemporáneos.

28. Basa. Filipino, patriota propietario y comerciante, nació en Manila en 1834. Heredó de su padre el amor al trabajo, porque a la edad de 20 años ya regentaba una destilería en el distrito de Trozo. Temprano demostró su interés en los destinos del país. Fué uno de los primeros filipinos perseguidos por el Gobierno Español de su tiempo. Fué desterrado a las Marianas a consecuencia de la algarada Caviteña del 72. A su indulto, decidió vivir en Hongkong y allí se dedicó al comercio en donde se ganó para sí la simpatía y el respeto de los comerciantes ingleses y chinos. Basa y Rizal se encontraron por vez primera cuando el héroe filipino pasó por Hongkong en Febrero de 1888, ocasión en que ambos llegaron a un acuerdo sobre la ayuda que podía dar la colonia Filipina de allí a la propaganda. Los artículos que aparecieron en el *Hongkong Telegraph* fueron resultado de este acuerdo. Don Pepe como generalmente se le llamaba ayudó en la introducción del *Noli* y del *Fili* en Filipinas. A él también debió Rizal los gastos de su viaje de regreso de Europa en 1891.

Fué Basa y la colonia filipina en Hongkong quienes publicaron por primera vez el "Postrer Adios" de Rizal. (Último Adiós)

29. Tavera, T. H. Pardo de. Médico, antropólogo y filólogo filipino, perteneciente a una distinguida familia, nacido en Manila en 1875. Hizo sus primeros estudios en su ciudad natal, pasando después a París en cuya facultad cursó la carrera de medicina hasta obtener su doctorado. En París desempeñó por 4 años el cargo de secretario de la Legación dominicana. Después de permanecer un año en Manila, volvió a París en 1888 y allí se encontró con Rizal, del que fué gran amigo. Regresó a Manila en 1892, donde revalidó el título y ejerció su profesión, siendo nombrado, poco después, catedrático de anatomía de la Universidad de Santo Tomás. Representó Cebú en el Congreso de Malolos. Colaboró con el gobierno americano como miembro de la Comisión Civil y desempeñó otros cargos. Viajó mucho por Europa, Asia y América. Hombre de aptitudes múltiples, se dedicó también con fruto a los negocios. Escribió las siguientes obras entre otras:

1. *Contribución para el estudio de los antiguos alfabetos filipinos* (1884)

2. *El sánscrito en la lengua tagalog* (1887)
3. *El origen del nombre de los números en tagalog* (1889)
4. *Las costumbres de los tagalos en Filipinas según el P. Plasencia* (1892)
5. *Plantas medicinales de Filipinas* (1892)
6. *Etimología de los nombres de las razas de Filipinas* (1901)
7. *Historia de Filipinas*, (1903)

30. De Lete. Estudió el Bachillerato en el Ateneo Municipal de Manila, y más tarde siguió la carrera de Medicina en la Universidad de Santo Tomás, Manila y en San Carlos, Madrid. No continuó la Medicina, pero siguió estudiando Derecho en la Universidad Central de Madrid.

Con otros compatriotas formó parte del Círculo Hispano-filipino y la Asociación Hispano-Filipina, de la que fué secretario. Dirigió el periódico *España en Filipinas* en el que colaboraron Regidor y varios filipinos. Escribió artículos políticos en *La Solidaridad*.

Convivió con Rizal durante la estancia de éste en Madrid mientras éste empezaba los primeros capítulos del *Noli me tângere*.

Fué amigo y condiscípulo de Rizal en el Ateneo Municipal de Manila.

Tenía en su poder el diario original de Rizal de su primer viaje (1882) copia del cual se envió a Filipinas cuando él (Lete) ofreció en venta al gobierno de Filipinas.

31. Palma. Periodista, escritor, pedagogo, masón y estadista filipino, nació en Manila en 1874. Estudió las primeras letras en la escuela pública. Cursó la segunda enseñanza en el Ateneo Municipal de Manila graduándose de bachiller en artes en 1891. Principió su carrera de Derecho en la Universidad de Santo Tomás pero no pudo terminarlo a causa de la guerra hispano-filipina en 1898. Por su cuenta hizo el repaso para examinarse ante la Junta Examinadora y habiendo sido aprobado fué admitido al foro filipino para ejercer la abogacía en 1902.

Como representante elegido representó a la provincia de Cavite; como senador representó a Cavite, Laguna, Batangas y Manila.

Fué miembro de la Comisión Filipina durante el régimen americano en 1909, Secretario del Interior y Presidente de la Universidad de Filipinas.

Su *Biografía de Rizal* mereció el premio de honor en el concurso de 1939.

32. El Dr. Marqués conoció a Rizal en Hongkong en 1891, tiene unos cincuenta años de edad. Nació en la pequeña colonia lusitana de Macao (China) de padres portugueses. Estudió y se doctoró en Medicina en una de las más acreditadas universidades de la hoy República Portuguesa. Después amplió sus estudios en París, Londres, Berlín y Viena, y recorrió casi toda Europa, América del Sur y Australia.

Políglota notable. Además de su propio idioma, hablaba correctamente el español, francés, inglés, chino y otras lenguas vivas.

Eminente escritor y publicista. Ha publicado varias obras literarias en su propio idioma, mereciendo especial mención la intitulada *Probabilidades del Darwinismo*, cuya lectura fué prohibida a los Católicos, bajo pena de excomunión, por los frailes y jesuitas.

33. Señora de Laignier. Esposa del difunto Dr. Laignier que trabajó con Rizal en la clínica de Oftalmología del Dr. de Wecker en París en 1885-1886.

34. Luna, J. Filipino, nació en Badoc, Ilocos Norte, en 1857. Cursó las primeras letras en el Ateneo Municipal de Manila, y estudió en la Escuela Náutica de Manila de 1869 a 1872. Navegó por dos años y en 1874 se sometió a examen para piloto de alta mar. Como el arte le atraía se dedicó a la pintura y salió para España a continuar sus estudios en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid. Por consejo de su profesor, D. Alejo Vera, se trasladó con éste a Roma para estudiar los grandes maestros llegando a adquirir renombre internacional por sus trabajos. Con motivo de su triunfo y el de Resurrección Hidalgo en la Exposición Nacional de Bellas Artes en Madrid, por su cuadro *Spoliarium*, se le ofreció un banquete en donde Rizal pronunció un discurso en su honor. Era amigo y admirador de Rizal. Su atelier en París era el punto de reunión de los filipinos en aquella metrópoli y Rizal lo frecuentaba más que los otros. Murió en Hongkong a la edad de 42 años.



D. EMILIO AGUINALDO y Famy, Presidente de la Primera República Filipina en Malolos, 1898. (Véase su artículo en la pág. 169.)





D. MANUEL LUIS QUEZON, Presidente de la Mancomunidad Filipina desde 1935 hasta 1944. (Véase su artículo en la pág. 170.)







D. SERGIO OSMEÑA, segundo presidente de la Mancomunidad Filipina después de la muerte de Quezon, desde 1944 hasta 1946. (Véase su artículo en la pág. 171.)





Dr. JOSÉ PACIANO LAUREL de Batangas, fue Presidente de Filipinas durante el régimen japonés, 1942-1945. (Véase su artículo en la pág. 179.)





D. MANUEL ROXAS y Acuña, primer Presidente de la tercera República Filipina, 1946-1948. (Véase su artículo en la pág. 183.)

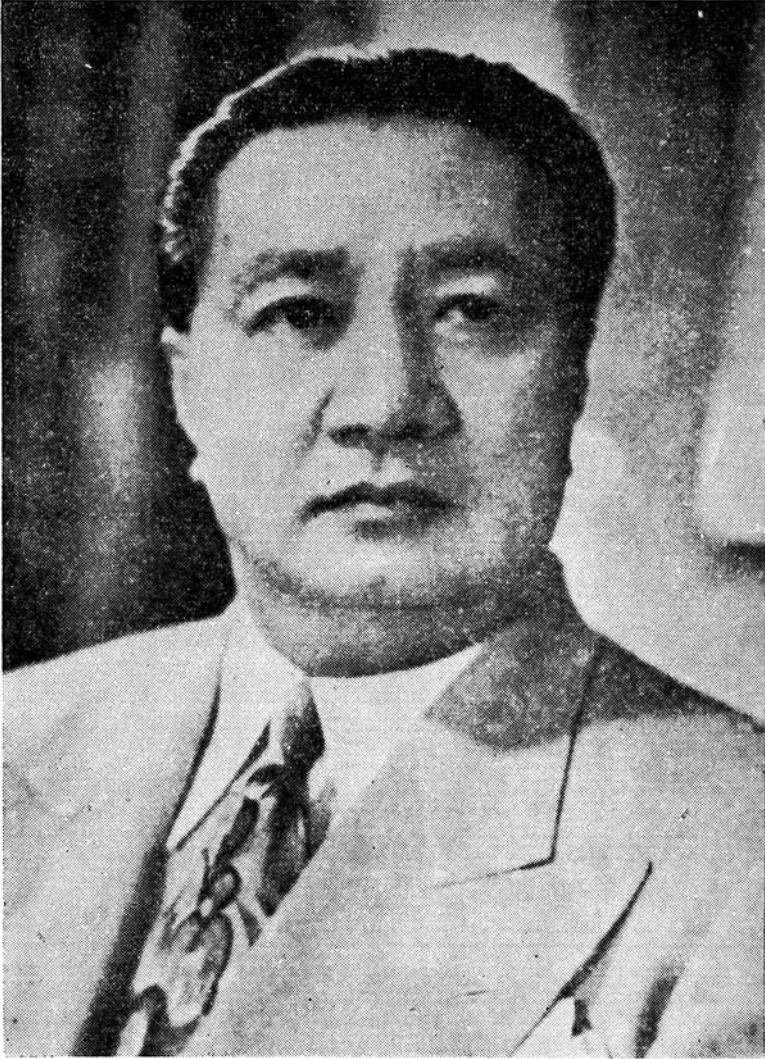




D. RAMÓN F. MAGSAYSAY, tercer Presidente, sucedió al Presidente Quirino, 1953-1957. (Véase su artículo en la pág. 201.)







D. ELPIDIO QUIRINO, segundo Presidente que le sucedió a Roxas, desde 1948 a 1953. (Véase su artículo en la pág. 194.)





D. CARLOS P. GARCÍA fue sucesor del Presidente Magsaysay, 1957 hasta el presente. (Véase su artículo en la pág. 206.)



## BIBLIOGRAFÍA

*El Carácter de Rizal*; por Trinidad H. Pardo de Tavera. Manila. Manila Filatélica. 1918. 83 páginas.

*La Senda del Sacrificio*; por José Alejandrino. 1933.

*Artículo Biográfico del Dr. José Rizal*; por Antonio Luna, editado por Alfonso T. Ongpin. Manila. 1954.

*Vida y Escritos del Dr. José Rizal*; por Wenceslao E. Retana. Madrid. 1907. 516 páginas.

*Filipino Students' Magazine*. Organ of the Filipino Students of America. Berkeley, California. 1905-1906.

*Sensacional Memoria*; por Isabelo de los Reyes.

*El Noli me Tángere de Rizal juzgado por el Profesor Blumentritt*. Barcelona. Imprenta Ibérica de Francisco Possas. 1889. 38 páginas.

*Biografía de Rizal*; por Rafael Palma. Manila. Bureau of Printing. 1949. 398 páginas.

*El Filibusterismo*, novela filipina. Tercera edición, prologada y anotada por W. E. Retana. Barcelona. Imprenta de Henrich y Cia. 289 páginas.

*La Solidaridad*, Quincenario democrático. Vol. 3, núm. 66 y 69. Madrid. 1891.

*Memorias Íntimas de Consuelo Ortega y Perez* (Copia mecanografiada).

*Homenaje al Dr. Rizal*, publicada por *La Democracia* el día 2 de Agosto de 1899.

*Los Titanes de la Libertad*; por José María Francés. México. Libro Mex. Editores, S. de R. L. c1957. 166 páginas.

*Epistolario Rizalino*, editado por Teodoro M. Kalaw. Manila. Bureau of Printing. 1930-1938. 5 vols.

